
Cuando me llamabas tan dulcemente Leo
ALEJANDRA MACOL
SELECCIÓN
Acción y Aventura

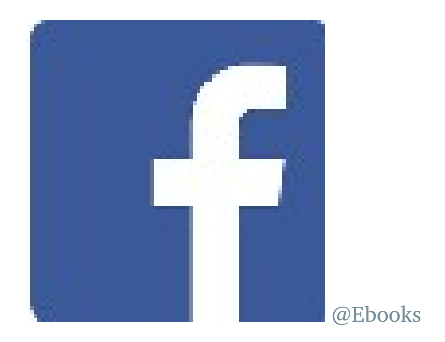
Cuando me llamabas tan dulcemente Leo

Alejandra Macol



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial



A mi tito, quien me sonríe desde el cielo…

Y una vez que pase la tormenta, no recordarás cómo hiciste para salir de ella, cómo t las arreglaste para sobrevivir. No estarás seguro siquiera, de hecho, si la tormenta fue real. Pero una cosa es cierta: Al salir de la tormenta no serás la misma persona que caminó hacia adentro

De eso se trata esta tormenta.

Haruki Murakami, *Kafka en la orilla.*

1

El abismo de la codicia

Las primeras gotas de lluvia repiquetearon en el poyete de la ventana avisando de que iba a ser un día muy lluvioso y enturbiado. No dejó de llover en todo el día. Parecía que los dioses estaban preparando un misterioso festín al que Erika estaba invitada, pues se sentía apagada como aquel día sin sol y agitada como el aire que azotaba las ventanas. El vendaval prometía llevársela a ella y a las ventanas hacia no sabía qué parte del mundo. Se sentía apagada como aquel día sin sol y agitada como el aire que azotaba las ventanas. El vendaval prometía llevársela a ella y a las ventanas hacia no sabía qué parte del mundo.

Erika se mantenía a la espera en su despacho para recibir al último aspirante del día quien, al parecer, llegaba tarde. El despacho lo había ocupado recientemente, pues había sufrido alguna que otra reforma. En la actualidad Erika era la directora de una empresa que se dedicaba a la restauración de obras de arte. No era su deber, pero se ocupaba de hacer entrevistas y dar el visto bueno a los nuevos empleados de la empresa Forks en Berlín, donde se acogía a nuevos aspirantes de arqueología, licenciados en Historia del arte y diplomados en conservación y restauración de obras de arte y bienes culturales. Si los empleados reunían alguna de estas características, Erika no se lo pensaba y les daba una oportunidad. Requería personal cualificado. No podía ser menos exigente en su elección. Se necesitaban artistas para que los monumentos estuvieran en perfectas condiciones y no cualquier mano era experta para moldear y crear formas. Ella sí había sido en antaño una célebre arqueóloga, pero de eso hacía ya una década.

Llevaba toda la tarde haciendo entrevistas y aquella era la última que hacía. Como de costumbre, se levantó de su asiento y esperó a que el nuevo aspirante entrase en su despacho para estrecharle la mano y mostrar su lado más diplomático. Su intención era que aquel que cruzase el umbral de su puerta se sintiera como en casa. De esa manera, ella podría encargarse de mirar hacia el interior de cada persona y saber si era merecedor o no del puesto.

El despacho era amplio y decorado al estilo de Erika, con las paredes coloreadas de verde aceituna y los muebles con tonos crema y

chocolate.

Su mesa, con ornamentos en las patas y en los cantos, había sido su última adquisición comprada en una subasta de arte. Era del siglo XI y el tono marrón oscuro hacía juego con sus muebles, sin desentonar con la decoración.

Había un par de cuadros colgados en la pared, uno muy cerca del otro. Las reproducciones estaban impresas de gran tamaño y eran de estilo prerrafaelita, como *La dama de Shalott,* de John William, y *Lady Lilith,* de Dante Gabriel Rossetti. También había adquirido aquellas réplicas en subastas de arte donde se vendían todo tipo de reproducciones fidedignas de obras célebres. Lo cierto era que las había adquirido por un precio valorado en €300, poco para lo que valían en realidad a gran escala y lo bien que estaban representadas con respecto a las obras originales.

Contemplaba el pelo pelirrojo de su cuadro *Lady Lilith* cuando fue sorprendida por la vocecilla de duende de su amiga y secretaria.

—¡Erika, hay un problema! Ya está aquí. Quizá no quieras atender al último aspirante —exclamó Frieda por el pinganillo. Su voz resonó en las paredes verde aceituna del despacho de dirección.

Erika se lo tomó con humor. Era tarde. Estaba cansada y necesitaba descansar. Sabía cómo era Frieda de exagerada.

—¿Por qué? ¿Viene disfrazado de vaquero o es un vagabundo? ¡Vamos, necesito que esta lluvia cese y me vaya a casa de una vez! —Se masajeó las sienes.

Frieda no respondió al sarcasmo y se mantuvo a la espera.

—Frieda, querida… ¿sigues ahí? ¿Te ha comido la lengua el gato?

De nuevo otra pausa seguida de una voz masculina que a Erika le sonaba familiar desde el otro lado del pinganillo.

—Dile que necesito hablar con ella urgentemente. De no serlo, jamás habría venido.

Era él. Sí. No cabía duda. Su voz se había grabado a fuego en la mente y en el corazón de Erika, pero ¿a qué había ido allí? ¿Qué era eso tan urgente que tenía que hablar con ella? Debía dejar a un lado aquellos vagos recuerdos y dar paso a una realidad que le costaba respirar cada día. Sin él.

Demasiado tiempo en la oscuridad. Demasiado tiempo en su memoria y ahora su voz volvía a resonar en cada rincón de su

desesperado cuerpo como si nunca se hubiera marchado. Aquel era el cuerpo que se había quedado sin dueño, aquel que pocas veces se dejaba acariciar con la sola intención de apaciguar sus necesidades primarias como mujer, pero tan necesitado por aquel hombre como el agua para la tierra árida.

Suspiró y tragó saliva amarga antes de dar el paso. Debía darlo. Era ese preciso momento o nunca, pensó.

—Frieda, hazlo pasar.

—Pero… Erika, ¿sabes quién es?

—Sí, y no importa en absoluto. ¿Desde cuándo hemos hecho distinciones con los aspirantes? Que pase.

Erika hizo lo que nunca hacía con sus aspirantes. Tomó asiento y posó sus ojos sobre la pantalla del ordenador, dando aquella imagen de grandeza y superioridad, haciendo como si todo ser del planeta fuera inferior a su condición. Quizá de esa manera podría enfrentarse a su pasado, pues de otra manera no habría sido posible.

Al cabo de unos segundos, el hombre pasó al despacho. Lo hizo lento y tortuoso, como bien sabía hacerlo, evitando así un desafortunado reencuentro. A él tampoco le hacía gracia volver a verla. Estaba allí en contra de su voluntad y porque no había habido otra alternativa.

—Hola, Erika.

Tomó asiento frente a Erika. Podía palpar en el aire la tensión que había entre ellos. Ninguno de los dos esperaba aquel encontronazo.

Erika no desvió la mirada del ordenador para mirarlo. No podía. No se atrevía aún a mirarlo a los ojos.

—Hola, Leonard —contestó—. ¿A qué debo tu inesperada visita?

Leonard se tomó su tiempo para contestar. Estaba perdido en sus ojos turquesa, y su cabello liso y castaño. No había cambiado nada en todo ese tiempo. ¿Cómo era posible que siguiese igual de imponente y de preciosa? Quizá su pretensión no había sido esa, pero deseaba martirizarla con su silencio, que la Reina tuviese la dignidad de mirarle a los ojos y enfrentarse a él. Lo consiguió, pues Erika estaba nerviosa en su asiento y las manos le temblaban, aunque sabía cómo ocultarlo. A él nunca le había podido ocultar nada. Sabía a la perfección cómo se sentía ahí en su trono de cristal.

Erika dejó el teclado y bajó sus manos por debajo de la mesa para

que Leonard no viera que seguía ejerciendo la misma atracción sobre ella.

—He recibido la llamada de la Orden —dijo Leonard casi en susurros—. Tenemos un gran problema.

Erika, sorprendida y a la vez conmocionada, abrió bien los ojos y se atrevió a cruzar la mirada con la de Leonard, con esos ojos tan turquesa o más que los de ella y su pelo moreno, ahora un poco más largo y ondulado que la última vez. Leonard estaba igual de soberbio y rudo, aunque más hosco y robusto. Por un momento, Erika se perdió en esa mole de carne que se adhería a su camiseta. Llevaba una simple camiseta blanca con el cuello en pico, lo que realzaba sus pectorales, y unos pantalones vaqueros. Estaba empapado de pies a cabeza. ¿Tanta molestia se había tomado en ir hasta allí sin un mísero paraguas? Pero claro, Leonard nunca había sido precavido y no habría llevado paraguas consigo. Quizá lo había hecho adrede con la intención de mostrarle cuán poderoso se había vuelto tras la ruptura, como Hércules en lo alto de la montaña, divisando el mundo con indiferencia y fuerza infinita.

—¿La Orden? ¿Hablas de esa Orden que abandonamos todos tras el fatídico desenlace que casi acaba con nuestras vidas? No hay ninguna Orden, Leonard. Todo acabó aquel día.

Leonard negó con la cabeza y se revolvió en el sitio. Aquella mujer lo seguía enervando hasta decir basta. Apretó los puños para no soltar un puñetazo en aquella mesa antiquísima que, por cierto, era magnífica, digna para ser utilizada por una reina.

—No te creerías lo que ha hecho la Orden a nuestras espaldas en este tiempo.

—Puedo imaginármelo con tal solo recordar la avaricia con la que tantas veces han roto el saco. Solo desean adquirir tesoros y terminar poseyéndoles como pasó con nuestro desleal amigo y compañero Adler.

Recordar a Adler fue un golpe bajo. Erika lo admitió al instante, pero ya era tarde para enmendar el error. Ya estaba dicho. Adler había formado parte de la antigua orden de mecenas llamada La Orden de los Leyna, que significaba «poco ángel». Eran un grupo de hombres y mujeres que protegían con su vida los tesoros que la Tierra seguía guardando para ser descubiertos; exploradores y arqueólogos, monjes y políticos, médicos e ingenieros que daban su vida por la Orden y por salvaguardar el arte antiguo. Leonard y Erika, incluso la dulce secretaria Frieda, se habían postrado ante la Orden y obedecido como

leales mecenas. Eran personas normales, distantes de los peligros que entrañaba formar parte de un grupo clandestino que vivía para y por los tesoros, por el oro, las joyas, los arcones repletos de un valor incalculable y un largo etcétera.

Adler podría haberse retirado siendo un magnífico arqueólogo de no haber sido por su inoportuna avaricia por querer poseer el último hallazgo, lo que había hecho que Leonard, Erika y Frieda se desentendiesen de la Orden para rehacer sus vidas lejos de los recuerdos.

—Adler tuvo la mala suerte de ser poseído por el tesoro —contestó Leonard con un deje triste en la voz—. Era mi mejor amigo, pero eso tú ya lo sabes. Aún sigo recordando cuándo fue el día en que su visión del mundo cambió para siempre. Como mecenas, siempre hemos protegido monumentos artísticos, así como nuevos hallazgos, pero él pretendía más. No le era suficiente. Sus ojos se habían vuelto del color del oro y de la codicia. Nada pude hacer por él. Nadie podía hacer nada más por él y cayó en el abismo.

Adler había levantado nostalgia en aquel despacho, en las miradas perdidas de Leonard y Erika. A pesar de todo, Adler había sido un buen hombre, eso era indiscutible. Por eso Erika decidió no hacer hincapié en el tema. Hablar sobre ello sería también revolver un amor frustrado, una relación incompatible que había acabado en un mísero adiós como dos desconocidos. Era demasiado para ella sacar a relucir un tema tan delicado que la había llevado a desaparecer y a dejar todo cuanto tenía, incluido dejar a Leonard.

Se dirigió hasta la ventana observando cómo caía la lluvia sobre el edificio que tan duramente había construido con sus ganancias. Sí, las ganancias que había obtenido por su silencio y por sus servicios durante tantos años. Aquel magnífico edificio de siete plantas era todo suyo. Todo lo que había logrado había sido gracias a ella, no por la Orden ni mucho menos por Leonard. ¿O quizá sí? Quizá lo había hecho para dar a entender que ella podía rehacer su vida y ser una ciudadana ejemplar, una mujer ejemplar que Leonard había dejado marchar. Una mujer digna para amar y ser amada, al igual que, respetada y venerada por sus cualidades.

—¿Cuál es el problema entonces? —Se dio media vuelta para encontrarse con la mirada desesperada de Leonard. Y cuando lo hizo, sus mechones quedaron graciosos a un lado del hombro, aquellos mechones con los que tantas veces había jugueteado Leonard con sus dedos, siguiendo la naturaleza de aquellos mechones castaños y acabando en su nuca para proseguir por otros derroteros.

Leonard tuvo que desviar su mirada hacia los cuadros prerrafaelitas para que Erika no se diera cuenta de la resistencia que estaba oponiendo en aquellos instantes. Si por él hubiera sido, nada más entrar en el despacho, la habría atraído para sí y la hubiera besado, aunque solo fuera para recordar a qué sabían sus besos.

—Me ha llamado Gilbert…

—¿Ese viejo chiflado?

Leonard asintió y se cruzó de brazos. Quizá de esa manera podía paralizar el traqueteo acompasado que activaba su corazón desde que había entrado. Pero no. No podía paralizarlo. Aquel cabrón pensaba por sí solo y él no era capaz de sosegarlo, no cuando tenía enfrente a la mujer que le había jodido la vida. Se armó de valor y prosiguió.

—Se unió a la Orden un nuevo miembro. Se llama Thomas y es el cura que se encarga del mantenimiento de la iglesia de Bremen. Él es quien nos ha proporcionado la primera pista para encontrar un tesoro, pero nadie sabe dónde está. Ni siquiera sabemos por dónde empezar. Gilbert cree que es otro caso de profanador de tumbas. Necesitamos a alguien que tenga el instinto que tienes tú.

Erika negó con la cabeza incrédula. No podía creer que Leonard tuviese la desfachatez de regresar a su vida solo por un tesoro.

—De nuevo, un tesoro, ¿eh? ¡Menudas coincidencias…! ¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—La Orden quiere que volvamos a reunirnos. Solo por esta vez. Se me ha encomendado la tarea de venir a buscarte, en contra de mi voluntad. —La miró inquisitivamente.

Aquello escoció el corazón aún malherido de Erika e imitó a aquel hombre mirándole como si le estuviese perdonando la vida.

—Cosa de Gilbert, ¿cierto? Ese viejo metomentodo nunca ha actuado con cabeza. Dije que no quería saber nada más de la Orden. Ni yo, ni Frieda.

—¿Has olvidado que yo también la abandoné? —gritó desesperado.

—¿Y entonces por qué has vuelto? ¿Solo porque un profanador igual de avaricioso y corrompido que Adler guarda un viejo tesoro? ¿Qué me importa a mí?

—¡Demasiadas preguntas para ser contestadas en una mísera tarde! ¡No soy yo el que tiene todas las respuestas del mundo! —Se

levantó de su asiento como un resorte y se dirigió hacia la ventana, donde se alzaba la reina de espadas en pos de atacar.

—¡No se te ocurra acercarte a mí, Leonard! —insistió con el dedo índice.

—Tienes que comprender una cosa. No vengo a mirar tu carita de niña buena, ¿me oyes? Ya la tengo más que aprendida. No has cambiado nada. Eres igual de…

—¿Igual de…? ¡Acaba la frase, malnacido!

—Igual de caprichosa. —La zarandeó por los hombros.

—¡Y tú igual de prepotente y egocéntrico! —gritó con todas sus fuerzas intentando zafarse de los brazos de Leonard.

Pero no era posible zafarse de unos brazos que eran más gruesos y fuertes que los de ella, ni de su mirada gélida como las aguas que iban y venían del Ártico chocándose contra su rompeolas particular, el que se había impuesto para protegerse de todo lo que tenía que ver con Leonard O´Conell.

Estaba perdiendo el control. Disfrutaba de su cercanía, pero a la vez la rehuía. No era nada fácil nadar a contracorriente hacia la orilla una vez que se perdía en sus ojos. Volvía a perderse en ellos como la otra vez.

Lo miró los labios entreabiertos pidiendo a gritos un beso y deseó por un instante acallarlo con uno, pero se negó a hacerlo, cosa que Leonard no pudo. No cuando acababa de recibir el asentimiento por parte de Erika. No cuando tenía sus labios demasiado expuestos y cercanos a los suyos. No cuando había pasado tanto tiempo sin probarlos.

En un arrebato de ira, la cogió con fiereza y la atrajo hacia su cuerpo donde Erika se perdía entre sus músculos. Era muy pequeña. Su pequeña halcón, como así la había llamado siempre.

Fue un beso rápido que a Leonard le supo a nada y, a Erika, a veneno. Un beso enrabietado para despertar los fantasmas del pasado, para ansiar aún más si cabía aquella pasión no consumada desde hacía años. Nada menos que siete largos y pesados años.

Frieda rompió el hielo y cuando hubo entrado en el despacho, Leonard estaba tan lejos de Erika que nadie se habría imaginado lo que había pasado allí hacía tan solo unos segundos.

—¿Me podéis decir qué está pasando? He oído gritos. Creía que

— dijo Frieda mientras los miraba a uno y a otro sin saber bien qué decir—… estabais discutiendo.

Ninguno de los dos hizo ningún comentario al respecto. Frieda tampoco quiso hundir el dedo en la herida, así que pidió que Leonard fuera el que la dijese qué era lo que había sucedido.

Leonard se lo contó todo desde el principio. Por lo menos con Frieda se podía hablar. Le contó todo menos el beso inoportuno.

—Entonces… requieren de nuestra presencia —respondió Frieda —. Eso quiere decir que no hay lugar para una negativa.

—Sabes cómo son, Frieda. Si nos negamos a aparecer ante ellos, nos buscarán y querrán saber por qué nos desistimos. Al aceptar ser uno más de la Orden también nos expusimos a esto. Seguimos guardando el secreto y eso tiene un precio.

—Bastante que nos dejaron rehacer nuestras vidas —dijo Frieda.

—Nos dejaron marchar sin poner objeciones, pero conozco la verdadera naturaleza de esos hombres y hay mucho pez gordo involucrado en esos tesoros. No van a pretender que tres exmecenas pongan en riesgo sus proyectos.

Frieda miró de reojo a Erika, quien a su vez observaba a Leonard.

Después de unos segundos de reflexión, Freida pensó en un plan.

—Ya está, chicos, ¡lo tengo! Iremos los tres a donde quiera que se haga la reunión y haremos esta última misión. ¿Qué estamos perdiendo?

—¡Tiempo! —dijeron Leonard y Erika a la vez.

—Tiempo que nos hace falta para convencer a la Orden de que estamos fuera de esto y que si hemos decidido volver es por el tesoro que mató a nuestro amigo Adler —respondió Frieda contundente.

Aquel tesoro maldito seguía siendo un enigma para la Orden. Se había buscado en muchos lugares, incluso bajo el agua, pero quien lo había encontrado jamás había dicho su paradero. Había sido Adler quien, envenenado por la codicia, un buen día, había desaparecido de la Orden y solo se había sabido de él que había guardado un tesoro que lo había vuelto loco hasta su muerte.

Un cuarto hombre entró en el despacho sin llamar a la puerta.

—Mi amor, Erika… —calló cuando observó a Frieda y a Leonard —. Siento interrumpir. Pensaba que estabas sola…

Ray era alto, un poco más alto que Leonard, aunque no superaba en atractivo a este. Tenía su larga cabellera atada en una elegante coleta. Rubio, con ojos color caramelo, podía derretir a cualquier mujer, salvo que él solo tenía ojos para una mujer. Y la tenía justo enfrente.

—Mi amor… —La besó en los labios.

Erika no esperaba que su novio fuera a buscarla aquel día y mucho menos que la interrumpiese de esa manera, pero aprovechó la tirada para demostrarle al que había sido su prometido, Leonard, que ella era independiente y que había rehecho su vida.

Frieda agrandó sus ojos color violeta y miró hacia las paredes para no observar la escena. Era demasiado embarazoso ver a Leonard cayéndosele el alma a los pies al ver que otro había usurpado su lugar, pero era obvio que, en siete años, cada uno había intentado encauzar su camino. Ray y Erika llevaban dos años y vivían juntos en un piso sencillo de Berlín.

Si alguien le hubiera sacado sangre a Leonard en ese preciso instante, no habrían obtenido ni una gota. Estaba muerto. Tocado y hundido. Había pensado en esa posibilidad. Erika era preciosa e inteligente, el ser más noble que jamás había conocido. Entendía que si él regresaba a su vida podría encontrarse con aquella situación. No era lo mismo pensarlo que verlo. Era demasiado cruel hasta para un ser condenado como él.

Leonard se sentía prisionero de sus recuerdos. Aún permanecía encerrado por sus pecados. Aquello era demasiado cruel para merecérselo.

Erika saboreó aquel momento como si fuese una victoria, pero ¿para quién realmente? Ella no se sentía victoriosa.

—Ray, te presento a Leonard. Él es… —Miró a este sin saber bien qué decir.

—Hola, Leonard, soy Ray. —Le estrechó la mano con cordialidad.

Ambos se estrecharon la mano y sus miradas decían más que sus hechos. Quizá no hizo falta que Erika terminase la frase, pues Ray sabía quién era aquel tipo. Lo había visto en fotos, escuchado a Erika hablar de él en sueños, atormentado solo de pensar que podía regresar.

Le había trastocado su serenidad. No es que no confiase en Erika, sino que le atemorizaba perderla. Ella era su vida. En dos años había

amado con más intensidad que nunca y el hecho de que el fantasma de Leonard siguiese apareciendo en los sueños de su amada lo tenía encabritado.

Aquel apretón de manos tan solo fue el principio. Erika no pudo acabar aquella frase. ¿Qué había sido Leonard para ella? Ahora, teniendo delante a los dos hombres de su vida, no había cabida para la razón. Se encontraba en una encrucijada.

No. Ella ya tenía su vida y dentro de ella había decidido apartar a Leonard. Él no era una elección. Era su pasado. Ahora su presente era Ray y sus planes de futuro. Erika ya había elegido, pero ¿a qué venía aquella sensación de vacío y duda? No podía permitírselo.

—Ray, Leonard ha venido a hacer la entrevista…, pero ha llegado tarde e iba a irme ya, ¿verdad Frieda?

—Cierto —contestó esta un tanto confusa.

—¿Y bien? ¿Vas a contratarlo? —preguntó Ray divertido.

Erika se sonrojó inevitablemente ante la situación. Ray no sabía nada sobre la Orden de Leyna. Era un secreto. Nadie debía saber que ella formaba parte de un grupo clandestino de mecenas. Eso jamás. No podría exponer a Ray ante el peligro.

—Sabes que antes de dar una aprobación, siempre lo consulto con la almohada… —respondió con un brillo especial en sus ojos.

Leonard apretó los puños. ¿Vivían juntos? No. Erika jamás se hubiera ido a vivir con otro hombre que no fuera él. Ellos habían vivido juntos y habían prometido no convivir con nadie más en sus vidas. ¿Aquello también se lo había llevado el viento? Las promesas, los momentos, los besos robados, las caricias… Y entonces, ¿qué quedaría de aquella relación? ¿Tan solo recuerdos? No era justo. Su relación merecía una medalla de honor, un lugar especial en sus corazones y no un pasaje de primera clase hacia el olvido.

—He venido porque he visto que llovía a cántaros y no quería que condujeses así.

Ray jugueteaba con el mechón de Erika. Él era el macho alfa en aquella sala y debía marcar territorio.

—Gracias, mi amor, pero iba a llevarme Karl.

—¿Karl, el chófer?

—Sí, querido. Ahora puedo disponer de él. Aun así, prefiero tu

compañía.

Mientras se dedicaban arrumacos que a Leonard le hervían la sangre, Frieda escogió el mejor momento para acercarse a este y tomarle con ternura del brazo.

—Vayamos a tomar una copa, ¿no te parece? Salgo en cinco minutos.

Leonard, quien observaba a la feliz pareja, ardía en llamas con cada segundo perdido. Era él quien debía estar en los brazos de Erika.

—De acuerdo —le contestó sin muchas ganas—. Vámonos.

Erika disfrutaba de la situación. Su yo interior gritaba en rebeldía. Ya era hora de poner a aquel que había sido su prometido en su sitio. Se lo merecía, aunque una parte de ella sufría como lo hacía Leonard. Ella también sangraba.

Tampoco le agradó ver cómo Frieda se iba con él.

—¿Te encuentras bien, vida mía?

—Sí, Ray, cariño. Estoy bien. Solo estoy un poco cansada. Vayámonos a casa. Me duele la cabeza.

—Estupendo.

—Recojo mis cosas y nos marchamos.

El día fue extrañando un solo ápice de luz que diera vida, pero las constantes lluvias no habían más que encharcado un corazón vacío hasta el momento. El anhelo había tomado forma entre las sombras y Erika no era capaz de apartarlas.

Leonard formaba parte del pasado, pero anhelaba ser el presente de Erika y no estaba dispuesto a ser un fantasma y una simple sombra sobre sus recuerdos.

2

Amor a quemarropa

Frieda y Leonard habían tomado asiento frente a la cristalera de aquel viejo café decorado a lo Pop Art. Varios cuadros de Andy Warhol lucían en las paredes y en el *merchandising* que proporcionaba el local. Había servilletas, platos y hasta tenedores decorados con las obras más célebres del artista.

Mientras el camarero les tomaba nota, Frieda no perdió detalle en la fisionomía de su acompañante. Suspiraba mientras contemplaba al Hércules personificado que se ausentaba en unas sombras demasiado tortuosas: sus manos gruesas, su busto notorio que se adhería a esa camiseta aún húmeda, sus ojos turquesa y tristes debatiéndose entre el amor y el odio, su mandíbula cuadrada y varonil, su sonrisa incómoda de medio lado, su pelo revuelto y descuidado.

Recordaba a aquel Leonard que había deslumbrado a su exigente amiga Erika y el que ahora observaba llevaba consigo el porte de un hombre que no se dejaba vencer por las circunstancias, que tenía tanto odio en su alma que no podía esconderlo. Era la viva imagen de un ángel caído, perverso y divertido, al que le habían cortado las alas para descender del reino de los cielos y cautivar a los mortales.

—Tomaremos un Martini y cualquier ron para mí estará bien —dijo Leo al camarero devolviéndole la carta de copas.

—Muy bien. Que pasen una noche agradable. —Les sonrió y después se retiró.

—Aún sigues amándola más que a tu propia vida, ¿verdad? —preguntó Frieda—. Hay cosas que ni el tiempo puede llevarse porque se quedan en el limbo de nuestras emociones. Siempre están ahí para machacarnos el cerebro, para reaparecer justo cuando creemos que hemos rehecho nuestras vidas y ya no nos duele. Creemos que el tiempo es mágico. Es ese fiel amigo que se lleva nuestras penas para arrojarlas al abismo y dejarnos más tranquilos, pero nada fuera de la realidad. El tiempo nos demuestra que una vez fuimos amados y que, a pesar de luchar contra la adversidad y desear de nuevo amar, el tiempo pasado fue mejor, que amamos con tanta intensidad que nada va a ser igual, que jamás sentiremos lo mismo.

—No sé a qué te refieres exactamente.

—Leo… —El diminutivo hizo que Leonard anhelase el pasado con más intensidad—. No hace falta que haya secretos entre nosotros. Con mantener el secreto de la orden nos es suficiente. Dime, aquí y ahora, qué sientes por Eri.

Leonard bajó la mirada hacia las aguas oscuras de su copa de ron.

—Nada. —Su respuesta fue automática. Incluso a él le pareció real según salía de su boca—. A veces hay que cerrar puertas para abrir otras.

—Entonces, ¿qué demonios ha pasado en la oficina?

—Nostalgia pura y dura. Erika ya tiene quien la siga cual perrito faldero. Ahora ya no es la Eri que yo conocí ni yo tampoco soy el Leo que ella conoció. Los momentos no pueden borrarse de nuestra memoria, pero son los que nos hacen cambiar.

—Ray es un buen hombre. Se conocieron cuando Eri iba a inspeccionar una iglesia para su restauración. Él…

—Frieda, no me interesa quién es él ni a qué se dedica. —La interrumpió con brusquedad. Frieda asintió—. Perdóname Frieda, no era mi intención hablarte así, es solo que no lo veo trigo limpio. Su mirada no es limpia. Hay algo en él que me inquieta.

—De momento hace feliz a nuestra Eri, y eso es lo que debería alegrarnos. Y bien —dijo mientras removía su Martini con una pajita —, ¿qué planes tienes para enfrentarnos de nuevo a la Orden?

—Este no es el lugar más adecuado para hablar sobre el tema. Las paredes tienen oídos y no podemos descartar que alguien nos haya seguido. Sabemos hasta qué punto son capaces de obtener lo que quieren… Termínate tu Martini y vayamos a mi casa. Allí estableceremos un plan.

—¿Crees que Eri se unirá a nosotros?

—A estas alturas, no podemos contar con ella. Si decide venir con nosotros, seremos más fuertes.

—Hablaré con ella cuando tenga ocasión…

—Será peor si intentas convencerla. Creerá que he sido yo el que te lo he pedido.

Frieda suspiró.

—No sé qué voy a hacer con vosotros… Erika es muy terca y tú un orgulloso…

Tras el encontronazo con Leonard, el rostro de Erika se había ensombrecido hasta tal punto que Ray se había percatado de ello. Este sabía por qué su amada estaba tan melancólica.

Estaba Erika retirándose los tirantes de su vestido frente al espejo cuando llegó Ray por detrás y la atrajo hacia su cuerpo con fiereza.

—Mi amada, mi todo… Mi dulce Erika —le susurró—. ¿Sabes que te amo con todas mis fuerzas? ¿Sabes lo que me excita verte desnuda? Tienes un cuerpo precioso. —Le pellizcó uno de los glúteos y volvió a acercarla hasta su erección.

Erika gimió sintiendo que su cuerpo se reactivaba ante una nueva oleada de pasión. Necesitaba sentirse amada. Aquel era el momento más oportuno para desvanecer los fantasmas de su pasado. Por eso se dejó hacer. Ray era muy pasional y le gustaba la forma que tenía de hacerle el amor.

—Ray…

—Sí, mi amor… Llámame así. Yo te haré perder el sentido. No sentirás nada más que nuestros cuerpos abrasados piel con piel.

Continuó bajando sus dedos por la carne expuesta de Eri y no hubo un espacio que él no explorase. Lamió su cuello y lo mordisqueó. Tomó con los dientes el lóbulo de su oreja y lo lamió. Todo su cuerpo era suyo. El cuerpo del deseo. Así era el cuerpo de Erika para él. Necesitaba hundirse en ella y decirle que él era el adecuado, que estaban hechos el uno para el otro, pero Eri solo veía a Leonard tras ella, mostrándole sus encantos ante el espejo para que todo quedase inmortalizado. ¿Cómo olvidarlo si formaba parte de su ser?

—Tómame, Ray, como si no hubiera un mañana… —exigió entre gemidos.

Ray captó el mensaje y respondió con avidez. Cualquier cosa que ella le pidiese, él estaría a su merced. La tomó entre sus brazos y se dirigieron hacia la cama. Allí hicieron el amor como dos adolescentes, solo que el ritmo lo marcaba Erika y era el mismo que Leonard le había mostrado la primera vez que ambos habían conocido sus cuerpos jóvenes.

Frieda observaba la decoración que Leonard había escogido para su loft. Era de estilo minimalista, con negros y blancos en las paredes y en los muebles. Todo estaba limpio y organizado. Así era Leonard. Había dejado su personalidad en cada uno de los rincones de su casa. Incluso, la pared que estaba reservada para los recuerdos era propia de un amante del arte y del diseño. En ese espacio había fotos en

marcos de distintos tamaños y niveles colgados en la pared.

—No falta nadie en este rincón privado. Nos tienes a todos fichados.

—Son solo recuerdos. Antiguamente no había forma de inmortalizar los momentos porque no había cámaras. Por suerte o por desgracia, hoy tenemos recuerdos hasta de nuestra primera fiesta de graduación —contestó Leonard sonriéndole a una foto en la que salía él con sus padres mostrando su primer diploma.

En otra foto, estaba Erika y su famosa sonrisa. La sonrisa que le había atormentado las veces que se había acercado hasta esa pared y contemplado su bello rostro.

—¿Por qué sigues teniéndola en fotos? ¿No te resulta más doloroso, Leo?

—Es más doloroso para mí tenerla en una caja olvidada. Hay que ser valientes y afrontar la realidad. Hay momentos que no fueron inmortalizados en fotografías y aun así están en nuestra mente grabados a fuego, así que era mejor para mí acostumbrarme a su ausencia. De las veces que he observado esta pared, me he acostumbrado tanto al dolor, que ya ni lo siento. Lo más difícil fue entrar en esta casa y no verla acomodada en el salón o dormir solo sin sentir su calor.

Se acomodaron en el *chaise longue* gris del salón. Estuvieron hablando de numerosas cosas recordando el pasado, de cómo se habían conocido cuando Erika los había presentado en la Orden.

—Te mantenías a la sombra, Frieda. Siempre era Erika antes que tú. —Le recordó Leonard.

—Quizá porque quería que ella destacase. A mí me daba igual pasar desapercibida. Ella era la guapa y la simpática. Yo solo era la amiga fea que no hace la competencia a su amiga la guapa.

—Para mí no eras fea, Frieda. Tenías cierto encanto. Además, jamás había visto unos ojos tan bonitos y singulares como los tuyos. Nadie te apartaba de la luz. Eras tú la que lo hacía.

Frieda se sonrojó. Hacía tiempo que un hombre no la halagaba así.

—El patito feo cambió a cisne… —Sonrió—. Conocí a ese tipo en la Orden y me hizo cambiar de opinión con respecto a mi físico.

—¿Quién era? ¿Albert? Sí, Albert se llamaba. Se os veía bien.

—Albert tan solo fue ese hombre que me abrió los ojos. Necesitaba conocerlo para darme cuenta de lo que valía. Tenía la autoestima por los suelos y, gracias a él, mi mundo cambió. Todo tiene su razón de ser. Mi destino era conocerlo.

—¿Qué pasó entre los dos?

—Incompatibilidad. Cuando conoces realmente a una persona y convives con ella, sabes que no te hará feliz. Lo importante en una relación es la comunicación. Ya no solo el sexo y el respeto. En mi opinión, si una pareja no tiene de qué hablar, al final la relación va enfriándose. Eri y tú teníais muchas cosas en común y siempre estabais hablando. ¿Por qué dejaste que se fuera?

—Es un tema demasiado doloroso, Frieda. Prefiero no hablar de ello.

Se levantó y cogió un cigarrillo del cajón. Se lo encendió y absorbió la nicotina como si fuera la mejor fragancia del mundo, la que le hacía evadirse.

—Creía que habías dejado esa mierda, Leo…

—Lo intenté pero, después de que Eri se marchase, el tabaco volvió a llamarme. Ahora ya no estoy solo.

Frieda negó con la cabeza y se masajeó las sienes.

—Y dime, ¿qué planes tienes para la Orden?

Leonard volvió a tomar asiento, pero antes se quitó la camiseta. Hacía calor. No sabía si era por el canalillo de Frieda o por el aire denso que se filtraba por la ventana.

—Nos reuniremos con ellos la semana que viene. Quieren que descubramos el tesoro pirata que se halla bajo las aguas, pero no saben por dónde empezar. Ellos nos proporcionarán armas. La Orden me enviará dinero para hacer las respectivas compras. También nos enviarán los billetes de ida, pero primero tengo que confirmarles que contarán con nosotros. ¿Cómo llevas el manejo de las armas, Fri? ¿Aún recuerdas cómo se usa una pistola?

Frieda asintió. Le encantaban las pistolas pequeñas y potentes.

—Entreno todos los días, Leo. Estoy más que preparada, pero quizá Eri necesite nuevas instrucciones. Desde que está con Ray, ha desaparecido de la sociedad. Hablaré con ella. Tiene que aceptar el encargo si no quiere verse involucrada y perseguida por la Orden.

—Aquí estaré esperándola para cuando ella decida venir y comprobar qué tanto recuerda el manejo de las armas. Es fundamental que vayamos preparados para lo peor. Ya sabemos que en este mundo no solo está interesada la Orden en hallar tesoros. Vendrán de todas partes con la intención de macharnos como si fuéramos simples cucarachas. —Sorbió del cigarrillo—. Mi plan es ir a esa maldita reunión, hacer lo que nos piden e ir equipados. Debemos dejar las emociones a un lado. Esto es serio… puede que no salgamos vivos de la misión, así que hay que estar concentrados por si se nos presentase un altercado. ¿Aun tienes el manual? Repasa todos los parámetros, Fri. Cualquier paso en falso y eres una mujer muerta.

—De acuerdo, papi —bromeó e hizo un saludo militar—. A sus órdenes.

Ambos estuvieron recordando los parámetros más importantes para sobrevivir si se quedaban sin provisiones. Debían mantener sus mentes abiertas como si fueran animales salvajes en la jungla, desprovistos de ropa y de comida.

Mientras charlaban y reían sin parar, preparaban la cena. Siempre se habían llevado muy bien y los años no parecían haber pasado entre ellos.

—¿Te acuerdas cuando me caí de culo en aquellas maniobras? —preguntó Frieda mientras se reía a carcajadas—. El objetivo era esconderme del enemigo y no vi aquella maldita piedra. Entonces caí de culo y todos os partisteis de la risa.

Leonard se vio contagiado por la risa de Frieda y la acompañó en un estallido de risas.

—Eras un poco patosa. Yo decía que no ibas a sobrevivir a una revuelta y me sorprendió ver lo buena que eras utilizando la G42.

Comieron una ensalada y un par de filetes de pavo cada uno. Parecían haberse saciado, pero había algo que les faltaba en aquel día de verano lluvioso y sudoroso.

—Estaba todo muy rico, Leo. No sabía que cocinabas tan bien…

—Un hombre debería saber hacer de todo y no depender de nadie. Como dice Gilbert: «No dependas de nadie. Hasta tu propia sombra te abandona en la oscuridad».

Los ojos de Frieda brillaban achispados por el vino tinto. La velada estaba siendo tan acogedora que no deseaba aún marcharse. Hércules aún seguía sin camiseta y para una mujer aquello era una

distracción, y más considerando que aquellos pectorales eran musculosos y sedosos al tacto. Ella misma se había dado cuenta de lo suave que era su piel cuando, sin querer, le había pasado el plato a Leonard.

—Claro que también ahora lavarás los platos, ¿verdad? Eres un hombre completo… Me pregunto cuál es tu defecto y si es tan horrible como para prescindir de compañía femenina en todo este tiempo.

Leo sonrió complacido. El vino y su sabor era magnífico, pero en la boca de Frieda debía saber infinitamente mejor. Sus ojos pasaron de observar los ojos color lila de Frieda a su canalillo dispuesto a reventar y salírsele de la blusa con el calor que hacía. Eso para un hombre era una distracción que no podía soportar y más considerando que Frieda había dejado claro desde el principio en aquel viejo café lo que estaba buscando de él. Lo tenía muy fácil, pero seguía siendo su amiga.

—Los platos pueden esperar, Fri… Ahora brindemos.

—Tenemos una buena razón para hacerlo. —Alzó su copa—. Hemos vuelto y estamos dispuestos a luchar contra viento y marea.

—Así es. ¡Por nosotros…!

Y las copas chocaron antes de que el líquido recorriera sus gargantas secas e intentasen llenar sus corazones vacíos. Frieda dejó su copa sobre la mesa e hizo lo mismo con la de Leonard. Ambos se miraban con curiosidad, abrumados por ese calor que les quemaba y les hacía sudar.

—Leo, no quiero que me quieras esta noche. Tampoco yo quiero quererte como deseas. Para ello se necesita tiempo y nosotros no necesitamos perderlo. Hay una cosa que ambos anhelamos y no encuentro otra forma mejor que esta para que hoy nos sintamos menos desdichados—. Se desabotonó la camisa poco a poco dejando al descubierto sus carnosos pechos.

Leonard se perdió en esos dos ejemplares tan bien puestos y deseó no haber reaccionado así, pero su instinto no le había permitido una huida.

—Frieda, nos conocemos desde hace años. No deseo perder nuestra amistad ahora que nos hemos reencontrado.

—No vamos a perderla. —Cogió la mano de Hércules y la puso sobre uno de sus pechos—. Solo a fortalecerla. Deja que sea yo la que te llene esta noche, la que cubra tus instintos primarios. No soy Eri.

Soy una mujer sencilla que siente y padece, y que tiene las ideas muy claras al respecto. Sé que tú no me abrirás tu corazón. El mío no te pertenece, pero nadie ha dicho que como requisito se ame para entregarse a alguien.

—No quiero herir tus sentimientos… Me he vuelto frío y egoísta. Quizá esperes más de mí una vez acabe todo esto y quieras escuchar con ternura palabras que no siento. Quizá sea yo el que espere más de ti y acabemos repitiéndolo. De cualquier modo, solo estaría utilizándote. Ante todo, eres mi amiga.

Frieda no deseaba amor. Necesitaba sentirse deseada. Su corazón sufría tanto o más que el de Leonard, pero nadie sabía por qué. Ella había procurado no abrir su corazón a nadie, ni siquiera a su mejor amiga Erika, quien al parecer se había distanciado tanto que se estaba convirtiendo en una desconocida.

—¿Y quién dice que no seré yo la que te esté utilizando a ti? Sexo sin compromiso. —Se acercó hasta su boca y la lamió con posesión—. Creo que nos vendrá bien desfogarnos. Mejor tener sexo contigo que con un desconocido. Tú lo necesitas, pero yo aún más. Así que deja de hablar, ¡maldita sea!, y empieza ya con los preliminares.

—Eres preciosa, ¿lo sabes? —Le acarició la mejilla mientras que con la otra mano le acariciaba el pecho.

Una vez consumada la noche, Frieda acabó exhausta al lado del Hércules que le había mostrado sus capacidades sexuales. No era por el sexo por lo que Erika lo había dejado. De eso estaba segura.

Se sentía plena y satisfecha mientras hacía bucles con los mechones de Leonard.

—No sabía que lo amaras, Fri —Le dijo sincerándose.

Estaban manteniendo un momento demasiado íntimo para los dos y eso les hacía sentirse incómodos.

—¿A qué te refieres, Leo?

—Amas a Ray, el novio de tu mejor amiga.

Frieda tragó saliva amarga al escuchar ese nombre en el lecho. Era obvio que había utilizado el cuerpo de otro hombre para hallarse junto al de su amor platónico. Leonard tan solo había sido un recipiente, como muchos otros hombres.

—No voy a negártelo —confesó—. Te dije nada de secretos entre nosotros y, puesto que has mantenido una relación más estrecha

conmigo, no veo razones para mentirte.

—Has dicho su nombre cuando llegabas al orgasmo.

—¡Maldita mi boca! Lo que no hace abiertamente mi corazón, lo hace mi maldita e insensata boca. Me ha delatado…

—Quizá era lo que necesitaba para cerciorarme, pero hay que ser un estúpido para no darse cuenta de ello. Vi cómo lo mirabas en la oficina… Estabas tan pendiente de que tu amiga no notase un cambio en ti que no te has dado cuenta de que yo estaba presente.

—¿Qué vamos a hacer, Leo?

—Lo veo complicado… Siempre podemos tener esto. —Sonrió no convencido.

—Siempre pensaré en él y tú siempre pensarás en ella. Estés con quien estés, vayas a donde vayas… Sigues amándola, te cueste o no reconocerlo.

—Dijimos sexo convencional, no que diéramos paso a las confesiones en el lecho. Hablar del tema o echarla de menos no hará que la olvide, así que me temo que lo tengo jodido.

—Lo interpretaré como un sí… y ahora, podrías hacerme algo de comer. Tengo hambre…

Ante la cara de sorpresa de Leo, Frieda se rio.

—¿Qué esperas? ¿A que te diga: «Mi amor, tráeme algo a la cama y te lo compensaré»? Creo que ya te he dado lo tuyo.

—Eres extraordinaria, Frieda Colleman. Y si ese gilipollas no supo apreciarte, es porque realmente no sabe lo que se pierde. —Se irguió de la cama.

—Si hablamos de gilipollas, Eri se lleva la palma. Estar con un hombre cualquiera por despecho es peor que follar con tu amigo.

—¡Eres una deslenguada! Manejas tu lengua igual que la G42.

Ambos se echaron a reír. Era un momento único en el que dos personas compartían amistad y el mismo sentimiento de abandono y de vacío. Solo ellos sabían que aquello era tan solo un desahogo, una distracción que no haría que ninguno de sus corazones se sintiese completo y amado.

3

Enero en Estados Unidos

DIEZ AÑOS ANTES

Erika Clinton era una mujer sencilla, de gustos clásicos por la literatura inglesa y de una delicadez extrema. Se había licenciado en Arqueología en Estados Unidos y ahora estaba dando tumbos de un lado para el otro en busca de sus sueños, pero cuanto más buscaba y ansiaba encontrar su lugar, más difícil se le hacía. Tanto fue así que el tiempo solo la hizo sentirse frustrada consigo misma. No tenía éxito en las entrevistas, no encontraba trabajos acordes con su profesión y, como era de esperar, tampoco tenía tiempo para perderlo en asuntos relacionados con el amor. El ser exigente incluso con los hombres hacía que le fuera imposible encontrar a un hombre que se ajustase a sus expectativas como mujer, pues no le daba oportunidades a ninguno que no cumpliera con unos requisitos básicos. Nunca supo por qué la vida la tenía tan desamparada hasta ese preciso instante en el que limpiaba una taza de café y un chico de ojos turquesa aparecía por la puerta de aquella cafetería. Todo transcurrió tan rápido que Erika no pudo sostener la taza de porcelana y se le cayó de las manos.

Vestía como un auténtico explorador. Erika recogía los pedazos de aquella taza cuando se perdió en sus pantalones y chaleco color caqui, mochila a los hombros y un arma en su chapuza sobaquera. Su piel estaba tan curtida por el sol que a Erika le fue difícil ubicarlo en algún lugar del mundo. Podría ser un militar estadounidense o un simple aficionado a la caza de cualquier nacionalidad. Lo que sí tenía claro era que nunca lo había visto aparecer por aquel lugar.

El chico no tendría más de veinticinco años, pero ya poseía el porte de todo un hombre maduro y consciente, lo que llamó la atención de Erika.

Para cuando el chico se acercó hasta la barra con paso lento pero firme y sentándose frente a ella, Erika empezó a hacer la caja para echar el cierre.

—Perdona, pero ya vamos a cerrar —avisó Erika con gesto cansado.

Había sido un día agotador. Un día repleto de clientes que iban y venían sin parar. Anna no se había presentado a trabajar y el personal

era escaso, así que Erika había tenido que trabajar por tres aquel día, al igual que Lorraine, su compañera y amiga, quien con maestría salía y entraba de la cocina preparando los platos para los clientes con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siento llegar tarde, pero he encontrado la puerta abierta y no he dudado en entrar —se excusó el joven—. Es el único lugar de por aquí que aún tenía luz. ¿Podrías darme aunque fuera un chupito de absenta?

Erika lo miró con el ceño fruncido. Aquel chico parecía merecer un chupito de aquel veneno tanto o más que ella, así que cogió dos vasos de chupito de la estantería y los puso en la barra uno al lado del otro hasta que los llenó con generosidad.

—Si no vas a pedir nada más, invita la casa. Ya tenía todo terminado para cerrar. —Sonrió amablemente Erika.

—Gracias.

El chico no se revolvió de su sitio cuando el líquido de absenta entró en su garganta resquebrajándole el sentido. Su día no había sido menos duro que el de aquella camarera.

Aquella chica era de las que no pasaba desapercibida, pensó. ¿De verdad era aquella la mujer de la que tanto había oído hablar? Claro que sí. Ahora entendía Leonard por qué Gilbert había puesto sus ojos en ella.

—Deberías salir de aquí —sugirió el chico—. Una mujer como tú no debería estar en un lugar como este donde abundan los hombres obscenos y las mujeres amargadas que vienen a olvidar a sus maridos con whisky.

A Erika le pareció gracioso e insolente. No pudo evitar sentirse atraída por él y se echó una risotada sarcástica.

—¿Crees que si tuviera algo mejor estaría aquí perdiendo el tiempo en ver a hombres borrachos y mujeres desesperadas?

—Me llamo Leonard O´Conell —se presentó amablemente respondiendo a la sonrisa de la joven—. Y sí… —Miró su vaso de chupito vacío como si fuera un tesoro—. Sí creo que hay algo mejor para ti que este antro.

Erika encogió los hombros.

—Erika Clinton. Y no. Te aseguro que ya he estado perdiendo el tiempo en buscar mis sueños. Parece ser una tarea difícil.

—No puedo creer que nadie más viera tu talento hasta ahora.

—¿Y tú sí?

—Llevo más de dos horas ahí fuera… Créeme. —Asintió con la cabeza—. He visto cómo has atendido a diez clientes sin pestañear.

—¿Me has estado observando?

Incluso para una mujer como Erika, el atractivo de aquel muchacho no le pasó desapercibido y, cada vez que él sonreía y dejaba ver sus perfectos dientes alineados, era contagiada y entonces ella también sonreía divertida.

—No. Mis gustos son más refinados que perseguir mujeres. Soy observador, eso es todo.

Ambos se quedaron unos segundos observándose. Se miraban los ojos, los labios, el mentón, las manos, los gestos, todo. Leonard estaba admirado con aquella mujer.

—Eres mucho mejor que como me describieron. —Soltó Leonard de repente.

Erika volvió de su ensimismamiento.

—¿Quién te ha dicho tal cosa si puede saberse?

—Mis jefes. Te ficharon hace unos días cuando cruzaron las puertas de este bar y fuiste tú, con tu mejor sonrisa, a atenderles a su mesa.

—¿Qué sois, unos cazatalentos?

—El talento se lleva consigo. No es adquirido por ningún poder terrenal y al parecer, según ellos, tú lo llevas consigo. Para embaucar a dos viejos exigentes como mis jefes, debiste de caerles demasiado bien.

Erika negó con la cabeza incrédula. Terminó lo que estaba haciendo y llamó a su compañera.

—Vayámonos ya. —Se dirigió hacia esta—. Está todo listo y este caballero ya se iba, ¿verdad? —Le guiñó un ojo cómplice.

Lorraine era menudita, pero llegaba lejos con su delantera y su don de palabra. Sabía cómo deshacerse de un cliente buscapleitos u otro que se negaba a pagar, cosa que Erika era incapaz de hacer.

Apagaron las luces y los tres salieron del bar.

—¿Te llevo a casa, Lorraine? —preguntó Erika con las llaves de su coche en la mano.

—No —negó repleta de curiosidad mirando de soslayo al portentoso hombre que observaba con admiración a Erika—. Hoy vienen a buscarme. Nos vemos. —Le lanzó un beso al aire y pronto desapareció de allí dejando a su compañera sola junto a un completo desconocido.

—Si sigues mirándome así, creeré que eres un asesino en serie que viene a matarme y me obligarás a hacerte mucho daño. —Sonrió amenazante Erika.

Leonard se echó a reír. No esperaba ni mucho menos que aquella mujer, la cual no le llegaba más que a la altura de su ombligo, le amenazase sin remilgos.

—Solo protegía a Lorraine —continuó Erika sacando de su bolso un arma apuntándolo hacia el pecho del joven que parecía divertirse —. Y ahora, dime quién cojones eres tú y a qué has venido. ¿Creías que era una muchachita de bar que se deja embaucar por un hombre de metro noventa, curtido y necesitado de un buen polvo? ¡Ja, sorpresa!

—Ey, ey, ey… —Ensanchó su sonrisa y levantó los brazos en acto de defensa—. Tranquila… Soy un simple recadero y prestigioso arqueólogo que acaba de aterrizar en este bendito lugar para encontrarte.

—¿Quién te manda? —Hincó fuertemente el arma contra el pecho del muchacho.

—No sabía que las camareras llevaran pistolas en sus bolsos. Bendita pregunta, ¿qué llevan las mujeres en sus bolsos? —ronroneó como un gatito.

—¡Dios mío, cállate! ¡Y dime quién cojones eres o te juro que te mato aquí mismo! Como ves no me ando con ñoñerías.

—¡Está bien, está bien! Lo he entendido a la perfección, pero por favor baja el arma. No pretendo hacerte daño. Solo déjame agradecerte de nuevo tu invitación a ese asqueroso chupito de absenta.

—Es lo que me has pedido.

—La absenta es lo que más se parece al sabor del veneno de la serpiente.

—No lo sé. Nunca me he encontrado con una serpiente, aunque puede que tú seas peor que ella. A decir verdad, a mí tampoco me gusta la absenta. Sabe a pies.

Leonard no paraba de reírse.

—Entonces el veneno de la serpiente sabe a pies —confirmó Leonard.

—La única diferencia es que la absenta no te mata si no abusas de él. El veneno de serpiente sí.

Leonard tomó asiento en uno de los bancos que había esparcidos en el aparcamiento del local mientras seguía los movimientos de Erika. Esta aún tenía el arma en su regazo cuando tomó asiento al lado de él.

—Te he dicho la verdad ahí dentro. Soy Leonard O´Conell y vengo a proponerte una misión. Formo parte de un equipo de investigación dentro de asuntos especiales de la CIA. No soy yo el que debe hablarte de este equipo en cuestión. Eso se lo dejaré al viejo de Gilbert, si al fin accedes a venir conmigo mañana mismo.

Le mostró su documentación en regla y la placa que portaba de la CIA.

—¿Y qué tengo que ver yo con esa misión? ¿En qué podría ser de utilidad?

—Mis jefes saben que eres arqueóloga y no una arqueóloga cualquiera. No me preguntes cómo lo saben. Supongo que es información confidencial y que al igual que me buscaron a mí en su día, hoy te han encontrado a ti, así que no es de extrañar que la visita de mis jefes a tu bar fuera premeditada. Querrían valorarte antes de dar el visto bueno y, al parecer, has cumplido con sus expectativas. No destinan su trabajo a cualquier persona que se encuentran a su paso. Es muy importante para ellos que todo quede en secreto.

—Si no accedo, ¿me matarán para salvaguardar vuestra identidad?

Leonard cogió un cigarrillo de su bolsillo no sin antes pedir permiso a Erika y echar un vistazo rápido al arma dispuesta a usarse en su contra. Erika seguía mirando ceñuda e incrédula la documentación que el desconocido le había proporcionado.

—Nada de eso, pero te aseguro que mis jefes tienen una forma extraña de persuadir a sus candidatos. Lo hacen con tal dedicación y tacto que no pueden negarse.

—¿Por qué accediste tú? —preguntó levantando los ojos del papeleo.

—Porque me prometieron una vida mejor, llena de lujos. Tendría casa y coche propio, un trabajo digno y seguro dentro de la CIA. Hace tan solo un par de años que trabajo para ellos y no me he arrepentido de haberlo hecho.

—¿Dónde está el pero? ¿Dónde está la trampa?

—Todo entraña riesgos. Incluso tú en ese bar te sometes cada día a cualquier riesgo. Te prometen una mejor vida, pero… nadie te asegura que vayas a salir ilesa de las misiones.

Erika dejó los papeles a un lado y sopesó lo que el muchacho le había dicho.

—¿Dinero? ¿Cuánto? —Leonard le dio una calada a su cigarrillo y se lo ofreció a Erika—. Lo siento. No fumo.

—Ahora empiezas a hablar con propiedad. Así me gusta. Las ganancias son maravillosamente proporcionales al trabajo que hacemos. Nos lo curramos mucho y ganamos también mucho. Estoy hablando de millones.

—Imagino que, si es tan elevada la cuantía, el trabajo es más peligroso de lo que pensaba…

—Los arqueólogos tenemos que meternos en terrenos inexplorados. Se nos puede caer el techo encima, caernos en un hoyo donde no hay una posible salida o morir de cualquier enfermedad transmitida por residuos contaminados.

—Eso ya me lo sé, pero hay algo más… ¿Por qué has venido tú y no tus jefes directamente?

—Claro que hay más, pero eso no me procede a mí contártelo. Mis jefes te verán de todas maneras si mañana les digo que he obtenido un no por respuesta. Así que, debo darles una respuesta afirmativa. Si me han mandado a mí a buscarte es porque prefieren enviar a un chico guapo y convincente como yo. —Le obsequió una sonrisa.

Erika bufó.

—No te hagas ilusiones. Si accedo es por dinero. Ahora lo necesito.

—Por lo menos te lo pensarás. Te dejo esta noche para que

reflexiones y mañana, después de que llames a tu compañera Lorraine para despedirte de ella y mandar a la mierda este trabajo, estaré esperando tu llamada.

Se incorporó del banco recogiendo toda su documentación con el cigarrillo aún en su boca y le dio a Erika una tarjeta con su nombre y teléfono.

—Hasta mañana, señorita Clinton. —La tomó por sorpresa de la mano y como un caballero, le dio un beso.

—¿Un beso por qué? Si he tratado de matarte —preguntó confundida y tentada por una oleada de pasión oculta.

—Porque tú misma me has llamado caballero en ese bar. Y lo soy. No te dejes confundir por mi facha de estafador y asesino en serie observador de mujeres…

Le guiñó el ojo y antes de que su figura se hubiera perdido entre la espesa neblina de la ciudad, Erika contempló su silueta. Después volvió a leer aquella tarjeta de invitación:

«Leonard O´Conell

Arqueólogo»

—¡Espera, Leonard O´Conell! —Dejó de leer—. Tengo bastantes preguntas y una noche entera para que me las resuelvas —gritó Erika.

Leonard, un hombre pacífico y con una paciencia infinita, se dio la vuelta y retrocedió sus pasos para llegar hasta Erika.

—Entonces, ¿decías que tenías coche? Pues en marcha… Llévame donde tú te sientas más segura con un caballero oscuro como yo, princesa. —Sonrió.

Erika necesitaba saber quién era Leonard O´Conell y por qué la Orden había puesto los ojos en ella, en ella. Sí, en ella, una mujer corriente con gustos peculiares por la arqueología y un amor infinito por el arte. Tenía su lógica. Lo cierto era que había entregado tantos currículums por el mundo que no sabía desde qué parte de este, la Orden, había conseguido información sobre ella, pero tarde o temprano lo descubriría.

No hubo preguntas mientras compartían la música clásica del coche, ni un suspiro inoportuno mientras el calor entraba en sus cuerpos helados, quizá solo ansiaban conocerse un poco más. La atracción física era más que evidente y la extraña conexión que había entre ellos era especial, como si se conociesen desde hacía tiempo.

Erika llamaba a aquello un *déjà vu*.

Erika tenía un plan en mente. Giró el volante hacia la salida de la autopista, se dirigió hacia un camino empedrado y apartado de la luz y allí mismo, bajo un árbol, dejó el coche aparcado.

—¿Aquí es donde te sientes más segura con un extraño? —preguntó incrédulo—. ¿Crees que es el mejor lugar para hablar sobre lo que nos concierne?

Erika no pretendía hablar. No era demasiado habladora. Prefería compartir el silencio sin hacer nada, observando cómo el tiempo se detenía a través de aquellos ojos, ahora oscuros en la penumbra, ahora inciertos y desconocidos, pero que muy pronto serían su bálsamo, su barco para navegar a ciegas por el mar.

—Hablas demasiado y yo no tengo tiempo para tonterías, arqueólogo miembro de la CIA.

—Empiezo a creer que el viejo loco de Gilbert te ha puesto en mi camino con un propósito. Ese hombre y yo tenemos una conversación pendiente. Acabo de descubrir que tú estás muy loca o soy yo el que ahora mismo pretende perder los papeles y dejar de ser un caballero.

Erika, que ya conducía su mano hacia la entrepierna de Leonard, entreabría su boca dibujando una sonrisa traviesa, una sonrisa que incluso en la oscuridad, brillaba como una estrella.

—Entonces, deja de hablar y pierde los papeles. Deja de ser un caballero. Yo no soy una señorita y tú no eres un caballero. No perdamos más tiempo…

Nunca supo por qué aquel día había conducido su coche hacia aquel descampado, había parado bajo aquel árbol misterioso y había provocado al único hombre desconocido con el que había empatizado en toda su vida.

Leonard no se negó. ¿Cómo iba a negarse un hombre hambriento y poseedor de tanta testosterona? No había amor. Era imposible que aquello pudiese llamarse siquiera amor a primera vista, solo era atracción, una excesiva atracción que había nacido desde el momento en el que ambos se habían reído a la par, desde aquel instante en el que sus miradas se habían encontrado intentando descubrir si se podía atravesar el alma con una simple mirada.

No habían hablado de la Orden, ni del viejo Gilbert, ni de por qué Leonard había aceptado de buen grado formar parte de aquel grupo, pero Leonard sabía que, indirectamente, había dejado en bandeja toda

su intimidad, su manera de ver el mundo, su sinceridad.

Leonard había abandonado todo por entrar en aquel círculo. También había fusionado sus dos pasiones: la arqueología y el honor a su bandera por nombrarse mecenas y en ese momento, se reprendía a sí mismo por encomendarse aquella disparatada misión de conocer a Erika Clinton.

Se había despertado con un dolor agudo en su cabeza. ¿Dónde estaba? Cuando miró a su alrededor, torpe, aun entreabriendo los pesados párpados, reconoció su hotel, donde se hospedaba antes de partir hacia Alemania.

Sus manos estaban atadas a cada lado de la cabecera de su cama y, para su sorpresa, se encontraba completamente desnudo, expuesto al mundo.

Cuando pudo abrir los ojos del todo, lo primero que encontró fue una pintada de grafiti en la pared:

«ESTUDIA LAS FRASES QUE PARECEN CIERTAS

Y PONLAS EN DUDA»

«ILUSO»

Detrás de aquellas palabras escritas por una delincuente traviesa, veía a Erika Clinton pintarlas con soberana destreza, sonriendo maquiavélica con las consonantes y enfatizando las vocales mientras lo observaba como si fuera un pánfilo atado en su propia cama. Lástima que estuviera dormido como un tronco.

—¡Ja! —Negó con la cabeza contrariado. ¿Será maldita? ¡Qué hija de…! La absenta, sí…

Se reía y gruñía con tanta fuerza e ira que hasta Gilbert, al otro lado del pasillo, lo escuchó y entró tan rápido como sus piernas viejas le permitieron.

—¡Qué demonios…! —balbuceó el viejo al ver el panorama—. ¿Qué te ha pasado? Da gracias a que tengo cómo entrar, sino estarías aquí hasta que murieses de hambre.

Gilbert había visto delirar a muchas personas. Muchas por fiebre, otras porque eran lunáticas. Y luego estaba Leonard…

—¡No se te ocurra preguntarme qué hago así, viejo loco!

Gilbert bajó la cabeza y condujo sus pasos agigantados hasta el cabecero, donde desató las manos a su compañero y amigo.

—Tus prácticas sadomasoquistas no son de mi interés, Leonard, pero me debes una explicación de todo esto. Ni siquiera me has llamado para comentarme si la señorita Clinton…

—¡Ni se te pase por la cabeza preguntarme por esa ramera! —amenazó con ojos delirantes.

Gilbert empezaba a aunar piezas al leer el grafiti de la pared, observar las cuerdas y comprender la furia de su amigo.

—No estoy así por propia voluntad. ¡Ella me drogó! —Se defendió mientras salía escopetado de la cama y se vestía. Aún le dolían las muñecas de estar atado y más el alma que el cuerpo—. ¡Es el demonio en persona!

Gilbert se sentó a un lado de la cama mientras contemplaba un Leonard nuevo, un Leonard furioso que se vestía con demasiada agilidad y paseaba de lado a lado como si su pretensión fuera recorrer kilómetros para purificar su alma.

—Me he despertado aquí, desnudo y con una mala leche de cojones…

—Es evidente…

—Evidente es la reprimenda que le voy a dar yo a esa bruja desalmada. ¡Es condenadamente soberbia! Pero ¿qué se ha creído?

Incluso para un viejo como Gilbert, aquello le parecía gracioso y un poco embarazoso.

—No voy a decirte que te lo mereces —carraspeó—, pero a veces el ser iluso te lleva a cometer estupideces. Como esta. O en tu caso, a acabar como Jesucristo crucificado. Las mujeres tienen algo que las hace peculiares. Todas son diferentes y ese es el encargo que nos mandó Dios cuando nos creó, el desentrañar lo que esconde cada una detrás de una bonita sonrisa.

—No me vengas con gilipolleces, Gilbert. No estoy para bromas… ¡Maldigo su sonrisa!

—De un modo u otro, esta jovencita te ha dado una lección de honor, para que no vuelvas a confundirte…

Leonard había sido un hombre pacífico con una paciencia infinita hasta que había conocido a Erika. A partir de aquel momento, había sabido que jamás volvería a ser el mismo, que aquella mujer arpía le había arrebatado y se había mofado de… su hombría.

—¿No tuviste éxito? ¿Mando al hombre más atractivo de la Orden para convencer a una jovencita y me encuentro con que no has conseguido nada? Lo haré yo…

Adler apareció por la puerta justo en el momento en el que Leonard despotricaba contra Erika. Alder no quería mofarse de su amigo cuando Gilbert le contó lo sucedido.

—Mandaré limpiar este grafiti, amigo. Tranquilo… arpías así hay muchas, solo que siempre diste con las mojigatas y esta te ha dado para el pelo. —Se rio a carcajadas.

Leonard, que ya había tenido suficiente con el sermón de Gilbert, le propinó un puñetazo amistoso a Adler.

—No me puedo creer que hayas caído… —decía Adler mientras examinaba las cuerdas—. Esta mujer sabe lo que hace… Solo hay que ver cómo son las cuerdas de gruesas y lo elaborado que estaba su plan. Lo que no sé es por qué no te ha tirado por la cuneta y atado desnudo a un cactus. Deberías agradecérselo. A fin de cuentas, ha sido gentil contigo.

—¿Gentil? Eso es de ser una grandísima hija de…

—¡Leonard, basta ya! —interrumpió Gilbert—. Ya eres mayorcito para asumir una derrota. Me encargaré de hablar en persona con ella.

—¡Es una bruja! ¡No te atenderá! Lo mismo acabas peor que yo…

—No lo creo, amiguito. —Adler le daba unas palmaditas en la espalda—. Seguro que el viejo irá provisto de dinamita, armas nucleares y veneno por si intenta tentar contra su vida. El viejo sabrá persuadirla, no como tú. —Se volvió a mofar antes de salir con Gilbert por la puerta.

—¡Te arrepentirás de meterla en la Orden!

De todos, ¿quién era el que más se arrepentía de conocer a Erika Clinton? Desde luego que era Leonard. Y más adelante, conocería a la verdadera Erika Clinton, nada que ver a como se la imaginaba…

—¿Cómo demonios se las habrá ingeniado para traerme hasta aquí inconsciente? Eso tendrá que explicármelo…

Eran las dos de la madrugada cuando Erika salió de aquel mísero antro que tenía por trabajo, aquella repugnante y podrida alcantarilla, ese vomitivo y grasiento lugar que le minaba la moral cada día y le absorbía las pocas fuerzas que le quedaban, el zulo que la mantenía tras unos gruesos barrotes y le recordaban que tenía más parecido con

las cucarachas que con los humanos.

No sabía por qué, pero siempre salía con el mismo pensamiento de siempre: ¿esta va a ser mi vida? ¿Acabaré como la vieja y amargada Caru? El demonio que andaba suelto se llamaba Caru, la jefa de Erika. La odiaba. Nunca se había imaginado que acabaría odiando tanto a una persona. Su abuela siempre le había dicho que odiar a alguien era darle demasiada importancia, pero para Erika, odiar era más que un sentimiento, era la respuesta a las humillaciones que recibía a diario, la oportunidad que ella tenía para expresarse.

Nunca había odiado tanto a nadie como odiaba a Caru, esa mujer rechoncha y bajita, con patillas y rostro masculino, de rasgos hoscos y brazos repletos de pelos. Quizá siempre había sido una mujer despreciable. Su vida había sido tan lamentable y triste como para hacer la vida imposible a todo aquel que le hiciese la competencia. Fuera como fuese antes o después de conocerla, Erika tenía claro que jamás conocería a un ser tan sumamente perverso como Carussa.

Intentando olvidar el nuevo episodio o nueva pesadilla que Caru le había hecho vivir, se maldecía una y mil veces por ser tan imbécil y aguantar las humillaciones de su verdugo. ¿Qué ganaba humillándola? ¿Años de vida o un apartamento de tres estrellas en el infierno? No tenía sentido.

Se había prometido ignorarla, pero al terminar su jornada y revolverse en su propia mierda mental, se arrepentía de no haber sacado su demonio interior y poner fin a las humillaciones de esa sebosa mujer, engendro del mal nacido para atormentar.

—Erika, ¿dónde estás que no te veo? Los clientes preguntan por su cena y tú, ¿dónde demonios te metes? ¡Estoy cansada de buscarte…! —gritaba Caru enrabietada al otro lado de la cocina—. ¡Ahh, aquí estás! —Le dio unos golpecitos en el hombro—. ¿Qué haces que no estás en tu puesto de trabajo? Vamos, que para mí es como si no estuvieras porque para lo que haces…

Erika traía consigo un mal día. Había tenido que fregar el trastero, el rincón de la cartonera, limpiar las estanterías donde guardaban latas de conserva, también había preparado cientos de sándwiches, lavado los platos, limpiado la repisa donde se partiría la carne y también los hornillos y había dejado a aquel muchacho en ese hotel drogado y abierto de patas. Eso había sido lo más gracioso del día. Al fin y al cabo, le debía una sonrisa, ya que aún se estaba riendo a su costa.

Un hombre canoso y corpulento esperaba a ser atendido al fondo

del salón.

—¿No ves a aquel hombre que está mirando hacia aquí, estúpida? ¿A qué estás esperando? ¡Ve!

La voz de Caru, como si fuera una voz de ultratumba, hacía eco en el interior de Erika. La odiaba, sí. ¡Y cuánto la odiaba! Era una bruja. ¿Lo sería de verdad? Hizo caso omiso a sus hirientes palabras y se secó las manos en el mandil antes de dirigirse hacia la mesa del hombre canoso con cara de «estoy esperando desde hace rato».

«Ojalá te resbales con el suelo fregado, mala bruja», pensó Erika mientras, enfurruñada, llegaba a la mesa del señor.

—Disculpe señor, hasta ahora no he podido atenderle… —Ruborizada por la atenta mirada del señor, bajó la suya hasta sus propios zapatos, sucios de grasa hasta los cordones.

El desconocido abrió su periódico y la entregó una cuerda con la que ella se sentía familiarizada. Era la misma cuerda que había utilizado para enredar las muñecas del espabilado O´Conell. Enseguida, se sintió culpable, pero lejos de sentirse avergonzada, alzó la mirada hacia los ojos de aquel hombre y dijo:

—Se lo merecía. Entró a este bar a última hora de la noche, cuando mi compañera y yo pretendíamos irnos, intentó sobrepasarse y se hizo el interesante. ¿Es usted policía?

—No, no lo soy. Al parecer, señorita, no se acuerda de mí. Ya he estado aquí hace unos días. Veo que mi compañero no ha sido del todo fructífero. Mi pretensión era que, al ser un hombre atractivo, atrajese más su atención, no que tuviera que venir yo, este viejo que dista mucho de captar la atención y ser de interés para una mujer hermosa como usted.

Erika tragó saliva. Era Gilbert… del que hablaba el tal O´Conell.

—Mire, señor. No voy a robarle más tiempo y espero que usted comprenda que no estoy aquí para perder el mío. Tengo mucho trabajo por delante y necesitaría que su Orden y usted se vayan donde nunca pueda verlos.

Gilbert comprendía que Erika fuera una mujer desconfiada.

—Entiendo que no confíe en nosotros, señorita Clinton. ¿Y si me diera un voto de confianza? ¿Y si le dijera que puede confiar en mí? Usted no me conoce, pero yo la conozco tan bien que hasta se asustaría si le dijese cuál es su color favorito y qué hace los domingos… ¿Y si le dijera que tengo un futuro mejor que este? ¿Y si

le dijera que donde va a ir usted no hay nadie como aquel ser repugnante que la trata como si fuera un cero a la izquierda? Dese la oportunidad de avanzar…

Erika, nerviosa, cogió la libreta a toda prisa sintiendo la mirada fría y calculadora de su jefa en su nuca. Sabía que esta iría hacia donde ella estuviera para dejarla en evidencia.

—Por favor, no tengo todo el día… ¿Cómo puedo confiar en usted? ¿Qué garantías me da?

—Se lo diré si me permite cinco minutos más de su tiempo. —Erika asintió e invitó al viejo a proseguir—. Apunte en esa libreta lo siguiente…

El viejo de Gilbert pidió que dibujase el bosquejo de una catedral. Erika lo hizo a toda prisa sin reparar en los detalles. Era una catedral preciosa, de estilo gótico.

—Es todo lo que puedo ofrecer ahora mismo. Mi jefa me está presionando. Por eso es tan importante que me diga qué le pongo de cenar, señor.

Gilbert, quien miraba a Caru con ojos inquisidores, endulzó la mirada para detenerse en los ojos perturbadores de Erika.

—Bien. Le he pedido que me dibujase una catedral, pero no le he dicho cómo la quería. Ha elegido el estilo gótico. Quisiera preguntarle qué tiene en contra del románico…

—El gótico es más completo, tiene más detalles y por supuesto, es más avanzado en la técnica.

—De haber elegido el románico, con sus arcos de medio punto, usted me habría dado la respuesta equivocada. Todos los arquitectos y arqueólogos de mi Orden siempre se han decantado por el gótico. No esperaba menos de usted. Podría haberme dibujado una catedral románica al disponer de tan poco tiempo, ya que su inoportuna jefa no la deja vivir, pero ha elegido la gótica. En su fuero más interno, desea destacarse, señorita Clinton, desea salir de su vida sencilla para tener una vida más cómoda, más completa y avanzada en la técnica. Es usted un tesoro que por estos lares nadie valora como debiera. Venga conmigo, se lo ruego. Ahora soy yo el que se lo pide. —Sonrió como solo un viejo entrañable sabe hacer.

Contagiada por la ternura del señor, Erika dejó la libreta un momento y se dedicó a sonreír por una vez en todo el día, olvidándose de los fogones, de los clientes que estaban sin atender aún, de la

sebosa jefa que la acechaba a sus espaldas. Solo se limitó a sonreír complacida.

—Es usted muy amable, pero a este lado, la amabilidad es casi imperceptible. Usted no es como su compañero…

—Sueno más convincente, ¿verdad? ¿La he persuadido?

—Quizá…

—La espero a la salida, señorita. Y para que sepa que soy de fiar, le dejaré mis credenciales. Léalos antes de salir y compruebe los datos por teléfono si así se siente más segura. Y, por cierto —dijo y la tomó de la mano—, no deseo cenar, pero si me trae una jarra de agua bien fría, se lo agradecería infinitamente.

Erika sentía que las lágrimas salían solas de sus ojos. No pudo evitar sentir una pizca de consuelo en aquel viejo sabio, el mismo que le había hecho olvidar hacía un momento la tormenta por la que pasaba.

—En marcha, señor. Ahora mismo se lo traigo.

Antes de que la muchacha diese media vuelta para dirigirse a la cocina donde le esperaba una jefa malhumorada, el señor de pelo canoso volvió a interrumpirla:

—Disculpe. Sé que sabe mi nombre. Tan bien como yo me sé el suyo. Amarillo.

—¿Amarillo? —Arqueó una de las cejas.

—Sí, es su color favorito.

Ella asintió y no preguntó por qué lo sabía.

—Desde que era una niña, sí.

—Y le gusta visitar la tumba de su abuela paterna. Los domingos cuando se libra de esa estúpida mujer que tiene por jefa al menos por un día, se dirige con la misma chaqueta amarilla hacia el cementerio.

Erika suspiró. Aquel hombre había dado justo en el punto donde más le dolía: su abuelita paterna.

—El abrigo… —Se le quebró la voz— era de mi abuela.

Gilbert sonrió complacido. Erika le agradeció su aportación. Se llevó los credenciales a su bolsillo y partió a toda prisa hacia la cocina donde su jefa le recriminaba el tiempo perdido.

—¿Por qué cojones has tardado tanto, eh?

—Estaba hablando con el cliente. No se decidía y le he tenido ayudar un poco…

Caru, en jarras y con la cara desencajada y ojerosa, señaló a Lorraine.

—Tú y Lorraine os vais a ir a la puta calle como sigáis así…

Lorraine, quien preparaba un delicioso manjar de comida rápida, revuelto de carne de hamburguesa con patatas fritas, se volvió hacia Erika con el espanto en la cara. Lorraine tenía hijos y una casa que mantener. No era justo para ella.

—Por favor, Carussa. Prometo ser lo más rápida posible. Perdone a Erika, está acatarrada. —Se excusó Lorraine.

Caru miró con desprecio a ambas empleadas y volvió a presionarlas para que fueran más rápidas, tratándolas como si fueran auténticas mulas de carga, esclavas de un ama despreciable que no tenía piedad. Parecía un monstruo dispuesto a llevarse la paz que reinaba en los corazones de dos mujeres nobles, pues sabía que podía hacer con ellas lo que quisiese.

Y así fue el mal día de Erika. En realidad, todos los días eran así…

A Erika apenas le había dado tiempo a leer las credenciales de aquel señor, pero parecían auténticos. Al cierre del bar, hizo una única llamada para preguntar por el señor Gilbert, ya que a esas horas de la madrugada, el único lugar decente era un restaurante caro en Los Ángeles. Allí, el encargado de gestionar las llamadas habló sobre el viejo Gilbert como un cliente habitual, un cliente ejemplar y habitual, un hombre de bien.

No le dio tiempo a revisar más información, pues debían cerrar el bar.

—Hoy tienes más visitas, Erika… Hay un hombre fuera. Es obvio que no me espera a mí…

Erika miró hacia la salida. Allí estaba aquel hombre, justo como había prometido.

—Quizá sea un ángel que viene a rescatarme.

—Ojalá, cariño. Te mereces una vida mejor lejos de Caru. Todas hemos deseado sacar el demonio que llevamos dentro y mandar a esa loca bien lejos, pero lamentablemente nuestra vida está condicionada

y dependemos de la vieja. Aparte de esto, ¿qué más tienes en tu vida?

Una cucaracha de color marrón se detuvo frente a sus pies.

—¡Oh dios mío! —Se alejó del insecto—. Soy yo misma. Esta es la vida que llevo ahora mismo —le contestó consternada—. Hemos acabado como ellas, Lorraine, emergiendo al exterior para sobrevivir y llevando una actividad nocturna. Tengo muchas cosas… un coche y una licenciatura. Uno es demasiado gentil conmigo. La otra se niega a formar parte de mi vida. Así que esa es mi vida, como la de la cucaracha.

—Pues cámbiala. Vete de aquí, Erika. Hazlo por mí. Yo no puedo irme, pero tú aún estás a tiempo de cambiar tu destino. Haz lo posible por conseguir tus sueños…

—Así haré, amiga. Así haré… —Cogió las llaves del bar y se las entregó a Lorraine al salir.

—¿Me las das?

—Sí, Lorraine. Ya no voy a volver…

Lorraine ensanchó su sonrisa y una lagrimilla recorrió su escuálida mejilla.

—No pensaba que te lo fueras a tomar al pie de la letra. —Asintió complacida—Te echaré de menos, mi licenciada favorita.

—Ojalá pudiera darte un mejor futuro… Adiós amiga. —Se fundieron en un abrazo.

—Mi futuro está en casa. Mis hijos son mi hogar y cuando me voy de aquí, solo pienso en llegar a casa y besuquear a mis queridos hijos. Adiós, amiga mía.

Y así fue cómo Erika abandonó el mandil por un cincel…

—¿Adónde vamos? —preguntó Erika al encontrarse con el anciano.

—A un lugar donde esa mujer que tanto daño te ha hecho jamás vuelva a encontrarte.

Cuando salió de su cárcel, se encontró con un ángel disfrazado de anciano. Él se dedicó por completo a ella, como si fuera sus ojos, sus manos, su hija, la hija que nunca había tenido. Le enseñó el mundo del arte en toda su extensión, le obsequió con un nuevo hogar y una nueva familia, e incluso le enseñó a defenderse con las armas y el cuerpo a cuerpo. Ser un mecenas de la Orden de Leyna no era

cualquier cosa.

FEBRERO. VIAJE DESDE LILIENTHAL

HASTA BREMEN, ALEMANIA

Erika no había vuelto a ver a Leonard desde aquel día en el bar, pero sabía que tarde o temprano volvería a verlo, y este le pediría explicaciones sobre lo ocurrido. Había hablado sobre ello con Gilbert. Él pensaba que Leonard perdonaría aquel desatino y terminaría viéndolo como una anécdota más, pero Erika no estaba tan segura. Además, ella no pretendía hablar con él en absoluto.

Llegó la hora de que la Orden y sus integrantes conocieran a Erika.

Había pasado un mes desde que el viejo Gilbert había hablado con ella en aquel bar estadounidense y proporcionado un nuevo hogar en Lilienthal, Alemania. Erika abandonaba un continente con la esperanza de encontrar su sitio en Europa, respaldada en todo momento por su maestro.

Vivía en un piso coqueto en Lilienthal, cerca del casco antiguo. No quería lujos ni grandes cosas en su vida y, aunque Gilbert había insistido en que debía aprovechar al máximo de los servicios que la Orden la proporcionaba, Erika no deseaba nada más que aquel piso destartalado del centro.

Se volvió a mirar en el espejo una última vez para comprobar que sus dientes no estuvieran manchados con carmín de labios y que no tuviera ninguna arruga en el vestido.

Había sido un mes muy largo y tenso antes de darse a conocer en la Orden. Todo nuevo integrante debía ser preparado durante cuatro semanas intensivas antes de dar el gran paso hacia las respectivas presentaciones. Había aprendido demasiadas cosas en muy poco tiempo, como defensa personal, uso de armas, unas técnicas muy básicas de kick boxing, protocolos de seguridad de la CIA, la cual ya formaba parte de ella, el decálogo de la Orden, entre otras cosas.

Cogió el abrigo amarillo que tanto cariño tenía y salió de su modesta casa con entusiasmo.

En la acera, la esperaba Gilbert, su salvador, quien había elegido un esmoquin para la ocasión. Ella se había decantado por un vestido azul eléctrico de tubo con mangas, dejando entrever un elegante canalillo.

Se la veía pletórica. Por una vez en su vida estaba haciendo lo

correcto.

Gilbert era amante de los coches. Le encantaban las Ferrari. Y allí estaba, tan elegante como de costumbre, con su Ferrari roja.

Muy gentilmente, Gilbert salió del coche para abrir la puerta trasera a Erika.

—Hola, mi niña, estás preciosa. —La obsequió con un beso en la frente.

Abrió la puerta y cuál fue la sorpresa de Erika cuando se encontró a Leonard en el asiento. Frunció el ceño, se quedó paralizada y escondió su sonrisa. No esperaba verlo antes de la reunión.

—No me dijiste que iba a ser mi compañero de viaje… —Miró ceñuda a Gilbert.

—Perdona a este viejo senil. A veces se me olvidan las cosas.

—Pero que se te haya olvidado decirme esta…

Enfurruñada, aceptó de buen grado a su compañero tomando asiento a su lado. Leonard ni siquiera le había mirado. Estaba demasiado distraído mirando por la ventanilla.

Estaba aún resentido por lo que había ocurrido. Nadie se había reído de él así. Era difícil concentrarse en los verdes prados de fuera, en el ir y venir de la gente, en lo rápido que pasaba todo por sus narices. No podía ignorar aquella fragancia a vainilla, el calor que desprendía su brazo tan pegado al suyo y el roce de su pierna cuando Gilbert giraba en las curvas.

—Te harán mil preguntas —refirió Gilbert a Erika desde el retrovisor interior—. Si no quieres, no tienes por qué contestarlas. Solo te pido que seas un poco cortés. Ahora formarás parte de los nuestros y cuanto más discreta seas, mucho mejor. Limítate a sonreír cuando los demás sonrían. Comenta cuando alguien comente… Todos hemos pasado por esto alguna vez. Mi bisabuelo fue el fundador de la Orden y desde entonces, hemos continuado instruyendo mi padre y yo. Las normas se han ido adaptando a las nuevas situaciones, actualizándose cada dos años aproximadamente.

—Gilbert, sé cómo tengo que actuar… Sabré qué hacer en cada momento y de no ser así, te buscaré con la mirada para que me eches una mano.

—He pedido a Leonard que sea él quien te respalde. Antes de que te enteres por la Orden, prefiero decírtelo yo…

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

Para Gilbert no era nada sencillo tener que decirle aquello, pero Leonard también era como un hijo para él. Los dos eran hijos para él y debía hacer lo impensable porque estos empezaran a llevarse bien.

—Gilbert, ¿qué tienes que decirme? —volvió a preguntar.

Leonard, quien ya estaba cansado de tener que esconder su ira y abstenerse, habló:

—Nos han asignado compañeros de misiones…

—¿Qué? ¡No puedo creérmelo!

—Cuando se elige a un compañero de misiones, no hay opción para cambiarlo. Nunca, pues se ha de respetar. Tanto la decisión por unanimidad del consejo, como a tu compañero —intervino Gilbert sin atreverse a mirarla.

—¿No puedo negarme? Seguro que hay cientos de personas que podrían ser mis compañeros. ¿Por qué Leonard? —preguntó atragantada.

—Porque es el más adecuado. Es campeón mundial de Thai boxing, es el mejor integrante de la comunidad, es políglota y una magnífica y cualificada persona. Te estoy haciendo un favor, Erika. Aún no sabes lo que te espera en las misiones.

—Déjala, Gilbert —respondió Leonard—. Ya se dará cuenta…

Erika se mantuvo en silencio hasta el final del trayecto. Una vez frente a la estación central en Bremen, los tres bajaron del coche y un hombre uniformado, condujo el coche hacia el estacionamiento.

La catedral de San Pedro escondía secretos bajo los arcos inferiores de la nave central. En el sótano, se realizaban las reuniones clandestinas de los mecenas. Nadie sabía de este paradero, excepto los integrantes de la comunidad. Así debía ser siempre.

Para acceder al sótano, se debía entrar por el alcantarillado, bajo los suburbios. Aunque el olor y la suciedad no eran propios de aquellas personas importantes de la sociedad, debían considerarlo una tapadera para proteger a la Orden.

Al final de los conductos subterráneos, había una puerta de hierro. Detrás de ella, había un gran salón con mucho mejor aspecto que la entrada. El gran salón seguía estando bajo el suelo de la catedral de San Pedro. Las paredes estaban insonorizadas y, pese a la

sencillez de la decoración, la estancia era amplia y reconfortante.

Antes de bajar por la alcantarilla, Erika y Leonard vieron cómo el viejo de Gilbert descendía sin ninguna dificultad.

—Quiero pensar que no hay ratas —susurró Erika.

—Nosotros somos las ratas. Contribuimos por el bien social y tenemos que escondernos como ellas… No es justo —contestó malhumorado.

Ambos se detuvieron un instante para mirarse. Cuando Leonard tuvo la oportunidad de mirar los ojos lobunos de Erika, intentó averiguar cómo podía engañar al resto del mundo con esa carita de niña buena, con el don de la palabra y esa belleza natural. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de que Erika no se mostraba tal y como era, que se escondía bajo una coraza que, aunque pareciese dura y resistente, a los ojos de un hombre como él, era demasiado flexible para manipularla. Demasiado frágil. Demasiado evidente. Una sonrisa ancha, podría parecer una sonrisa fingida; arquear las cejas constantemente, bien podría parecer un tic nervioso; que escondiese las manos en los bolsillos de su chaqueta, podría denotar incomodidad, miedo, ansiedad.

Él sabía cuál era su punto flaco y apenas la conocía. Los ojos de Erika Clinton decían mucho de ella misma.

—Eres predecible, Erika Clinton. Egocéntrica y, ya que estoy, una barbie de plástico barato.

—¿Cómo dices? Háblale a mi mano…

Erika estaba tan enojada con él que no podía esconderlo. Pasó por su lado como si formase parte de la vía urbana.

Leonard la detuvo cogiéndola del brazo.

—No me trates como si no estuviera, Erika Clinton, hija del mismísimo demonio. Me pregunto qué ven en ti estos pobres ciegos. Tienes todo lo que odio en una mujer: palabrería pasada de moda y ese toque a pachuli que emborracha hasta un mosquito. De verdad, cambia tus modales. En aquel bar parecías más humana. Que esto no se te suba a la cabeza.

Erika tuvo que repartir el peso de sus emociones para no trastabillar. Se dio la vuelta tan rápido que Leonard no pudo evitar aquel sonoro bofetón. Le dolía más el ego que la mejilla, más su masculinidad que cualquier golpe. Sentía cómo aquellos ojos turquesa se fundían en los suyos. Ella era ahora pura lava vertida de ese volcán

que él mismo había puesto en erupción. Era obvio que Erika reaccionase así.

—Los hombres como tú tienen dos cosas que aborrezco: sois tan narcisistas y amorales que no veis más allá de vuestras narices. Te dejé claro que no era una mujer fácil y, sin embargo, babeabas por un beso de plástico.

—¿Beso de plástico? —No pudo evitar una leve sonrisita—. Me hace gracia la manera que tienes de pestañear cuando te enfadas.

Podía pestañear dos veces más rápido de lo normal.

—No me hace gracia. —Se vio contagiada por aquella sonrisa de bandolero—. El beso de plástico es aquel que se dan dos completos desconocidos una noche de deslices. Es un beso tan artificial que puede saber a cualquier cosa. Whisky, cigarrillos, carmín de labios… —Hizo una pausa y evitó una carcajada—. Bien, acabo de decir una soberana estupidez, ¿verdad?

—La verdad es que es la cosa más estúpida que he oído en mi vida, pero sí. Quería un beso de plástico. Necesitaba un beso de plástico. Anhelaba un beso de plástico. —Su mirada descendió de sus ojos hasta la comisura de sus labios.

—Cuando te vi entrar a ese bar, pensé que acababas de venir del Vietnam o de una jungla apartada de este planeta. —Puso los ojos en blanco—. ¿Quién iba a saberlo? ¿Debía fiarme de un desconocido? Pero tuviste que venir tú, con esa combinación color caqui y tu piel tostada. La cagaste, Leonard. Te hice un examen y lo suspendiste. Si hubieras estado más acertado, no habrías despertado solo y desnudo en esa habitación de hotel…

—¿Y cuál fue mi fallo, señorita?

—Uno bien grande. Tu prueba de resistencia. Te llevé al límite para comprobar cuáles eran tus intenciones. Es verdad, que ya de paso, comprobé tus credenciales y me aseguré de que eras de verdad quien decías ser.

Miró para otro lado.

—¡Bruja! —Dejó entrever sus dos hoyuelos, uno a cada lado de la cara.

—¿Qué otra opción tenía? Y de la única manera que ganaba tiempo, era drogándote.

—Lo tenías todo planeado…

—No —admitió y lo miró maravillada—. Surgió todo sobre la marcha. Y ahora si me permites, tengo una importante cita. Las brujas y los narcisistas se repelen como el agua y el aceite.

Leonard volvía a recibir una clase de honor.

—El agua y el aceite pueden convivir en un mismo recipiente porque no tienen escapatoria, así que el aceite acaba tarde o temprano cediendo parte de su propiedad junto con la del agua. Y quién diría que eso de ahí es una gota de aceite, cuando hervido, se fusiona y acaba desapareciendo en cientos de burbujas. El aceite tiene que ceder, le guste o no. Y ahora, vayamos… —Cogió la mano de Erika con delicadeza y la ayudó a bajar—. No quisiera que llegaras tarde el primer día de cole. —Le sacó la lengua divertido y ella le bufó como una gata.

Erika se quedó asombrada cuando vio el gran salón. Estaba todo iluminado y olía tan bien que parecía un lugar mágico. Todo el mundo enmudeció cuando la vieron entrar. Parecía una revelación ancestral, un hada del bosque, una reina. ¿Alguna vez, Erika había vivido una coincidencia inexplicable como aquella? ¿Por qué sentía como si ya conociese a la perfección cada detalle, cada persona de aquel clandestino lugar? Nunca lo supo. Se dejó llevar por el momento.

Gilbert, el gran maestro de la Orden, hacía las respectivas presentaciones. Allí, políticos, altos cargos de la CIA, arqueólogos, expertos del arte, miraban con curiosidad al nuevo miembro de la comunidad.

—Ahora somos uno más —decía Gilbert con los ojos vidriosos al mirar a su Erika—. Juntos lograremos hacer grandes cosas. Os aseguro que nunca me ha costado tan poco decidirme. Cuando vi por primera vez a Erika, supe que sería la mejor decisión de mi vida. Lleva conmigo cuatro semanas, la he instruido como mejor he sabido hacer y aquí la tenéis. Podéis preguntarla lo que deseéis.

Como era tradición, el maestro de ceremonias, hacía entrega de unos anillos que, en antaño, formaban parte de una comunidad de mecenas. Su símbolo era la flor de lis. Después, el compañero que había sido asignado al nuevo integrante leería el decálogo de la Orden. Erika tuvo ocasión de admirar el cuerpo de Leonard dentro de ese traje negro y esa camisa blanca. Leonard era prominente, un Hércules.

—Yo, Gilbert Henry II Weinmann, te entrego este anillo como símbolo de poder, soberanía, honor y lealtad, pureza de cuerpo y alma. De esta manera pertenecerás a este grupo de mecenas hasta que

así tú lo decidas libremente. Leonard hará los honores. Leonard, por favor…

Gilbert invitó a Leonard a subir al altillo, junto a Erika. Leonard sentía cómo su corazón latía a toda prisa. Estaba nervioso. Le templaban las piernas, aunque disimulaba muy bien.

—Como miembro de la comunidad, te pongo en conocimiento sobre el decálogo que nos une a todos. —Se desató levemente la corbata—. Deseo que tu estancia sea agradable y aprecies nuestro estilo de vida— Leonard se aclaró la garganta y se puso una mano sobre el pecho antes de leer el decálogo:

1. Amarás y respetarás la Orden por encima de todas las cosas, así como también obedecerás y te enfrentarás a las misiones que se impongan siempre considerando la peligrosidad ante el amparo del honor, de la valentía y de la vida de cada integrante.

2. Protegerás las artes y las ciencias y en esto se incluye cualquier actividad o producto realizado por el ser humano con una finalidad estética o comunicativa para expresar una idea, una emoción o visión del mundo, riquezas, tesoros, hallazgos…

3. La disponibilidad será completa. La Orden puede ponerse en contacto en cualquier parte del mundo, siempre respetando la intimidad y privacidad de cada uno de los integrantes de la comunidad.

4. Honrarás a tus superiores, así como a los demás compañeros sin hacer excepciones. Cualquier contratiempo o incidente con uno o varios integrantes se penalizará con la reducción de salario del 30 % y, de ser infracción grave, del 50 %, incluso la suspensión de empleo y sueldo durante dos meses. De considerarlo una infracción muy grave, se penalizará con la expulsión o encarcelación si supusiera un riesgo para la comunidad.

5. Uso de armas:

La defensa personal con cualquiera de las armas proporcionadas por la Orden será considerada legal. La comunidad será entrenada por su propia seguridad y la de la ciudadanía. Si el integrante de la comunidad falleciese, todos los bienes y pertenencias, serán cedidos a sus familiares. Los gastos fúnebres serán llevados por la Orden.

6. Mantendrás en secreto la naturaleza de la Orden, la identidad de los integrantes y la localización de los habitáculos utilizados para cada fin. De no obedecer este apartado, se tomarán las mismas medidas que en el apartado 4.

7. No cometerás actos contradictorios, dañinos o con otros fines, dejando en evidencia a la Orden y a sus integrantes.

8. La humildad, honestidad y humanidad habrán de considerarse como una obligatoriedad y principal herramienta de trabajo, indistintamente de los diferentes caracteres, prejuicios o ideales de los integrantes.

9. Se aceptará el despido voluntario siempre y cuando se siga protegiendo la naturaleza de la Orden y la identidad de cada integrante.

10. No codiciarás los bienes hallados, tales como: documentos, antigüedades, joyas, entre otros tesoros de valor incalculable. Serán devueltos a las entidades correspondientes.

Las normas eran sagradas y debían tomarse al pie de la letra. Leonard dejó a un lado el decálogo para tomar la mano de Erika, la que sería su compañera de misiones:

—Yo, Leonard O´Conell, prometo protegerte con mi vida, Erika Clinton. —Su voz de tornó ronca.

—Yo, Erika Clinton, prometo protegerte con mi vida, Leonard O ´Conell.

Ambos firmaron un documento en el que exponían que estaban de acuerdo con el decálogo y el destino que se les había impuesto.

Todos los mecenas se acercaron hasta Erika para tenderle la mano. Otros, sin embargo, se mostraron más cercanos y le dieron un abrazo.

—Ahora este será tu segundo hogar— dijo Gilbert—. Me alegro mucho de que formes parte de esa sede, mi niña.

Le dio un beso en la frente y después se mezcló entre el gentío.

—Ahora que vamos a ser compañeros de misiones, ¿podemos hablar un momento? ¿Me concederías un minuto de tu tiempo? —preguntó Leonard.

Erika dejó su copa sobre la mesa y se giró para hablar con Leonard.

—¿Qué quieres, Leonard?

—Dame dos horas de tu tiempo y después permitiré que me mandes a la mierda.

—Has dicho un minuto. Ya puedo mandarte a la mierda. —Mostró su mejor sonrisa.

—Concédeme dos horas y después te librarás de mí hasta que volvamos a vernos en una misión. Acabas de firmar un documento muy importante que te ata a mí para el resto de tu vida. ¡Qué menos que celebrarlo!

—Convénceme para que deje esta maravillosa fiesta de graduación y me pierda contigo. Ese tiempo que me pides, jamás lo recuperaré.

—Quizá me debes algo, Erika Clinton.

—No lo creo. —Negó con la cabeza. ¿Se estaba divirtiendo?

—Me debes una copa sin burundanga, sin contar los 200 pavos que me costó la broma del grafiti. Quizá esta vez sí que apruebe el examen de resistencia.

—¡Ja! Muy gracioso… No aprobarías nunca, te lo aseguro. ¿Cómo sabes que era burundanga lo que te eché en la absenta?

—Las sustancias psicoactivas no son legales, señorita. Ahora sé dónde vives…

—¿Me estás vilmente amenazando?

—Pudiste atarme a la cama mediante sumisión química, pero me sigue abordando una duda.

—¿Cuál? Sorpréndeme.

Erika se había puesto en jarras y eso le pareció divertido a Leonard.

—¿Te gustó lo que viste en ese hotel?

—¡Oh, Leonard! ¡Eres… lo peor! —Lo sacudió dándole manotazos en el pecho.

—Contéstame… ¿Te gustó lo que viste? Al menos dime que te divertiste…

Erika se echó a reír a carcajadas.

—No, Leonard. No me divertí. Lorraine y yo te cogimos como pudimos. Fue idea suya dejarte en pelotas. De esa manera, cuando despertases, estarías más perdido todavía.

—¿Tanto miedo te infundí en ese bar que tuviste que drogarme? —Le guiñó el ojo—. ¿Por qué no me pediste que deseabas verme desnudo así sin más? Yo habría accedido…

—Algo me dice que esto no acaba aquí. Seguro que me vas a hacer pagar tarde o temprano lo que te hice.

Leonard cruzó los brazos marcando así su pródigo cuerpo atleta.

—No soy un hombre rencoroso, aunque me suelo pagar por mi cuenta humillaciones de ese calibre. Ten valor y vayamos a cualquier parte de esta ciudad donde se te prohíba servir copas. Venga, pequeña halcón. —La cogió del brazo con cariño—. Dame dos horas y te prometo que seré buen chico.

—¿Ahora soy pequeña halcón? Debo decirte que… ¡estás loco!

—Me recuerdas al halcón peregrino. Eres demasiado rápida para captar tus verdaderas intenciones. En cuanto me descuido, me envenenas.

—¡Ja! Eres todo un personaje, Leonard O´Conell. De acuerdo. Me has convencido. Te daré esas dos horas que me pides.

Satisfecho, Leonard cogió sutilmente la mano a Erika y se despidieron del viejo Gilbert, quien los miraba con admiración.

—Elijo yo el sitio —intervino Leonard—. ¿Tienes hambre?

Erika negó con la cabeza. ¿Era su mano la que estaba unida a la de Leonard? No lo creía. ¿Acaso Leonard tenía el poder de la persuasión?

—Yo tampoco. Iremos andando.

Ascendieron la escalerilla que daba a la superficie de la vía urbana y comenzaron a andar sin un destino previsto.

Tuvieron todo el tiempo del mundo para mirarse, explorarse y detenerse en el camino para reír a carcajadas. Leonard resultó ser un tipo divertido cuando dejaba entrever esos hoyuelos a cada lado de la cara, y Erika, un ser extrovertido cuando mostraba su ancha sonrisa ante el asombro de Leonard. Nadie creería que ambos se llevaban como el perro y el gato, pero como en toda leyenda urbana, los tópicos y los prejuicios solo viven cuando se creen en ellos. Leonard y

Erika eran diferentes.

Estuvieron pateándose la ribera Schlachte al anochecer. No hacía frío. El agua en calma ofrecía una fiesta de luces y colores de la ciudad.

No estaban cansados a pesar de que llevaban andando y hablando durante horas. Tomaron asiento en uno de los bancos a orillas del río Weser.

—¿Por qué decidiste ser arqueóloga? —preguntó Leonard tomando asiento frente a ella.

—Cuando era pequeña, mi padre me llevaba a coger setas. Él cogía setas y yo tesoros que me encontraba en el camino. Obviamente, él siempre tenía más suerte que yo. Mis tesoros eran más bien chatarra. —Se emocionaba al recordar a su padre—. Me encontraba llaves oxidadas, libros calcinados, incluso una vez me encontré un billete de los grandes. Ese era mi tesoro. Con el tiempo, quise encontrar tesoros de gran magnitud. Quería ser el Howard Carter del siglo XXI. Y tú, ¿por qué decidiste ser arqueólogo?

—Mi madre era española. Cuando tenía diez años, aún seguíamos viviendo en Madrid cuando mi madre impartía clases de Historia en la Universidad Complutense. A esa edad ningún chico tiene deseos de ser un chico de provecho. Quizá mis padres eran demasiado rectos y, desde muy pequeño, me inculcaron el valor de las cosas. Mi padre decía que las cosas no se consiguen solas, que hay que ir detrás de ellas para conseguirlas. Me enamoré desde el primer momento de cómo explicaba mi madre sus clases de Historia. Se desvivía por la Historia. Amaba la Historia. —Se detuvo a coger aire—. Su voz era música para mis oídos. Podía escucharla largas horas hablar sobre la Historia contemporánea. Quizá por eso, empecé a interesarme por toda esa gente del pasado: Qué hacían allí las piedras de Stonehengue, dónde estaba la isla de Pascua, quién era Tutankamón, qué había hecho Cristóbal Colón para ser tan archiconocido…

—¿Por qué se dice que se había descubierto América cuando ya estaba descubierta? Los indígenas eran personas antes de que llegase Cristóbal Colón… aquel lugar existía antes de que ellos lo colonizasen…

—Mi familia española tenía una versión muy distinta a la que exponían en los libros. Ellos pensaban que aquello había sido un genocidio. Los españoles arramplaron con todo lo que pudieron sin miramientos y se hicieron de oro a costa de otros. Fue una hecatombe para los indígenas.

—España tiene que ser preciosa a pesar de estar corrompida por una política demasiado dura para la crisis.

—Lo es. Me encantaría llevarte y enseñarte mi hogar natal.

Erika asintió.

—Mi padre, el típico alemán brusco, se enamoró de la belleza de mi madre española. Por eso la eligió y dejó su Alemania querida por ella. Después, volvieron a Alemania, a Berlín concretamente.

—Mi padre murió cuando tenía quince años y mi madre vive con su pareja en Estado Unidos.

—Lo lamento. Sé lo que es perder un ser tan importante. Mi madre murió cuando tenía trece años. Ella fue la que me hizo amar Madrid, una ciudad que ahora está atestada de gente de todas partes del mundo. Si alguna vez vas a Madrid, dirígete a la estación de Atocha, siéntate en unos de los bancos que hay frente al estanque de tortugas y tómate tu tiempo. Observa a la gente ir y venir y fíjate cómo conviven las tortugas en un espacio tan reducido. Madrid es aquel estanque, y las tortugas, los humanos que intentamos convivir estresados en un cuchitril. A pesar de todo, es un lugar exótico e imperdible para el viajero.

—Iré algún día.

—La superpoblación de tortugas en la estación y la escasa alimentación están haciendo que haya canibalismo entre unas y otras. Algunas están enfermando. Lo que empezó siendo un bonito estanque con dos tortugas, terminó siendo un lugar idóneo para el abandono de estos reptiles por gente inhumana e irresponsable.

—Espero al menos que mejoren las condiciones para que haya más espacio para todas y el agua se limpie cada cierto tiempo.

—Así es. En ello están.

—Por cierto, ¿cómo te encontró Gilbert? ¿Ya vivías en Alemania?

—Sí. A mis doce años, mis padres se vinieron a vivir a Berlín y, como a mi madre le encantaba Bremen, vinimos de excursión. Al venir a Berlín, mi madre tuvo que abandonar su sueño, así que yo lo seguí, me decanté por la arqueología. Íbamos los tres paseando por la plaza del mercado, cuando vimos a un hombre cargado de bolsas. Paraba cada tres pasos para coger aire y seguía su camino hasta que mi padre le preguntó si necesitaba ayuda. Cogí un par de bolsas y mi padre cogió otras tantas. Apenas pesaban. Ahora sé que aquello no fue una casualidad. Con Gilbert nunca lo es. Él sabía que estaría allí a esa

hora. El viejo Gilbert siempre ha sido muy astuto. Él siempre prueba a todos los que selecciona para ver si son los adecuados. Quién iba a saber que era a mí al que estaba probando cuando tenía apenas doce años. Así que, mientras nos dirigíamos hacia la casa de Gilbert, este me preguntó que pensase en la forma de una iglesia.

—Sí, muy típico en él…

—Y me la imaginé de estilo gótico. Esa era la respuesta que él estaba esperando, como si fuera la palabra clave. Y me dijo: «Eres un chico muy inteligente, pero ahora solo piensas en jovencitas. Llámame cuando pretendas trabajar en serio. Sé que te gusta mucho la arqueología, chico» y así fue cómo Gilbert entró en mi vida.

Ambos se echaron a reír. No querían que el tiempo se esfumase tan pronto. Se sentían tan cómodos juntos que no repararon en que los minutos se iban consumiendo.

—Ya han pasado más de dos horas, Erika. —Miró hacia sus zapatos—. Te pregunto si me harías el gran honor de proseguir con nuestra charla mientras seguimos paseando.

Erika, quien se había quedado maravillada con cada palabra de su compañero de misiones, apenas había percibido el paso del tiempo. Había sido un momento mágico.

—De acuerdo, Leonard. Vayamos donde nos lleve el viento —aventuró a decir.

Y el viento los llevó hacia la escultura de Gerhard Marks de *Los músicos de Bremen*. Erika quedó fascinada al ver que se trataba de cuatro animales. Un burro sostenía el peso de un perro sobre sus lomos, este a su vez el de un gato y, en lo alto del lomo del gato, reposaba un gallo.

—Venga, hazlo —animó Leonard—. Tienes que tocar las patas delanteras del burro y pedir un deseo.

—¿De verdad creéis en esto por aquí? Siempre me han gustado los animales. Me parecen más nobles que muchas personas.

—No puedo estar más de acuerdo. —Leonard la miraba con devoción. ¿Aquello podría ser amor a primera vista? —Debes hacerlo, es la tradición. Hay tantos deseos depositados en esas patas que hasta le han sacado brillo de tanto manosearlas. ¿Lo ves?

Erika asintió entusiasmada.

—¿Y se cumplen?

—No lo sé. Lo averiguaré esta noche… —Sonrió pícaro.

Erika bajó la mirada sonrojada. Tocó las patas del burro y pidió su deseo. Después Leonard pidió el suyo.

El tiempo algo revuelto y el cielo encapotado dieron paso a la lluvia. Se puso a llover con tanta intensidad como hacía tiempo que no llovía en Bremen. Todo el mundo corría en busca de refugio, toda alma huía de la lluvia, pero Leonard y Erika se habían quedado inmóviles en el sitio, dejando que el agua purificase sus almas bajo el cielo nocturno. Leonard se acercó hasta ella lentamente, como si con cada paso la estuviera pidiendo permiso. Permiso concedido. Lo decían sus ojos. Le tomó el rostro con las manos y miró sus ojos donde se vio reflejado en sus pupilas. Ambos sonrieron sintiendo que la lluvia apretaba con más fuerza y los dejaba homogenizados, como si fueran parte de cada gota de agua, de cada partícula y átomo.

Érika se puso de cuclillas para favorecer la intromisión. Expuso su boca húmeda sobre los labios de Leonard. Y sin pensar que el mundo seguía huyendo a toda prisa con sus paraguas y sus quehaceres, ellos se concedieron un instante para besarse frente a aquel burro de patas doradas, y ante la atenta y curiosa mirada de los transeúntes.

—Beso de geosmina. Nunca habría encontrado nada parecido para describir este momento —susurró Leonard en su boca.

—Mmmm —murmuró con los ojos cerrados—. Besos que saben a tierra mojada.

—En cualquier parte se puede encontrar algo mejor que la muerte…

4

Dime que sí

EN LA ACTUALIDAD

Frieda estaba distinta. Erika lo notaba. Hacía días que apenas hablaban excepto para hablar sobre cosas relacionadas con el trabajo. Erika descolgó el teléfono y pidió a su secretaria y amiga que se pasase por su oficina. Frieda se personó a los pocos minutos.

Cuando Frieda pudo mirar a los ojos a su amiga, veía a Leonard en ellos. Era inevitable sentirse contagiada por los dos. Quería a su amiga, pero también quería a su amigo y su regreso solo habría supuesto distancia entre ambas.

—Supongo que es cosa mía… pero ¿por qué me evitas? ¿Acaso he hecho algo malo que no recuerde?

—Eri, hace días que quería contártelo, pero no he visto el momento.

—Ahora es el momento —exigió Erika.

Frieda se sentía culpable en cierto modo. Al fin y al cabo, Leonard no dejaba de ser el ex de su amiga, un apelativo que no describía ni definía en absoluto años de amistad entre los tres.

Frieda se armó de valor y tomó asiento. No sabía cómo se tomaría Erika aquello. ¿No contárselo y seguir como si nada o contárselo y perder su amistad? Ese era el planteamiento.

—Me he acostado con Leonard —Soltó de repente con los puños cerrados y apretando los dientes.

Erika parpadeó varias veces incrédula con la mandíbula desencajada. Después intentó recuperar la compostura, pero para entonces ya se había delatado y era tarde para mostrar una posible indiferencia.

—No. No me importa —respondió Erika no muy convencida y contrariada—. Él puede hacer lo que quiera. Nadie se lo impide, pero… ¿contigo? ¿Por qué contigo?

—Que yo sepa, las demás no se han personado, así que sí, ha sido conmigo esta vez… Porque no creerás que Leonard no haya hecho

nada en todo este tiempo con ninguna otra mujer, ¿verdad?

—No sé qué pretensiones tiene, pero te aseguro que con sus acciones no va a conseguir absolutamente nada de mí a través de ti.

Frieda comprendía a la perfección ese sentimiento. Ella se sentía así todos los días al ver a Ray al lado de su mejor amiga. Los celos eran inevitables y como bien decía la frase: «Los celos son puñales que se clavan en el fondo de mi alma».

—Te recuerdo que somos adultos, Eri, y ya no estáis juntos. Él es libre de elegir con quién acostarse. ¿Acaso no soy atractiva? ¿Es eso lo que piensas?

—¡Oh no, Fri, cariño…! —Suavizó el tono de voz y se acercó hasta ella—. No pretendía decir eso, solo que… me ha extrañado. Justo ahora después de siete años reaparece para amargarme más y para exigirme que vuelva a la Orden y después, ¿se acuesta contigo? Dime si detrás de esto no hay una clara intencionalidad.

—Creía que eras feliz con Ray —respondió Frieda aterida—. Jamás pensé que esto fuera a ser tan doloroso. ¿Cómo iba a imaginarme que reaccionases así? Debes ser franca y admitir qué sientes por Leonard, por el hombre que fue más que un amigo y compañero. ¡Estuvisteis prometidos! ¿Cómo no iba a hervirte la sangre el saber que tu ex ha rehecho su vida como lo has hecho tú?

Los ojos de Erika se tornaron vidriosos. El pasado era demasiado doloroso. Frieda sabía que su amiga sufría en silencio. Sufría por algo que le había dolido más que nada en su vida, pero ¿qué?

Quizá el tiempo se había hecho cargo de los rencores pasados y le había hecho a Erika una experta en olvidar algunos recuerdos. El tiempo era una cura, pero las heridas seguían doliendo y se abrían de nuevo con la aparición de Leonard. Erika se había olvidado de cómo fingir. Su resistencia dejaba mucho que desear.

Tal vez con el tiempo, ese amor que sentía por Leonard no era el mismo, tan intenso y pasional, pero si ambos lo accionasen, el mecanismo volvería a funcionar como siempre. Los engranajes coincidían a la perfección sin añadir nada más. Simplemente, eran una sola pieza que, al ponerse en marcha, se sincronizaban tan bien que podían continuar juntos de forma imperecedera.

El único impedimento era que, con el tiempo y la dejadez, esos engranajes se habían oxidado y necesitaban una buena mano de obra para recuperarlos y que cogieran fuerza.

Erika cogió lo primero que tenía mano de la mesa para evitar mirar a los ojos a su amiga y decirle qué era aquello que tanto daño le hacía, pero no era sencillo remover el pasado, recordar lo que tanto dolor le producía en su alma. ¿Debía sentirse molesta por lo que acababa de decirle su amiga?

Sentía una profunda necesidad de preguntarle cómo había sucedido, pero se abstuvo de preguntar semejante insensatez. También sentía curiosidad por saber qué había sentido Leonard…

—Nada —contestó Frieda como si hubiera indagado en el cerebro de su amiga—, lo que siente cualquier hombre al satisfacer sus necesidades primarias.

—¿Y tú?

«¿De verdad he formulado esa pregunta?», se cuestionó Erika. Se sentía inútil.

Frieda se acercó hasta ella y le pidió que la mirase a los ojos. En ellos descubrió los celos infundados de su amiga.

—Si me conoces bien, amiga, sabrías qué es lo que siento. Para mí también es complicado, pero por mí no debes preocuparte. Mis sentimientos miran hacia otro lado. Solo dime si no te importa que lo siga viendo.

Era eso nada más. Una persona decente que se preocupaba por su amiga y que necesitaba extraer sus demonios para que pudiese abrirse libremente a ella. De una vez por todas. ¿Amaba o no a Leonard? No era Erika la única que podría salir mal parada de todo aquello. También estaba Ray, y para Frieda, él era su mundo. Nunca podría verlo destruido si su amiga decide partirle el corazón.

—¿Seguir viéndolo o seguir acostándote con él? ¿En realidad que me estás pidiendo?

Del asombro, pasó al resentimiento y de la incomprensión a los celos. ¿Qué era lo que debía sentir Erika? Pero ella no podía controlarlo todo. No podía exigir en ningún momento derecho alguno sobre ninguno de los dos. Ni tenía potestad sobre su amiga ni derechos sobre su ex.

—Échalo, Erika —recomendó—. Saca tus demonios a paseo. Escúpelo ya. Saca esa tristeza que te está consumiendo. Mi respuesta es no. No voy a acostarme con Leonard. Y no por falta de ganas, porque tu ex se las trae con esa capacidad intrínseca para satisfacer a una mujer, sino porque tú, querida amiga, tienes un asunto pendiente

con él y no es de mi incumbencia lo que ambos tenéis que decir. Deberías hablar con él. Vuelve con nosotros… Deseo volver a ver a la Erika que conocí en su primer día de comunión con la Orden. Zanja ese asunto pendiente que no te deja ver a Ray como mirabas a Leonard.

—¿Es que no lo entendéis? No deseo mantener contacto con él.

—Te necesitamos en la Orden. Necesitas volver a verlo, necesitas mirarlo a los ojos una vez más para dar el gran paso con Ray porque, de no ser así, en un futuro, los recuerdos estarán más presentes y te harán dudar de todo cuanto existe en tu vida presente. Si vuelves a la Orden, sabes que él estará ahí, haréis cosas juntos, tendréis que compartir cosas como hacíais antes y es inevitable que aún afloren algunos sentimientos que creíais olvidados.

Erika negaba con la cabeza. No era posible una reconciliación.

—No he dicho que quiera regresar a la Orden. ¿Por qué todos parecéis darlo por sentado? ¿Qué le diría a Ray? ¿Qué me voy unos días de vacaciones con mi mejor amiga, que ahora es la amante de mi exprometido? ¡Por favor, Fri! Todo esto es absurdo. ¿De qué estamos hablando? ¿De hacer un trío? ¡Oh, no! ¡Eso sería abominable! —Se echó a reír por no llorar.

—Eri, debes hacerlo. Él también lo necesita. Necesitáis rehacer vuestras vidas sin esos fantasmas del pasado que os acosen a todas horas.

—¿Y qué pretendes que haga? —Se encogió de hombros.

—Llámalo y dile que volverás a la Orden.

—Pero eso sería rebajarme y yo… no estoy dispuesta a eso.

Frieda cogió el teléfono de la mesa de Erika y marcó el número de Leonard.

—No lo has hecho tú —corrigió—. Lo he hecho yo y ahora coge el teléfono y cómete el orgullo. El futuro de muchas personas está en nuestra mano. Debemos parar los pies a ese profanador de tumbas.

La mano de Erika tomó el teléfono un tanto contrariada y sin saber bien qué era lo que tenía que decir cuando esa otra voz, al otro lado del hilo telefónico, la respondiese con voz ronca.

—¿Hola? —preguntó aquella voz que tanto atormentaba a Erika.

—Hola. Soy yo, Erika.

—Hola, Eri.

—Acepto la misión…

—Me alegro mucho de que hayas tomado esa decisión.

—Acepto, pero con condiciones.

—No sé por qué no me sorprende.

—Si accedo, Ray se queda al margen de todo. Con esto quiero decir que se le asigne seguridad mientras yo estoy en la misión y que, de no regresar con vida, se le compense económicamente.

—Eri, por mi vida y mi honor que regresarás. Antes prefiero ser yo el que no regresase con vida.

—Si tengo esa suerte de volver, no quiero que bajo ningún concepto tenga que seguir las órdenes del viejo de Gilbert una vez termine toda esta parafernalia. Déjaselo bien claro. No deseo formar parte de ninguna otra misión impuesta por la Orden. Solo voy a echar una mano. Eso es todo.

—De acuerdo, se lo haré saber.

—Mañana a las seis en punto en tu casa.

—Sigue siendo tu casa, Eri.

—Adiós, Leonard.

—Incluso ahora que escucho tu voz tan familiar parece que el tiempo no hubiera pasado. No sabes la falta que me has hecho…

—Leonard, tengo que colgarte. Tengo mucho trabajo y muy poco tiempo para derrocharlo. Adiós. —Colgó.

Frieda seguía arqueando una de sus cejas y de brazos cruzados cuando Erika terminó con la conversación.

—Sabes que cuando quieres, puedes ser tan seca como la mojama, ¿verdad, Eri?

Erika se echó a reír.

—Joder, Fri, pareces el muñeco de Chucky.

—No me jodas, Eri. Eres una puta montaña rusa. Tienes unas subidas elevadísimas y unas bajadas de infarto. Ray es un bendito aguantándote.

—Anda, cállate y dime que no tienes planes para esta noche.

Necesito una copa para esta jaqueca.

—Para ti siempre tengo un hueco en mi agenda.

—Pues entonces, vayamos a algún lugar que me haga olvidar que mañana tengo una cita con míster egocéntrico.

—Dirás Hércules… ¡ese hombre no tiene perdón de Dios con ese cuerpo!

—Fri, ¡cállate antes de que me den ganas de pegarte una paliza por metiche!

—Cuando quieras te espero en el cuadrilátero.

—No me tientes. Sabes que he ido mejorando con el tiempo y ahora mismo me pondría unos guantes y te enseñaría un par de movimientos.

—¡Ja! No me hagas reír. Anda, vayamos a por esa copa que tengo la garganta seca.

5

Lo que la verdad esconde

La puerta estaba abierta cuando Erika entró en el loft de Leonard. Un olor familiar inundó sus sentidos. Era curioso que aún siguiese oliendo a madera, cítrico y hogar.

Los recuerdos volvieron en tropel como una historia que es bien sabida por sus aficionados lectores. Érase una vez una pareja que era muy feliz y estaba muy unida. Podían reírse de ellos mismos sin enfadarse ni discutir. Compartían todo y se enamoraban cada día al decirse «Te quiero». La gran preocupación de aquella pareja había sido qué postura sexual era la más adecuada para cada rincón de la casa.

Todo era perfecto. Hasta que un día, el silencio se había apoderado de la pareja, la tormenta había caído del cielo para inquietar sus corazones y, lo que antes había sido una razón para estar unidos, en ese momento, lo era para estar separados y para discutir para enturbiar más sus sentimientos. Por eso la casa se había ensombrecido. Habían creído que la culpa había sido de la casa, pero lo que ellos no habían sabido, era que el hogar estaba en ellos. Ellos eran la casa que necesitaba una familia.

Erika observó que su ex seguía cuidando cada detalle, como poner tulipanes rojos encima de la mesa de la entrada y que le encantaba el lambrusco. Detalles nada oportunos teniendo en cuenta que ella no pensaba en lo más mínimo en una reconciliación. Erika había ido allí con la sola intención de hablar sobre lo que les concernía sobre la reunión de la Orden que se celebraría a los dos días. Así funcionaba. Eran compañeros de misión y debían entrenar antes de meterse en el meollo de la cuestión para volver a sincronizarse.

La casa estaba igual: los mismos muebles que hacía siete años, el mismo color de las paredes e incluso las alfombras, excepto ese lado de la pared destinado para los recuerdos. Eso era novedad para Erika, pues se veía retratada en numerosos cuadros de aquella pared. ¿Se había vuelto loco?

—Todo sigue en su lugar. —La miró con ojos de cordero degollado.

Leonard estaba de pie, con aquellos jeans que le marcaban el paquete y con el torso totalmente desnudo. Ya no tenía el mismo

cabello con el que Erika le encantaba hacer bucles con sus dedos y se había cortado el pelo al estilo militar. Había estado entrenando antes de que llegara Erika. Se quitó los guantes de boxeo y se abotonó la camisa mientras era observado por una Erika demasiado curiosa. Por ello, Leonard se tomó todo el tiempo del mundo para cubrir su cuerpo. Lucía barba de unos días y unos pectorales mucho más marcados que hacía años. Era obvio que había vuelto a practicar kick boxing.

Erika no pudo evitar un latigazo repentino y eléctrico recorriéndole la nuca. Era un Leonard tuneado.

—No todo está es su lugar. Nosotros no estamos aquí —respondió Erika.

—Te equivocas. En cada rincón sigue nuestra esencia, en este sillón, en los cuadros, en los espejos, en la cama…

—No prosigas, Leonard…

—Sobre todo en los espejos. Han visto innumerables momentos y se los han quedado para siempre. En ellos quedaremos perpetuados, Eri.

—No hay razón para que me llames de esa manera. Deja la nostalgia para otro momento, por favor.

—Mi razón es la misma que tú tenías cuando me llamabas tan dulcemente Leo. Algunos recuerdos pueden atenuarse, pero otros no. Las costumbres no se olvidan.

—Mejor vamos a lo que me ha traído hasta aquí. Vamos a establecer un plan de ataque.

—Detrás de ese nuevo *look* tuyo, de las largas pestañas, de las capas de maquillaje que cubren tu verdadero rostro, de esa ropa sofisticada y del desdén que me obsequias, sigue estando Eri, la Eri de siempre, pero batallando contra un gran muro de hormigón. Ten cuidado, pequeña halcón, no vayas a traspasar los muros y desees volver atrás.

—Nunca —negó con rotundidad—. Si trepo esos muros es porque desearía huir de un pasado que para mí ya está olvidado.

—¿Huir de qué o de quién, Eri? Prométeme una cosa.

—¿Qué cosa?

—Si superas esos muros que sea porque así lo deseas, no porque tengas o necesites huir de algo. No dejes nunca ningún asunto

pendiente al otro lado del muro. Ten. —Le dio una copa de lambrusco —. Te servirá de precalentamiento.

Erika tomó el lambrusco de mala gana y se lo bebió de un sorbo. Dejó todas sus cosas en una de las sillas y después le preguntó dónde iban a entrenar.

—Ya sabes el espacio tan reducido que hay aquí, así que tuve que habilitar una habitación para practicar con el saco. Ven, te lo enseñaré.

Erika estaba asombrada con esa otra novedad. Ella no tenía ningún habitáculo en el que poder entrenar.

Subieron unas escaleras que daban a dos habitaciones. Una era la habitación de matrimonio en donde ambos habían dormido innumerables veces y, al lado, la habitación de los entrenamientos.

Erika dio un ligero vistazo hacia su antigua habitación y miles de recuerdos nublaron su mente. ¿Allí también había estado su amiga Frieda? No quería ni siquiera imaginárselo.

—Necesito cambiarme primero.

—Ya sabes dónde está el baño, Erika.

Cuando esta entró en el baño, su mente volvió a jugarle la mala pasada de rememorar todo de nuevo. Se vio así misma junto a Leonard metidos en la bañera jugando con la espuma. También se vio cogiendo un carmín de labios y dibujando un corazón en el espejo. Oía su antigua risa de enamorada y la Leonard de fondo: «Preciosa, baja, que ya está la comida», «Voy a devorarte entera». Si había pensado que controlaba muy bien sus recuerdos, lo que no sabía era que sus recuerdos trabajan por libre y no iban a dejarla en paz nunca.

Lo peor fue cuando miró el espejo, pues este le mostró las imágenes: Leonard la cogía de la cintura mientras, desnudos, se miraban a través del espejo. Leonard mordiendo su cuello mientras Erika cerraba los ojos y se dejaba llevar por él…

—¡Déjame tranquila, demonios!

Se desvistió a toda prisa y se puso cómoda. No pretendía quedarse en aquel baño durante toda la velada. Debía ser fuerte y asumir la realidad. Su presente ya no era su pasado.

—Mi presente no eres tú, Leonard.

Se prepararon para entrenar. Erika había optado por llevar un

chándal de color blanco hueso.

Tan pronto como sus músculos empezaron a vibrar, Erika le lanzó un puñetazo. ¿Estaba entrenando o eso se lo merecía de verdad? Leonard no pudo esquivar el golpe y tambaleó. Era obvio que no se lo esperaba.

La habitación era amplia, con un espejo al fondo y las paredes de color verde aceituna. El suelo era de tatami color marrón chocolate.

—Veo que con el tiempo has mejorado. —Le dedicó una sonrisa traviesa limpiándose la sangre del labio.

¡Oh, no…! Sangre no. Era obvio que Erika no quería hacerle sangrar. Claro que no, en parte.

—Y a ti el tiempo te ha oxidado —Respondió preocupada.

El golpe había sido limpio, una herida superficial.

—Puede ser, pero no soy el único oxidado. Mírate, ya no tienes veinte años.

Patada voladora. Erika le propinó una patada haciendo que Leonard se cayese al suelo.

—Aún no soy una vieja amargada, así que levántate y sigamos.

La adrenalina y el coraje ascendieron de nivel dejando a Erika descontrolada. Necesitaba golpearle, recriminarle, gritarle…

—¿No me vas a ayudar para que pueda levantarme? —preguntó Leonard desde el suelo.

—No. —Negó con la cabeza—. ¿Para qué nos caemos? Para aprender a levantarnos. ¡Vamos, soldado, levántate! Esto no ha hecho más que empezar.

Erika sabía que le llevaba cierta ventaja. Había sido entrenada por el mejor, por Gilbert. Recordaba sus palabras:

—Mantente alerta a las primeras señales de intensificación, Erika —le había aconsejado Gilbert desde el otro lado de la estancia—. Fíjate en el juego de pies. Deja que tu adversario te muestre su punto débil o que refrene su propio nivel de desempeño. Mira su técnica, conoce sus objetivos. Métete en su alma y en sus ojos y nunca bajes la guardia. Haz la combinación que te he enseñado. ¿La recuerdas?

—Sí, jab de izquierda doble, más golpe cruzado, más hook, más patada circular.

—Ahora viene mi golpe. Mantén tu cabeza en movimiento. No te quedes quieta. Practica mover la cabeza como si dibujases con ella la letra V, T, la C o la S. Venga Erika, tú puedes. Confío en ti. Evita mi golpe, mi niña y sabré que estás yendo en buena dirección.

Sí, Gilbert había sido un padre para ella y allí, se hubiera sentido orgulloso de ver cómo había progresado.

—Empezaremos con guantes de enfoque —propuso Leonard—. Te veo desentrenada.

—¡Ja! Por mí no lo hagas. Empezaremos sin guantes de enfoque. Me siento más que preparada para evitar los precalentamientos.

—Cierto. Yo también. De hecho, estoy preparado desde que has entrado por esa puerta.

—No te líes. Vamos, exsoldado de la CIA, demuéstrame que tus años de instrucción han sido fructíferos.

Ambos estaban deseando empezar. Comenzaron a bailar y a hacer sus respectivos juegos de pie.

—¿Vas conmigo o contra mí, Erika Clinton? Porque me da la sensación de que tienes deseos irrefrenables de meterme esa patada en mi entrepierna. Cuidado con mi género… Aún tiene un ciclo de vida joven para quedarse inutilizable.

—No estoy para bromas, O´Conell. —Evitó un gancho de su compañero.

—Me encanta verte enfadada. Creo que siempre ha sido mi afición favorita. Eres tan explosiva que todas las partes de tu cuerpo se empeñan en desafiar a cualquiera que ose contrariarte. Tus ojos se vuelven más oscuros, tu boca más pequeña, frunces el ceño y tus rasgos parecen más serios, aleteas la nariz a la vez que respiras con más intensidad y pestañeas dos veces más de lo normal. Dime si no es para caer rendido a tus pies.

—Y yo no soporto tu cara cuando sonríes. ¡Concéntrate, joder! No sé si te habrás dado cuenta, pero mirándome harás que te desestabilices. No me muestres tu lado más débil porque entonces me lo dejarás en bandeja.

—Así que vamos en serio… Bien, ya veo por dónde vas.

¿Podría ser más sensual aquella mujer? Leonard estaba enamorado de ella. Sí, lo reconocía. Enamorado hasta las trancas y no iba a dejarla partir sin antes intentarlo todo. Esta vez no. Ya no

volvería a ser ese cobarde que esperaba sentado a que sucedan las cosas por sí solas. No volvería a dejar partir ese tren. Esta era su oportunidad y, aunque Erika lo odiaba, él haría todo lo que estuviera en su mano para volver a conquistarla, como ya había hecho una vez. Nadie le había dicho que fuera fácil. En su momento tampoco lo había sido. No había sido fácil conquistarla, ni tampoco decirle adiós. Aún sentía un dolor intenso en su corazón cuando revivía aquel trágico suceso que había hecho que ambos cambiaran drásticamente de rumbo. Él había tenido la culpa. ¡Claro que sí! ¿Quién sino? Tenía que haber estado ahí apoyándola y, sin embargo, el dolor era tan abismal que no tenía las fuerzas necesarias y el coraje de un guerrero para retener a Erika en su vida. ¿Por qué demonios la había dejado partir?

¿Por qué no se había levantado aquel día y le había arrebatado las maletas de las manos suplicándola que no se marchase?

Él tendría que haber insistido y, sin embargo, el dolor era tan lacerante que lo controlaba y gobernaba desde dentro. ¡Demonios! ¿Por qué no había luchado por la mujer que amaba? ¿Por qué había dejado que se marchase? No. No podía volver a pensar en ello sin odiarse a sí mismo, sin flagelarse y sentir a fuego los pedacitos de su destrucción. Esta vez recogería cada pedazo, aunque le costase la vida, los recompondría.

Las cosas que son importantes no son cosas. Casi siempre tienen un nombre o valor atribuido. Erika Clinton. Ella era lo más importante en su vida y, si tenía que competir contra Ray, lo haría, porque era indiscutible que tenía sus ventajas sobre él y sobre cualquier otro hombre, pues la conocía mejor que nadie en el mundo y eso era tan cierto como que había luna y sol sobre el cielo.

¿Cuántas palabras de amor se habían dejado de escribir a medias sin llegar a sus destinatarios? Por miedo. Quizá por cobardía pero, de cualquier modo, ¿cuántas palabras se habían perdido entre líneas, en una hoja emborronada, en un papel hecho bola en la papelera, en el aire, en un suspiro, en una mirada, en un sueño, en un susurro?

Leonard no pretendía que su amor se lo llevase el viento, ni que fuera atesorado en un diario, ni que lo reviviese mil veces en un sueño. Él pretendía gritárselo al mundo.

Después del entrenamiento, nadie diría que Erika no pretendía hacer daño a Leonard. Es más, esa había sido su intención desde el principio. Deseaba hacerle pagar todo el daño que le había causado, pero así no era suficiente, ni la manera correcta de devolvérselo.

Leonard había cogido una bolsa de hielos y de vez en cuando se la

ponía en el ojo hinchado. Con la otra mano se taponaba la herida abierta del labio, que seguía sangrando sin parar cuando bajaron al salón.

Erika fue corriendo hacia el botiquín y cogió a toda prisa agua oxigenada, Betadine, gasas, suturas…

—Túmbate, por favor —pidió Erika.

—Estarás contenta, ¿verdad? Al menos, ya te has desahogado… ¡Auuuu! Como en los viejos tiempos, ¿eh, Eri?

—No esperaba hacerte tanto daño. Solo un poco.

Leonard se tumbó en el sillón dejando un lado a Erika, quien tomó asiento junto a su brazo.

—Me has sorprendido gratamente, Eri. Supongo que esto te ha llevado horas de práctica… Ya te has vengado —decía Leonard mientras le miraba el canalillo.

—No, querido. En mi vida no hay rencores, ni deseo de venganza. Por lo que ves, soy feliz con Ray. En mi corazón ya no queda nada de ti, Leonard. Tú te lo cargaste todo.

—Entonces deja que me desangre. Acaba conmigo, remátame del todo, pues ya no tengo motivos para dejar que este corazón torpe siga latiendo si no tengo tu mano para calmarlo. Eras tú la que lo ponía en funcionamiento.

—Si no te callas, no puedo coserte la herida. Siento haberte hecho este corte tan feo.

—No siento dolor. Estoy inmunizado a los golpes y a las traiciones, pero me siento enfermo sin tu a mi lado. Es como si fueras insulina para la diabetes.

—Tanto dulce no le viene bien a nadie. Se te llenarán los intestinos de gusanos y te dará un subidón de glucosa.

—Hasta con el ceño fruncido, soltándome un sortilegio como una mala bruja, me eres apetecible. Incluso si tuvieras verrugas en la nariz —bromeó.

—Pues yo detesto los gusanos…

Leonard se echó a reír, lo que provocó que su herida se abriese más.

—¡Cállate de una vez, loro parlanchín, o te haré una sutura

horrible!

—¡Aughhh! ¡Me acabas de dar en el diente con la aguja!

—Si te callaras…

—¡Es difícil teniendo tus dos mejores tributos en mis putas narices, mujer! O hablo mucho mirando al techo o te las miro de reojo y me pongo nervioso…

Erika enseguida se apartó de él y se subió los tirantes.

Una vez suturada la herida del labio, Erika remató con Betadine.

—Ya está. Solo han sido cuatro puntos…

—Algún día me dirás qué pensabas cuando me golpeabas.

—No habrá un día. No habrá oportunidades.

Leonard se había puesto de pie, a la par de Erika. Esta era mucho más pequeña que él, pero eso nunca fue un impedimento para besarla o para tenerla entre sus brazos.

—Es una pena que nuestra relación se haya basado en un par de historietas melodramáticas y cuatro palabras bonitas.

—¿Eso fue para ti?

—No. Solo te pido que lo reconsideres. Yo soy tu hombre… —Erika puso los ojos en blanco—. Conozco cada centímetro de ese cuerpo tuyo, las cicatrices, los lunares, cada poro y arruga. Mi mano ansía modelar tu cuerpo de nuevo. Si lo tocase ahora mismo, estoy seguro de que mi mano estallaría en llamas. Cerraría los ojos y dejaría que tu piel me guiase hacia donde quisiese que llegase. Me tomaría mi tiempo para reencontrarme con los familiarizados latidos de tu corazón, detendría mi mano sobre él y lo obligaría a hacerlo sentir de nuevo, a trotar, mientras que con la otra mano descendería milímetro a milímetro yendo más deprisa o más despacio según el tempo de tu corazón. Si consigo hacerlo latir como antes, llegaría muy pronto hacia ese lugar que ansío desde hace años. No te imaginas cómo este cuerpo necesita el tuyo, las noches que sin querer he cogido las sábanas con tanta fuerza que creía que eran tus muslos, me he muerto del gozo creyendo que te habías derretido junto a mí, he mojado mi almohada llorando tu ida una y, otra vez, repitiéndose como un mantra maligno. Recuerdo cada detalle de tu ida. Por eso odio mi mente. La odio porque me recuerda a diario que ya no formas parte de mi alegría, de mi risa, de mi mañana y mi noche. También odio mi cuerpo, porque no es capaz de reconocer las curvaturas y los

resquicios de tu cuerpo en ninguna otra mujer.

Leonard se había acercado tanto a ella que ni siquiera lo había notado. Estaba anestesiada. Sus palabras habían sido reconfortantes y sensuales. ¿Quién en su sano juicio no perdería la cabeza?

Ray. Debía pensar en él para que no flaquearan las fuerzas.

—No puedo continuar así, Leonard. Deja de ponerme las cosas difíciles…

Leonard hizo caso omiso. Acarició las mejillas acaloradas de Erika y la miraba con ternura.

—¿Recuerdas las ganas que teníamos de venir juntos aquí a vivir? ¿Recuerdas cómo inauguramos esta casa? —le preguntó mientras clavaba sus pupilas en las suyas. Si su intención era atormentarla dulcemente, lo estaba consiguiendo. Quizá solo pretendía dejarla sin oxígeno.

—Tengo memoria selectiva. —Tragó saliva—. Mi cerebro sabe cómo manejar algunos recuerdos y algunos los ha borrado por completo. —Se ruborizó al percibir la respiración de Leonard en su rostro.

—Yo recuerdo todo, hasta el más mínimo detalle. Todo. Permíteme hacerte una comprobación. Haré que lo recuerdes a la perfección.

—No sé cómo podrás hacer tal cosa si no puedes entrar en mi mente para desbaratar mi archivador de recuerdos…

—Así… —La tomó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo—. Nota cómo tu cuerpo empieza a recuperar el sentido…

Erika podía sentir el corazón de Leonard. Estaban tan cerca que lo demás, a su alrededor, se había distorsionado. Si ella hubiera querido zafarse de sus brazos, primero tendría que vérselas con sus labios.

Intentó apartar la mirada, pero él no se lo permitió. La cogió con suavidad del mentón y volvió a ubicarla cerca de sus labios.

—No. Quiero que mires mis ojos y veas qué siento a través de ellos. Quédate un momento en mi retina, deja que nuestros cuerpos se reencuentren y actúen en consecuencia. Deja que se atraigan solos. Si paso la mano por aquí —dijo y acarició su nuca como si sus dedos fueran tan delicados como una pluma—, quizá el vello se erice. Quizá si acerco mi nariz a la tuya, gires levemente la cabeza y sea tu boca la que se termine uniendo a la mía por pura atracción. ¿Has probado

alguna vez los besos que saben a odio y a amor? Imagínate cuán poderosos pueden llegar a ser. La contradicción, la antítesis unida en un beso. Toda la materia se adapta al medio al que le toca vivir, así que, si tengo que adaptarme a la nueva Erika Clinton, así lo haré.

—Leonard… ¿Qué quieres de mí? —Su corazón trotaba a toda velocidad, como si se fuese a salir del pecho de repente.

—Lo quiero todo. Incluso tu odio. Para mí todo… Mándame a la mierda, hazme trizas el corazón, devuélveme cada uno de los golpes. Yo me dejaré. Cuanto más me ofendas, más formaré parte de ti porque incluso odiar es dar demasiada importancia a alguien… No puedo quejarme porque me odies. Al menos te provoco un sentimiento. —Ofreció su ya conocida sonrisa de bandolero.

Erika se había quedado sin palabras. Era cierto que ella había ganado en los entrenamientos, pero Leonard era el claro vencedor del nuevo round. El poderío e intensidad de sus palabras, había vencido por completo las puertas de roble, el corazón de metal de Erika. No podía sino redimir sus pecados con un solo beso. Un beso de odio y amor. Leonard le apretujó con tanta fuerza que Erika se terminó fundiendo con él como la mantequilla. Se encontró con unos labios poderosos y ansiosos que la hicieron empequeñecer aún más, como si hubiera dejado de existir en la Tierra y estuviera volando sobre algodones. Cualquier muestra de resistencia, habría sido inútil.

—¿A qué sabe? —preguntó Leonard—. ¿Ya lo vas recordando?

Erika no podía articular palabra. No sabía qué decir después de aquello. Era imposible saber a qué olían las nubes. Había estado tan cerca del cielo que casi lo había tocado con sus manos. Aún le costaba respirar cuando Leonard dejó de abrazarla por un momento.

—Leonard, debo marcharme. No debería seguir aquí.

—Dime cómo puedo hacerlo. ¿Cómo puedo retenerte para que no vuelvas a irte? No quiero que te vayas—. Sus ojos se humedecieron.

—Ray me espera. Le debo respeto…

—Que siga esperando. No puedes irte.

—Leonard, ¡para ya! Tu tiempo ya pasó. —Negó con la cabeza contrariada. Cogió sus cosas a toda velocidad y evitó mirarlo a los ojos en la medida de lo posible—. Si tienes un desajuste hormonal, llama a Frieda. Seguro que ella puede ayudarte.

—¡Oh, no! Te lo ha contado… —Agitó la cabeza con desagrado.

—¿Qué esperabas? ¡Te has acostado con mi mejor amiga!

—No la quiero a ella. Te quiero a ti. Te amo. Tú te acuestas con Ray… ¿Qué pretendes decirme con que me acosté con Frieda?

—Nada. Puedes hacer lo que te dé la real gana, pero ¿por qué con Frieda? ¿Qué pretendías? ¡Eres un capullo! Un manipulador…

—Ella no es la que me importa. ¡¿Quién demonios te crees para decirme con quién tengo que acostarme?! ¡Ya soy mayorcito!

La conversación se estaba tergiversando. Podían pasar del amor al odio en décimas de segundos. Así había sido siempre su relación.

—Por eso, Leonard y por muchos otros motivos, estamos mejor separados.

—Eso, vete. ¡Huye de nuevo! Nunca podrás esconderte de mí.

—Vete a la mierda, Leonard.

Y con la misma intensidad con la que se habían besado, Erika le cerró la puerta en sus narices.

6

El hombre de corazón

El lugar elegido por Gilbert y el resto de la Orden fue la propia iglesia de San Pedro de Bremen. Allí se debatiría el destino de cada uno de los integrantes para la siguiente misión.

El cura, un hombre humilde llamado por sus feligreses como «el hombre de corazón», era el último mecenas incorporado en la Orden. Se le llamaba así porque se lo consideraba un buen hombre y pastor. Sus misas eran especiales, puesto que no se basaban en los mismos sermones sobre Dios y la Biblia. Sus palabras, dedicadas a Jesús como testigo de una era creyente, sus discípulos como fieles adeptos y Dios como ser Omnipresente, eran propias, construidas con mimo y detalle para un público entregado que se consolaba con palabras de aliento. Ese hombre hablaba como los ángeles. Se había apropiado de los corazones de sus feligreses. Era el Dios de todas las iglesias. El hombre hecho solo de puro corazón. Ayudaba a los más necesitados, contribuía económicamente al mantenimiento de la iglesia y a la restauración de las fachadas de la plaza del mercado. Abría su iglesia para dar de comer a los más desfavorecidos. Era un ermitaño. El tiempo que disponía lo dedicaba a ayudar.

Habían llegado casi todos integrantes, excepto Erika. La estaban esperando.

—Lo último que he hecho fuera de lo común, ha sido bautizar a los perritos de la señora Testein —confesó Thomas delante de Leonard, Gilbert y Frieda.

—Es usted un pagano con inclinaciones cristianas. En un mundo cristiano, sería una blasfemia —contestó anonadada Frieda.

—No. Lo mismo que estoy de acuerdo con algunas leyes cristianas, también me parecen razonables pensamientos que tienen ateos o paganos sobre cualquier religión. Hay que estar abierto al mundo para que la gente crea en ti. Creo que cualquier ser en el mundo, humano o ser vivo, merecen una unión con Dios. Si bien esto podría resultar blasfemo para la comunidad cristiana, yo marco mis propias pautas. Los animales son seres vivos y tienen los mismos derechos. Dios los puso en la Tierra por alguna razón, no solo para que los cacemos y nos los comamos. Nosotros también somos

animales. No veo por qué hay que hacer distinciones.

—Pero no tienen la misma capacidad para elegir lo que les conviene. Ellos quizá no quieran ser bautizados. ¿Por qué se han de bautizar? ¡Es absurdo! —exclamó Leonard.

—Yo también pensaba lo mismo hasta que tuve un perro. El condenado era más listo que yo. Se hizo viejo, bueno —rectificó—, ambos nos hicimos viejos. Compartíamos tiempo y vejez, que es más de lo que puede pedir un vejestorio como yo. Deseaba que cuando muriese, pudiese viajar hacia ese lugar donde iremos todos al morir, así que le bauticé. Sé que es algo simbólico, pero cuando me despedí de él, supe que él estaría ahí esperándome con Dios, al otro lado del arco iris.

Thomas era especial.

—Entonces, ¿por qué decidió ser cura si sus visiones tienen poco que ver con la religión que predica? —preguntó Frieda.

—Habría que entrar en este mundo de alguna manera, así que me licencié en Estudios Eclesiásticos y me hice cura para predicar a mi manera. Yo no trato de convencer a nadie, ni de repetir, incansable, las cosas una y otra vez, sino hablar con el corazón y abrir el de los demás para mostrar la vida desde otro punto de vista menos hermético.

—¿Quiere decir que la Santa Biblia es hermética y obedece siempre las mismas normas? —A Frieda le parecía curioso oír a un cura decir aquellas singulares teorías.

—Quiero decir que la mayoría de los hombres disienten de creencias religiosas y que no se ha de seguir siempre el mismo patrón para enseñar a hacer el bien. Yo interpreto la Biblia a mi manera y hago que el resto del mundo lo vea como yo quiero que vea la vida real. No quiero que se imaginen a una Eva virgen y a un Adán virtuoso. Quiero que se los imaginen como dos personas que tenían apetencias sexuales puramente fisiológicas, vamos —concretó—, lo natural del cuerpo humano para concebir.

—Y no solo para concebir —corrigió Leonard—. Son necesidades…

—Sí, como mear —intervino Gilbert—. Eso sí que es una necesidad, aunque yo tengo incontinencia. Siento decir que soy un ateo muy extremo y que, igual que he visto curas lascivos con inclinaciones pederastas, también he conocido demasiados feligreses que van a misa todos los días y son más perversos que los que no van

nunca. Así que, Thomas, necesitaría un buen sermón de los tuyos para no pensar que toda religión, y más la cristiana, es una secta —carraspeó—, una sarta de mentiras.

—Algún día te lo mostraré, querido amigo —contestó Thomas con una sonrisa sincera.

—Vayamos al altar, Thomas… Hay cosas que no han de esperar más —propuso Gilbert.

Una vez que Thomas y Gilbert se separaron del grupo, Frieda se quedó a solas con Leonard.

—Se lo dije, Leonard…

—Lo sé.

—No estoy segura de que no te quiera… No se tomó muy bien que tú y yo…

—… nos acostásemos. —Terminó él la frase.

—Sí, eso, pero tanto tú como yo, sabemos que no hubo más que sexo. De todas maneras, te lo perdonará. No tiene razones para enojarse.

Leonard negó con la cabeza. No podía retroceder en el tiempo para enmendar sus errores, pero intentaba mejorar.

—Oye, una cosa —susurró Frieda—, no me imagino a Thomas matando por la Orden. Quizá porque, desde muy pequeña, mis padres me enseñaron la fe cristiana y no tiene nada que ver con estas excentricidades

—Tenemos de todo en la Orden. Faltaba un cura.

Ambos se echaron a reír por lo bajo.

—Lo que no sé es quién ha tenido la brutal idea de reunirnos aquí. Es un templo sagrado dedicado al culto, no está hecho para abordar temas como el llamamiento a las armas…

—La idea fue de Gilbert —confirmó Leonard—. Lo que yo me pregunto es qué ha visto en Thomas que no haya podido ver en cualquier otra persona menos influyente y unida a Dios.

Frieda se encogió de hombros.

—¿Vendría Gilbert a confesarse? ¿Tú crees?

—Quizá Thomas le esté metiendo esas mierdas en la cabeza. No

me imagino a Gilbert rezando ni confesándose sin obsequiar un corte de manga.

Volvieron a carcajear.

—¡Shhhh! Esto no es el bar de la esquina —los regañó un mecenas.

Leonard y Frieda se miraron muertos de la risa.

—El viejo Gilbert siempre ha ido un paso por delante. Él sabe dónde encontrarnos, así que, si ha elegido a Thomas, seguramente tenga su razón de ser.

Erika entró como una revelación. La luz del atardecer le hacía ensalzarse como si fuera el Espíritu Santo. Todos los integrantes se giraron para verla. Allí donde iba, la perseguía un halo de luz que a todos les atraía. Se persignó y después buscó a Frieda entre el gentío. Esta la saludó desde uno de los banquillos y Erika retomó sus pasos hasta ella.

Leonard se quedó sin respiración. La imagen de Erika con ese vestido tan escotado y el ruido de los tacones haciéndose notar, no era sino una provocación.

—Esta sí que sabe cómo acertar —susurró Frieda a Leonard—. Los santos de aquí estarán o no hechos de piedra, pero desde luego tu bragueta y tú, no, Leo. Ella está hecha para dominar el mundo de los hombres. No es de este planeta. Incluso una mujer como yo puede verse corrompida con solo verla sonreír.

—¡Cállate, por Dios! Eres peor que el demonio… —bromeó.

—Mírala bien, Leo, porque a partir de ahora vas a saber lo que es sufrir teniéndola cerca y no poder siquiera olerla.

—¡Eres una cabrona insensata!

—Tengo más para ti. Esto es solo una minucia. Solo te lo digo para que sepas lo que has perdido.

—Como si no lo supiera ya. No hay que dar nada por perdido… Aún.

Las puertas de la iglesia se cerraron a cal y canto. El perímetro estaba vigilado. Tanto dentro como fuera había seguridad.

Gilbert, quien miraba a Erika con eterna adoración desde el altar, se acercó hasta ella para darle un beso en la frente. Después, retomó sus pasos hacia el altar, junto a Thomas.

—Os pido silencio, queridos mecenas —anunció.

Erika saludó a Frieda, evitando sentarse al lado de Leonard.

—¿Por qué has tardado tanto, Erika?

—Problemas con el rímel…

—Demasiado arreglada vienes. ¿Qué pretendes, matar al pobre Leonard?

—De pobre no tiene nada —sentenció a Frieda con la mirada.

Todos miraron hacia el altar, donde Thomas y Gilbert preparaban el discurso:

—Os he mandado a llamar por la urgencia que requiere esta misión. Thomas, a quien algunos no conocéis, forma parte de nuestra comunidad desde hace un año. Gracias a su poder, hemos podido concretar esta reunión en su casa, su iglesia. A partir de ahora, nos reuniremos aquí hasta nueva orden. Ya no nos esconderemos bajo este suelo como sucias ratas. Cada vez somos más y eso requiere un lugar más abierto y con mejor acústica. Sed bienvenidos una vez más, hijos míos. Esta vez nos referimos de nuevo al tesoro maldito que nuestro antiguo mecenas, Adler Zimmerman, escondió para nunca ser devuelto. Adler era un profanador de tumbas que utilizó la Orden para realizar sus fechorías. Hoy de nuevo, mi instinto me dice que la pista que va a proporcionarnos Thomas nos servirá para encontrar algunas respuestas. Thomas, háblanos de lo que sabes.

Thomas se sacó un papel de la sotana y lo desdobló.

—Hace unos días, me encontré este simple papel en uno de esos banquillos donde ahora estáis sentados. Al principio pensé que se trataba de un papel insignificante que algún feligrés había dejado a su paso, pero cuando lo abrí, me di cuenta de que se trataba de algo más. Gilbert y yo estuvimos investigando y encontramos pistas de lo que podrían ser unas coordenadas que nos llevaban hasta Cuacos de Yuste, en Cáceres, España.

Los asistentes, sorprendidos, se quedaron boquiabiertos.

Mostró el mensaje numérico a los asistentes.

«40.1107056–5.7329000»

—Así que, las coordenadas nos llevaban directamente hacia España, que será nuestro primer viaje —anunció Gilbert.

—¿Qué hay allí? —preguntó uno de los mecenas.

—Un cementerio militar alemán —respondió Gilbert—. ¿Os suena?

Los asistentes se miraron los unos a los otros. Susurraban y hablaban sin parar. Todos tenían sus conjeturas sobre aquella ubicación, pero solo Leonard recordaba a la perfección aquel lugar.

—Adler está allí enterrado, maestro. —Alzó la voz y los demás tomaron silencio—. Dijo que quería ser enterrado junto a su antepasado, un soldado que murió en la II Guerra Mundial.

—¡Un ladrón! ¡Un estafador! ¡Está bien donde está! ¡Nadie le echa de menos! —gritaban los mecenas como posesos.

Un jet privado había viajado hasta España con el cadáver de Adler para ser enterrado allí. Había sido un triste entierro. Nadie había presenciado cómo descendía el cuerpo inerte de Adler bajo tierra. Había estado tan solo como lo estaba en vida. Adler había dejado claro en su testamento que no quería que nadie presenciase la labor del enterrador. No deseaba que nadie lo viese caer. Ni siquiera su mejor amigo Leonard.

—Así que hemos pensado que Leonard y Erika, quienes conocieron mejor a Adler en vida, acudan a aquel lugar para averiguar más sobre el cementerio. Yo mismo pediré permiso a las autoridades españolas cacereñas para que se exhumen los cadáveres. Llevaréis nombres falsos y los respectivos certificados para que se os permita hacer las operaciones. Mañana os esperará un jeep privado a las afueras de Bremen.

Leonard y Erika coincidieron cuando se miraron contrariados. A Leonard no le cuadraba nada aquella historia. A lo largo de su vida se había enfrentado a innumerables misiones impuestas por la Orden, pero sin duda, aquella era la más complicada. Aún se acordaba de la primera misión que había hecho junto a Erika. Se había tratado de descubrir a un ladrón de guante blanco. Gracias al instinto de Erika, habían logrado descubrir a la mujer que andaba detrás de aquel caso. Había sido una mujer obsesionada con los cuadros prerrafaelitas. Había sido tan meticulosa en la acción que había sido descubierta por un desliz que solo una mujer como Erika, delicada y con buen olfato, había advertido al momento. La ladrona de cuadros había dejado su perfume en cada visita clandestina. *Les Larmes Sacrées de Thebes* (Las lágrimas sagradas de Tebas).

Aquel perfume era signo de distinción, clase y de gustos exquisitos. Y aquel olor tan peculiar, lejos del alcance de la mayoría, había podido olerse en el cuello refinado de una condesa cuando

había adquirido un cuadro en la subasta de arte. Eso había sido lo que la había delatado.

Erika miró a Leonard como lo miraba antes de realizar un paso en falso. Era la mirada que lo decía todo sin necesidad de hablar, una mirada de aprobación y asentimiento. Si Leonard se la devolvía, entonces los dos miraban hacia la misma dirección. Era un acto reflejo, un guiño confidente.

Sí. Los dos asintieron con la cabeza. Gilbert ordenó:

—Frieda, Ava y Christian analizaréis la letra de la persona que nos dejó el mensaje: qué tipo de caligrafía es, qué personalidad hay detrás de ella. Daremos con el mensajero. Es nuestro trabajo —anunció Gilbert—. Y los demás, estad al tanto de cada uno de los feligreses que acudan a la siguiente misa, ¿de acuerdo? Su alguien quiere preguntar algo, que lo haga ahora. Bien, manos a la obra, a trabajar. —Dio una palmada y se frotó las manos—. Thomas, tú y yo haremos los respectivos trámites.

Thomas se alisó la sotana y guardó de nuevo la nota que había encontrado.

—Antes de irme, Thomas, necesito hablar en privado con Erika. Es de suma importancia.

Cuando Gilbert se dio cuenta de que su niña había cambiado tanto, sintió una punzada de nostalgia. Se había apartado de ella y de su vida. ¿De verdad se sentía con derechos para pedirle que regresase a la Orden?

Erika se había distanciado de todo y de todos. Se sentía fuera de lugar. Ya nada era igual. Cuando Gilbert le pidió que hablasen en privado, percibió un atisbo de tristeza en el rostro apagado de este. En su fuero interno había una espinita clavada por haberla dejado partir.

—Antes de que me contestes, quiero verlo por mí mismo. Quiero verte y que tus ojos me lo digan —dijo Gilbert.

Estaban solos, en el interior de un habitáculo destinado para las gestiones que Thomas llevaba a cabo para alimentar a los más desfavorecidos de Bremen.

—¿Qué es lo que necesitas saber?

—Dime que no lo sigues queriendo…

—No lo sigo queriendo. —Escondió su rostro en la penumbra.

—No te creo, quizá no haya formulado correctamente la pregunta. Han sido siete años desde que lo dejasteis. Siete años duros para todos. Quizá ya no te importe. Te sorprenderá saber que la vida no me ha tratado tan bien en este tiempo. Siempre he querido lo mejor para ti. Para los dos —rectificó refiriéndose también a Leonard —. Leonard y tú habéis sido como esos hijos que nunca pude tener. Cuando Leonard me dijo que volverías, muy iluso pensé que sería para quedarte, pero entiendo que desees una vida lejos de todo esto. Lejos de él, lejos de mí. Os he visto hoy aquí. —Hizo una pausa para atisbar los rasgos apesadumbrados de Erika—. Sois los mismos, pero con otra visión muy distinta de futuro. No formáis parte de vuestro presente, pero sí de un pasado que nunca podréis cambiar. Sé lo que pasó, Erika. Leonard me lo ha contado todo y no sin esfuerzo porque, pese a que es un hombre fuerte, también llora y tiene derecho a decaer. Él nunca se lo perdonará, mi niña. Él también lo quería más que a su propia vida y habría hecho todo lo que hubiera podido por salvarlo. Su vida cambió, sí, como también cambió la tuya. Por una vez en mi vida, me arrodillo ante alguien para suplicarte que le perdones. —Cogió la mano de Erika y se la llevó hasta su corazón—. Necesito que le perdones.

Erika no entendió por qué Gilbert tenía ese afán porque ella perdonase a Leonard. ¿Qué ganaba él en todo eso?

—Sois mis hijos —repetía Gilbert—. Te aseguro que Leonard nunca lo menciona. No puede hablar aún de él. Es demasiado duro para él…

—¿Duro para él, dices? ¡Maldita sea, Gilbert! ¡Leonard me abandonó!

—No fue así exactamente. Tú te marchaste de su vida…

Erika comenzaba a exasperarse.

—¿Te da pedido él que hablases conmigo?

—No. —Negó—. No pienses que esto es premeditado. Ha sido por propia voluntad el querer hablar contigo. Él ni siquiera lo sabe. Es más —dijo y tosió arqueando su débil espalda—, si él supiera que he hablado contigo, me mataría. —Su voz se quebró cuando volvió a toser.

—¡Exageras, viejo endeble! Ya no sirves para nada. Eres todo un vejestorio. Tú también me abandonaste. Todo el mundo lo hizo cuando más falta me hacía apoyo y comprensión. No vuelvas a hablar de él nunca más.

—De acuerdo, Erika. No lo haré, perdóname, hija. Nunca te abandonaría, solo pretendía que hicieras tu vida como bien era tu deseo.

—Cuando una persona sufre, no es consciente de lo que realmente desea. Debisteis saber que cuanto más me hundía en mi pozo, más necesitaba de vosotros.

—¿Por qué no lo dijiste, mi niña? Desapareciste de la faz de la Tierra. ¿Cómo podía yo acercarme a ti si tú pedías que me alejara?

—Solo quería estar a solas con mi tristeza, que nadie más compartiera mi dolor, porque de haber estado en ese pozo conmigo, os aseguro que jamás habríamos sido capaces de salir.

Erika no pudo retener por más tiempo esas lágrimas que yacían, traidoras, rasgándole las mejillas.

—Juntos habríamos sido capaces de todo, mi niña. Estando juntos en ese pozo, habría sido más fácil emerger y ver la luz. Leonard se habría tirado a ese pozo por ti, para permanecer a tu lado y salir de la oscuridad que te tenía amarrada.

—El amor no es solo sentirse amado, sino saber que esa persona haría cualquier cosa por ti… Y eso es lo que se siente de verdad y lo que hace que puedas sentir el amor. Leonard nunca me ha querido. Si me hubiera amado, me habría seguido a cualquier parte del mundo, y no fue así. Allí se quedó, sentado en aquel sillón sin mover un solo dedo, tan vacío como yo, pero nada dispuesto a luchar por mí. El vacío que yo sentí cuando los perdí no era comparable a la tormenta, ni a los huracanes… Era de mayor magnitud.

—Mi niña —sollozó—, tu sufrimiento era tan huracanado y tormentoso que ninguna vida que surgiera alrededor hubiera podido sobrevivir ni seguirte. Rechazabas cualquier ayuda posible y te volviste tan fría que nadie habría sido capaz de apaciguar tu alma helada.

—¿Qué sabrás tú de la tormenta? Nunca has estado en ella como yo. Yo he visto tanta oscuridad —dijo mientras fruncía el ceño y se secaba las lágrimas— que llegué a pensar que la oscuridad me quería con ella. No era capaz de salir. Era su prisionera. Ella me enseñó el otro lado del odio, del rencor, de la injusticia. Si tanto me queríais, solo con estar a mi lado habría bastado.

Gilbert se detuvo para tomar aliento. Sus piernas ya flaqueaban y su alma pedía retiro espiritual.

—La oscuridad me enseñó esa parte cruda de la vida separada de la luz —continuó Erika. No podía controlar su pena. Salió a flote—. Estuve cerca de del eco de las risas, del susurro de las voces. Desde las sombras pude ver con mayor precisión la crueldad de las personas, el miedo y la culpa, todo lo negativo del mundo. Durante un tiempo, me perdí en un bucle. Mi mente era mi peor enemigo, pues sabía cuáles eran mis debilidades. Solo puedo agradeceros haberme dejado sola en la intemperie, pues ya no sufro. El dolor es soportable y relativo. Nada me dolerá más que haberlo perdido a él… Todo lo bueno que quedaba de mí, él se lo llevó.

—Erika, entiendo tu dolor…

—Tú no entiendes nada. Solo proteges a Leonard. ¡Demonios! Él era mi bebé. No puedes comprenderlo. Jamás podrías ponerte en mi lugar. —Sus ojos se inundaron de lágrimas al recordar a su bebé.

—¡Oh, mi dulce Erika! Lo siento tanto… Fue un accidente.

—Tú no puedes sentirlo como yo lo sentí. Era mi hijo, mi esperanza.

—¿Cómo podría yo reparar ese dolor? Nadie podría haber hecho que lo olvidaras. Nada como un abrazo para aminorar ese recuerdo… Permítemelo.

Y Erika no pudo negárselo. Se aferró a sus brazos viejos y torpes, y siguió llorando sobre su pecho hasta que su sollozo fue silenciándose poco a poco.

—Leonard también lo amaba. No hay día que no se culpe por lo que sucedió, te lo aseguro. Él solo pretende recomponer un corazón roto y si tiene que luchar por conseguirlo, así lo hará. No hay nada que le detenga. Tienes que entenderlo.

—¿Y si lo perdono, se marchará de mi vida para siempre?

—Si ese es tu deseo, así se hará, mi niña. Los que de verdad te queremos, vivimos solo para complacerte. Si deseas que Leonard desaparezca, lo hará, independientemente de si eso es lo quiere o no, aunque me temo que antes de retirarse, luchará con uñas y dientes por ti. Daría su vida por ti…

—Nunca le permitiré que se retire, Gilbert. Ese necio aún tiene que pagar por lo que me hizo.

—Entonces no lo apartes de tu vida… Y ahora, mi niña, este viejo ha de descansar. Ve con ellos. Tendrás que concretar algo con Leonard sobre el viaje de mañana. Suerte. —La besó en la frente.

La tez de Gilbert se había tornado pálida, las ojeras más oscuras al igual que sus pupilas y sus labios, resecos y azulados. Volvió a toser antes de abandonar la estancia. Erika observaba cuán difícil era para él sostenerse en pie y fingir que estaba en perfectas condiciones.

—¿Estás bien, Gilbert? —preguntó Erika.

—Sí, estoy bien —respondió sin volver la vista atrás—. Solo que estoy muy cansado. Nada que no mejore con una tisana y una buena siesta, mi niña—. Levantó un brazo en señal de aprobación y despido.

Aun así, Erika no le creyó y se quedó preocupada. No estaba segura de haber sido justa con Gilbert. No merecía que le descalificase como un vejestorio.

Ya a la salida, todos se habían marchado, excepto el equipo de seguridad, que iban vestidos de paisanos vigilando el perímetro, y Leonard, quien la esperaba de brazos cruzados.

Sin que Erika lo mirase a los ojos, Leonard sabía que estos estaban enrojecidos e hinchados. Conocía a la perfección esos ojitos tristes.

—Erika… —la llamó antes de que esta se marchase—. Espera.

—No, no me digas nada, Leonard. —Lo rechazó.

Leonard la siguió hasta que pudo detenerla cogiendo suavemente de su brazo.

—Ey, ey, ey, ¿qué ocurre? —La cogió del mentón y la obligó a mirarlo—. ¿Algo va mal?

Erika no necesitaba que fuera gentil con ella. ¿Dónde demonios se había metido Frieda para salvarla? No. No había nadie para salvarla del escrutinio de Leonard. La plaza estaba desértica y la figura de los músicos de Bremen seguían ahí para recordarla viejos tiempos.

Aquellos ojos, más turquesa cuando estaba a punto de llorar, eran los culpables. Los mismos que la miraban con ternura como si deseasen arrancar de raíz cualquier dolor. El océano que escondía en ellos era calmo e hipnótico. Una vez dentro de esas aguas, cualquier mente vagaba tras la neblina y acababa perdido para siempre como náufrago a la deriva. Así eran los ojos de Leo, una trampa mortal en la que, hasta el más poderoso de los mortales, caía en ella.

—Nada importante. Todo el mundo llora y no tiene por qué ser por una causa específica —respondió Erika perdida como náufrago a la deriva.

—Pero si tú lloras, yo lloro. ¿Recuerdas lo que dijimos? Si tú sangras, yo sangro.

—¿Qué le sucede a Gilbert? ¿Tú lo sabes?

—Nada que no se cure con una tisana y una buena siesta, me dijo.

—A mí también me dijo eso. Entonces es más grave de lo que pensaba. ¿Será que esta vez el viejo Gilbert se ha vuelto más reservado y no quiere decirnos qué es lo que le sucede?

—No lo creo —mintió—. Gilbert ya era reservado antes. Imagino que la vejez le ha hecho ser más ermitaño que nunca. Se está curando de un resfriado, eso es todo. Sabes que nunca le ha gusta aparentar debilidad.

—No sé por qué pienso que no es del todo sincero conmigo. Lo conozco…

—Quizá no. Todos hemos cambiado. Hasta Gilbert ha cambiado.

—Tarde o temprano tendrá que decírmelo. Me voy a casa. Ray me está esperando y se me agotan las ideas para seguir mintiéndole.

—¿Quieres que te lleve?

—No —se negó en redondo—. Sé el camino de vuelta. No es necesario.

—De acuerdo. Buenas noches…

—Buenas noches, Leonard.

Leonard era un hombre paciente. Siempre lo había sido hasta que había conocido a Erika. Entonces se había vuelto impaciente por volver a verla, por tenerla entre sus brazos sin límites. Ella le había trastocado el carácter y sin duda eso era lo que más echaba de menos: verse a sí mismo loco de contento, tonto enamorado.

No insistió. Pensó que insistir era demasiado y él no tenía ese permiso.

—Mira por dónde andas. —Fue lo que contestó antes de dejarla ir.

—Mañana en la cruz hanseática de la plaza.

—De acuerdo. Aquí estaré.

Y mientras la silueta de Erika se perdía a lo lejos, Leonard intentó seguirla, pero el tranvía pasó por sus narices y no puedo ver si ella se

volvía para mirarle cuando él la llamó desesperado:

—¡Erika, Erika! ¡No te vayas! No me dejes solo en este mundo. Regresa junto a mí…

Tan cerca pero tan lejos. Sus palabras se las llevó el viento o quizá la estela del tranvía. De cualquier modo, Erika no se giró al llegar a la esquina. Lo hizo mucho antes para decirle que lo amaba más que a su propia vida, pero aquel tranvía le indicaba que debía comerse sus palabras, que su vida estaba al otro lado de las vías, lejos de Leonard. Así ella lo había elegido. Para cuando el tranvía atravesó la plaza del mercado, no había rastro ni de Leonard, quien había abandonado cabizbajo con las manos en los bolsillos, ni de Erika, quien había huido a toda prisa para evitar que sus pies volvieran junto a Leonard.

7

Callejón sin salida

ESPAÑA

Habían llegado al aeropuerto de Barajas a las cinco de la tarde. Desde allí, habían optado por alquilar un coche hasta Cáceres, dirección Cuacos de Yuste.

El viento azotaba el cabello alborotado de Erika desde la ventanilla del coche.

—¿No había otra forma de llegar antes? —preguntó Erika.

—Quizás —contestó Leonard—, pero pretendía ganar tiempo y establecer un plan. ¿Te molesta que estemos más tiempo juntos?

—No es eso… solo que Ray no sabe nada de esto. Cree que he viajado a España para negociar con unos socios y que llegaría por la noche.

—No le has mentido del todo. Los socios a los que vas a ver son cadáveres.

—Muy gracioso.

—No sé si podré ver el cadáver de Adler sin escupir sobre sus huesos.

—Si por mí fuera, su cuerpo jamás descansaría.

El camino en coche sirvió para que ambos recuperasen algo de ese tiempo perdido. Las coordenadas que Thomas les había facilitado los había llevado exactamente hacia ese lugar del que hablaban, pero debían hacer un pequeño tramo a pie.

Cuando llegaron al cementerio militar, divisaron un verde prado como si fuera un manto de hierba reluciente que sostenía cruces de granito oscuro. La tarde estaba feneciendo y ofrecía los últimos destellos del día.

Como inscripción en cada cruz, figuraba el nombre del soldado, la categoría militar, así como la fecha de nacimiento y muerte. Gilbert había concretado la cita con el enterrador de la zona, quien los esperaba junto a la entrada. Era un hombre bastante común, de unos

cincuenta años, de estatura media y algo rechoncho para la labor que ejercía.

—¿Habláis mi idioma? —preguntó el enterrador mientras les tendía la mano.

—Sí, yo sí, pero ella no —contestó Leonard en un español fluido —. Tengo familia materna en España, así que tengo bastante experiencia. —Le estrechó la mano.

—Perfecto. Me llamo Víctor.

—Encantado. Nosotros somos familiares de Adler.

Los españoles solían prolongar aquel gesto de estrechar las manos. Los alemanes eran menos cercanos, quizá. Erika observaba todo con detalle.

Leonard le dio a Víctor nombres falsos, tal y como había sugerido Gilbert para salvaguardar la identidad de ambos.

Erika se percató de que las manos de Víctor raspaban como una lija. Eran gruesas, frías, ásperas, estaban ennegrecidas y habían adoptado la forma de los utensilios que solían utilizar a menudo para cercas lápidas, recoger cadáveres con las manos desnudas, entre otras labores típicas de la profesión. Debía ser una tarea muy elaborada y difícil para un estómago delicado. Después de escanear a Víctor, observó a Leonard con asombro. Nunca lo había escuchado hablar en español, solo en alemán y chapurrear el inglés, y era terriblemente sexy verlo manejarse con aquella lengua románica que sonaba ruda, algo agresiva.

—Entremos. La tumba de Adler Zimmerman está junto a la de un marino fallecido en el hundimiento de la U-77. —Continuó andando Víctor con las manos detrás de la espalda.

—Lo sabemos.

—Tengo que decirles que no es nada habitual que se exhumen los cadáveres de este cementerio, pero lo han requerido autoridades alemanas y es mi deber cumplir.

—Se lo agradecemos.

—Mientras cavo, podéis echar un vistazo a esa placa conmemorativa — señaló—. Vienen turistas de todos los lugares para visitar esta zona.

—De acuerdo, gracias.

Erika y Leonard se detuvieron a leer la placa que había dentro del cementerio:

> En este cementerio de soldados, descansan 26 soldados de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda Guerra Mundial. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, submarinos y otros navíos de la armada hundidos. Algunos de ellos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por toda España, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde murieron. El Volksbund, entre los años 1980 y 1983, los reunió en esta última morada inaugurada en presencia del embajador de la República Federal de Alemania en un acto conmemorativo hispano-alemán el 1 de junio de 1983. Recordad a los muertos con profundo respeto y humildad.

—¿Me puedes decir qué pone? —pidió Erika—. Ese hombre me da mala espina, Leonard. ¿Qué te ha dicho?

Leonard sonrió.

—A los enterradores siempre los envuelve un halo de misterio. Es algo que adquieren con la experiencia. Su mirada se torna fría y si te mira ceñudo, creerás que desea sacarte las entrañas —se burló. Erika puso los ojos en blanco—. Víctor, en concreto, me ha dicho que ha arrancado corazones aún palpitando del pecho y que el próximo será el tuyo…

Erika le dio un manotazo cariñoso.

—Eres tonto. Ahora háblame en serio.

—Estoy hablando en serio. Víctor, el enterrador arranca corazones, te está mirando. —Se rio.

—No hace gracia, idiota. Dime qué es lo que te ha dicho y qué pone en esta placa.

—Eres muy curiosa. La placa habla sobre los soldados que yacen aquí enterrados. Eran de la Primera y Segunda Guerra Mundial y murieron en tierras españolas. Víctor solo me ha dicho que no es habitual exhumar cadáveres en esta zona. Eso es todo.

—Jamás habías hablado español en mi presencia.

—Nunca ha surgido la ocasión. Estábamos demasiado ocupados en otros quehaceres, ¿verdad, Erika? —Le guiñó el ojo.

—No seas grosero, Leonard. No es lugar para bromear.

Víctor acababa de exhumar el cadáver del alemán que se hallaba bajo tierra. Las distintas partes del cuerpo estaban desperdigadas en una pequeña urna.

Erika y Leonard observaban con atención el cadáver ennegrecido del soldado y comenzaron a nacer las primeras conjeturas. Era obvio que aquel no era el cuerpo de Adler. El hoyo que el enterrador, tan dignamente había cavado, albergaba un solo cadáver.

—Aquí solo hay un cadáver —apuntó Leonard con el dedo índice —. ¿Cómo es eso posible? ¿Nos habremos equivocado de soldado?

—No, señor —contestó Víctor secándose el sudor con la manga de su jersey azul eléctrico—. Tengo todos los datos informatizados. En este lugar se hallan los restos de Walter Bayer, nacido el 1 de junio de 1919, muerto el 28 de marzo de 1943, y Adler Zimmerman Bayer, nacido el 16 de diciembre de 1978 y muerto el 3 de abril de 2006. No hay errores, señor. Y a juzgar por el estado del cadáver, puedo asegurar que no es de Adler Zimmerman Bayer.

—Le ruego que siga buscando ahí abajo. Quizá encontremos algo más. Tiene que haber una explicación.

—Comprendo su impaciencia, pero no creo que encuentre nada más…

Víctor y Leonard trataron con suma delicadeza los restos del soldado mientras Víctor rebuscaba en los montones de arena bajo sus pies. Si el cadáver de Adler no se hallaba junto al de su antepasado, quizá podría haber sido incinerado a última hora.

—Quizá la urna funeraria esté bajo esta masa de tierra —señaló Leonard un lateral del hoyo.

—He cavado bastante profundo. Siento mucho si su familiar no está aquí. Lo intentaré de nuevo.

Víctor tomó de nuevo la pala y empezó a ahondar la tierra y profundizar más de medio metro.

—Espere, señor. Mi pala ha encontrado algo duro —informó Víctor.

Este se agachó para separar la tierra de la cobertura de lo que parecía un pequeño arcón. Leonard y Erika sonrieron a la par. «Aquí estás, cabrón», pensó Erika.

El arcón era bastante peculiar, de ébano y decorado con pedrería. Adler habría deseado ser reducido para entrar en ese pequeño arcón.

Era obvio que había sido incinerado a última hora. El rubí y la esmeralda revestían la cubierta. Víctor apartó la tierra de la inscripción de un solo soplo. Tenía las uñas tan negras como aquel arcón.

—Mire señor, tiene un epitafio. Dice así: «2006. Salida para no regresar nunca. A.Z.B.» —leyó.

—¿Puede usted acercarlo a la superficie?

—Por supuesto. Cójalo mientas subo por estas escaleras.

Leonard tomó el arcón entre sus manos. Pesaba. Las piedras dibujaban colores en el suelo a través de unos ínfimos rayos de luz. Se acercaba la noche.

Aquellas piedras podrían volver loco a cualquiera. Eran muy poderosas.

—Rubíes y esmeraldas para un traidor —susurró Leonard en alemán—. Hola viejo amigo. —Acarició las curvaturas de las piedras como si fueran las falanges de su amigo.

—Será mejor que compruebe que su familiar yace en el interior.

—Ha de ser Adler…

—Compruébelo usted mismo. Ábralo.

El arcón tenía una abertura en un lateral. Gracias a que el mecanismo consistía en presionar un botón, los brazos que cercaban el arcón se levantaron liberando la cubierta. La tapa se abrió levemente.

—Han pasado diez años. Tenga cuidado con las bisagras. La humedad ha podido pudrir la madera.

Cuando Leonard abrió la tapa y descubrió lo que se hallaba en su interior, volvió a llevarse una nueva decepción. Dentro, no había cenizas como él habría supuesto. Dentro, había cientos o miles de piedras preciosas de pequeño tamaño. ¿Quizá eran diamantes?

—¿Qué broma es esta? —preguntó Leonard exasperado.

Ante la atenta mirada de Víctor que exclamaba con un «oh» sonoro, se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Quién iba a saber que bajo esta tumba y bajo tanta tonelada de tierra se hallaba este arcón repleto de tesoros. Llamaré a la policía.

—Nosotros somos la autoridad —contestó Leonard mostrándole

los documentos que les favorecía a ambos—. Nos ocuparemos de esto. Tenga, vuelva a enterrar los restos del soldado y guarde silencio. —Le dio un fajo de billetes de cincuenta euros—. Por las molestias, usted ya sabe.

—Gracias, señor. Es mi trabajo… No acostumbro a recibir propinas, pero son bien recibidas.

Una vez fuera de aquel silencioso cementerio, Leonard siguió elucubrando su castillo de naipes. En él, ponía el alma en cada una de las pesquisas que el tiempo y la suerte le dejaban a su paso.

—A. Z. B. —leyó de nuevo Erika—. ¿Adler Zimmerman Bayer?

—Sí, y también son sus palabras. Siempre me decía que cuando muriese, pondría ese epitafio sobre su lápida. «Salida para no regresar nunca». Tiene su lógica.

—¡Dios mío! ¿Por qué han sustituido su cuerpo por un puñado de piedras preciosas? ¿Qué querrá decir? ¿Seguro que no había nada más dentro?

—No, Erika. Solo las piedras y esa maldita frase. No sabemos qué está pasando. Primero ese feligrés deja una nota con las coordenadas de este lugar que indirectamente se centra en la tumba del mismísimo Adler. Y, en segundo lugar, no encontramos el cadáver de Adler sino parte del tesoro de ese canalla. Todo es muy extraño.

—¿Qué te sugiere ese epitafio?

—Él siempre lo decía. Cuando se entra en una zona previamente señalizada como «callejón sin salida», debemos abandonarla por el mismo sitio por el que se ha entrado. Sin embargo, al tratarse de una tumba, lo único que se me viene a la cabeza es que una vez muerto, no hay posibilidad de regresar. Es como un callejón sin salida, pero en efecto, sin ella.

—¿Es posible que esta no sea la salida?

Leonard arrancó el motor.

—No lo sé… quizá hay algo en ese arcón que se me esté escapando.

—Investigaré mientras conduces…

Erika estuvo mirando aquel arcón e imaginando que, como todo tesoro, tendría un mapa o cualquier dato que fuera relevante, algo tan secreto como para esconderlo bajo tierra, en otro país, compartido con

un cadáver que, casualmente tenía el mismo apellido y que jamás nadie exhumaría por aquella zona.

Erika seguía girando el arcón y estudiando las distintas posibilidades mientras acariciaba el ébano. Los enigmas formaban parte del juego que a ella le encantaba. Con la yema de los dedos presionaba las esquinas, las holguras y las betas de la madera, cuando por fin descubrió una ranura en un lateral. Había un segundo botón.

—¡He aquí la segunda pista del arcón! —exclamó.

—¿Qué es? —preguntó Leonard mientras entraba en la autopista.

—Un segundo botón…

—¡No, no lo abras! ¿Y si es una trampa? Los antiguos faraones no se lo ponían nada fácil a los arqueólogos con sus sarcófagos.

—Debemos hacerlo. Quizá aquí esté la pista que nos hace falta para descubrir qué hay detrás de estas piedras.

Erika cerró los ojos y apretó con cuidado el botón, como si estuviera acariciándolo. De la ranura, salió un pequeño pergamino enrollado con un cordel.

—¿Ves? ¡No ha salido un gas potentemente venenoso directo hacia mis ojos…! Hoy no voy a morir. Al menos no por el conjuro de un faraón —bromeó Erika.

Leonard se rio.

—Venga, vamos, ¡léelo!

Los ojos de Erika se encontraron con un mapa y una frase.

—¿Cuál es este lugar, Leonard?

Leonard miró de reojo mientras conducía.

—Me suena.

—Es una especie de isla.

Leonard tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Claro que es una isla! ¡Sí! Es la isla de Sylt.

Ambos se miraron con asombro.

—«Cuando el sol desaparezca, mírame desde el acantilado rojo» —leyó Erika—. ¿Crees que Adler está allí enterrado?

—Ahora mismo dudo hasta del aire que respiro.

—¿No sería incinerado?

—No. Adler tenía miedo al fuego. Nunca hablamos de la muerte. Estábamos más pendientes por ver quién de los dos encontraba más tesoros.

—Todo me parece tan extraño… ¿Podemos confiar en el cura? —preguntó Erika.

—Sí, ¿por qué? Al parecer es el brazo derecho de Gilbert. Desde que entró en la Orden, el viejo tiene un bastón en el que apoyarse. Es de fiar, sí. Gilbert para eso tiene un sexto sentido. No sé qué vio en Adler…

—Es muy extraño que Thomas encontrara esas coordenadas en uno de los banquillos de la iglesia.

—Para que veas lo que puede llegar a ser un papel insignificante.

—Es insignificante hasta que alguien lo hace significativo.

—Debemos llamar a Gilbert y comunicarle lo sucedido.

Cuanto antes supiera Gilbert lo que sucedía, antes se convocaría otra reunión para establecer un nuevo plan.

—¿Y no cabe la posibilidad de que Adler siga vivo? —Erika siempre había destacado por su instinto. Esta vez no iba ser diferente, incluso con la experiencia se le había desarrollado ese don.

Habían tomado la misma ruta para regresar al aeropuerto. Parecía mentira que hubieran tomado la misma carretera cuando a Erika le parecía más corto el camino de vuelta que el de ida.

A Leonard también se le había pasado por la cabeza, pero era todo muy enrevesado. No era posible. Adler habría dado señales de vida mucho antes. Ambos lo habían visto morir.

—No —contestó Leonard—. Debe haber un error. Eso es todo.

—Solo espero que haya recibido su merecido si es que sigue vivo. Tarde o temprano, todos pagamos lo que hacemos en vida.

—Erika, lo vimos morir.

—Eso no tiene nada que ver con que el último tesoro que hallase le volviera tan loco como para fingir su propia muerte y de esa manera no ser investigado por la Orden. ¿Cuánto cuesta un acta de

defunción ilegal para un delincuente? Y no un delincuente cualquiera. Hablamos de Adler, el profanador de tumbas. ¿Qué no se puede permitir un multimillonario?

—Demasiado rebuscado, Erika. No veía a Adler con esa capacidad para desaparecer de la sociedad. Tarde o temprano tendría que regresar a delinquir para seguir subsistiendo.

—Entonces, ¿qué hacía este arcón a tan buen recaudo? Con este arcón le daría para vivir veinte años más.

—Y ahora hemos venido nosotros con nuestros permisos mágicos y le hemos jodido su inversión. Creo que, si estuviera vivo, eso debería cabrearle un poco desde donde esté. Yo regresaría de entre los muertos para recuperar lo que es mío, lo que me pertenece. —No. —Negó Leonard mientras se encendía un cigarrillo—. En cualquier caso, eso no es suyo. Sería robado, lo cual incumple con el decálogo de la Orden.

—Motivo más que suficiente para fingir una muerte y vivir de lo robado hasta agotar existencias. Una vez malgastado ese dinero, Adler siempre podría regresar a por más y qué mejor lugar para guardar un secreto de tal calibre que en un cementerio. ¿Se te ocurre un lugar mejor?

—Visto así hasta parece razonable y coherente.

—Si está vivo, seguimos manteniendo un enemigo común y esta vez voy a por todas para destruirle con mis propias manos. Juro por nuestro hijo que así será.

—Si Adler está vivo, que se prepare. Vamos a ir a por él…

Erika asintió con la cabeza y se le dibujaron un par de lágrimas sobre la mejilla que rápidamente se retiró con la manga de su chaqueta.

Miró a Leonard de reojo. Estaba tenso. Erika lo percibía en cómo apretaba la mandíbula y en cómo se blanqueaban sus nudillos manejando el volante.

Algo le decía que estaban muy cerca de descubrir el verdadero paradero de Adler Zimmerman Bayer, de quien pensaban que aún seguía vivo, y esta vez no iban a permitir un margen de error. Esta vez no iban a fallar.

8

El romboide de Michaelis

Leonard levantó la mano del volante para coger la mano a Erika, que descansaba sobre sus faldas. Antes de que este pudiera tomarla, Erika la retiró para evitar el mínimo contacto.

Después de aquello, se mantuvieron en silencio el largo trayecto. Las primeras gotas de lluvia quedaron aplastadas por el limpiaparabrisas. Las que vinieron después, traían consigo granizo, pelotas de granizo que aterrizaban sobre la luna del vehículo prometiendo partirla en dos.

El frío entraba por las rendijas del vehículo. Ambos no se esperaban que trascendiese el diluvio universal y que tuvieran que detener el vehículo en la primera salida.

—¡Dios mío! Por un momento pensé que íbamos a estrellarnos —exclamó Erika.

—Cada día contigo era una aventura, ¿recuerdas? Ahora creo estar viviendo una nueva.

Erika suspiró. Tiritaba de frío. Apenas se veía nada a través de la ventanilla del coche.

—No te preocupes. Ten mi chaqueta. Lo cierto es que no conozco en absoluto esta zona, pero en esta salida, por lo que indica aquel panel —señaló—, hay un hostal a doscientos metros. Venga —animó—, salgamos antes de que el cielo vuelva a descargar piedras sobre nuestras cabezas y nos deje sepultados en este coche toda la noche.

Cogieron el arcón y salieron a toda prisa del vehículo corriendo en busca de un refugio. Había un puesto cerrado de melones más adelante donde se detuvieron un instante para divisar el cartel del hostal. Gracias a que el pequeño puesto tenía un tejadillo, se resguardaron de una nueva oleada de granizo. Tras pasar unos agónicos y desconcertantes segundos de confusión, divisaron una destartalada y poco iluminada indicación del hostal. Se encontraba frente a un matadero, al lado de una gasolinera en desuso y un club de alterne.

—Venga, Erika, a la de tres salimos corriendo… —aventuró

Leonard cogiéndola de la mano—. Uno…, dos… y tres.

Echaron a correr como dos chiquillos. Había habido un tiempo en el que eran ellos los que se mojaban mientras se fundían en un beso y los transeúntes los que huían de la lluvia.

En aquel lugar, el único sonido que vencía al estruendo de la lluvia sobre los capós de los coches y el asfalto era el de sus risas y las pisadas sobre los charcos. Al final encontraron el dichoso hostal de dos estrellas. Cualquier cosa era mejor que dormir en el coche, pensaron.

—¿Estás bien? —le preguntó Leonard.

—Considerando que estoy calada hasta los huesos y he sobrevivido a un ataque aéreo de granizo, sí —bromeó.

Leonard le echó un ligero repaso a la ropa. Solo a Erika se le había ocurrido ponerse un vestido blanco para la ocasión. Rápidamente retiró la mirada para posarla sobre la recepcionista, quien los esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches, ¿en qué puedo servirles?

La joven no tendría más de veinte años. No parecía tener demasiada experiencia desenvolviéndose con los clientes, pero sí que entendía de hombres, según le pareció a Erika, cuando observaba con tanto descaro a Leonard.

—Hola, queríamos una habitación —dijo Leonard.

—Ahora mismo les miro nuestra disponibilidad —contestó.

La chica estuvo durante un buen rato mirando la pantalla del ordenador y, de vez en cuando, se distraía con los pectorales de Leonard.

—¿Cómo puedo decirle en español a esta chica que se dé prisa y que haga mejor su trabajo? —susurró Erika a Leonard.

—Impaciente y solidaria, así es Erika Clinton. Espera a que termine.

—Perdona que me entrometa en la conversación, ¿vienen de Alemania?

—Sí —respondió Leonard con esa simpatía que le caracterizaba—. ¿No quedan habitaciones?

—En ello estoy, pero hay un ligero inconveniente. Por lo que veo,

solo nos queda una habitación con cama de matrimonio.

Leonard arqueó una ceja.

—¿Un inconveniente? ¿Qué le hace pensar que no somos marido y mujer?

—Lo siento —se disculpó la chica—. Como no llevaban anillos y en nuestra clientela es bastante común la compañía de mujeres, pensé que quizá ella era… Tenemos al lado un club y…

Leonard se rio a carcajadas.

—Haré como si no hubiera escuchado nada. No sabe la suerte que tiene de que mi mujer no maneje el español, porque de ser así, habría hecho todo lo que estuviese en su mano para hacer que la despidiesen hoy mismo —respondió divertido.

—Lo siento mucho. —Se sonrojó.

—¿Cuál es la habitación, señorita… Gómez? —leyó su placa identificativa.

—No sé qué es lo que te está diciendo, pero a juzgar por su expresión, yo diría que acabas de darle largas —volvió a susurrar Erika.

Leonard se reía para sus adentros. Era un malhechor con carita de cordero degollado.

—Erika, es solo una chiquilla…

—Pues nadie lo diría. Pregúntale qué idiomas habla.

—¿Qué idiomas sabe hablar, señorita Gómez? —preguntó Leonard ante la curiosidad de Erika.

— Hablo español, inglés, francés y ruso —contestó la recepcionista.

Erika se preparó para extraer la lengua materna de su fuero interno. Casi se remangó para escupir la ira que aquella jovencita inocente le había provocado. Sabiendo que Leonard no la escucharía, dijo:

—*He is mine. Fuck you…* —le susurró y mostró su mejor sonrisa.

—La 207. Que pasen una agradable estancia —respondió secamente la señorita Gómez.

Leonard le entregó el dinero que pedían por noche y le dio las

gracias por su amabilidad.

Ya subiendo por el ascensor hasta la segunda planta, Leonard seguía sonriendo.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso, Leonard?

—¿Qué le has dicho a la pobre muchacha? Solo pretendía ser extrovertida.

—Nada que no se mereciera.

—¿No me lo vas a decir?

—¿Me vas a decir tú que le has dicho en español para que sonriera tanto?

—Lo habitual en estos casos…

—Yo también.

—La verdad es que era un poco entrometida. No sé si es que los españoles se toman demasiada confianza o es que los alemanes somos demasiado desconfiados. Quizá deberíamos aprender un poco de ellos para equilibrar nuestros caracteres. Somos europeos, ¿no? Pues no debería haber tanta diferencia entre países.

Erika no dijo nada más al respecto. Su instinto no fallaba. Sabía que la Señorita Gómez merecía un escarmiento. Y no lo sabía porque había entendido el español, que obviamente era un no rotundo, sino que lo sabía por el cambio brusco de sus expresiones, por su coqueteo con Leonard y por su rubor.

Mientras atravesaban el pasillo que los llevaba a su habitación, Erika rezaba porque las camas fueran individuales. Ya no importaba compartir con Leonard la misma habitación, pero no se perdonaría dormir en la misma cama. Eso sería contradictorio en todos los sentidos.

Anduvieron hasta el final del pasillo, uno al lado del otro. Se sentían incómodos, cansados, confundidos y mojados, con los corazones latiendo a la par.

Al entrar en la 207, Erika se maldijo una y otra vez para sus adentros. La cama era de matrimonio. La habitación disponía de un baño, televisión plana, calefacción y un secador. Olía a humedad y había grietas en el techo por donde se paseaban varios bichitos de desconocido parentesco.

—Quiero pensar que no son chinches —dijo Erika dejando el

abrigo de Leonard en la mesa.

—Tendremos que dormir aquí. No nos queda otra opción. Aún llueve…

—¡Dios mío! —Se cubrió la boca— ¡Tengo que llamar a Ray! Estará preocupado…

Y allí estaba él, Ray, siempre en medio.

—De acuerdo. Mientras me tomaré un baño. Al menos tienen calefacción y agua caliente. Eso es más de lo que podemos exigir en cuanto a la calidad y al precio.

Para Leonard, tener a Erika en un mísero hostal de dos estrellas, lejos de Alemania, de Ray, de la Orden y de los problemas, era toda una ventaja. Quizá Erika siguiese odiándolo después de ese viaje, pero terminaría amándole como ya lo había hecho una vez. Lo tenía tan claro como el agua. Lo veía en su rostro, en sus gestos, en las casualidades, en las inclemencias del tiempo… Era la misma Erika que había tenido una vez en sus brazos, pero más mujer, con más carácter.

Erika cogió su móvil. Estaba igual de empapado que ella, pero lo cierto era que seguía funcionando. Intentó hacer varias llamadas a Ray, pero en aquel horroroso lugar no había cobertura.

—¡Maldita sea! ¿Dónde demonios estamos? —Golpeó el móvil contra la cama.

—¿Cómo? No te oigo desde el baño. ¿Qué decías? —Salió completamente desnudo.

¿Qué pretendía? Erika se quedó sin habla. Intentó mirar hacia otro lado, pero sus ojos se mantuvieron quietos durante una eternidad en la entrepierna de su ex prometido.

—Na… na… Nada, joder. No tenemos cobertura. —Se cubrió los ojos con el brazo.

—¡Ahhhh, eso! Quizá sea porque está diluviando o porque estamos en un lugar incomunicado.

—Ya puedes volver al baño, Leonard.

—¿Y si no quiero?

—Leonard, por favor… ¡Vete al baño! Me incomoda verte así.

—¿Por qué? Eri, me has visto así cientos de veces. Debes habértela aprendido de memoria.

—No seas grosero. ¿Y si no quiero recordar nada ahora?

—Pues entonces te dejo con tus amigas las chinches.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué asco! —Continuaba con el rostro escondido —. Pero aun así, prefiero las chinches.

—De acuerdo, Eri. Ya me voy. Ya puedes respirar tranquila.

Una vez que el aparato de Leonard desapareció de su vista, siguió intentando comunicarse con Ray. Le mandó un mensaje con la esperanza de que le llegase:

> Erika: RAY ESTOY BIEN. SOLO HE TENIDO PROBLEMAS PARA VOLVER. DEMASIADA HUMEDAD PARA MI GUSTO. VOLVERÉ A INTENTAR COMUNICARME CONTIGO MAÑANA. TE QUIERO.

Dejó el móvil en la mesita de noche y esperó a que Leonard le cediera el baño para poder cambiarse. Se sentía demasiado expuesta incluso con ropa. Leonard salió a los diez minutos con la toalla enrollada alrededor de sus caderas. Por lo menos le concedía a Erika un momento para la tregua.

—No sé cómo no pensamos que esto podría ocurrir. Estamos sin ropa de recambio.

—Pues nos tocará dormir sin ropa, Eri. Le pediré a tu amiga, la recepcionista que nos haga el favor de secarnos la ropa.

—¿Mi amiga? ¡Ja! Yo no tengo más que una amiga.

—Con ese carácter indomable no me extraña. Ya puedes ducharte. El agua sale caliente. La temperatura es agradable.

Erika cruzó la habitación a toda prisa para quitarse la ropa mojada. No soportaba la humedad o quizá no soportaba la desnudez de Leonard.

Intentó cerrar la puerta, pero se quedó con el pomo en la mano.

—¿Queeé? —gritó desesperada— ¿Es una broma?

—No —contestó Leonard divertido al otro lado de la habitación —. No se puede cerrar, así que tendrás que ducharte con la puerta abierta.

—¡Oh, por Dios! ¿Dónde nos hemos metido?

—En un hostal de dos estrellas, querida. Esto no es un hotel de lujo como los que proporciona Gilbert. Lo siento.

Enfurruñada, entró en el plato de ducha. Cerró los ojos y pensó en una habitación totalmente blanca. Sin ventanas ni puertas. Solo una simple habitación insonorizada, sin muebles ni ninguna otra decoración. Solía hacerlo para abstraerse de la realidad, de su aplastante rutina, pero en sus pensamientos no estaba sola. Tenía a Leonard detrás de ella, en el mismo centro de la habitación incolora, en su bunker. Sentía que la miraba. La deseaba, pero ella hacía todo lo posible por parecer inalcanzable. Cuanto más lejos parecía estar, más se aproximaba a él. El agua templaba su cuerpo que hasta ese instante yacía sin vitalidad. Lo sentía más sensible y receptivo que nunca.

Cuando abrió los ojos, se encontró con una realidad muy diferente. En su realidad no había bunker donde esconderse. Tenía la sensación de ser observada por Leonard desde el quicio de la puerta. Éste había conseguido entrar en su mente para colorear aquella habitación que la protegía del mundanal ruido. Estaba a tan solo unos metros acariciándola con la mirada.

Dejó que el agua fuera la que purificase su alma herida y se llevase a través de sumidero, algunas rencillas que seguían ocasionando barreras entre ambos. ¡Que Dios la perdonara! Era una mujer a fin y al cabo. Tenía sus debilidades y, aunque luchase contra ellas, no estaba segura de que fuera eso lo que deseaba realmente.

Se detuvo a frotar con la esponja algunas partes de su cuerpo con la sola intención de perturbar a su observador. Sabía que él la estaría observando, así que no quiso que se perdiera el espectáculo y le hizo partícipe de su goce.

Cuando terminó de enjabonarse, se permitió el lujo de acariciarse. Sabía que eso lo volvería loco. Aunque se tratase de enloquecer a Leonard, ella se estaba dando más placer que nunca. Volvió a imaginar su habitación blanca resguardada del exterior que solo existía en su mente. Allí le cedió los honores a Leonard, quien era en ese momento sus manos y el jabón que descendía por sus muslos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Leonard desde su posición en primerísima fila—. Me puedo quedar horas mirándote hasta sentir el fuego cerca de mis ojos. Y te aseguro que terminaría quemándome, pero sería feliz si muero en tus brazos.

Erika pegó un respingo despertando de su ensoñación que ella misma había provocado.

—¡Lárgate, Leonard! ¿Qué haces aquí?

—Vi que tardabas y he querido saber si estabas bien. Veo que

estas muy bien. Desde luego mejor que bien. —Se rio a carcajadas.

—Eres un imbécil y esta maldita mampara es lo peor. Como para tener intimidad. Aquí es imposible. ¡Vete de aquí si no quieres que te tire este jabón a la cabeza! —amenazó divertida.

—No serás capaz…

Y vaya que sí lo hizo. Erika lanzó con todas sus ganas una de las pastas de jabón que obsequiaba el hostal.

—¡Oh, pequeña… Has despertado a la bestia! —exclamó Leonard —. Y eso tendrá consecuencias.

Cruzó la barrera virtual que los separaba, se desató la toalla y se metió en la ducha con Erika. Su virilidad era más que evidente.

—¿Te has vuelto loco? Pero… ¿qué haces?

—Ayudarte a relajarte. ¿No era eso lo que pretendías?

Con el espacio tan reducido de la ducha y aleteo de mariposas en sus estómagos, comenzaron a reír y a juguetear con los tarritos de gel. Uno vertía el tarro en el cuerpo del otro y el otro lo vertía sobre el suyo.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido justo ahí. No pensaban en Alemania, ni en Ray, ni en misiones, ni en la Orden. Solo deseaban divertirse. Acabaron vestidos de jabón.

—Deja que te enjuague, Eri.

—No…—bajó la mirada—. Será mejor que salgamos.

—Confía en mí. No voy a sobrepasarme a menos que tú me lo pidas. Te lo prometo.

Erika se puso de espaldas a él y dejó que las manos de Leonard la liberasen.

—Leonard, por favor. Esto no está bien —gimió.

—Relájate, por favor.

Leonard dibujó su nombre y el de Erika con la yema de sus dedos, recreándose en los hoyuelos de la rabadilla, los hoyuelos de Venus. Cuando llegó hasta sus muslos, se detuvo tal y como había prometido. No se sobrepasó.

—No… No pares —exigió Erika con el corazón saliéndosele del pecho.

—¿Dónde quieres que vaya? Dímelo tú…—le susurró muy bajito.

Erika cogió los brazos fuertes de Leonard.

—Rodéame con tus brazos.

Leonard respondió al instante. No tardó ni un segundo en obedecerla. La rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo formando un solo bloque. Erika notaba detrás de ella la soberana erección. Tragó saliva y suspiró. Al fin despertaba su cuerpo de mujer. Ya notaba los primeros azotes del orgasmo y la excitación se había incrementado, ascendiendo también la temperatura corporal. Sus caderas se activaron y comenzaron a friccionar y a frotarse contra la erección de Leonard. Este mordió el cuello de Erika y apretó sus muslos mientras exclamaba un «oh» muy ronco al sentir una ola de placer inconmensurable.

—¡Oh, mi pequeña halcón!

Y allí mismo, abrazado a ella, llegó al clímax y terminó en la preciosa y arqueada espalda de Erika. Esta, que yacía gimiendo, se dejó llevar por los impulsos eléctricos que sacudían las paredes de su sexo.

Estuvieron durante algunos minutos sin moverse, sintiendo el agua recorriendo sus figuras desnudas. Tanto sus cuerpos, como sus pensamientos se ensamblaban a la perfección. Ambos sabían qué secretos escondían detrás de los puntos suspensivos, lo que se guardaba en una caja fuerte y lo que decían dos corazones que latían tan fuertemente a la par.

—Voy a contarte una breve historia antes de que nos despellejemos vivos. Imagínate estar rodeado de mucha gente y todos se ponen a hablarte, todos parecen querer algo de ti, pero tú solo tienes la vista puesta en una persona y desearías que esa gente desapareciera para poder estar a solas con ella. La buscas con la mirada entre el gentío. Allí está. Es inconfundible y cuando los dos se encuentran, solo hay una cosa que ronda por sus cabezas: alcanzarla y abrazarla, fundirse para ser uno. Que lo desee como lo deseo yo… Así es mi vida y voy a recuperarte, aunque sea lo último que haga, mi amor —le susurró.

9

El cuerpo envejece y el alma siempre renace

Despertaron juntos —aunque no revueltos—, en la misma cama. Leonard había respetado la decisión de «no acercamiento» por expresa petición de Erika. Como tal, habían dormido espalda contra espalda compartiendo calor humano, desnudez y experimentando una nueva oleada de las famosas mariposas en el estómago. El teléfono móvil de Erika vibraba como un poseso revolcándose hasta el borde de la mesita. En la pantallita del móvil de Erika aparecía la foto de Ray de fondo y su número de teléfono. Antes de que se cayese al suelo, Erika lo cogió al vuelo y se quedó mirando la pantalla como si estuviera pensando qué decir una vez que pulsara la tecla de descolgar.

—Hola, cariño. —Tomó el móvil con manos trémulas llevándoselo a la oreja e intentando aparentar la misma serenidad de siempre. ¿Ray percibiría algo inusual en el timbre de su voz? ¿Sería eso posible? Al fin y al cabo, no había habido besos de por medio, solo roce. Que ella supiera eso no era una infidelidad.

—Hola, preciosa. Vi tu mensaje… Te he estado llamando toda la mañana, pero ha sido imposible contactar contigo.

—No hay cobertura. Eso es todo. En unas horas regresaremos a Berlín.

—¿Regresaremos? ¿Vienes con alguien?

—No… —Tragó saliva—. Solo he coincidido con algunos clientes que van en el mismo avión que el mío.

—Ah, de acuerdo. Por lo menos no vienes sola. Me quedo más tranquilo. Entonces, ¿ha ido todo bien con los clientes?

—Ehhh… ¡sí, fenomenal! Hemos cerrado un acuerdo. Hay muchos clientes interesados en serme de utilidad en la empresa. Creen que tienen la fórmula secreta que hará que asciendan nuestros ingresos.

—¡Entonces, eso es maravilloso! Aquí te espero… esto de echarte de menos es un sentimiento nuevo para mí. Nunca te habías ido tan

lejos. Te lo haré pagar dulcemente.

—De acuerdo, no veo la hora de volver. Tengo que colgarte. Adiós, Ray…

Leonard se frotó los ojos y se desperezó estirando todo su cuerpo y dejando entrever su mástil desde tan temprano. Era todo un semidiós, engendrado por Zeus. Erika se mordió el labio mientras pensaba si lo más adecuado era abofetearle por mostrarle más de lo que quería ver, cubrir sus zonas íntimas o montarse encima de él como una auténtica amazona. «No. Pero ¿¿qué cojones estás pensando??? Cambia de canal, pervertida», pensó.

—Leonard, ¿me harías el inmenso favor de cubrirte? ¿Tanto te cuesta?

—Dirás que no lo pasaste bien anoche en esa asquerosa ducha.

—¡Idiota! —Le lanzó un cojín a la cara.

—Sí —asumió divertido—. Todo lo que quieras. Lánzame la pasta de jabón, todos los cojines que quieras, pero anoche no te dieron asco ni las chinches. Te quedaste dormida como un bebé. Así es como deben tratar los hombres a las mujeres, saber satisfacerlas dentro y fuera del lecho.

—Pídele al servicio de limpieza que nos devuelva la ropa en perfectas condiciones y vayámonos ya. Seguro que tengo mordeduras de chinches por todo mi cuerpo.

Después de superar la odisea que habían vivido aquella noche, los dos tenían la sensación de que habían dejado atrás las rencillas que los mantenía distanciados. Erika estaba segura de que la próxima vez ninguno interpondría barreras.

Leonard estaba pletórico al rememorar cada detalle mientras conducía rumbo al aeropuerto de Barajas. Ninguno de los dos habló durante el trayecto. Cada uno estaba inmerso en sus pensamientos. Erika barajaba la posibilidad de contárselo todo a Ray, pero desecho tal idea. ¿Cómo iba a contarle todo sin pedir un tiempo para reflexionar? Estaba confundida. Y no era de extrañar teniendo a su exprometido al lado.

En cambio Leonard, no podía pensar en otra cosa más que en repetir lo que habían dejado a medias. Se marcaba un nuevo triunfo. Estaba más cerca que nunca de la victoria y por ello no bajaría la guardia. Era su momento. Erika le pertenecía. Sus almas estaban destinadas a enlazarse de por vida.

Su móvil, conectado al *bluetooth* del vehículo, sonó de repente haciendo que ambos pegaran un brinco. Gilbert llamando.

—Dime Gilbert —respondió Leonard.

—No. No soy Gilbert —respondió la otra voz masculina—. Soy Thomas. Se me ha encomendado la misión de llamaros. Gilbert… está… —titubeó— gravemente enfermo.

—¿Cómo es eso posible?

—¿Dónde estáis? Me dijo que volvíais a Alemania. Necesito que vengáis a casa de Gilbert cuanto antes. Es de suma importancia. Quizá sea la última vez que lo veáis…

A Leonard le temblaban las manos y a Erika, el corazón. Ambos se miraron una décima de segundo sintiendo que el tiempo no jugaba a su favor. Aún no habían siquiera subido al avión.

—En unas horas estaremos allí…

—Demasiado tiempo… No creo que podáis despediros de él.

—Thomas, Thomas… —De fondo se escuchaba a Gilbert llamar a Thomas —. Diles que todo está solucionado, que no se preocupen por mí…

—¡Oh dios mío, Leonard! —sollozó Erika—. Por favor, Thomas, dile que aguante por favor, que enseguida estamos allí con él.

Se oyó a Thomas retransmitiéndole el mensaje de Erika.

—Diles que los quiero, Thomas. ¡Díselo! Díselo, que yo te oiga —volvía la tenue voz de Gilbert.

—Chicos, me dice que os diga que os quiere —dijo Thomas profundamente desolado.

El tiempo era un enemigo común de la impaciencia. Por mucho que uno desease detenerlo, a veces por las ansias, otras por amor, otras para dar un último mensaje, el tiempo no daba tregua a nadie, ni siquiera a un viejo moribundo ni a dos personas que ansiaban llegar a su destino para dar el último adiós. El tiempo era enemigo común de la soledad. Hacía lo impensable por atormentar el alma de un viejo y que sus horas fueran lentas y tortuosas. El tiempo no era amigo de nadie más que de la muerte, a quien cedía todas esas almas que anhelaron una mejor vida. De cualquier modo, el tiempo para un viejo no era igual que el tiempo para dos personas como Erika y Leonard que, aun no disfrutando de ese tiempo que se les brindaba, deseaban

que pasase cuanto antes para comprobar qué iba a ser de sus vidas. Lo cierto era que el tiempo no curaba heridas, ni las cicatrizaba, sino que las dejaba tan abiertas y tan al rojo vivo que no había una posible cura más que la liberación. El alma de Gilbert necesitaba liberarse, fenecer. El alma de Leonard y Erika necesitaban liberarse. Renacer.

—Dile que nosotros también lo queremos a él —exigió Erika entre sollozos—. Gracias Thomas. Gracias por llamarnos.

Y colgaron.

Al cabo de unos segundos, Thomas se sorbió la nariz. No quería llorar en presencia de Gilbert.

—Viejo amigo, tú siempre nos has dado fuerzas, así que, por Dios, aguanta.

—No pretendo aguantar, Thomas. Solo quiero irme en paz… Ahora oigo sus voces. Son como susurros incoherentes que hablan los unos con los otros sin ton ni son. Vienen a por mí… lo sé por cómo me miran. Hay demasiada gente aquí, Thomas.

—No. Estamos tú y yo solos.

—Solo tienes que mirar más allá para verlos. Están aquí, alrededor. ¡Míralos! ¿Es que acaso estás ciego?

—Gilbert, sujeta mi mano. No la sueltes. Dime qué ves.

—Veo… veo…. Veo la luz. Y ahora, amigo, convénceme de que esa luz me llevará hasta tu Dios. Es el momento de que me convenzas, de que me acerques hasta él. Quizá si me convences, solo quizá, pueda descansar en paz. No me apetece en absoluto tener que vagar por ahí como las almas errantes que no van a ningún lugar. Dime cómo lo hago, amigo…

—Tan solo cree para poder ver… Allí está, esperándote al otro lado. Ve con él. Ve en paz.

Y Gilbert dejó su cuerpo laxo, los brazos cayeron a los lados, sus ojos se quedaron quietos cegados por la luz y su boca se relajó formando una leve sonrisa. Todos sus músculos se quedaron a merced de la gravedad. Ya no dolía. Ya no pesaba.

—Ve con Dios, amigo.

Thomas le cerró los ojos y rezó por su alma. El maestro Gilbert Henry II Weinmann se había marchado hacía ese lugar de no retorno.

La llegada a Bremen fue desoladora. Leonard y Erika lloraban la

pérdida de su padrino. Padrino y maestro en la Orden, padre detrás de las normas y todo aquello que tuviera que ver con los mecenas.

Cuando llegaron a la vivienda, ya habían recogido su cuerpo inerte y lo habían llevado a la morgue. Solo quedaba en el ambiente el perfume que Gilbert solía ponerse, su bufanda bien doblada sobre la mesa y una carta en cuyo sobre figuraba el nombre de Leonard y de Erika en una bonita caligrafía en cursiva.

Leonard la cogió con cariño no sin antes olerla. Aún olía a Gilbert.

—Siento tanto haberle llamado vejestorio… —se lamentó Erika.

Thomas aún permanecía acongojado. Cogió la mano de Erika y la estrechó mostrándole todo su cariño.

—Él te quería con locura. Seguramente lo que le dijiste no era tan importante como para recordarlo en su lecho de muerte. Leed la carta… me dijo que la escribiese para vosotros.

Leonard dejó el sobre a un lado y desplegó la carta, alzando la voz no sin dificultad para proseguir en algunas frases, deteniéndose para coger aire de vez en cuando y suspirar:

> Hoy siento que la vida se me va en unas letras, se me escurre de entre los dedos. Porque la vida es tan delicada como el polvo que desprenden las alas de una mariposa, como el plástico que al rojo vivo se consume, como los años, como los días que poco a poco nos hace viejos y desprovistos de energía.
>
> Estas quizá sean mis últimas palabras. Nunca se sabe cuándo será el día de nuestro final, así que por si esto es mi despedida, quería asegurarme de dejar un buen legado. De dejar a mis hijos unas bonitas palabras de este hombre que siempre quiso lo mejor para su familia sin pensar en él mismo.
>
> Sabed que me encantaba la música clásica. La música es vida. Sin ella, el mundo se quedaría bastante silencioso. Los humanos siempre hemos hecho demasiado ruido. Incluso la tierra nunca ha estado en silencio…
>
> Necesitamos el ruido para vivir. A veces, el silencio para sobrevivir…
>
> Quería deciros que he vivido muy bien. He reído y llorado y la vida no me ha tratado tan mal, que si hoy dejo este mundo solo puedo dar gracias por haber vivido hasta ahora y tener a mi lado a esta gran familia. A mis hijos… sois lo más preciado para mí. Os

busqué demasiado tiempo como para no quereros. Nunca he sido más feliz. Erika, desde que te vi, supe que esa camarera debía salir de inmediato de esa celda oscura que hacía que no brillases con luz propia. Nunca me equivoqué contigo. A Leonard, cuando eras un chiquillo supe que serías un gran mecenas. ¿Que qué vi en ti? Éxito, perseverancia, entrega y devoción…

Este es mi testamento. Dejo todos mis bienes a mis hijos, Erika y Leonard. Porque ellos son mi familia.

Sabed también que he amado con locura a todos los animales que he tenido y que amaré allí donde vaya a todos los animales del mundo. Son lo mejor que hay y ningún humano puede igualarse a ellos. Son parte de este mundo, aunque se merezcan más que esa parte. Son humildes, libres y carentes de maldad.

Posiblemente me vaya sin saber qué hay después de la muerte. No miento si digo que he tenido miedo. Miedo a todo, pero he sabido luchar contra corriente y lo he hecho valiente. Con miedo, pero valiente.

No pido flores ni visitas frecuentes, pero sí respeto y algún que otro rezo para velar por este cuerpo que solo es un recipiente en esta vida. Como dicen, el alma vuelve al universo. Que mi alma sea acogida por un cuerpo que esté dispuesto a luchar por sus sueños y nunca se detengan ante las adversidades, porque lo que me llevo es una lucha constante por superar obstáculos y humillaciones de gente perversa e hipócrita, gente envidiosa y ponzoñosa que hace daño a propósito.

»Este es mi legado… una serie de circunstancias que han hecho placentera mi existencia. Leed, amar a vuestros escritores favoritos, enterraos junto a vuestro libro preferido y escuchad música sin cesar. Y amad, amad aunque os parta el corazón, pues los desamores que finalizan con tristeza también son principios. Te enseñan a saber elegir cuando encuentras al amor de tu vida.

«El cuerpo envejece y el alma siempre renace… siempre vuestro», Gilbert.

PSD: Muerte, me entrego a ti con la intención de que unas de nuevo a mis dos hijos, (mis dos catástrofes naturales) para que puedan congeniar sin que se forme… ¡¡¡una hecatombe!!! ¡Con lo difícil que es que dos personas llegadas de distintas partes del mundo se encuentren, se gusten y se enamoren!

El funeral fue muy emotivo. A Gilbert le gustaban los funerales al

más puro estilo americano, así que sus mecenas le prepararon unas escuetas palabras cada uno como muestra de gratitud en la iglesia de San Pedro. Allí, Thomas dirigía los responsos y oraba porque el alma del maestro ocupara un lugar en el Cielo.

Leonard fue el primero en dedicarle unas últimas palabras:

—Quizá ahora que Gilbert se ha marchado, valore más su esfuerzo y dedicación. Siempre me pregunté cómo lo hacía para encontrarnos a todos. —Miró con ternura su fotografía—. Ahora pienso que era su instinto el que le llevaba a elegir a cada persona de diferente etnia, religión, o país para cumplir con su deseo de formar su propia familia. Y así lo hizo… espero ser digno de mi predecesor. —Leonard sonrió y bajó del altillo.

Le tocaba el turno a Erika.

—Mi vida estaba desordenada cuando Gilbert me encontró. —Enlazó sus manos nerviosa—. Era camarera en un bar estadounidense. Había echado a perder mi carrera profesional y, para colmo, tenía una jefa que me hacía *mobbing*. Estaba sometida a una alta presión en mi día a día. Hacía el trabajo de cinco personas y no tenía días libres, pero Gilbert me salvó —recordó emocionada—. Me liberó de mis cadenas y, gracias a él, pude encontrar la manera de recuperar mi autoestima. Me agarré de su mano y ya no me la soltó. Fue mi ángel de la guarda. Le estaré eternamente agradecida… —Lanzó un beso al cielo.

10

Cuanto me llamabas tan dulcemente “Leo”

Siete años antes

—Leo, tengo algo importante que decirte… —dijo Erika.

—¿Algo tan importante que no puede esperar a que te desnude y te haga loca y apasionadamente el amor? Ven, mi vida… vayamos a la cama.

—No puedo dormir…

—¿Quién dice que vayamos a dormir? Aunque entiendo que estés cansada. Cierra los ojos. Yo haré que te olvides de los problemas… Déjate llevar.

Ambos se dejaron caer en la cama.

—Leo…. —gimió al recibir un lametazo.

—No hay nada que deba preocuparte, mi pequeña halcón. Siempre velaré por tus sueños. Rodéame el cuello con tus manos…

—No es eso lo que me preocupa. Leonard, es importante, en serio.

—Miedo me da cuando me llamas así. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me da la impresión de que vas a decirme algo que no me va a gustar?

—No va a gustarte, pero creo que debes saberlo.

—No me está gustando nada el tic nervioso de tu ceja…

—Eso es lo de menos. ¡Calla y escúchame por favor! —rogó.

—Adelante. Dime.

Erika se tomó unos segundos antes de abrir la boca y deshacerse del nudo de la garganta.

—¡Estoy embarazada!

—¿Qué? —salió disparado de la cama para llevarse las manos a la cabeza.

—Dime que es una broma.

—No lo es, mira. —Le lanzó el predictor a los pies de la cama.

Leonard lo cogió con tanto miedo como si fuera una barra incandescente.

—Si son dos rayitas, ¿es positivo? ¿Estás segura?

—Lo estoy.

A Erika le hubiera gustado que Leonard hubiera reaccionado de otra forma, pero no lo había hecho.

—¿Cómo hemos podido?

—Veo lo mucho que te agrada…

—No me agrada. ¡Claro que no! ¿Te has vuelto loca? No puedo permitir que tengas ese bebe…

—¿Ese bebe? —Se dirigió hacia él dispuesta a golpearle esa cabeza de chorlito para que reaccionase, pero Leonard detuvo sus muñecas—. Ese bebé es tu hijo. ¿Cómo puedes ser tan cruel? Haces que quiera seguir sola con esto. No me mereces.

Leonard tuvo que hacer acopio de valor para no arrodillarse ante ella y besar esa panza donde sabía que crecía lo que más querría en el mundo.

—Es demasiado peligroso. Estamos en plena misión, ¡joder! ¿Por qué ahora? No era el momento…

—El momento lo dictaminan ellos. Cuando deciden venir, vienen. No es cuando nosotros queramos… Me da igual lo que pienses. Voy a seguir adelante con todo esto y si es sin tu ayuda, lo haré de todos modos. —Estaba dispuesta a marcharse. Se vistió a toda prisa.

—¿Adónde crees que vas? ¿Crees que voy a dejarte ir en este estado? ¡Ni lo sueñes, Erika Clinton! Desvístete ahora mismo.

—No.

—Es una orden. ¡Vamos! No agotes mi paciencia.

Erika continuó con la tarea de vaciar los armarios y meter su ropa en una maleta de cuero viejo.

—No tienes poder sobre mí ni sobre mi hijo.

—Erika, te doy cinco minutos para que deshagas las maletas y

abandones la idea absurda de irte.

—¡He dicho que no! Tú no quieres a mi bebé y yo no te quiero a ti.

Leo negó con la cabeza y sonrió divertido.

—Cuando quieres, eres más terca que una mula. No he dicho que no lo quiera. Compréndeme… Erika, mi amor. —Detuvo sus brazos—. Ven, lo siento. Perdóname. No pretendía ser tan brusco.

La tomó por la cintura y le robó un beso.

—Leonard O' Conell no intentes coaccionarme… —Sonrió vencida.

—Lo harás… —Se arrodilló, ¡por dios que sí lo hizo!, y besó el abdomen de Erika. Esta cogió del pelo a su hombre y le hizo pagar por su idiotez tirando de él fuertemente.

—Óyeme bien si estás ahí —hablaba Leonard a su bebé—, no sé si sabes ya que mamá es una terca y que papá es un idiota por reaccionar así, pero créeme que te quiero con locura.

—Papá se hace el listo. Cree que yo soy tonta y no sé que esto lo hace para que me derrita de amor y ternura.

—Puede… —Levantó la vista y la guiñó el ojo—. Pero, vale, de acuerdo. Siempre voy a estar a tu lado, mi amor y si tengo que dejarte fuera de la misión, lo haré.

—No. No voy a abandonar la misión. Necesitamos encontrar a Adler. Estamos muy cerca…

—¡Eso sí que no, Erika! No te dejaré. Es arriesgado y lo sabes.

—Pero mi amor, estamos juntos en esto. Sé cuidar de mí misma…

—Ya lo veremos. De momento, cuéntame desde cuándo lo sabes.

—Desde hace una semana.

—¿Y no me lo dijiste?

—No. Teníamos muchas cosas que hacer. No veía el momento…

—Yo te protegeré. Os protegeré a los dos.

—Apenas estoy de ocho semanas. Aún es tan pequeño…

—Le querremos con todo nuestro corazón…

—Oh Leo…, mi amor… ¡te quiero! ¡Vamos a ser papás! ¿Te lo crees?

Leonard se levantó y abrazó con fuerza a su pequeña halcón.

—Me tienes profunda y perdidamente enamorado de ti. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo haces que me levante por las mañanas y tenga la sensación de seguir soñando cuando me das un beso de buenos días?

—Me has prometido que ibas a hacer que me olvidara de los problemas. ¿A qué esperas?

—Oh, Eri, ¿cómo decirte no a algo? Siempre te sales con la tuya, ¡bruja!

Erika empezó a denudarse poco a poco al ritmo de la canción: *Je t'aime… moi non plus*. Leonard volvió a arrodillarse esperando la ocasión para abrirle las piernas a su ama y señora, y enseñarle lo bien que manejaba su lengua.

—Ven, cariño —le pidió—. Deja de bailarme y ponerme como un toro. Ven…

Erika le decía que no con el dedo índice. Continuaba contoneando las caderas y mostrando sus poderosas carnes a su hombre.

—¿Me seguirás queriendo igual cuando pese veinte kilos más y se me hinchen las manos y los pies?

—Ven. Acércate… vas a saber bien lo que me provocas y lo mucho que te querré cuando parezcas mi bella cucaracha gordita. Pagarás caro todas tus afrentas. Ven… no me dejes así.

Erika se acercó poco a poco, como si estuviera serpenteando. Le faltaban las braguitas para estar a merced de aquel hombre.

—Abre las piernas mi amor —exigió Leonard con los ojos iluminados por la lascivia.

Y Erika obedeció. Leonard cogió la goma de sus braguitas y comenzó a bajarlas hasta que cayeron hasta sus pies. Las recogió y se las llevó a la boca, mordisqueándolas y saboreándolas. Ese era el jugo de la pasión que crecía cada vez que la deseaba.

—Veo que ya estás preparada… Más que preparada. Ahora cógeme del pelo. Cuando llegues al orgasmo, tira de él, como hacías hace un momento. Es algo que me vuelve loco, nena.

Y después, solo tuvo que agarrar los glúteos de Erika para controlar sus movimientos pélvicos y comenzar a humedecer con la

boca el sexo de Erika. Con la punta de su lengua, hizo repaso exhaustivo por los labios superiores. Sombreó los laterales e introdujo el ancho en la abertura, torturándola como si fuera un consolador humano.

Cuando Erika se mostraba más laxa y las piernas empezaron a doblársele, Leonard sabía que había hecho un buen trabajo.

Sacó la lengua y besó sus pliegues enrojecidos por el placer causado. Después sonrió perverso allí mismo cuando Erika le tiró salvajemente del pelo. Lo bueno ya había pasado para ella, pero ahora era su turno.

—Tienes una lengua viperina, Leo —ronroneó.

—Y no solo eso, cariño. Abre los ojos y mira lo que has causado. Creo que hay alguien que te reclama. Merezco mi orgasmo…

Pasaron seis meses cuando por fin dieron con el paradero de Adler. Gilbert había comprobado sus datos telefónicos, sus llamadas, sus mensajes. Había podido acceder a toda su multimedia donde se le veía en una foto con un puro en la boca, con uniforme y gorro militar y un cofre repleto de monedas. Detrás de él, una hermosa playa de aguas cristalinas y el sol brillante, decían mucho de su paradero. Aquellas aguas eran propias del Caribe.

Adler había desaparecido. Nadie sabía dónde se encontraba hasta ese día. Gilbert se las había ingeniado con el gran equipo de informáticos para hackear sus cuentas. Era trabajo de Erika y Leonard encontrarlo y detenerlo. Ellos habían sido sus mejores amigos. Quizá solo ellos podían detenerle. Quizá.

—Tenemos el no. Iremos y veremos si podemos hacer algo para evitar una masacre. Adler ha perdido el control. Lo detendremos. Algo me dice que será así… —dijo Leonard mientras paseaba su mano sobre el abultado vientre de Erika.

—Ya lo creo, mi amor. Lo lograremos. Juntos lo lograremos.

—Sigo diciendo que no es buena idea que viajes en este estado. Por favor, quédate. Estaré de vuelta cuando menos lo esperes, te lo prometo.

—No, mi amor. Ahora que hemos logrado saber dónde está Adler y el tesoro, no puedo dejarte solo. Es mi deber. Después de esto, te prometo que no haré ninguna estupidez. Me quedaré aquí y cuidaré de nuestro pequeño.

—Dios mío, ¡cuánto te ha crecido la pancita! Solo un mes y le

veremos la carita… ¿Se parecerá a ti? ¿Tendrá mi fuerza?

Erika sonreía. Sentir a su pequeño cada día le hacía pensar que las cosas iban bien ahí dentro. Él era su esperanza, su ilusión, la unión entre el hombre que amaba y ella. La mezcla debía ser el resultado matemático más complicado y bello del mundo, pues el amor había superado con creces cualquier miedo atribuido al embarazo. Gracias a Leonard no existía la oscuridad ni el miedo.

—Leo, mi vida… ¡estoy tan emocionada! No me lo creo todavía. Aún no me creo que quepa ahí adentro, que me acaricie con sus pequeñas manos y diminutos deditos del pie. ¡Es tan maravilloso! Me acompaña allá donde vaya, es quien conoce los latidos de mi corazón, quien sonríe si yo sonrío y el que espera a ser querido y amado como se merece. Dulce espera —suspiró—. No veo la hora de pellizcar esos mofletitos, de coger sus manitas y quedarme horas enteras mirándole mientras duerme.

—Mi amor, ¡nos queda tanto por vivir, tantas emociones, tantas experiencias! Estoy deseando vivirlas.

— Leo, mi Leo —Le acarició la mejilla.

—Dímelo otra vez. Así, dulcemente, muy cerca de mi cara.

—Leo…, mi amor…, mi Leo bonito…

—Me encanta cuando me llamas tan dulcemente «Leo».

EL CARIBE, REPUBLICA DOMINICANA.

BAYAHÍBE. Hotel HOTEL CABANA ELKE.

El hotel cerca de la playa Dominicus era pequeño y económico. Modesto para lo mucho que se podía permitir un ladrón como Adler, pero quizá sus intenciones habían sido pasar desapercibido y no vivir de grandes lujos para no levantar sospechas. Sus planes se habían ido al traste por unas fotos que había hecho desde su teléfono móvil. Ese había sido su gran error que pagaría caro.

Leonard y Erika se habían hecho pasar por el Sr. y la Sra. Reyes, una pareja joven que pasaba su luna de miel en el hotel. Habían divisado a Adler y a una despampanante dominicana en la playa. Estaban disfrutando del baño mientras Erika y Leonard disfrutaban del sol caribeño en las hamacas.

—Parece que vienen para acá.

—Prepara el arma, Leo.

—Sí, la tengo. —Se sacó la pistola del bolsillo y disimuladamente la cubrió con la toalla.

—Mi amor, lo tenemos… —Sonrió tras las gafas de sol—. Te hemos encontrado hijo de puta.

La playa al atardecer estaba desértica. Gracias a eso, la misión no se torcería. Acabarían pronto y se irían a casa. Eso era todo. El mar traía hacia la orilla a un ladrón, un exmecenas que ponía en peligro la integridad de la Orden y a los integrantes de la misma. Debía ser aniquilado.

Ya venía el profanador de tumbas y el exmejor amigo de Leonard. Desde luego que los aires caribeños le habían venido bien, pero su mentira acababa allí. Llevaba barba incipiente, la piel tostada del sol y una sonrisa ancha en el rostro. Su última sonrisa. Desde luego Leonard se ocuparía de que fuera la última.

Adler y su despampanante dominicana, salieron de las aguas como dos semidioses dueños del mar. Leonard no percibió las intenciones de Adler ni fue consciente de la rapidez con la que sucedieron los hechos.

Leonard se puso en pie alejándose de las toallas, protegiendo a Erika y acercándose hasta los dos bañistas que seguían hablando cuando él estaba a tan solo unos metros de ellos.

—¡Leoooooo! —gritó Erika detrás de él—. ¡Nooooo! ¡Agáchate!

Adler llevaba un arma en los bolsillos de su bañador Hawaiano y la había empuñado a la velocidad del rayo.

Erika pudo levantarse de la hamaca para interponerse entre la bala y Leonard, quien disparaba con precisión en el pecho de Adler. Pero la mira de Adler no le apuntaba a él, sino hacia el vientre abultado de Erika.

La mujer dominicana echó a correr despavorida. El ruido de las armas altercó a varios policías nacionales dominicanos que pasaban por la zona. El error se apropió del silencio. El cuerpo de Adler cayó desplomado en la misma orilla. Leonard aún tenía sus brazos extendidos con el arma cuando Erika cayó al suelo sintiendo que su alma se resquebrajaba en su interior. Se llevó la mano hacia el vientre y sintió cómo la sangre emanaba a borbotones. Miró a Leonard acto seguido, quien había caído de rodillas y lloraba desconsolado: —¡Mi amor, mi dulce Erika, mírame!

Pero Erika solo tenía puesta la vista en su vientre, rezando porque

esa bala solo hubiera atravesado una parte ínfima de su placenta.

—¡Mírame, mi amor! ¡Ayudadnos, por favor! —miró a su alrededor— ¡Necesitamos ayuda! ¡Oh dios mío! —Abrazó el vientre de Erika llenándosele las manos de rojo carmesí.

Su exmejor amigo acababa de arrebatarle lo que más amaba en la vida. Su hijo.

Erika no podía hablar. Le temblaban las manos. No pudo con el peso de sus emociones y se desmayó. Leonard la cogió en brazos y se dirigió a toda prisa hacia los dos hombres que iban uniformados de policías.

Estos atravesaron a toda prisa el paseo marítimo llegando hasta ambos.

Uno de ellos se ponía en contacto con la ambulancia mientras el otro pedía refuerzos desde su *walkie talkie*.

No. No podía ser cierto. Tenían a Adler, lo tenían todo controlado, pero había muchas cosas que se les había pasado por alto.

—Lo sentimos mucho, compadre —dijo uno de los policías.

Erika estaba en la camilla de la UCI ya estable, aunque dormía a base de barbitúricos. Aun no había vuelto a abrir los ojos desde lo sucedido en la playa.

Leonard se levantó del sillón donde había estado sentado durante horas.

El policía le hizo el conocido saludo militar. Y Leonard lo imitó.

—Ya no soy miembro de la CIA. Después de esto, abandonaré el cuerpo —respondió Leonard.

—Lo vimos todo. Hemos declarado en vuestra defensa.

—Ahora solo deseo que mi novia despierte. Es la persona que más me importa en el mundo.

—El caso está cerrado, amigo. No habrá juicio. Ya hemos testificado. Adler será enterrado en España como así era su deseo. Se repatriarán sus restos en cuanto concluya la autopsia. Vuelvo a presentar mis condolencias.

Leonard asintió y después se despidió del camarada.

—Gracias, Martínez.

—Gracias a usted, O ‘Conell.

Erika despertó más tarde, con la salida del sol al amanecer. Apenas podía moverse. Le dolían las entrañas.

—Leo, ¿estás ahí, cariño? —Levantó su mano lentamente rebuscando la de Leonard.

—Sí, mi amor, aquí estoy, a tu lado —Le besó la mano.

—¿Por qué no puedo moverme? ¿Dónde estamos?

Leonard se levantó no sin esfuerzo. No podía respirar, le temblaban las piernas.

—Estamos en el hospital…

—Ahora lo recuerdo todo. ¿Dónde está?

Erika hizo el intento de incorporarse sin éxito. Su abdomen estaba vendado. Aún podía sentir la bala perforándole la carne. Tragó saliva amarga. Tenía mal sabor de boca, algo así como un sabor metálico.

Sus esfuerzos por encontrar de nuevo su vientre abultado y percibir vida en su interior, fueron en vano. Ella sabía que aquella vida se había extinguido. Sentía el vacío. Sentía el apabullante silencio.

—Mi amor… No… —Leonard lloraba mientras la pedía que no le buscase.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Erika desesperada—. ¡Dime dónde está! ¡¡Enfermera!! ¡¡Enfermera!! —gritó—. ¡Traedme a mi bebe! ¡Traédmelo!

—Erika, cariño, escúchame. —Tomó su mano y la besó.

—No quiero escucharte. Quiero ver a mi bebé. ¡¡Enfermeraaa!! ¿Es que aquí no hay nadie?

La enfermera se personó. Primero repasó las constantes vitales de Erika. Entraba en un tramo peligroso de taquicardias, pero podían controlarlo. Después pidió a Leonard que no insistiera y que se mantuviese al margen.

—¿Dónde está mi bebé? —preguntó Erika por enésima vez con los ojos rojos.

—Señorita Clinton, por favor, necesito que se relaje. Está usted en el hospital. Ha perdido mucha sangre. Por eso la hemos transfundido.

Necesita descansar.

—¿Nadie va a decirme dónde está mi bebé? ¡¡¡Dígamelo!!! —La cogió por las solapas.

—Señorita Clinton, estamos haciendo lo que podemos. Usted aún no está recuperada. Debe dormir. —Le volvió a administrar un barbitúrico por vía intravenosa.

—Me importa una mierda dormir. Quiero… ve.. ver… a.. mi…—Muy pronto se quedó dormida. El dolor así se apaciguaba, pero en absoluto disminuiría.

—Dejemos que descanse un poco más antes de decírselo. Siempre hay tiempo para eso. Prepárese para cuando despierte. Volverá a sufrir otra crisis.

Solo por petición expresa de Erika, la enfermera, le mostró su bebé. Era un bebé precioso. Erika llevaba horas acunándolo… Se parecía a Leonard. Tenía largas pestañas y unos labios carnosos.

—El dolor cambia a la gente. Prepárese para el gran cambio. Su novia ya no será la misma —le decía la enfermera a Leonard en el pasillo. Desde un cristal, podían contemplar a Erika—. Paciencia… —Lo tomó del hombro.

—Gracias por todo… —Sollozó.

La enfermera asintió y apretó los labios.

—Más tarde volveré para dormirla. Ni usted ni yo podremos quitarle a su bebé, sino….

—Por favor, que ella no sufra. Asegúrese de que está dormida…

Aún seguía Erika tarareando una nana cuando Leonard entró en la habitación.

—No vais a llevároslo —negó Erika.

—Tranquila, cariño. Nadie se llevará al bebé. Es muy bonito… —La miró con dulzura.

—Lo es. —Sonrió acariciando la suave mejilla del bebé—. Es mi esperanza. *Oh, mein süßer Junge und du bist mein Lieblingsstar warte auf mich, wo ich finden kann … warte auf mich über dem Regenbogen…*[1] —tarareó en alemán.

Despertar sin él fue como si le clavasen cientos de cuchillos en su débil corazón, como si su cuerpo hubiera abandonado cualquier atisbo

de vida. Dolor. ¿Qué era el dolor?

Tenía asumido que no iba a volver, que se había marchado, pero eso no era suficiente para el corazón desolado de una madre. Nunca asumiría que el destino le había robado de su vientre al ser más preciado que ella había amado. Jamás consideraría la posibilidad de perdonarse. Ni a ella misma ni a Leonard por permitirlo. ¿Y si se hubiera retirado a tiempo? ¿Habría salvado la vida de su pequeño? Las preguntas, lejos de amortiguar el dolor, no eran más que puñaladas traperas que entraban en acción cuando cerraba los ojos y se creía libre de remordimientos.

—Ya se ha ido, ¿verdad? —susurró Erika.

—Sí, mi amor. —Cogió sus manos y las unió con las suyas— Ya se ha ido…

—Aún estando en la planta de maternidad, por lo menos han tenido la decencia de no ponerme cunita al lado de mi cama. —Sollozó temblándole el mentón.

—Cariño, ¡claro que no!… ¿Cómo iban a hacer eso?

—Los oigo por las noches. Los oigo llorar.

—Lo sé… No quiero que esto acabe con lo bueno que hay en ti. ¡Aún tienes tanto que dar a los demás! Te pido, te ruego que no me abandones. Vamos a estar juntos en esto. Solo dame la mano y yo veré cómo salimos de esta.

—¡Oh… Leo…! Nuestra cosita se ha ido. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Nuestra cosita nos esperará al otro lado del arco iris.

—Yo no quería que nos esperase allí. Yo lo esperaba aquí… en mis brazos.

Ahora solo podré imaginármelo.

—Tendremos otros hijos… te lo prometo. Todos los que quieras. Seremos familia numerosa.

Erika se limpió las lágrimas.

—Pero nunca le reemplazarán. Él siempre será mi bebé. Mi ilusión. Mi más preciada esperanza.

—Lo sé y por eso nos despediremos de él como se merece.

—Quiero que sea libre, que vuele como el viento. Deseo que forme parte de lo que respiro cada día para nunca ser olvidado.

—Nunca lo olvidaremos, Eri.

—Aunque el tiempo pase, él siempre formará parte de mí… —Ofreció una leve sonrisa.

11

Viaje hacia el interior

EN LA ACTUALIDAD

Había pensado de muchas maneras cómo decirle a Ray que debía hacer un nuevo viaje. ¿Cómo omitir ciertos hechos como que su compañero de viaje iba a ser su exprometido o que formaba parte de una comunidad clandestina? ¿Cómo explicarle que sabía manejar cualquier tipo de arma, que era mecenas y que aquel viaje podría suponer su muerte?

Daba igual cuántas veces imaginase la reacción de Ray, en todas ellas acababa frustrada consigo misma sin dejar de sentirse culpable. En cierta manera estaba omitiendo muchas cosas que no tendrían perdón de Dios si decidiese contárselas a su novio.

Erika acababa de despedirse de Leonard y entraba por la puerta de su casa para recibir a Ray. ¿Qué era lo que llevaba, una doble vida? ¿Era eso lo que deseaba? Sabía que cuando tomase una decisión definitiva, uno de esos dos hombres pagaría las consecuencias y no estaba dispuesta a hacer sufrir al único hombre que había luchado por ella. No. Eso sería injusto. Quería a Ray y amaba su nueva vida. No podía dejarse llevar por el pasado.

La casa estaba a oscuras cuando, a tientas, Erika le dio al interruptor de la luz.

Cuando sus ojos se adaptaron a la maravillosa escena que le esperaba en el salón, no podía creérselo. Ray se había puesto un elegante traje con corbata y le esperaba una apetitosa cena sorpresa en la mesa.

Dos velas, dos platos. Dos. No tres. «No puede haber una tercera persona», pensó Erika.

—¡Oh Ray! ¡Qué fabuloso es llegar a casa y encontrarte con esto!

—Para mí también lo es después de dos días sin verte… No sabes lo mucho que te he echado de menos, mi amor.

Ray la cogió en volandas y la besó apasionadamente. No la dejó siquiera desvestirse. La apoyó sobre la mesa donde el pollo agridulce estaba aún humeante y allí mismo la hizo suya.

—¡Dios mío, con qué ímpetu me saluda!

—¿Me saluda? —preguntó Ray

—Sí…, me refiero a tu aparato, Ray. —Sonrió.

—¿No es así como reciben los reyes a las reinas en sus alcobas?

—Me temo que no. —Se echó a reír—. Creo que los reyes no son tan efusivos.

—Ni las reinas tan puritanas como nos las imaginamos y después de esto. —Se subió la bragueta—. Tengo que pedirte algo…

Pero Erika ya sabía de qué se trataba. No estaba preparada para esa clase de proposición.

Ray se arrodilló, se sacó una cajita de cuero negro del bolsillo y la abrió ante la pasmosa mirada de Erika.

—Erika Clinton, me arrodillo ante ti para pedirte que seas mi esposa. Sé que no le he podido pedir la mano a tu padre. Quizá se haya librado de esa bochornosa escena clásica, pero te aseguro que, de haber estado vivo, habría hablado con él para que me diera su consentimiento. —Sonrió de oreja a oreja.

Estaba tan arrollador, tan atractivo con ese traje que podría pedirle a cualquier mujer desconocida matrimonio y esta diría que sí con todas las de la ley, pero Erika no pudo mirar aquel brillante sin acordarse de su antiguo anillo de pedida, el que le había regalado Leonard tiempo atrás. Le había pedido matrimonio en las calles de Schnoor, frente al hotel Hozt. Leonard le había sorprendido con un delicioso helado de chocolate. Incrustado en el helado y brillando bajo las espuelas del sol, ahí estaba el anillo de brillantes más bonito que había visto en su vida.

Se mordió el labio quizá para evitar dar una respuesta inequívoca o, por el contrario, para no herir los sentimientos de aquel hombre.

Si decía que sí, tendría que renunciar a Leonard para siempre. Si decía que no, podría quedar una oportunidad entre los dos, pero Ray se quedaría fuera.

—¡Sí! ¡Acepto! —Exclamó Erika.

Sí, aceptaba. Aceptaba porque Ray merecía su amor y porque ella merecía ser amada por Ray. Aceptaba para dejar atrás el pasado y formar un futuro. Aceptaba para auto convencerse de que ya no amaba a Leonard, para decirle adiós de una vez por todas y seguir con

su vida. Ya era hora de dejar marchar a los fantasmas del pasado. Con Leonard había vivido la mejor y la peor historia de amor. Con Ray empezaría a vivir la historia de amor más auténtica del mundo.

EL ACANTILADO ROJO

El mar nunca ha querido humanos en sus aguas. Cuando se ha intentado cruzar sus océanos, ha azotado con sus peliagudas tormentas y finales inciertos avisando de que no es amigo de nadie.

En cambio, los hombres siempre han amado el mar. Les gusta su oleaje apaciguador, el contraste de azules y amarillos, los rojos de su atardecer, el reflejo de la luna sobre las aguas calmadas, los barcos peinando las olas, otear el horizonte sentado en la orilla, sentir el agua salada sobre las heridas.

El mar nunca los ha querido como ellos siempre han querido al mar. Incluso en momentos de temor y angustia, se han acercado a algún acantilado para deleitarse con el sonido del rompeolas y de esa manera templar sus corazones. Han necesitado de sus aguas para controlar su ansiedad. El agua forma parte de ellos, aunque el mar no los quiera. Ellos son una parte de él por mucho que no los quiera, por mucho que desee devorarlos, porque se sabe que es sobradamente caníbal. Anhela sus almas; por eso pretende engullirlos y llevarlos hasta sus entrañas para que formen parte de sus aguas, del cementerio de sus barcos a la deriva, de sus esqueletos que habitan en las profundidades.

Por eso y mucho más, el mar los ama en silencio. Los ama y los odia por partes iguales. Su amor hace que los mares embravecidos engullan sus barcos y su tripulación, que se sientan poseídos por su belleza, que mueran hombres por utilizar sus aguas para el transporte y así hacerse más ricos, que la lluvia se aúna a sus filas para devastar todo lo que se adentre en alto mar.

El mar es una boca. Una boca que primero degusta su alimento y, si no es de su agrado, lo escupe y lo empuja hacia la orilla. Así sucede con los supervivientes de un naufragio. El mar no los quiere. Por eso los echa de su lado.

Siendo la cuarta isla más grande de Alemania, Sylt, la reina del mar del norte de Schleswig-Holstein, era el lugar elegido por amantes de los deportes acuáticos y los turistas más sibaritas. ¿Por qué Sylt? Eso se preguntaba Leonard mientras volaban hasta Hamburgo donde cogerían el tren en el Hindenburgdamm, una calzada conectada a la isla en Frisia del norte con el continente. Después de tantos años tras la pista de ese tesoro que había enloquecido a Adler, todo había

permanecido oculto en esa isla, o al menos mantenían la esperanza de que hubiera una nueva pista que al final los llevaría hasta el tesoro. Una pista llevaba a la otra. Así jugaba de sucio Adler incluso después de muerto. Su vida había sido un enigma desde el principio, y lo que sospechaba Leonard era que la verdad siempre había estado frente a sus narices. Aquellas pistas eran tan solo pura distracción para que quien siguiese sus pasos, se perdiese en un bucle y en un mar de dudas.

No sabían qué era lo que debían buscar en concreto. Quizá huesos y cenizas en el cuerpo corrompido de Adler, quizás los tesoros que este atesoraba, quizá solo arena dorada de mar y los cincuenta kilómetros de playa.

Sylt era el lugar idóneo para Adler. Estaba alejado de todos, un lugar pintoresco que enamoraba al viajero con sus dunas y molinos de viento que teletransportaban hacia un lugar inalcanzable para la clase media. Él sí que se podía permitir cualquier derroche.

—¿En qué piensas? —preguntó Erika.

—En muchas cosas y en ninguna en concreto. Cada pista nos acerca más a él y no sé si es eso lo que quiero.

—Si he decidido colaborar con esta misión es para vengarme por lo que nos hizo. Deseo destripar su secreto y hacer que se revuelva en su propia tumba, si es que acaso la encontramos.

—Sin cadáver no hay delito. Ahora pienso si esos policías dominicanos estaban o no implicados.

—Viniendo de Adler, me puedo creer cualquier cosa.

—Pienso en Gilbert… en la manera que nos ha dejado. Ni siquiera ha podido despedirse en condiciones. No sé si estaré preparado para relevarle, aunque al parecer Thomas es el que se encargará de todo.

—Lo haréis bien, Leonard. Estoy segura de que así será. No estás solo.

—¿No? —La tomó de la mano.

Y Erika la retiró rápidamente.

—Quiero decir que no estás solo. Tienes a esos grandes mecenas que lucharán a muerte por ti y por la Orden. Lo sé.

—Creía que ibas a decirme que estarías a mi lado. Puede que siempre esté rodeado de gente e igualmente me sienta solo. Juntos es

mi lugar favorito. No concibo mejor compañía que la tuya, Eri.

Erika negó con la cabeza.

—Pretendía decírtelo cuando surgiera el tema, pero viendo que hay tantas cosas por hacer en Sylt…

—¿Qué sucede Eri?

—Tengo algo que decirte.

Entre nubes y turbulencias, Erika iba a soltar ese aire que la asfixiaba. Llegaba la hora de las confesiones y qué mejor lugar que en las alturas. Nadie podría escapar en caso de necesidad.

—La última vez que me miraste de ese modo y dejaste de llamarme Leo para ser simplemente Leonard, te fuiste de mi vida para siempre… Imagino que lo que vas a decirme no va a gustarme, como de costumbre. Lo sé por tu tic nervioso, por cómo te humedeces los labios y tragas saliva…

—Leonard… —titubeó.

—Sí, venga. Dispara esa bomba de relojería. Dímelo —exigió con ojos cautelosos.

Erika se preparaba para el fin. Así acabaría todo: la misión y el fantasma del pasado. Pasarían los años y Leonard seguiría siendo su pasado. Jamás podría cambiarlo.

—Voy a casarme con Ray.

Inmediatamente, Leonard palpó el dolor lacerante bajo su pecho. No podía mirarla a los ojos y expresar cuánto sentía aquella noticia, así que no tuvo más remedio que enfocar la vista hacia el pasillo por donde pasaba una de las azafatas sirviendo bebidas. Por ese pasillo se esfumó su innecesaria muestra de celos y su rabia. De nuevo, ese Ray se marcaba un nuevo triunfo. Iba muy por delante de él y eso le cabreaba. Si bien nunca se había sentido tan abatido, Ray no era más que un impedimento que le hacía agachar las orejas y retirarse. También era su mayor desafío y si tenía que hacer la maratón de su vida, iba a sudar sangre e ingerir dosis de valor para enfrentarse a su rival, un buen rival al parecer.

Leonard tragó saliva amarga, de esa que se queda atascada en la tráquea para reprimir las lágrimas. Quería gritar, ¡por Dios que si quería gritar!, quería patalear, quería pedirle a Erika que no se casara, pero ¿estaba en su derecho para pedírselo? ¿Por qué todo para él era cuesta arriba?

—¿Deseáis alguna bebida, chicos? —preguntó la azafata sonriente.

—Si tienen arsénico… —bromeó Leonard.

Erika se sintió tan incómoda como la azafata que no sabía qué hacer.

—¿Se encuentra bien? Tenemos infusiones. ¿Le dan miedo las alturas?

—Sí —contestó con una sonrisa de medio lado—. Me asustan más cuando tu exprometida, a la que amas con locura, te dice que no eres el hombre con quien va a casarse. Entonces es cuando empiezas a ver el cielo, o el infierno.

La azafata torció el gesto y con mucho tacto, miró a Erika y después a Leonard, volviendo a sentirse fuera de lugar. Abrió los ojos de puro asombro. Era obvio que no esperaba aquella respuesta tan íntima por parte de un pasajero despechado. Se disculpó, les dio las buenas tardes y después siguió avanzando con su carrito de bebidas.

—¿Pero qué cojones te pasa, Leonard? ¿Estás trastornado?

—Me acabas de matar, Eri. ¿Cómo pretendías que reaccionase, que saltase de alegría? ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuándo me llegaran las invitaciones de boda? ¿Cuándo volviera a quedar como un payaso de circo?

—¡Oye! —exclamó—. ¡No tengo por qué decirte nada de mi vida privada! Además, no pensaba invitarte. ¿En qué cabeza cabe eso?

—Es obvio que sí que iría a tu boda, pero siendo yo el novio o mejor aún, para impedirla si fuera necesario…

—Esa no es la respuesta, Leonard. Nunca das la respuesta más acertada. Debemos dejarlo ya como estaba. ¿Por qué tuviste que volver? ¡Maldita sea!

—En realidad, nunca me he ido. Siempre he estado ahí en tu cabeza y mientras siga metido en tu corazón, nunca moriré en tus pensamientos. Así que, vive con ello porque yo lo llevo haciendo desde que te fuiste.

—No puedes recriminarme nada.

—Cierto. No lo he hecho, pero tú has seguido culpándome. Nunca me perdonarás, ¿verdad?

—No —contestó.

Después de aquello, el recorrido que les faltaba para llegar, lo hicieron en silencio, hasta que atravesaron el dique de Hindenburg.

—Antiguamente las islas estuvieron unidas al continente, pero el mar acabó por separarlas de la costa. Llegaremos a la isla y estaremos más perdidos que nunca —habló Leonard.

—¿Has traído el mapa?

—Sí.

—Daremos con él. Estoy segura.

—No sé si quiero que esto acabe tan pronto. Si nos perdemos, tendría la seguridad de tenerte más tiempo a mi lado.

—Leonard…. no. No hagas eso.

—¿El qué?

—Hazte a la idea de que cuando acabe esta misión, todo esto habrá terminado.

—Nunca ha terminado.

—Respuesta errónea. Sí acabó. Lo único es que aún no lo has asumido.

Los ojos de Leonard, tan turquesa como el mar, eran sin duda el horizonte que Erika oteaba desde el farallón. La luz roja de aquel atardecer dibujaba sus sombras alargadas y les hacía parecer gigantes flamígeros, auténticos titanes que desafiaban la brisa marinera y los desfiladeros, el atardecer y la sombra de Adler. Juntos eran un arma potente, por eso chocaban tanto, porque los dos estaban hechos del mismo material.

El aire venía con la intención de despeinar no solo su cabello. El aire traía consigo dudas y desconcierto. Tendría que decidirse entre el que fue el amor de su vida que ahora la estaba observando o el que formaría parte de su futuro que ahora la estaba esperando para casarse con ella, porque segura no estaba. ¿No se habría adelantado demasiado al decirle que sí a Ray? Quizá ese viaje le revelaría el camino que debía seguir.

—¿Hacia dónde debemos mirar exactamente? —preguntó Erika.

—Según la frase que encontramos en el arcón, debemos esperar a que el sol nos devele algo en concreto.

Esperaron durante horas hasta que el sol cayó dejando una línea

rojiza sobre el horizonte.

Cuando las olas rompieron y dejaron entrever las entrañas del mar, Leonard desvió su mirada hacia un punto determinado del arrecife, donde el mar le reveló lo que tan recelosamente guardaba para sí. Aquella línea roja del atardecer iluminaba algunas monedas de oro que se proyectaban sobre la superficie y que parecían antorchas encendidas bajo el agua emergiendo como simples tapones de corcho.

—El tesoro está bajo el agua —confirmó Leonard—. No sabemos si es solo una parte o en efecto, acabamos de descubrir el tesoro pirata que Adler escondía.

Erika miró en la misma dirección que Leonard y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo hemos encontrado!

—Ya veremos… no podemos subestimar a Adler. Sabes de qué pasta estaba hecho. Incluso muerto, no sabemos de lo que ha sido capaz de hacer con tal de esconder sus tesoros.

El tesoro volvió a quedar oculto una vez la luz del atardecer se esfumó.

—Habrá que ponerse el neopreno… —Sonrió Leonard.

—Vayamos al hotel. Tenemos que establecer un plan.

Frieda y Ava, expertas en buceo, llegaron a la isla de madrugada.

Erika y Leonard se hospedaban en el Hotel Dorfhotel Sylt, a quince kilómetros del acantilado rojo. Cuando Frieda y Ava entraron en la habitación, Leonard y Erika estaban en la habitación estudiando el plan establecido.

Leonard había esbozado en un papel el plano de la isla y señalizado con un asterisco el lugar donde se escondía el tesoro. Ava y Frieda entraron en la habitación.

—Bienvenidas seáis —Les obsequió Leonard con un saludo a lo militar—. Desde aquí hay unos veinte kilómetros —informó—. Una vez allí, solo tenemos que coger una barca que el equipo ya tendrá disponible en la orilla. Ava y yo descenderemos. Frieda, tú te quedarás en la barca junto ero Leonard se lo impidió.

—No intentes rebatirme. Esta vez no. —Sus facciones se tornaron serias. Hablaba en serio.

—Leonard, sé que no debería meterme en esto, pero Erika es intuitiva. Si hay alguien que debería sumergirse junto contigo y con Ava, es ella —dijo Frieda en defensa de Erika.

—Iré. Se me ha encomendado esta misión y no voy a defraudar. Esta vez no —respondió Erika ante la renuencia de Leonard.

—Es cierto, Leonard —habló Ava—. Ella será la luz que necesitamos para alumbrar el camino. Su intuición es necesaria para hacer bien mi trabajo nocturno. No es nada fácil encontrar el tesoro bajo las aguas a estas horas de la noche.

—Mujeres, mujeres… —masculló Leonard—. No conocéis a un hombre terco como yo. —Cogió a Erika desprevenida como si fuera un saco de patatas—. ¡Hala, al hombro, tú lo has querido!

—¿Dónde cojones me llevas, Leonard? ¡Bájame de aquí inmediatamente! —gritó mientras le daba puñetazos en la espalda.

—No, señorita —se negó mientras mostraba su sonrisa de bandolero—, esta vez no, cariño. Os perdí a ambos una vez. No pienso volver a experimentar una cosa así en mi vida. Así que, aquí te quedas.

La lanzó a la cama y corrió hasta la puerta, donde la cerró con llave dejando dentro a Erika.

—¿Me has encerrado? —gritaba enfurecida Erika al otro lado de la puerta—. ¡No me lo puedo creer Leonard! No me puedo creer que me dejes aquí… —Aporreó la puerta incansablemente—. Ábreme la puerta o lo pagarás caro.

—No… y… mejor baja el tono de voz. Cualquiera podría pensar que estás experimentando un orgasmo de caballo.

—¡Eres un maldito capullo!

—Lo sé, nena. Yo también te quiero. Vendremos pronto.

Y la dejó encerrada obsequiándole toda clase de improperios.

—Vamos, chicas —animó—. Ahora soy yo el que manda y si he decidido dejar aquí a Eri es por una buena razón de ser.

Una vez que se hizo el silencio, Erika se dejó caer en la cama ya los demás. Erika, Tú te quedas aquí.

—¿Qué? —preguntó Erika preparándose para la pelea—. No pienso quedarme aquí de brazos cruzados, Leonard. Me conoces de sobra y sabes que no se me da bien quedarme quietecita. Yo voy con

vosotros.

Leonard negó con la cabeza. Parecía estar totalmente convencido.

—Esta vez sí que no, Erika. Te quedas fuera de esto. No pienso exponerte al peligro una vez más, así que te quedas aquí.

—Tú no eres quién para decidir por mí.

—Es cierto. Ya no soy nada para ti, pero me prometí que haría lo que estuviese en mi mano para protegerte. Hice mi promesa ante la Orden y he de cumplir.

—Leonard… —Hizo el intento de abrir la boca para protestar, p estuvo pensando en mil cosas mientras miraba el techo. ¿Podría estar sintiendo de nuevo algo por Leonard? ¿Odiarlo era sentir algo por él?

Era inevitable. Aún seguía amándolo. ¿Cómo rehuir de sus propios sentimientos? No debería estar pensando en él. El odio debería ser suficiente para tenerlo alejado de sus pensamientos, pero lo peor de todo es que no lo odiaba nada en absoluto.

El equipo de buceo estaba en marcha cuando llegaron los refuerzos. Ava, precedida por Leonard, descendieron a las profundidades. Frieda estaba en la pequeña barca con otros dos compañeros de misión.

El mar lo sabía, había esperado la visita de los mecenas y consideraba que eran simples mortales desafiando sus aguas arrasadas por las constantes olas que traían desechos de barcos, desechos que tiraban humanos irresponsables que no respetaban la madre Tierra, desechos que asfixiaban a miles de animales marinos que morían con sus mortajas de plástico, óxido o petróleo. Pero el mar tenía una misión para ellos y aquella noche, sus aguas se aquietaron, se mostraron receptivas en todo momento y los animales nocturnos les abrieron paso hasta que llegaron a la proa de un viejo galeón hundido. Las indicaciones que había dado Leonard desde donde había divisado los florines, eran exactas. El azar o quizá la divina providencia había hecho que el mar revelase el paradero de aquel tesoro hundido. El mar tenía un plan. Quizá aquel barco había pretendido llegar a tierra sin éxito al ser abatido por otro navío, pues estaba muy próximo a la orilla. Desde el acantilado y con la luz rojiza del atardecer se había hecho visible.

«Cuando el sol desaparezca, mírame desde el acantilado rojo». Para llegar hasta allí, el equipo había bajado con neopreno, linternas acuáticas y unas mochilas.

El universo del mar quedaba tan extenso para unos simples mortales que parecían mínimas burbujas o las siluetas de algún pez que libremente vagaba por aquellos lares.

El barco estaba tan deteriorado que las partes se habían desperdigado. El propio bloque del barco estaba partido en dos y dejaba entrever una brecha importante en la cubierta.

Los tres se quedaron un instante observando la dimensión de aquel esqueleto plagado de níquel y algas marinas. Con gestos, Ava le pidió que la siguiera. Entrarían por la bodega, una entrada hecha a pedazos. La madera parecía haber sufrido un desgarramiento y los tablones formaban picos y formas inexactas. Ava le hizo de nuevo el mismo gesto. No debían detenerse, pues el oxígeno era limitado.

Una vez dentro, Leonard pudo contar diez baúles de gran tamaño en una de las esquinas, pero supuso que habría más. Eran negros y estaban todos juntos, rodeados por una red para asegurarse de que ninguno pudiese salir a la superficie.

Ava se sacó el machete de la pernera, puso el filo bajo la red y la sesgó hasta que pudo meter la mano para abrir uno de los baúles. Leonard divisó florines desperdigados por la bodega, lo que le llevó a pensar que en efecto ya habían bajado hasta allí antes. Gracias a ello, habría sido más fácil su hallazgo desde el acantilado. A su derecha, montones de calaveras seguían durmiendo compartiendo el sueño con todos los animales acuáticos que visitaban a diario cada recoveco de aquel barco y que hacían su propia vivienda en cada orificio de aquellos cráneos.

Ava volvió a observar a Leonard a través de sus gafas de buceo.

Ava tenía en su mano monedas de oro y joyas preciosas. Leonard asintió y subió su pulgar. Metieron lo que pudieron en sus mochilas.

Leonard le pidió que mirase hacia los esqueletos. Era obvio que formaban parte de los cadáveres de la tripulación, quien había quedado hundida junto con su barco en un intento fallido por sobrevivir a la emboscada.

Una vez saqueado el tesoro maldito, ambos emergieron. La barca que los había trasladado hasta allí estaba siendo tiroteada, y los mecenas que la habían custodiado disparaban por doquier en una noche en la que solo se oían los disparos y los cuerpos que, sin vida, caían al agua.

Había más de cuatro lanchas motoras ocupadas por hombres corpulentos que rodeaban y acechaban a los mecenas. Los hombres

iban cubiertos con pasamontañas y vestidos con uniformes militares. En cada lancha, podría haber de tres a cuatro hombres y todos disparaban en la misma dirección: hacia la barca con el fin de destruir a los mecenas.

Frieda se sumergió de cabeza hacia el agua sorteando la bala enemiga. Ava y Leonard volvieron a sumergirse con el fin de llegar buceando a un lugar seguro. ¿Quiénes eran? Los mecenas jamás se habrían imaginado quién o quiénes podrían estar detrás de aquel complot, quién había operado aquel cruel plan de destruirlos a todos y por qué aquellos desconocidos sabían que estaban allí. Alguien protegía su inversión.

12

Temed a los vivos y no a los muertos

Las aguas tumultuosas les barrieron hasta una zona rocosa y prohibida para el baño. Aquellos desconocidos montados en las lanchas los habían seguido sin tregua hasta allí, con sus feroces disparos y crueles sonrisas.

—¡Vais a morir! —gritaba uno de los hombres.

—Decidle adiós a vuestra estúpida Orden —decía otro.

La noche y la zona inhabilitada para las lanchas eran dos aliados para los tres mecenas supervivientes, pues dificultaba la visión y el acceso a los desconocidos, y les permitiría huir. El mar volvía a protegerlos y les ofrecía una segunda vida.

Los tres, Ava, Leonard y Frieda, se refugiaron en un recoveco en forma de cueva muy cerca del rompeolas. Allí aguardaron unos minutos que parecieron horas eternas.

Estaban cansados. Habrían buceado y nadado al menos durante veinte minutos.

Esperaron un tiempo prudencial hasta que oyeron cómo se alejaban las lanchas para poder ascender las rocas hasta la superficie.

—Han muerto David, Shara y Dam —sollozó Frieda.

—Han muerto dando sus vidas por la Orden. Se los recordará por lo que hicieron en vida para protegernos a todos. No sé quiénes son los que están detrás de esto, pero lo cierto es que tenían claro su objetivo de aniquilarnos —contestó Leo.

—¿Tenéis las muestras? — preguntó Frieda—. Por favor, dime que sí.

—Sí. —Sonrió esperanzado—. Al menos nuestros compañeros no han muerto en vano —contestó Leo mientras calmaba a Frieda—. Ahí abajo hay más de diez baúles repletos de florines, piedras preciosas y objetos de incalculable valor. Es imposible rescatarlos en un solo día.

—Tendremos que informar de esto a Thomas. Ahora mismo —propuso Ava mientras aquietaba su ansiedad poniéndose la mano en el pecho.

—Quien esté detrás de todo esto, sabe que hoy íbamos a sumergirnos y sabe perfectamente quiénes somos. Puede que haya más de un interesado en este tesoro. Hay que averiguar quiénes son antes de que acaben con nosotros. Frieda, ¿podrías reconocer a alguno de esos hombres?

Frieda negó con la cabeza. Tenía frío y miedo.

—Quizá. Podría hacerte un dibujo de la imagen que había en cada uno de los laterales de las lanchas, pero con las luces no pude verles bien la cara.

Los tres tuvieron que atravesar un peñasco que se elevaba hacia un escarpado precipicio de rocas para pisar tierra firme. Leonard ayudó a las dos mujeres a subir a la superficie, hacia un amasijo de rocas apiñadas fuera de la zona de peligro. Se cobijaron tras las voluminosas rocas y desde allí vieron que había varios vehículos muy próximos a la explanada, a unos quinientos metros de donde ellos estaban. Se refugiaron tras la cornisa manteniendo cautela.

Tan solo se escuchaba de la noche a Frieda castañear los dientes y la respiración agitada de Ava.

—Esperad… veo dos hombres uniformados —informaba Leo desde sus posiciones—. Están conversando. Uno de ellos tiene más poder. Es algo así como el cabecilla. Los dos son iguales de altos y ahora parecen que están discutiendo. No sé por qué me da que esos dos hombres son partícipes de lo que ha ocurrido.

—¿Puedes ver algo más? ¿Qué coches son?

—Son todoterrenos de color negro con los cristales tintados. Desde aquí no veo las matrículas. Frieda —dijo y la tomó por los hombros—, pégate a mí para mantener el calor. Ava, tú también. Si seguimos pasando frío podemos morir de hipotermia.

—¡Vaya! Sería fabuloso morir de hipotermia. No he… muerto… de un tiroteo y muero de hipotermia —tartamudeó Frieda.

Las dos mujeres se posicionaron detrás de Leo.

—No puedo creer que hayan escapado, ¡joder! ¡Sois imbéciles! —decía la voz masculina a lo lejos.

—Lo siento, señor. No hemos encontrado sus cuerpos.

—¿Y qué habéis hecho con el resto de esa chusma?

—Los chicos los han quemado.

—Muy bien. No deben estar muy lejos. Controlad el perímetro. Mirad en el acantilado por si hubieran regresado al lugar de partida. Debéis encontrarlos y entregarme a Leonard.

Al cabecilla le sonó su teléfono móvil. Lo cogió a toda prisa y se apartó del hombre con el que había conversado hasta ese momento.

—Dime, Thomas —contestó—, ¿ya tienes a Erika?

A juzgar por su expresión, todo iba según lo planeado. Sonrió de oreja a oreja dejando entrever sus dientes blanquecinos predominando en la penumbra.

Al escuchar el nombre de Erika, los tres se miraron confundidos, elucubrando en sus mentes un sinfín de probabilidades. ¿Sería la Erika que ellos conocían? Sí. No podía ser otra persona. Y Thomas, ¿sería el mismo hombre que Leo se estaba imaginando? ¿Todo habría sido orquestado por el último mecenas en llegar a la Orden? De ser así, ¿con qué objetivo?

—Debemos irnos ya al hotel —ordenó Leo sintiendo los nervios a flor de piel— Si le llega a pasar algo a Erika, me entregaré por voluntad propia a estos hombres. Si saben quiénes somos, sabrán dónde encontrarme.

—Leo, ¿cómo pretendes ir hasta el hotel? Estamos rodeados, joder, ¡ma… mal… dita sea! —exclamó Frieda.

Ava no dejaba de tiritar. Sus labios se habían tornado azules y su aspecto demacrado empezaba a denotar los primeros síntomas de hipotermia. Hacía frío y estaban húmedos.

—¡Oh dios mío! Mírame, Ava —pidió Leo.

Pero Ava no lo miraba a los ojos. Su cuerpo se había quedado sin fuerzas. Frieda lloraba sin parar. Todo aquello era catastrófico, una pesadilla. Nadie merecía morir así. ¿Sería ella la siguiente?

Leo exploró a Ava. Esta, dolorida, se revolvía en el suelo con la mano puesta en su estómago. Eran sus últimos espasmos de vida.

—Ava, dime dónde te duele.

No podía hablar. Pensaba que, si lo hacía, explotaría de dolor e iba a desmembrarse de un momento a otro. No había notado aquel aguijón hasta ese momento.

Leo continuó palpando la zona dolorida. Un color rojizo oscuro salía a borbotones de un pequeño agujero en su costado izquierdo.

—La bala ha perforado el bazo y quizá parte del estómago —dijo Leo—. Tranquila, ¿vale? Mírame. Voy a presionarte la herida, ¿me oyes? ¿Ava?

El dolor y el frío se habían vuelto enemigos de Ava, quien ya no escuchaba a Leo ni podía mirar los ojos llorosos de Frieda. Estaba tan cerca de cruzar el otro lado que podía saborearlo.

—Sabe a nubes de… fre… fresa —tartamudeó Ava con una leve sonrisa.

—No entiendo, Ava. Mantente despierta.

—Acaba de salir el sol. Veo la luz. Huele tan bien…

Frieda negó con la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Leo…. se está muri…endo —susurró—. Como nosotros… también moriremos aquí.

—No vamos a morir. ¿Me oyes? —La cogió el rostro con manos ensangrentadas.

Ava luchaba por su vida, pero la muerte la quería con ella… Su cuerpo dejó de temblar y su mirada se perdió en un abismo comprendido entre la luna llena y el cielo oscuro. Frieda seguía llorando desconsoladamente e intentaba revivir un cuerpo sin vida.

—Déjalo Fri. Es inútil. Está muerta.

Leo cogió el arma de su mochila, la cargó y le dio una segunda arma a Frieda.

—¿Para qué cojo… nes os quier…en a los dos? ¿Por qué cojone… s nos ha… cen esto? ¿Por qué quie… ren destruirnos?

—No lo sé, Fri, pero vamos a descubrirlo —aseguró Leo.

—¿Qué vas a ha… cer?

—Matarlos a todos. Les robaremos un coche e iremos a por Erika. Tienes que coger fuerzas de donde sean, ¿me oyes? —La zarandeó con cuidado.

Antes de salir de su escondrijo como si fuera un auténtico depredador, se aseguró de tener cerca a su presa. El hombre uniformado seguía hablando por el móvil y no parecía haber nadie más cerca de él.

—Cuando escuches los disparos, intenta llegar hasta uno de los todoterrenos para esconderte. Cúbreme, Fri. No puede haber margen

de error. O vivo o muero en el intento, pero hay que hacerlo ya. De no salir con vida, huye si puedes. No hay mucho camino hasta el restaurante más cercano. No dudes en pedir ayuda.

—Por dios…, sál… vate.

—Eso intentaré. La adrenalina es la que me mantiene despierto. Pies, cabeza, piernas, no me falléis. —Rezó una especie de rito de iniciación.

—Cómetelos, soldado. Ve… a… por ellos.

—Apunta como tú bien sabes hacerlo.

—Este no es mi arma…

—Lo harás bien, lo sé. Fija el objetivo y aprieta el gatillo. Con saña, Fri. Si no lo haces tú, serán ellos los que te aniquilen. Confío en ti. Siempre lo he hecho.

Frieda sonrió, pero luego volvió a sollozar al ver el cuerpo sin vida de Ava.

—No te preocupes, avisaremos al equipo de que está aquí. Será tratada con respeto, como merece. No la abandonamos. Solo estamos luchando por nuestra vida.

—Espérate que no vengan también a recoger nuestros cadáveres…

Frieda cargó el arma y se agachó. Le tocaba el turno a Leo, quien esperaba con paciencia a que el hombre se acercase lo suficiente como para estrangularle. Cuanto más sigiloso fuera, mejor para ellos, pues no llamarían tanto la atención.

El hombre del móvil se había aproximado hasta las rocas. Leo aprovechó para salir y partirle el cuello en unos segundos sin moverse del sitio. El hombre soltó el móvil y cayó de bruces sin poder siquiera defenderse. Murió en el acto. Leo aprovechó para coger el móvil del desconocido y se lo llevó hasta la oreja:

—Tú, hijo de puta, seas quien seas, te juro que te encontraré y te mataré —amenazó Leo.

La persona que yacía al otro lado del teléfono no respondió. Solo podía oírse su respiración entrecortada, el aire y el ruido de una lancha motora.

—¡Vaya! ¿Aún nos estáis buscando? Pues no os esforcéis. No estamos en el mar. Ya nos hemos cargado al cabecilla de tu grupo y

ahora iremos a por los demás… —informó Leo.

La otra voz seguía sin contestar.

—Vais a pagar las muertes de mis compañeros. No tendré piedad. No sabéis de lo que somos capaces. Moriréis todos.

—Hola, camarada —respondió por fin la otra voz condenadamente familiar.

Leo se quedó sin habla. Su cuerpo se había quedado paralizado, como si le hubieran pegado los pies al suelo. En el sitio. Muerto pero vivo. Vivo pero anonadado. Sin palabras. Su corazón latía, pero se había detenido ipso facto. No podía siquiera mover el brazo con el que sostenía el móvil pegado a su oreja. ¿Habría escuchado bien?

—¿Quién eres? —preguntó temblándole la voz.

—Sabes quién soy. Solo tienes que recordarlo y sacarme de tu mente para hacerme real.

—¿Tú? —exclamó Leo—. No puedes estar ahí.

—Ya ves que sí lo estoy, Leo y… ¿a qué no sabes a por quién vamos ahora mismo…?

—Todo esto es una treta. No te creo. La voz no es real. ¡Tú… estás muerto!

—Más vivo que muerto diría yo, querido. Te estaba esperando. Ahora ya has activado la alarma. En unos segundos tendrás allí a mi ejército y no como el hombre al que acabas de matar. Son la creme de la creme, camarada, exmiembros de la CIA, peligrosos y letales que trabajan para mí.

Era Adler, su exmejor amigo. El amigo que había destruido a su familia y matado a su primogénito. El hombre que había intentado también acabar con la vida de su bella Erika.

—Yo… te vi morir… te vi caer —aseguró encolerizado.

—¡Oh, Leo…! La habéis cagado volviéndome a buscar, y no solo habéis jodido mis planes, sino que también me habéis robado. No tuvisteis que ir a España… no debisteis exhumarme. Ahora lo pagaréis caro. Adiós, camarada. Hasta más ver.

Colgó. Leo se quedó un instante con el teléfono aún pegado a su oreja, con la mente vagando hacia no sabía qué parte del mundo.

—Leo, ¿qué ocurre? Estás demasiado expuesto, van a descubrirte.

Hay que actuar ya —susurró Frieda detrás de las rocas.

No era un buen momento para reflexionar. Las voces de unos hombres que se aproximaban le hicieron volver en sí y ponerse a cubierto. Eran tres, cuatro, cinco, diez hombres armados hasta las cejas con metralletas en sus manos. Estaban muy cerca de los todoterrenos.

—Sabemos que estáis ahí. ¡No tenéis escapatoria, sucias ratas! —gritó uno de los hombres más corpulentos.

Los diez llevaban trajes militares como los que Leo había usado cuando había sido miembro de la CIA. Eran tipos corruptos, hombres que seguramente la CIA no sabía a qué se dedicaban en su tiempo libre. Estaba claro que su trabajo era el de destruir a la comunidad de la Orden. Adler disponía de una información muy valiosa y podría acceder a los archivos altamente confidenciales que disponían bajo tierra, bajo los suburbios de distintas ciudades como París, Berlín, Roma, entre otras, donde también había mecenas como los de la Orden de Leyna, pero con otras normas, otras personas dispuestas a hacer el bien por la sociedad.

Adler y su ejército habían destruido cualquier intento de reconciliación al asesinar a los mecenas. Se había declarado una guerra en la isla de Sylt, donde los buenos irían a por los malos, aunque los malos intentasen por todos los medios aniquilar a los buenos, porque a pesar de que abundaban los malos, los buenos siempre terminaban ganando la batalla.

Leo inició el tiroteo. Apuntó en el cuello de uno de los soldados y después, a toda prisa, cambió de sitio para que no delatasen su posición. La noche era amiga de los buenos, pues les ofrecía protección y cobijo para que las balas no llegasen hasta los mecenas. Los buenos ganaban la batalla.

Los hombres se dispersaron a toda prisa al ver que dos de sus compañeros habían caído. Parecían motitas de polvo sobre el manto negro de la noche. Sus trajes elegantes de camuflaje no eran sino una diana para Leo, quien volvía a la carga apuntando la sien de otro de los soldados.

—¿Y está es tu mejor tropa de elite, Adler? —susurró Leo para sus adentros mientras cargaba de nuevo su arma.

Uno de los hombres, que respondía por el nombre de Álex, corrió hacia las rocas, donde esperaba pacientemente Frieda, cuál serpiente espera a que su presa se distraiga. ¿Frieda se habría desmayado?

¿Estaría fijando su objetivo? Leo esperaba que así fuera.

Álex corrió como un guepardo hasta Frieda sorteando las balas de Leo. Llegó hasta las rocas y con la misma velocidad con la que había llegado hasta allí, salió disparado unos metros.

—Certera y letal como solo Fri sabe hacerlo. —Sonrió Leo.

Este volvía a cambiar de posición mientras rodaba por el suelo y se afianzaba e improvisaba una nueva trinchera. Gracias a que aquella explanada disponía de forraje en casi toda su extensión y algún recoveco en el que poder recostarse para apuntar.

Una de las cosas que se aprendían en la Orden era a sentir hasta con los ojos cerrados una sombra detrás de la espalda. Aquella acción era la favorita de Gilbert. La había apodado *El juego del instinto*. Gilbert les había enseñado a ser letales en la oscuridad, adquiriendo maestría para saber moverse como un gato entre las sombras sin ser visto. También habían aprendido a detectar cualquier presencia humana alrededor de ellos:

«Tienes que sentir la energía que emana de sus cuerpos —había dicho Gilbert en los arduos entrenamientos—. Siente cómo su calor choca con tu cuerpo como si fueran flechas que te señalan en todas direcciones. Escucha sus pisadas y su respiración. Céntrate en su olor, en su esencia. Todos los humanos irradiamos calor. Siéntelo».

Y Gilbert los había encerrado en un cuarto oscuro en el que se habían manejado distintas temperaturas. Si salía aire frío, la energía o esencia que se aproximase, irradiaba calor. Si, por el contrario, la sala era caliente, la energía seria fría. De esa forma, se palparía mejor la presencia humana sin llegar a verla, solo sintiéndola.

Leo creía estar en la sala de experimentos del maestro Gilbert. No podía ver a sus adversarios, pero debía sentirlos.

Cerró los ojos, dejó el arma a un lado y volvió a la carga, al ver en la oscuridad lo que no era perceptible para el ojo humano. Si no veía a través de la oscuridad, ¿para qué necesitaba sus ojos? Para nada. En ese momento solo valdría su instinto de supervivencia.

Los hombres que aún quedaban por rematar permanecían escondidos. Ningún alma se había acercado aún a Leo. Lo sentía. Ya no se oían disparos. Reinaba el silencio.

«Mantén tu posición, Leo. Jamás vuelvas la vista atrás porque estarás muerto —Las palabras de Gilbert sonaban en la oscuridad de Leo—. Si crees que tu adversario está detrás de ti, deja que se acerque

y cuando él crea que ya te ha vencido, ahí es cuando debes girarte y apuñalarle hasta rebanarle los sesos».

Leo se había preguntado por qué era necesario ser tan gore, hasta que se dio cuenta de que su maestro no se andaba con remilgos.

Leo seguía con los ojos cerrados cuando advirtió unas pisadas en la tierra. Podía escucharlas y sentirlas aproximarse. Sabía que uno de los hombres había altercado su nueva posición e iba a por él. Debía ser demasiado estúpido como para pretender caminar sobre las sombras sin poder levitar. Era obvio que sus pisadas delatarían su presencia, así que Leo esperó y esperó. Esperó y esperó hasta que el hombre ataviado con camuflaje, no digno ni merecedor de llevar ese uniforme, sobrepasó la línea enemiga: un paso, dos pasos, tres pasos, y no dio los cuatro. Leo se encargó de que fueran los últimos.

Probablemente aquel hombre no esperaba que Leo fuera a levantarse como un cocodrilo. Le arrebató el cuchillo y le devanó el cuello con su propia arma.

Le dejó tendido en el suelo y volvió a refugiarse. Esta vez, Frieda hizo su segundo acto de presencia marcándose un nuevo triunfo. Su puntería era certera. Atravesó los sesos del último hombre con una sola bala. Después se permitió el lujo de soplar el orificio de su arma como si saliera humo de él. Ella era la mejor pistolera y nadie podría rebatirle eso.

Leo pudo respirar al fin, aunque le comprimía el estómago pensar en Erika.

Frieda salió de su trinchera y se dirigió a toda prisa hasta Leo.

—Creo que ya no tengo frío… —Le ofreció su mano para ayudarle a incorporarse.

—Buen trabajo. —Le sonrió aliviado.

—Igualmente…

—¡En marcha! Ya nos hemos demorado demasiado. Vamos a coger uno de esos todoterreno.

A toda prisa, montaron en uno de las todoterreno. La suerte estaba de su lado, pues las llaves estaban puestas en el contacto.

—Los dioses te adoran, Leo. Venga, arranca y huyamos de aquí ya. Hay que avisar a las autoridades… no tenemos ni un maldito teléfono, ¡joder! —Le temblaban las manos y se las frotó en un intento de entrar en calor.

La noche no era tan fría. Estaban frías sus mentes, en ese instante, eran un amasijo de emociones.

—No creo que sea adoración… Yo creo que hoy simplemente se han puesto de acuerdo para que salga victorioso.

Leo fue a toda velocidad por la carretera. Se le pasaban mil cosas por la cabeza y todas ellas eran malas.

Erika secuestrada por Adler y los suyos. Erika herida. Erika. Dejó de pensar. Era demasiado.

—El hijo de puta de Adler está vivo —intervino Leo.

Frieda levantó la vista hacia Leo y dejó lo que estaba dibujando sobre un mapa que había encontrado en la guantera.

—¿Qué? ¿Qué coño estás diciendo, Leo?

—Lo que oyes. Nos ha engañado a todos, y juro que acabaré con él.

—Dijisteis que lo visteis morir… Las autoridades dominicanas os aseguraron que…

—Aquellos cabrones también eran parte del plan —interrumpió Leo dando un puñetazo al volante. Adler lo tenía todo planeado. Aquella iba a ser su partida para no volver. Aquel epitafio del demonio era una forma de despedirse del mundo de los vivos para permanecer en el de los muertos. Erika tenía razón.

—¡¡¡Dios mío!!! —exclamó—. Tenemos que detenerlo. ¡Sabe demasiado!

—Y tiene a un ejército de exmiembros de la CIA a su merced.

—Lo que no sé es por qué no ha acabado antes contigo. Si lo tenía todo planeado en esa playa, ¿por qué no te remató?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Me temo que tarde o temprano lo averiguaremos. ¿Supisteis algo más del mensajero que dejó aquella nota con las coordenadas?

—Nada, Leo —contestó desesperanzada.

—¿Por qué todo es tan enrevesado? ¿Quién cojones estará detrás de todo esto? Sea quien sea, tenemos un topo en la Orden y es menester quitárnoslo de encima cuanto antes. ¿Y si es Thomas? Los dos hemos escuchado que esos hombres hablaban de un tal Thomas.

A Leo toda aquella historia le parecía un tanto elaborada con el fin de excluir la verdad.

—Sería demasiado fácil culpar a Thomas… Es el último en entrar en la Orden, el que vio morir a Gilbert, el cura con un corazón de oro. ¿Quién no pensaría en él como posible topo? ¿Y si nos están haciendo creer que es él? No lo sé, Fri. Tenemos que hablarlo. ¿Qué demonios dibujas ahí? —Miró de soslayo.

—El dibujo que vi en los laterales de esas lanchas.

—Es la boca abierta de un tiburón y dentro de ella ¿un ancla?

—Algo así —contestó Frieda—. Más o menos.

—¿De qué me suena ese dibujo? Ahora mismo no tengo ni idea. Solo puedo pensar en Erika… y rezo porque esté a salvo. Ojalá esa cabezota haya tirado la puerta abajo cuando nos fuimos.

—Ojalá.

El tiempo no le alcanzaba para llegar a su destino. Era como una pesadilla en la que sus pies eran de plomo y no podía correr tan rápido como le hubiera gustado. Su corazón latía apresuradamente. En su cabeza se cocía un hervidero de ideas tormentosas.

—Seguramente este coche tenga un localizador. Será mejor que nos encarguemos de que no nos sigan —puntualizó Leo.

—¿Y cómo pretendes deshacerte de él?

—Lo dejaremos aquí, a un kilómetro del hotel.

—Como si no supieran hacia donde nos dirigimos… Espera, espera. ¡Calla! ¿Oyes eso?

—Joder, Fri… ¿es lo que creo que es?

Ambos se percataron de un sonido peculiar que debería haberlos hecho levantar sus traseros a toda prisa. Era un tic tac incesante que marcaba el tiempo para explotar y hacer desaparecer a cualquiera que estuviera cerca.

—Sal del coche ahora mismo … ¡Joder! ¡¡¡Ya!!! —gritó Leo.

Dio un volantazo y frenó en seco lejos de la vía urbana y de la presencia de cualquier viandante. Detuvo el vehículo en una callejuela desértica con casitas deshabitadas. Algunos carteles de «SE VENDE» colgaban sobre sus puertas desvencijadas.

A Frieda no le dio tiempo a preguntar. Quizá porque al igual que Leo se imaginaba qué había en el interior de ese vehículo.

—Echa a correr Frieda como si te estuviera siguiendo un puto guepardo… —pidió desesperadamente Leo. Sus ojos se salían de las órbitas.

Salieron del todoterreno como un resorte y corrieron como nunca lo habían hecho. Pensar que, en unos segundos, aquel vehículo se haría trizas y que él podía sentir el salitre, los músculos tensarse al correr y descubrir que seguía vivo después de todo, era más de lo que podía pedir.

Mientras corrían uno al lado del otro, escucharon un fuerte estruendo a sus espaldas y vieron cómo el humo negro amenazaba con alcanzarles. La rápida bola de humo generó una onda que les hizo aterrizar en el suelo. Leo solo dio gracias a que esa bomba lapa no había llegado hasta el hotel. De haber sido así, el daño ocasionado habría sido de mayor magnitud.

13

Beso de chamusquina

—Qué tan pequeño es el mundo cuando crees que estás solo y nadie puede verte. Cuanto más huyas, cuanto más te escondas, más expuesto estarás… —susurraba Adler mientras buscaba a Erika en la habitación.

Erika llevaba horas escondida. Estaba herida, pero era lo que menos importaba. Su vida había vuelto a ponerse en peligro. Le había visto entre las rendijas de la salida de ventilación. Había visto a Adler y sabía que no estaba equivocada. Su instinto le había dicho desde el principio que seguía vivo.

Debía hacerlo mejor si pretendía acabar con ella. Ya era la segunda vez que ese hombre había intentado aniquilarla, pero esta vez el Adler que había visto no era sino una sombra que venía del inframundo con la intención de atormentarlos. Apareció como un ente maligno, dispuesto a arrasar, a derruir el muro que tan laboriosamente habían construido Leonard y Erika para separar el presente del pasado, para desunir cualquier lazo que pudiera ligarles con su examigo Adler, quien les había hecho de su vida una auténtica ruina. Leonard solo había intentado construir un nuevo imperio en el que triunfase el amor, para cercar el dolor, para vivir otra vida junto a Erika con la seguridad de que detrás de ese muro se quedaba un pasado truncado. Y Erika había archivado su dolor en un lugar tan remoto de su mente que no era el momento de hacerlo regresar para recordarle cuánto daño había causado. Volvían a ella las imágenes de lo ocurrido en la República Dominicana.

No importaba si el mundo hubiera acabado en sus brazos en esa habitación de hotel junto a Leonard (Leo a secas en el pasado), cuando Adler, Adler Zimmerman, un cadáver andante, un alma errante, un hombre cuyas intenciones rayaban perversión y malignidad, disparaba por doquier sin orden ni concierto. Allí estaba el demonio recién llegado del inframundo, más vivo que muerto.

—Sé que estás aquí, putita.

Volvió a disparar con su silenciador.

—Mientras tú estás aquí a punto de morir, Leo y toda esa gente que te inspira confianza han muerto luchando por una causa perdida.

Jamás me encontraréis. Soy como el aire que imprevisible se escapa de vuestras manos y nunca se detiene.

Adler se habría paseado de lado a lado buscándola como un poseso, divertido mientras veía los agujeros en la pared y el colchón. ¿Quién iba a imaginar que, en esa salida de ventilación tan estrecha en el techo, cabría Erika? Daba gracias a que fuera cómodo a pesar de ser un cuchitril. Intentó sortear las balas que se hundían en los techos y cerca de ella, en las paredes, pero si se movía siquiera un milímetro, las paredes de aquella salida vibrarían y delatarían su posición, así que tan solo podía mover los brazos e inclinarse levemente y rezar, rezar porque esas balas tan solo la rasguñaran.

Entonces se había escuchado una enorme explosión y acto seguido, gritos y movimientos, gente correr despavorida, sirenas de ambulancias y de policías a una velocidad de vértigo. Un caos que Adler no esperaba. Era hora de irse.

—Tienes suerte de que no haya acabado contigo —maldijo Adler —. A la tercera va la vencida —amenazó mientras prendía una cerilla. Con una sonrisa perversa, dejó la cerilla sobre la cama. Después, desapareció como una sombra.

Lenguas de fuego avanzaban hasta el cabecero de la cama donde había un sensor que detectaba cualquier actividad a partir de cierta temperatura. Se habían activado los sistemas de alarma y de incendios. Gracias a que los rociadores contra incendios se habían accionado, miles de motitas de agua extinguieron el fuego.

Erika llevaba horas en aquel agujero, con el hombro malherido y el corazón maltrecho. Una de las balas le había quemado la piel y le hervía. Necesitaba ver a Leo. Había llorado horas su supuesta pérdida. Si ese idiota regresaba con vida, le daría una buena reprimenda por haberla hecho llorar.

Leo y Frieda corrieron hacia el hotel. La gente había enloquecido con el estruendo y muchas personas habían salido a la calle. Leo subió de dos en dos los peldaños hasta la segunda planta. Frieda se había quedado atrás.

El corazón se le salía por la garganta cuando llego a la 201 y vio al equipo de bomberos asegurándose de que el fuego, en efecto, estaba apagado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leo muerto de miedo. Nunca había tiritado tanto.

—No sabemos aún —le contestaron.

—¿Y la persona que estaba aquí?

—No tenemos información de que hubiera alguien cuando se produjo el incendio, pero al parecer hubo un tiroteo —contestó el bombero.

Leo se llevó las manos a la cabeza, se vino abajo y maldijo para sus adentros. Apoyó su cabeza sobre la pared agujereada y comenzó a llorar. «Donde estas pequeña halcón? Dime que estás a salvo», susurró como si pudiese comunicarse telepáticamente con Erika.

—Lo sentimos, señor. Si necesita algo más…

—No quiero nada. No quiero vuestras lamentaciones. Solo quiero recoger mis cosas e irme.

—De acuerdo.

El equipo de bomberos se retiró una vez extinguido el fuego. Los desperfectos eran brutales. La cama estaba chamuscada en su totalidad, donde Leo había depositado a Erika para después encerrarla. Incluso las llamas habían mordido el suelo y las mesitas de noche.

¿Qué había hecho? Encerrarla en una jaula de terror, dejar que las llamas devorasen a su Erika. Por su culpa, ella había vivido un infierno. Se dio varios cabezazos y puñetazos contra la pared, donde pudo comprobar que la habitación estaba repleta de balazos. Imposible sobrevivir a eso. Imposible sobrevivir al incendio. Uno de los puñetazos hizo un boquete en la pared.

—Leo… —Escuchó una voz truncada en el techo. Una alucinación. Deseaba haber oído a Erika, pero eran imaginaciones suyas. Estaba cansado y derrotado. Nunca antes había sido tan tedioso mantenerse con vida.

—Leo… —Lo volvieron a llamar desde el techo.

La voz de Erika recaía sobre su conciencia. Sí, deseaba que su voz le persiguiera para los restos de su vida, que le atormentasen los remordimientos, que muriese de pena al pensar que todo había sido culpa suya.

—Leo, por favor, ayúdame.

Leo miró hacia el techo y comprobó la trampilla abierta. Una mano le pedía ayuda.

—¿Erika? ¿Eres tú? —preguntó entre la confusión y la sorpresa.

—¿Quién sino iba a ser? ¡Bájame de aquí! Tengo los huesos entumecidos. Me desmayé y no sé cuánto tiempo llevo aquí.

Leo no podía creer como había subido Erika hasta allí. El techo era alto y la salida de aire estrecha. Era imposible que cupiera nadie, aunque conociendo el cuerpecito de Erika, no era de extrañar que ella sí encajase. Otra cosa era que pudiese salir sin ayuda.

El rostro humedecido de Leo recibió con alegría el rostro pálido de Erika.

La cogió en brazos con sumo cuidado y la depositó sobre una silla.

—Puedo decir que el medir un metro sesenta me ha salvado la vida —bromeó Erika.

—Me tienes que explicar cómo has subido ahí, mujer araña…

—Creía que estabas muerto… —Sus ojos vidriosos e hinchados denotaban que habían estado llorando durante horas—. Tienes el rostro magullado. —Le acarició con ternura la mejilla.

—Es una larga historia. —Agachó la mirada y se puso de rodillas frente a ella. Quería mirarla y charlar durante horas, ansiaba poder abrazarla y, si Erika se lo permitía, besarla.

Pero él no hizo nada de lo que ansiaba pues, aunque lo deseara, seguía siendo un hombre de honor. Fue ella misma la que primero le tomó de la mano y se la llevó a los labios, le besó los nudillos y el dorso, y después enlazó los dedos con los suyos. Hubo un instante mágico en el que, superando el olor a chamusquina, sus ojos hablaban por sí solos, anhelaban un beso apaciguador que sosegara sus almas. Tuvieron ese lapso para fundirse en sus pupilas y consentirse tras la agonía de no saber si seguían o no con vida. Se acariciaron con ambas manos, se mimaron y se permitieron unos minutos de su renacimiento para sonreír y llorar juntos. Habían renacido. Sus almas habían experimentado dolor y elevado a la cúspide de la sabiduría. Eran los mismos, pero más apasionados, porque el tiempo para los adultos no permitía una tregua y por ello era necesario ponerle pasión a cada una de las acciones, sobre todo en el amor.

Hubo un instante en el que Erika y Leo se habían levantado y mantenido en pie, superando las rencillas del pasado y sus prejuicios. Hubo un instante en el que la había abrazado con tantas fuerzas como para romperle las costillas. Hubo un instante en el que, superando cualquier suceso del pasado, Erika se había puesto de puntillas para recibir un gran beso de amor.

Sus lenguas se buscaban ansiosas y sus manos jugueteaban inquietas. La desesperación era tanta que sus cuerpos se friccionaban exigiendo más que un simple acercamiento.

—Beso de chamusquina —susurró Leo.

Erika sonrió ante aquella ocurrencia. Solo a Leo se le ocurriría recordar un momento épico que les unía a través del tiempo y del espacio.

—Leo… —gimió—. Creía que no ibas a volver a por mí. Nunca he pasado tanto miedo.

—Vuelvo a ser Leo. ¿En qué momento ha sucedido eso, mi amor? Siento tanto haberte dejado aquí sola…

—Leonard —corrigió—. Leonard O' Conell, no te andes por las ramas. Yo solita me sé defender. No necesito príncipes valerosos que salvan a damiselas en apuros.

—Pero al menos reconoce que te ha venido bien un príncipe valeroso que te sacara de tu torre. En serio, Eri, ¿cómo demonios has subido ahí?

—Quizá sea verdad que soy un halcón…

Leo sonrió complacido. Mucho más que complacido. Habían dado un gran paso.

—Leo… —interrumpió Frieda a toda prisa—. Ya está todo solucionado. ¡Oh, dios mío, Eri! ¡Menos mal que estás a salvo! He hablado con Thomas y le he puesto al tanto de la situación. Por supuesto, ha negado que haya tenido algo que ver con la emboscada y pide que nos reunamos con él en Bremen en cuanto regresemos.

Erika y Leo aún tenían los labios enrojecidos y los ojos sumidos en esa pasión sin límites que no conseguía satisfacerse del todo. Leo imaginó un lugar sin nadie alrededor, una buena cama y muy pocas palabras para rebañarla en la intimidad. Lo que daría en aquellos momentos por coger a Erika y llevársela lejos solo para él. Frieda abrazó a su amiga. Era un milagro que Erika siguiera aún con vida.

El equipo médico que disponía el hotel, atendió personalmente a los mecenas y les instalaron en otra habitación. El director les había dado sus más sinceras disculpas obsequiándolos con dos días de estancia. Lo que Erika y Leonard agradecían, pues debían poner en orden sus ideas y, sobre todo, establecer un nuevo plan de ataque, pero no allí. Adler podría regresar y cobrarse su venganza.

A la mañana siguiente partieron hacia Bremen.

—Cariño, ¿es que no has tenido ni un momento para llamarme? —preguntó Ray al otro lado del teléfono.

—No. He estado muy ocupada —respondió Erika mientras volaban hacia Bremen—. Necesito un par de días más para cerrar el acuerdo.

—Y yo necesito verte. Me urge verte…

—Ya mismo estaré de nuevo en Berlín.

—Ven pronto y mantenme informado en todo momento. Adiós, Eri. Te quiero.

—Adiós, Ray. Te quiero. —Miró de reojo a Leo.

Este odiaba cuando escuchaba a Erika hablar con Ray. Y más aún cuando le decía que lo quería. Detestaba a Ray. Le seguía pareciendo un tipo misterioso que escondía su verdadera identidad con una falsa apariencia. No podía permitir que Erika se casase con él. Jamás.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Erika cuando colgó la llamada.

—Porque sigo pensando que ese hombre no es tu tipo. ¿Es que acaso no entiendes que mi lucha incansable es para recuperarte? Porque no quiero compartirte con él. Quiero formar parte de tu vida. Solo yo…

—Ya te dije que eso es inconcebible. Voy a casarme con Ray.

—No lo amas —contestó tajante.

—¿Y tú qué demonios sabes?

—Te conozco mejor que nadie. Vas a casarte porque te da pena decirle que no, porque se ha portado tan bien contigo durante este tiempo que ciertamente no se te pasa por la cabeza rechazarle. Sería injusto para él después de todo, pero yo llegué antes.

—Pero ya no estás en mi presente. ¿Por qué no te cabe eso en esa cabeza tan terca que tienes?

—¡Porque te amo! —exclamó en voz alta haciendo que los pasajeros se volviesen.

—Por favor, Leo, baja la voz —murmuró.

—Voy a hacer un poquito más el ridículo —avisó Leo mientras se

quitaba el cinturón de seguridad y se ponía en pie atrayendo la atención de los pasajeros. Con dos simples palmadas y con la pequeña aportación y colaboración de unas de las azafatas, se le prestó un micrófono.

—Sé que muchos de ustedes no creen en el amor, pues piensan que es algo banal, incluso algo fisiológico y necesario para la reproducción humana. Lo que muchos no sabéis es que el amor nos hace mejores personas. Una vez que lo sientes, ya nada vuelve a ser igual. El ser humano necesita amar sin porqués, sin fronteras, sin límites, porque si en el mundo abundara el amor, las guerras se basarían principalmente en una simple e indefensa competición de besos y en la repartición de abrazos en vez de armas. Esta mujer que se sienta a mi lado es la persona que más he querido en mi vida. Quería compartir con vosotros lo mucho que la amo.

—Leonard… —pidió Erika—, ¡por favor, para ya! —Cada vez estaba más escurrida en su asiento. Necesitaba desaparecer. «Tierra trágame», se dijo.

—¡Que abunde el amor! —gritaba una mujer sesentona de la última fila.

—¡Que se besen, que se besen! —vitoreaba otro pasajero.

—Ni hablar… —susurró Erika ante la atenta mirada expectante de Leo.

—Démosles una pequeña demostración de amor en toda regla. —Le ofreció la mano para levantarse.

Frieda, quien miraba el panorama con diversión, animó a Erika.

—Tómatelo como un juego —dijo.

—Está bien… así al menos haré callar a esta gente. Leo —dijo y le dio un bofetón amistoso en la mejilla—, esto es por dejarme en ridículo.

—Y esto es por ser tan bruja. —La atrajo hasta él y la besó con los labios apretados.

Los pasajeros no cabían de gozo en sus asientos. Aquella era, sin duda, la declaración de amor más sencilla y sincera de cuantas habían presenciado. Para algunos, fue la primera declaración de la que eran testigos. Otros en cambio, incrédulos del amor, se vieron contagiados por aquellos dos locos pasajeros que habían entretenido a la multitud. De cualquier modo, creyentes o no, románticos empedernidos o no, les había llegado el mensaje.

—Me prometí que iba a aprovechar cada segundo a tu lado sin desperdiciar ni uno… —ronroneó Leo cerca de su oreja.

—Esto no vale, Leo. Has coaccionado a toda esta gente. De haberme negado a besarte, habría desatado un sinfín de contrariedades y tú…—Le dijo y le apuntó el pecho con el índice—habrías perdido credibilidad, así que deberías agradecérmelo —bromeó Erika.

—Habrías accedido igualmente, pequeña.

—¡Qué crédulo eres!

—Dime que no te ha gustado…

—No me ha gustado.

Leo se dio por satisfecho y le sacó la lengua antes de guiñarle el ojo a la azafata que le había ayudado.

—Si tuviera otra oportunidad de besarte, volvería a hacer el ridículo mil veces más.

—¡Estás loco! —Tomó asiento.

—Sí, es posible. Quizá esté loco por tus huesos, loco por ti.

Erika negó con la cabeza.

—Me lo pones difícil. No es justo para mí.

—Tampoco es justo para mí verte con otro.

—Tú te lo has buscado. Si hubieras hecho el ridículo antes como has hecho hoy, jamás me habrías perdido.

—Ahora eres tú la que me lo pone difícil, pero nada es imposible si existen personas tercas dispuestas a demostrar que todo es posible. Lo único que es imposible es aquello que no se intenta.

—Venga chicos, ya vale —intervino Frieda—. Tengamos el resto del viaje en paz. Hay muchas cosas de las que hablar. Se nos agota el tiempo y no hemos hecho nada por detener a Adler. Dejemos los sentimentalismos para otra ocasión. Adler sigue vivo. Nos ha engañado a todos y no parará hasta vernos muertos. Hay que establecer un plan y yo tengo la solución. —Hizo una breve pausa—. Iremos a ver a Thomas. Nos encargaremos de rebuscar ese dibujo que había en las lanchas. Eso nos dirá dónde debemos empezar a buscar. Leo, tú tienes las muestras halladas en el barco. Eso también nos dará una pista para averiguar de dónde proviene el tesoro —cuchicheó.

—Bien, pero primero hay que averiguar quién es el topo —dijo Leo—. Al parecer hay dos topos.

—¿Qué dices? —preguntó Erika.

—Sí, dos. He estado pensando en ello y según mi hipótesis, la persona que nos dejó las coordenadas sabe perfectamente quiénes somos y dónde encontrarnos. Su intención es ayudarnos. Ese es el topo bueno. El topo malo es el que le ha dado dicha información sobre nuestros pasos a Adler. Si no, ¿cómo explicaríais lo de las lanchas, la bomba lapa y la ubicación exacta de nuestro hotel en Sylt?

En efecto, Leo había dado con dos personas distintas que estaban entorpeciendo la misión. Ellos eran la clave para entender por qué no avanzaban, por qué siempre que daban un paso para adelante, retrocedían y daban dos para atrás.

Tarde o temprano, se coge antes a un mentiroso que a un cojo. Si el topo que ofrecía aquella valiosa información a Adler seguía en las filas de los mecenas, Leo iba a ir a por él y tenderle una trampa. Esa era la única forma que tendría de saber quién era. Leo tenía la seguridad de que el topo bueno estaba fuera de la Orden, que no era un mecenas. Pero ¿quién sería esa persona que aun sabiendo lo peligroso que era Adler tenía el valor de enfrentarse a él? ¿Quién detestaba y conocía tan bien a Adler como para delatarlo? He ahí el quid de la cuestión.

El topo bueno era un chivato que estaba desmantelando los secretos ocultos de Adler. Esa persona era la que había comenzado la guerra, pero al parecer se había posicionado a favor de la Orden. Estaba en el bando adecuado.

Aparte de la misión que en aquellos momentos volvía a flaquear, Erika sufría en silencio. Sabía que aquel viaje no había hecho más que acrecentar lo que ya sentía por Leo. ¿Y si se estaba equivocando? Iba a casarse con un hombre que no amaba. Le quería, sí, pero no era amor. Lo quería como se quiere a un amigo. Le tenía cariño y había intentado amarlo en todo ese tiempo, pero había sido absurdo. No podía luchar contra su propia naturaleza. Leo ganaba por goleada, pero ella era de armas tomar y ya había tomado su decisión. No podía volver atrás. Se casaría con Ray y por tanto tendría que decir adiós a Leo.

Mirando a Leo, con esas barbas de dos días, con las vestimentas de aventurero que llevaba siempre, sus ojos turquesa, su cuerpo atlético… ¿Cómo iba a poder decirle adiós? ¿Adiós a ese hombre que había sido su prometido? ¿Adiós a ese hombre que habría sido el

padre de sus hijos? Si en su momento lo había elegido como tal, ¿debería cambiar de parecer y omitir eso para casarse con otro hombre? ¿El hombre con el que llevaba muy poco tiempo para elegirlo como marido o como padre de sus hijos? ¿Sería Ray el adecuado? ¿Se imaginaba casada con él y criando a sus hijos? Si se lo tenía que preguntar, entonces era porque no estaba tan segura de dar ese paso.

Los azules y púrpuras de aquel atardecer ensombrecían el día. Y en esa penumbra de luces y sombras, se hallaba Leo perdido y desesperanzado al pensar que el día se estaba consumiendo y no había logrado reconquistarla. ¡Maldito tiempo que juega en contra de los débiles!

14

Lágrimas negras

Adler estaba encolerizado. Todos sus planes se habían ido al traste. A esas alturas, ya deberían saber todos que estaba vivo. Tenía una ligera idea sobre quién había sido el traidor que le había delatado, aunque no estaba seguro.

Mientras su ejército esperaba nuevas órdenes, él se miraba en el espejo. Estaba solo, escuchando música pop en la radio. Desde hacía un tiempo se rapaba la cabeza al cero y se ponía pelucas para salvaguardar su verdadera identidad. Tenía preferencia por la peluca de pelo corto de tonos castaños oscuros. Se la puso para admirar cómo se adaptaban sus formas a ese color de cabello. Se veía bien, natural.

En unos de los cajones tenía todo tipo de maquillaje. Cogió un pintalabios rojo y se pintó los labios. Después les dio color a sus mejillas, volumen a sus pestañas con rímel y delineó sus párpados con kohl. Sus labios eran carnosos y el rojo le daba un aspecto más sexy y seductor. Le gustaba. Le gustaba mucho verse pintado y con una peluca. Cuántas horas habría empleado en sobreactuar en los espejos de su casa adoptando el rol de madre, amiga confidente o de ciudadana ejemplar. La de veces que habría pestañeado al sonreír a su prototipo de hombre imaginario o haciendo algún triste ademan cuando se daba cuenta de que todo era ficticio. Después lloraba frustrado. Dejaba que las lágrimas y el rímel recorrieran lentamente sus mejillas. Las lágrimas traslúcidas se enturbiaban con el kohl y le marcaban las mejillas como si fueran el recorrido de unos neumáticos al derrapar sobre el asfalto.

Mientras se miraba en ese espejo, que siempre se mofaba de él y le mostraba una verdad que siempre había escondido, recordaba las veces que, a escondidas, había cogido el neceser, la ropa y los complementos de su madre para parecerse a ella. Se echó a reír. Era patético.

Cogió la peluca y la lanzó contra el cristal. Volvía a quedarse calvo.

Se lavó la cara para quitarse el maquillaje. Volvía a ser Adler Zimmerman.

Gritaba desesperado mientras se autolesionaba haciéndose

arañazos en las muñecas. Deseaba haber muerto de verdad. Nadie lo quería. Nadie se había preocupado por él en la vida.

Podría decirse que su vida, la de muerto, se habría parecido más a la vida que él habría deseado siempre llevar. Pareciendo una mujer se sentía más seguro, lo que siempre había deseado, pero su familia era de costumbres arraigadas, unos clasicistas con mentes cerradas que no le dejaron nunca ser como él había deseado. Primero lo habrían abandonado como a un perro antes que aceptar su condición sexual.

Su infancia había sido muy dura. Su madre estaba loca. Debía medicarse para controlar a raya su enfermedad. Adler no recordaba el día que su madre se hubiera ido a la cama sin antes azotarle por su mala conducta. Siempre mala conducta. Adler había aprendido a sobrevivir a base de las etiquetas que su madre le obsequiaba: «Eres un maricón», «enfermo», «loco», entre otras. Lo obligaba a masturbarse viendo mujeres desnudas para redirigir sus gustos, excitarlo y encaminarlo hacia la heterosexualidad.

Tampoco recordaba a su padre sobrio. Todos los días llegaba a casa borracho y con ganas de sacar el cinturón viejo de las hebillas de su pantalón para propinarle unas cuantas zurras para que se le quitaran esas ideas absurdas de la cabeza.

A veces ni siquiera llegaba a casa. Se quedaba en algún parque o en la misma puerta destartalada de la entrada. Los vecinos eran quienes avisaban que su padre había dormido en el suelo.

A pesar de todo lo que había vivido, amaba a sus padres por encima de todo, pues había creído que el problema de sus padres había sido él. Si él no hubiera querido vestirse y pintarse como su madre, quizá le habrían querido. Él tenía la culpa por ser así, no sus padres por maltratarlo, pues ellos tenían una buena razón para hacerlo. Un buen día, después de haber recibido la última zurra de su padre y de haber escuchado los últimos insultos de su madre, no había esperado ni desesperado más. Había cogido lo poco que tenía y se había marchado sin rumbo. No volvió a saber de ellos. Jamás regresaría a ese hogar.

El único hombre de la Tierra que había sido un padre para él había sido Gilbert, quien le había acogido como uno más sin hacer distinciones de ningún tipo. Gilbert se encargó de hacerle una persona decente, un mecenas, pero Gilbert ya no estaba. La vida ya no tenía sentido sin él. Solo deseaba acabar con la maldita Orden para que le dejaran en paz. Él estaba bien solo, haciendo las cosas por libre, ¿por qué tuvieron que volver y desbaratarle sus planes? ¿Quiénes se creían para hacerlo? No era justo. Él simplemente había desaparecido. Nunca

habría regresado de no ser porque Erika y Leo pretendían amargarle la existencia. No tenían ningún derecho a hurgar en sus cosas y mucho menos en sus tesoros. Todo lo que tenía era porque él solito lo había hallado. Se merecía todo el botín. Tenía grandes tesoros. ¿Por qué iba a devolvérselos a las entidades oportunas? Dárselos a un museo no le beneficiaría. Era su tesoro. Lo había encontrado él. ¿Qué parte de que era su tesoro nadie entendía? ¿Por qué se empeñaban en arrebatárselo? No era del mar, ni de Alemania. Era suyo.

La peluca en el suelo, sus pinturas tiradas por doquier: así se sentía. Recogió sus cosas y las puso donde habían estado antes, bajo llave. Ese era su gran secreto.

Volvió a ser Adler sin maquillaje ni pelucas de por medio. Le esperaba un jet privado que lo llevaría hacia Bremen.

Thomas estaba recogiendo las hojas de otoño en la entrada de la iglesia cuando llegaron Erika, Leo y Frieda. Se detuvo un instante para mirarlos. No esperaba visitas tan temprano. Apenas eran las ocho de la mañana.

—Hola, chicos. —Les sonrió—. Vengan, vayamos adentro. Necesito hablar con vosotros.

Fue Erika la que le devolvió el gesto. Frieda y Leo mantenían sus reservas con respecto a su inocencia.

—Gracias, Thomas.

Erika sabía que Thomas era inocente. Lo sabía porque aquel hombre era puro corazón. Lo daba todo sin pedir nada a cambio. Una persona así no concibe malicia en sus acciones. No era posible. Thomas no era el topo malo que estaban buscando. Era una persona que los conocía muy bien y que formaba parte de la Orden. De ahí que dispusiera de información para hacérsela llegar a Adler.

—Frieda me dijo todo lo que había ocurrido. No voy a intentar persuadiros de que yo no soy el hombre que buscáis porque eso no haría que cambiaseis de parecer, así que, como he hecho bien mis deberes, tengo mi hipótesis sobre ese feligrés que acudió a misa para confesar su secreto mejor guardado.

Les pidió que se sentaran en los banquillos de su iglesia, su casa. Ellos siempre serían bienvenidos.

—Cuando me dejaron aquella nota donde figuraban las coordenadas, no llegue a pensar en lo que vendría después, en las graves consecuencias. Siento mucho lo que les ha pasado a los

mecenas. Siento que casi os costara la vida también a vosotros. —Tragó saliva—. La pasada noche indagué sobre este tema. La letra de la persona que dejo las coordenadas coincide con un hombre que ha venido hace muy poco interesado en pedirme un acta de matrimonio.

—¿Cómo? —preguntó Leo mientras se inclinaba hacia delante.

Thomas les mostró el impreso donde figuraba el ejemplar prematrimonial de un hombre y la nota que aún conservaba de las coordenadas.

—Mirad, este hombre escribe los números siete y cuatros de forma peculiar. Llamadme viejo loco, pero jamás he visto tanta coincidencia de un documento a otro. Fijaos. —Señaló el número siete del acta comparándolo con el de la nota—. Parece una C con un sombrero. —Después hizo lo mismo con el cuatro—. El cuatro no tiene línea horizontal. Es como si fuera imaginaria.

Una vez que apartó el dedo del número siete y del cuatro, el nombre de esa persona apareció situado en el encabezado. Frieda emitió un «oh» sonoro y Erika pegó un brinco.

—No es posible… No puede ser que no me haya percatado antes —dijo Erika mientras se llevaba la mano a la boca. ¿Era una broma?

—¿Qué ocurre? ¿Lo conoces? —preguntó Thomas.

—¿Que si le conozco? — se rio nerviosa—. ¿Que si le conozco? ¡Joder! ¿Cómo es posible? La persona que dejó las coordenadas… ¡Oh, dios mío! —Lloraba y reía a la vez—. La persona que dejó las coordenadas es mi… ¡es mi prometido!

Leo intentó calmar a Erika tomándola ligeramente del brazo.

—¿Estás seguro de esto, Thomas?

—Tan seguro como de que respiro.

—Eri, ¿les has hablado alguna vez de la Orden? —intervino Frieda contrariada— ¿Sabe algo de nosotros?

—¡No! ¿Cómo iba a saberlo? Jamás le diría nada sobre nuestra Orden. Solo intentaba protegerlo, y manteniéndolo al margen era de la única forma. No entiendo nada. ¿Cómo es posible que lo supiera y no me dijera nada?

—Eri, no quiero ser aguafiestas, pero… ¿de verdad conoces al hombre con el que te vas a casar? —preguntó Leo arqueando una de las cejas.

Eri no podía mirarlo a los ojos. Se sentía traicionada y estúpida por no haber previsto que Ray supiera la verdad. Quizá tanto viaje por asunto de negocios habría provocado interés en su prometido, tanto como para indagar en su ausencia. Con ello habría ganado tiempo para hacer las respectivas averiguaciones. No, Ray no sería capaz.

—Siempre hago a mis feligreses firmar un resguardo en el que exponen su interés por el casamiento cristiano y luego les imprimo un ejemplar de acta matrimonial para que se lo lleven a casa. De esa manera se familiarizan con dicho documento y, el día de las firmas, no están tan perdidos. Me ponen sus nombres y apellidos y dejan la fecha en la que vienen a informarse —dijo Thomas.

—¿Ray es el topo bueno? —Leo se rascó la sien—. Él sabe más cosas sobre Adler que ninguno de nosotros en años.

—Tengo que hablar con Ray, ahora mismo… —Erika no podía creerlo.

La gran puerta de la entrada crujió a sus espaldas. Alguien había entrado a hurtadillas y escuchado a los presentes.

—No es necesario —dijo la voz de fondo—. Ya estoy aquí para responder a tus preguntas, Eri.

Ray se acercó hasta los cuatro, quienes lo miraban con tensa expectación. Frieda tomó asiento. No podía mantenerse en pie. Thomas negaba con la cabeza incrédulo aún con la nota y el impreso en sus manos. Erika abrió los ojos y la boca de puro asombro. Leo puso los brazos en jarras, incómodo con la presencia de Ray.

—Sí. —Sonrió impertérrito—. Soy el hombre que os dio información sobre la ubicación del tesoro de Adler Zimmerman, el tesoro que hizo que enloqueciera.

Erika no sabía bien qué decir.

—¿Qué es esto, Ray? ¿Por qué me haces esto?

—Eri, sé que debí decírtelo antes —dijo y miró de soslayo a Leo —, pero esperaba que tú me lo dijeras, que fueras sincera conmigo.

—No puedes pedirme algo que tú no has hecho. Tú tampoco has sido sincero conmigo —recriminó Erika.

—Estamos en paz entonces.

—¿De qué conoces a Adler?

—Es una larga historia. Solo puedo adelantaros que Adler no

cumplió con su parte del trato. Os di sus coordenadas, sí. Fui benevolente con vosotros… Esperaba un mísero gracias, pero veo que no lo merezco. Tengo que hablar contigo en privado, Eri —pidió Ray con ojos vidriosos.

—Lo que tengas que decirme, dímelo aquí. Ellos también merecen saber la verdad —apuntilló Erika.

—Si ese es tu deseo… —Hizo una breve pausa para tragar el nudo prieto de su garganta—. Así se hará. Siempre he concedido tus deseos, pero puede que este sea el último que te conceda. Mi vida pende de un hilo. Sé que vendrá a por mí y también irá a por vosotros. Nunca podremos escondernos de él, pues es omnipresente.

—Aquí le estaré esperando —amenazó Leo apretando los puños y la mandíbula.

Ray se echó a reír.

—Tú aún no sabes de lo que es capaz.

—Él tampoco sabe de lo que yo soy capaz y te aseguro que tengo más razones que nadie para destruirlo. Lo mataré y no tendré piedad. Independientemente de que haya sido mi amigo, eso no será un impedimento a la hora de acabar con él.

—No tenemos por qué matarlo. Se encargará de ello la justicia —intervino Thomas.

Thomas estaba anonadado. Nunca había visto tanta malignidad en una persona, y Adler era la clara esencia de Satán. Los demonios no vivían en el infierno, vivían entre los humanos. Había humanos buenos y humanos malos, y si bien se refería la Biblia a una vida después de la muerte, Thomas pensaba que el infierno podría ser el mundo que nos rodeaba, la ciudad era el infierno y el paraíso podría alcanzarse mediante buenas acciones como ayudando a los demás o disfrutando de la familia. Así era el paraíso de Thomas. El método infalible para llegar a experimentarlo era haciendo el bien. Ray se había posicionado para hacer el bien, aunque hubiera permanecido en las sombras, en el infierno, en la tentación. De igual modo merecía ser absuelto.

—Escuchémoslo —pidió Thomas—. Tomad asiento.

Todos tomaron asiento menos Ray.

—Prefiero estar de pie. Así sabré que me estáis escuchando.

No dejaba de mirar a Erika. Sabía que podía perderla después de

contar aquello, pero debía hacerlo.

—Reconozco que te he seguido varias veces —se sinceró con Erika—. Sabía que tus negocios en el exterior se basaban principalmente en tu nueva misión, pero esperaba, tal vez soñaba, que me lo dijeras algún día, que te sentaras y me revelases qué eras y a qué te dedicabas en realidad. Siempre pensé que ser emprendedora y llevar tu propia empresa había sido una tapadera. Tu verdadera vocación estaba en esta Orden. Eso era lo que mejor sabías hacer antes de conocerme y formar una empresa. Tu felicidad era esto, era él. —Señaló a Leo—. Pero sé que, tras perder a tu bebé —dijo y volvió a enternecerse cuando miró a Erika—, cambiaste de parecer. Lo dejaste todo para empezar una nueva vida. Pues bien, ahí es donde entro yo. Antes de conocerte, conocí a un tipo que buscaba consuelo en un club de alterne. Mi vida era tan parecida a la suya, tan llena de oscuridad, reducida a las visitas frecuentes de mujeres fáciles, alcohol y drogas, que un buen día nos pusimos a charlar mientras bebíamos en la barra de aquel club. Se llamaba Adler Zimmerman, «Zeta» para sus hombres. Me pidió que formase parte de su ejército. Nunca me dijo qué era lo que pretendía destruir hasta que me enteré por mí mismo. Accedí a hacer sus trabajos sucios y en uno de sus locos proyectos, te conocí a ti. Me pidió que te sedujera.

—¿Pero… qué estás diciendo Ray? —preguntó Erika mientras se levantaba—. ¿Me estás diciendo que yo formaba parte de un maldito plan? ¡No puedo creerlo! ¡Dios mío! Hace unos días decía sí a un hombre que apenas conozco. Me pregunto cuándo pensabas contármelo…

—Nunca. Esa es la verdad. Nadie en su sano juicio le diría a su prometida, a la que ama más que a su vida, que era un maldito plan. Y ahora que vamos a casarnos, pensaba que debía contártelo antes de que diéramos ese paso. Debía limpiar mi conciencia.

—La conciencia te la voy a limpiar yo de dos hostias, gilipollas —amenazó Leo interponiéndose entre Erika y Ray.

Thomas y Erika separaron a ambos hombres antes de que se produjese una pelea.

—Por favor, no os olvidéis de dónde estáis. Es un templo sagrado. Aquí no hay cabida para peleas —exclamó Thomas.

Ray y Leo se miraron desafiantes. Desde el principio, desde el primer instante en que habían estrechado sus manos para presentarse, se habían declarado la guerra.

—Aún no he terminado… —dijo Ray.

Thomas pidió que volviesen a retomar sus asientos.

—Adler descubrió un tesoro en Sylt. Jamás nos dijo que él perteneciese a ninguna comunidad. De esto hace diez años. El tesoro lo enloqueció. Me había prometido compartir una cuarta parte del botín si lograba seducir a Erika, pero no cumplió con su parte del trato…

—Y tú sí cumpliste, ¿cabrón de mierda? —apuntilló Erika—. ¿Me sedujiste por un asqueroso tesoro? ¿Qué ganaba Adler con todo esto?

—Un miembro más para su ejército y destruir a un viejo amigo. Nunca me dijo el nombre, pero con los años supuse que ese amigo era Leonard O'Conell.

Frieda abrazó a Erika.

—Lo siento, Erika… No pretendía hacerte daño, solo cumplía con las órdenes, al igual que tú cumplías con las tuyas. —Se refirió a Erika y a Leonard—. Entiendo que me odies y anules nuestro compromiso. Lo entiendo y lo asumiré, pero también debes saber que no te conocía cuando accedí a trabajar para Zeta. Debes saber por qué no cumplió con la parte de la cesión de bienes, el por qué no cumplió con su parte del plan. Erika estaba hundida. Sus palabras habían sido puñales.

—No me interesa, Ray, ya nada importa —sollozó en el pecho de su amiga.

—No —se negó—. Debes saberlo. La razón por la que Adler no cumplió con su parte del trato fue porque yo renuncié a él. No deseaba nada de ese tesoro más que el que había hallado en ti. Tú eras mi tesoro, Eri. No me hacía falta ningún bien material porque tú lo eras todo para mí. Ya te amaba incluso antes de conocerte, cuando Adler me mostró tu foto. Te amo… Ahora ya lo sabes, Eri. Os di esas coordenadas porque Adler merecía ser descubierto. Nunca pensé que ibas a decirme que sí, Eri, que te casarías conmigo. Entonces me vine corriendo hace unos días y hablé con Thomas…

—De haberte rechazado, jamás habría sabido quien eras, Ray.

—No es verdad. Pensaba decírtelo igualmente, algún día, en algún momento. Te lo prometo.

—No sé qué es lo que quieres o no de mí, pero te aseguro que lo que yo quiero ahora mismo de ti es no volver a verte.

Erika se levantó y desapareció con lágrimas en los ojos. No

lloraba por haber sido engañada por Ray, sino por haber creído que podía olvidar a Leo, por creer en una nueva vida con vistas hacia un futuro.

Ray no la siguió porque había perdido la confianza que se brindaban hasta el momento. Leo hizo el intento, pero Frieda se lo impidió, y Thomas había cerrado un capítulo. Descubrió que había más verdad en los ojos de Ray que en los de muchos feligreses arrepentidos que acudían a confesarse. También vio más amor en los ojos de Leonard que en los de cualquier hombre. Se percató de que Erika necesitaba anular ese matrimonio como fuera para tener una oportunidad con Leonard y rematando la velada, descubrió en los ojos de Frieda un matiz que rozaba la envidia y la desazón al comprobar que Ray no tenía ojos para ella.

Al final, un viejo siempre sabía dónde hallar respuestas. Él sabía quién era el topo que quedaba por descubrir. Como bien había apodado Leo: «el topo malo». Lo sabía desde el primer momento en el que sus ojos se habían fijado en una mirada apagada y en un silencio incómodo, la mirada de quien sufre en silencio y tiende a hacer sufrir a los demás con la intención de resarcirse.

15

Una decisión cambia toda la historia

La soledad no es amiga de quienes sienten la necesidad imperiosa de estar acompañados. Entonces, puede ser asfixiante.

Cuando Leo llegó a casa, se encontró con la sonrisa de Erika en aquellas fotografías. Era la hora de vaciar la pared de los recuerdos. Erika estaba en su mente, dentro de él. Formaba parte de sus entrañas. No era necesario auto compadecerse más. Ya se había flagelado durante años viéndola en el salón de su casa, recreándose en su mirada, contagiándose con su sonrisa, deseando detener el tiempo y meterse en aquellas fotos junto con ella.

Se permitió varias copas de Lambrusco antes de irse a la cama. Era el vino favorito de Erika. Después de pensárselo, había decidido que lo mejor era retirarse. Al fin y al cabo, eso era el amor. Dejarla ir también significaba que la amaba. Solo quería lo mejor para ella. ¿Debía rendirse ahora?

Quizá era hora de dejar el pasado y redecorar la pared del salón. Se levantó del sofá y se dirigió hacia la pared de los recuerdos. Sonrió al ser contagiado una vez más por ella. Lo había asumido: tenía poder sobre él. Repasó el dedo por la comisura de sus labios. En realidad, eran igual de suaves que en la foto.

Llamaron al timbre.

Dejó la copa sobre la mesa y se fue hacia la puerta. Cuando descubrió por la merilla de quién se trataba, se irguió y carraspeó. Se pasó la mano por su cabello alocado y lo peinó. Le temblaba el corazón.

En cuanto abrió la puerta, Erika cruzó el umbral y le abrazó fuertemente. Estaba llorando. Llevaba su abrigo amarillo, el que reservaba siempre para los momentos más importantes. Leo cerró la puerta con la punta del pie. No quería moverse ni un milímetro ni dejar que ese momento terminase. Si por él hubiera sido, habría detenido el tiempo justo ahí.

Erika seguía sollozando cuando Leo la susurró:

—¿Qué te pasa, pequeña?

—Na… da. —Hipó.

—Venga, Eri, dime qué te ocurre. ¿Por qué lloras, mi amor?

Ella no contestó.

—¿Quieres una copa? —preguntó Leo acariciándole la nuca.

—Va… le.

Se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta. Leo la pidió que se pusiera cómoda y tomase asiento. Erika hizo caso a Leo y se sentó. Aún recordaba lo cómodo y mullido que era aquel sillón. En él habían dormido muy pocas veces porque, en su mayoría, lo habían usado para desfogarse. No había espacio en aquella casa donde no se hubieran desfogado.

—Me siento ridícula viniendo aquí…

—Esta siempre será tu casa. —Le sirvió una copa de Lambrusco.

—No seas diplomático conmigo, Leo. No es necesario.

—No se trata de diplomacia. —Tomó asiento a su lado—. Para mí aún sigue siendo tu casa. Ya te lo dije la otra vez que viniste.

—No encuentro la manera de explicar lo que siento ahora mismo. No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio y no te detengas. Sé escuchar.

Erika se tomó su tiempo para contestar. Se bebió de un trago ese sabroso Lambrusco que tanto le gustaba. Tenía sed. Cogió la botella y volvió a llenar la copa. Hizo una breve pausa, movió la copa como un experto catador de vinos, lo olió y volvió a bebérselo de un trago. Al igual que la Coca Cola, las burbujas saltaban en la superficie y ardían las papilas gustativas.

—No lloro porque Ray me haya ocultado la verdad. Lloro porque he sido una estúpida al creer que podía olvidarme de ti…

—Erika… Nos hemos esforzado en rehacer nuestras vidas, en parecer indiferentes —titubeó—, pero no lo hemos logrado. Ha sido un rotundo fracaso. —La tomó de la mano—. Hoy he visto cómo mirabas a Ray. Sé que sientes algo por él. Ha sido un buen hombre a pesar de lo que haya podido hacer antes de conocerte. Daría lo que fuera porque me mirases como lo mirabas esta tarde.

—Estas confundido, Leo… yo no…

—No es necesario que digas nada —la interrumpió—. Sé que he intentado de mil maneras recuperarte, pero hoy he visto a un hombre que no te dejaría nunca a la intemperie, un hombre que lucharía por ti hasta el final y que ha estado ahí cuando los demás no estuvimos. Quizá por cobardía. Quizá porque no supimos cómo tratarte en aquellos momentos tan delicados. Asumo que te perdí, Eri y quería decirte que a partir de ahora os dejaré vivir vuestra vida. Es hora de decir adiós, El adiós definitivo que he estado evitando tropecientas veces.

—Pero, Leo, creo que…

Leo la silenció.

—Shhh. —Puso el dedo índice sobre sus labios—. Nunca pensé que llegaría a elogiar a mi gran competidor. Sé que yo llegué primero, pero lo importante no es ser el primero, sino en hacer lo impensable por ser el último. Ray ha estado en tus peores momentos, cuando yo no estuve. Tendrá sus defectos. Nadie es perfecto, pero creo que se merece una segunda oportunidad. Tú me amaste una vez sin tener en cuenta mi vida anterior. Podría ser un delincuente o un asesino en serie —bromeó—, pero lo importante es cómo era cuando estaba contigo.

Erika volvió a beber. Necesitaba emborracharse y Leo no la dejaba hablar.

—A veces odiaba recordar. Deseaba perder la memoria para no atormentarme con los recuerdos —confesó Leo—. Era demasiado. Por eso puse esas fotos aquí en el salón. Pensé que verte todos los días acabaría siendo rutinario y al final me acostumbraría al dolor. Es como poner un mueble nuevo. Lo ves todos los días hasta que termina siendo parte de la inmobiliaria.

Leo acompañó a Erika en su misión por acabarse la botella de Lambrusco. Ambos bebían para apaciguar su sed.

—Leo, debo explicarte qué hago hoy aquí, por qué he decidido venir.

—No tienes que preocuparte por nada, Ray te perdonará, tú le perdonarás a él y volveréis a intentarlo. Fin de la historia.

—El problema es que…

—Erika, estoy seguro de que se solucionara. —Volvió a interrumpirla.

—¡Joder, Leo! ¡Basta ya! ¡Déjame hablar!

—Es menos doloroso que las palabras salgan antes de mi boca que de la tuya…

—Entonces no me dejas otra opción…

Erika se sentó a horcajadas sobre él, le tomó el rostro con ambas manos y lo besó. Introdujo su lengua con ansias, en busca de una señal que le dijese que ambos estaban en la misma sintonía. Leo se había quedado absorto y su cuerpo no respondía. Tenía a Erika donde él deseaba, justo en su boca y le estaba exigiendo una respuesta.

Leo se apartó un momento de Erika. Deseaba mirarla.

—He deseado que me besaras cientos de veces. Ahora que te tengo donde quería, no me atrevo a dar un paso en falso. Dame una señal. Dime qué dice tu mente, ábreme tu corazón de nuevo. Te juro que jamás volverás a irte por esa puerta sin antes amarrarte a mí.

—Leo, eso he intentado desde que he entrado, pero no me has dejado. ¡Eres un charlatán! —ronroneó cerca de su boca.

Leo cerró los ojos y se dejó caer en el sillón con Erika encima.

—Mátame si esto no es real. Quizá haya bebido de más y esto es una alucinación.

—¡No lo es… bobo! Estoy aquí y necesito… —Lloró—. Necesito que me digas que esto va a funcionar, que anhelas como yo volver a empezar.

Leo abrió los ojos. Tenía ese brillo especial entre chisposo y enamorado. La casa desde su posición parecía retomar vitalidad y luz. Abrazó a Erika y después retomaron el beso interrumpido.

—Te lo juro, Eri. Jamás. —Le dio un pequeño beso en los labios —. Volveré. —Después se lo dio en la nariz—. A dejarte marchar. — Después la besó diez veces más en distintas partes de su anatomía.

Y de diez, pasaron a veinte y de veinte, a innumerables besos que se sustituyeron por caricias y promesas en forma se susurros. Sujetador, bragas, vestido, zapatos, calzoncillos, camisa, todo desperdigado por el suelo. Estantería abajo, vajilla rota, libros amontonados por doquier. Su pasión no conocía límites y arrasó con todo lo que estaba a su paso. Era tanta la necesidad por homogenizarse que no tuvieron reparos en destruir aquello que entorpecía un espacio para revolverse. Tanto tiempo deseándolo que estuvieron horas explorando aquellas zonas conocidas en un tiempo. Volvían a unirse, a reírse mientras trastabillaban uno dentro del otro; mientras intentaban buscar un punto de equilibrio para continuar

cabalgando; mientras se emborrachaban con las miradas y las carnes se escocían por la continua fricción.

Ray estaba desesperado. Quizá había cometido el peor error de su vida diciéndole la verdad a Erika, pero si se hubieran casado sin antes revelárselo, nunca se lo hubiera perdonado. Había perdido toda esperanza. Sabía que era su fin. Llevaba horas esperándola en casa, inquieto. Perdió la cuenta de los cigarrillos que había fumado. Amaba a Erika por encima de todo. Ella había sido lo mejor que le había sucedido en la vida. Antes de que ella llegase como un torbellino, había estado perdido, deambulando como un gato callejero. Ella le había hallado y o había sacado de las sombras, como si hubiera sido su salvadora. Lo había cogido muerto en vida y lo había arrastrado hacia la luz. Así era Erika: la esencia de la vida con pequeñas pinceladas de emoción y locura. Daba las gracias a su destino por cruzarla en su camino. Era él quien volvía a apartarla de él. Quizá eso también era amor, el dejar que ella decidiese libremente bifurcar su camino.

Sabía que Adler lo estaba acechando. Podía notar su mirada fría y calculadora. Lo estaba buscando para matarlo. Lo sabía y aun así era incapaz de moverse. Era incapaz de huir y de apartarse de aquella puerta a la espera de que Erika regresase y le diese una oportunidad o necesitase algo de él.

Pero Erika no volvió. Ni esa noche ni a la siguiente. Ni siquiera había dejado una nota ni se había despedido. Tan solo le había dejado unas cuantas palabras secas y tajantes a modo de despedida. Unas escuetas y dolientes palabras como resultado de todos esos años juntos. ¡Qué triste! El mundo se había detenido justo ahí para demostrarle que había estado viviendo por encima de sus posibilidades. ¿Acaso era menos triste tenerla sabiendo que sus ojos no lo miraban a él? ¿Acaso era menos doloroso sentir sus besos y saber que ella no lo besaba a él? ¿Acaso era justo retenerla en su vida aun sabiendo que ella no compartía sus mismas visiones de futuro?

Berlín era su hogar y no huiría a menos que Erika se lo pidiese y se fugasen juntos, pero sabía de sobra que ese día no llegaría nunca.

Erika y Leonard habían llegado a su vida con la intención de arrebatárselo todo. Adler los culpaba y deseaba no haberlos conocido nunca. Realmente, el tesoro que había hallado le había servido para huir mientras creaba un ejército para combatir contra los mecenas, pero su deseo no se saciaba con la fortuna. Hubo un momento en el que la Orden de los Leyna había sido su verdadero hogar, pero tuvo que llegar Erika Clinton y desbaratar su mundo. La odiaba. Y ese odio

era el que se acrecentaba con los años y del que se alimentaba para destruirlos a todos.

¿Por qué tenía que esconderse? Incluso había tenido que fingir su propia muerte. Con ello, había conseguido tiempo. Tiempo para vengarse de él. De él, cuyo nombre no podía siquiera nombrar. Hacía años que no lo veía y, en su memoria, aún permanecían esos años en los que ambos eran como hermanos, aunque jamás lo había amado como un hermano, sino como algo más.

Erika Clinton se convertía pues, en tres personas diferentes para aquellos tres hombres: Erika para Adler era la destrucción, la alegoría del sufrimiento, quien se había interpuesto en sus planes. El demonio. Erika para Leo lo era todo. Su mundo, sus ojos, su corazón y sus días. Sus mañanas y noches. En definitiva, su razón de ser. El Amor.

Erika para Ray era el bote salvavidas con el que había logrado cruzar su ciénaga personal sin remos, avistando tierra donde asentarse y levantar un hogar lejos del dolor. De lo racional a lo místico, una salvadora. Así era Erika: su linterna mágica. La Diosa.

A los tres les había causado estragos con sus ojos verdes, su metro sesenta, sus taconcitos de charol, falda de tubo, abrigo amarillo y labios rojos, su instinto e inteligencia, un arma potente para la Orden. Una mujer envidiable y poderosa que combinaba valentía con destreza. Podía seducir recién despierta y matar a un hombre con un solo pestañeo. También era consciente de que atraía a las mujeres. Era la heroína que necesita un hombre para salvar sus pasos inciertos y sus inseguridades.

Adler había llegado a Bremen con la sola idea de acabar con todo y todos. No quedaría ni un solo miembro de la Orden. Nadie iba a interponerse en sus planes nunca más. Llevaba armas y hombres consigo. Su ejército estaba dispuesto a morir por él. Eran exmiembros de la CIA, donde había coincidido con Leo. Allí había conseguido adeptos. Todos estaban preparados para la destrucción y no se achantaban cuando se les instruía para matar.

—Señor, está todo listo —le avisó uno de sus hombres—. Lo único que necesitamos es su orden para ir tras ellos.

Adler estaba afilando su cuchillo, su arma favorita. Qué buenos recuerdos le traía. Con ella se había vengado de todo aquel que lo había humillado.

—Mi orden por fin ha llegado. —Sonrió ladino—. Preparaos. Os dividiré en dos grupos. Vosotros cuatro iréis a por Erika y Leonard. Y

vosotros dos —dijo y señaló a dos de sus hombres con la punta del cuchillo. Eran los más altos—, iréis a por Ray.

—Ray no se ha movido de su casa desde hace días, señor —informo G, uno de los secuaces de Adler—. Mientras que Erika y Leonard han salido varias veces. Han acudido a una reunión privada en la iglesia de San Pedro, en la plaza del mercado.

—Saben algo. —Intuyó Adler—. Pero lo que no saben es que yo siempre he ido un paso por delante. Los llevaréis hasta mi guarida. ¡Los quiero vivos! —Apartó su mirada de la hoja de su cuchillo—. No voy a permitir ningún desatino como la otra vez en los todoterrenos. Casi los matáis, ¡joder! ¡Ese no era el plan! —gritó encolerizado—. Solo tengo yo ese derecho.

G asintió con la cabeza.

—¿Sabe nuestro aliado que vamos a interceder?

—Sí. Gracias a la información que nos ha brindado, sabemos dónde debemos actuar sin ser vistos. Ha sido la clave para esta misión. Iremos a por ellos…

—¿Y qué hacemos con nuestro aliado?

—Acabará muerta una vez que terminemos con esto. Ya no nos servirá.

—¿Sabes lo que hacían con los chivatos donde yo vivía? —preguntó Y, el hombre destinado para secuestrar a Leonard y Erika.

—Sorpréndeme, Y.

—Les cortaban la lengua y se la daban a los puercos.

—¡Ingenioso! —vitoreó Adler—. Haremos que no hable más en su vida… ¡buena idea, Y!, aunque preferiría matarla con mis propias manos.

—Dejemos que ella elija, Zeta. Si quiere una muerte lenta y dolorosa o un simple tajo en la lengua y seguir viva…

El plan estaba diseñado para hacer daño, para que Adler, alias *Zeta*, se recreara con el sufrimiento humano hasta la muerte.

—Imagino que la lengua se la cortaban sin anestesia… —Se imaginaba Adler en plena acción.

—Sí, señor. Sin anestesia.

—Me encanta.

El plan de Leo era descubrir al topo malo. Erika y Leo habían elaborado un plan. Habían reunido a los mecenas para decirles la ubicación de las muestras: piedras preciosas, florines de oro, todo un gran tesoro que enloquecería a cualquier ser humano. El resto seguía en aguas alemanas, en la isla de Sylt. Era obvio que la ubicación donde se encontraban las muestras era falsa.

El topo malo daría aquella información a Adler. Quizá no lo descubrieran nunca, pero se confirmaría que el topo malo formaba parte de la Orden. Tarde o temprano terminaría descubriéndose en algún renuncio.

Cuando acabó la reunión, Thomas se persignó y rezó por la protección de sus mecenas. Thomas se había tomado su tiempo antes de dar el paso. Debido a su secreto de confesión, jamás podría decir que sabía quién era la persona que Leo andaba buscando. No podía decirlo, pero quizá sí podría dárselo a entender. Antes de que Leo y Erika salieran por la puerta trasera, Thomas los detuvo:

—Ten, Erika. —Le dio un fular suyo—. Creo que es tuyo. Te lo dejarías aquí la otra vez que viniste.

El fular tenía sus iniciales: E. C. Era de su padre, pero lo había regalado.

—Gracias, Thomas. —Lo cogió y sin darle mayor importancia, lo metió en su bolso.

—Abrígate, Erie—la llamaba cariñosamente—. En esta estación del año, tendemos a resfriarnos con frecuencia. Cuídate.

—Lo haré —contestó agradecida.

—Cuídala. —Le guiñó el ojo a Leo con complicidad.

—Y tanto… Hasta pronto.

—Haz que se ponga el fular para que no coja frío —insistió.

—Está bien…

Leo y Erika salieron enfrentándose a un fuerte temporal que los arrastraba hacia la destrucción, pero en ese momento estaban juntos. No era lo mismo contemplar el mundo con solo dos ojos que con cuatro.

El mundo era más extenso, la vida menos complicada. No había cabida para las excusas y las dudas. Todo se veía más claro a pesar del horroroso temporal que zozobraba sus ventanas y amenazaba con

derruir los cimientos de una nueva vida, pero juntos podían detener cualquier tormenta o, por lo menos, luchar contra ella sin miedo, porque bien es sabido que el miedo, quien forma parte de nuestra vida, es el implacable e insustituible ladrón de sueños.

16

Para mentir y comer pescado, hay que tener mucho cuidado

Las mentiras tienen las patas muy cortas. Cuando se cree que se tiene el control de la situación, aparecen las mentiras para delatar. Según Thomas, quien seguía elucubrando en su mesa destartalada y sentado en su silla vieja, la verdad siempre acababa saliendo a la luz. Se preguntaba cómo esa persona podía seguir mintiendo a Erika Clinton, la mujer insuperable, la Mujer Maravilla. Cómo era posible que Erika, siendo como era, siguiese confiando en la persona que más daño le estaba haciendo aún sin saberlo siquiera. Incluso un hombre como él, abierto y confiado, tendría más cuidado de revelar sus secretos con semejante persona.

Le hubiera gustado contárselo a Erika. Decirle: «Cuanto más te abras a alguien, mayor es luego la decepción». Thomas era un viejo sabio que admiraba las frases hechas, las frases que viajaban en el tiempo, generación tras generación. Si existían desde tiempos remotos, sería porque el ser humano seguía continuamente un viejo patrón. Los refranes acompañaban siempre una verdad, una historia y nunca caducaban.

Thomas tenía un refrán para cada historia. Esta, en particular, coincidía con uno de esos refranes: «Para mentir y comer pescado, hay que tener mucho cuidado».

Alguien había hecho que Thomas fuera el culpable y no la víctima de todo ese embrollo de la emboscada. El problema de esa persona que mentía y aun así se permitía el lujo de llamarse amigo, era que siempre terminaba siendo la víctima cuando en realidad era el verdugo.

Andaba leyendo unos manuscritos cuando escuchó un ruido. Algo así como cristales rotos seguido de unos pasos, como si alguien hubiera roto el ventanal para poder entrar. Thomas se persignó y rezó porque no fuera alguien con intención de hacerle daño. Eran las tres de la mañana y prácticamente la calle a esas horas estaba desértica.

Con pasos trémulos, se acercó hasta el pasillo. Era largo y estrecho. Llevaba hacia la salida. Por la noche, se volvía oscuro.

Cualquier persona que quisiese salir, tendría que iluminarlo. Thomas cogió una de las linternas del cajón y, antes de que la luz delatase dos sombras que parecían venir de ultratumba, muy cerca de la sala de exposiciones, le arrebataron la linterna de las manos y le golpearon fuertemente la sien. Superó la caída de bruces, pero no el golpe que había recibido con tanto ahínco en las costillas, que lo dejó sin respiración. Se desmayó no sin antes ver luces que iban y venían, el crujido de un motor, las voces de unos hombres que hablaban de muerte y de sangre, y notar el aire filtrándose por una de las ventanillas de un vehículo. ¿Adónde lo llevaban? Volvió a la inconsciencia.

Para Leo, tener a Erika desnuda y a su merced era todo lo que necesitaba. Podría tronar, caérseles el mundo encima o producirse el fin del mundo que él seguiría tan placenteramente paseando sus dedos sobre su contorno, ese cuerpo irresistible y a la vez tan comestible que necesitaba. Era suave y sensible, y respondía muy bien a sus caricias. Erika desperezó bajo las sábanas. No había mejor despertar que ese: encontrarse con esos ojos turquesa del hombre que tanto amaba, con sus dedos juguetones ahondar con profundidad a sus anchas, con esa sonrisa reluciente que quitaba el sentido. Él era todo para ella.

—¿A qué estás jugando tan temprano, Leo? ¡Eres insaciable! ¡Dios mío, vas a matarme! ¿Te parece insuficiente todo lo que hicimos anoche?

Leo sonrió.

—Mmmmm, sí —ronroneó cayendo levemente sobre ella e inclinado la cabeza para besarla.

—Leo, sin Smint no hay beso… —Le hizo la cobra.

Aquello hizo que Leo se desternillase. Aquella había sido siempre su frase favorita, copiada de un anuncio de caramelos de menta.

—Me da igual cómo sepa tu aliento mañanero, nena… Adoro tus besos de igual manera. Así que no te hagas la remolona y dame lo que quiero.

—¿Crees que eres irresistible, señor O’ Conell?

—Lo soy… —Puso morritos.

—Entonces, haz que me derrita y yo te diré si eres o no pasable.

—Ven aquí…

—No.

Desnuda, salió de la cama con una sonrisa perversa en su rostro. Nunca sus ojos habían brillado tanto.

—No hagas que salga de aquí porque cuando te coja, no habrá ni Dios que te salve. Mañana vas a salir de esta cama y andarás como un pato mareado, te lo juro —advirtió.

—No me da ningún miedo, señor O'Conell. Debe hacerlo mejor si cree que puede amilanarme…

—Te follaré hasta que me pidas clemencia y te ardan las ingles.

Erika puso los brazos en jarras y negó con la cabeza.

—No, no. No me convence. Eso es muy grosero, aunque me gusta.

—Te morderé como perro rabioso y hambriento y te torturaré con mi lengua poderosa. Tendrás que matarme antes de que te mate yo a ti a besos, pequeña. ¿Te he convencido ya?

Erika se echó a reír y corrió hacia el salón.

—Muy mal, señor… muy mal. Así no convence ni a un pajarillo.

Leo al acecho. Así era más mortífero. Así se haría respetar. Bajó de la cama por un lateral y fue poco a poco persiguiendo a Erika por la casa.

—Pues, ¿sabes qué? No me hace falta correr para cogerte. Caerás en mis brazos. —Alzó la voz.

—No lo haré.

—En cuanto veas lo que tengo para ti, correrás hacia mí como animal en celo. Lo sé nena, lo huelo. Me buscas como si estuvieras en celo. Puedo olerte… Esto no es más que el cortejo sexual, nena. Te espera una buena tunda de embestidas salvajes, por las molestias, ya sabes.

—¡Ajá!

—Cuánto echaba de menos esa sonrisilla traviesa…

A tan solo diez pasos, la tenía a su entera disposición, pero unos modestos golpecitos en la puerta le hicieron recuperar la compostura y ponerse en alerta.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó Leo.

—No… Nadie sabe que estoy aquí.

—Leo, soy yo, Frieda. Ábreme la puerta, es urgente. Se trata de Erika —dijo la voz de hada al otro lado de la puerta.

—Será mejor que te escondas —propuso Leo a Erika en susurros.

—Y tú mejor que te vistas… No quisiera que mi amiga desease de nuevo seducirte como ya hizo una vez.

—¡Estás de coña! No cuento con que fuera ni siquiera un polvo, Eri.

—¡Bah! Mejor no hablemos del tema. —Se le ensombreció el rostro.

—Eri, mírame. —Se acercó hasta ella—. No tienes por qué preocuparte, ¿vale? Siento mucho lo que pasó. Jamás habría sucedido nada de haber estado contigo. Ella solo fue un pasatiempo más. Ven, anda, tontita celosa.

—No —se negó tiritándole el mentón—. ¿Por qué tiene que venir ahora? ¿Qué será tan urgente? —habló en susurros.

—Seguramente no sea nada importante. Si ella no sabe dónde estás, es lógico que se haya preocupado. Ven, por favor.

Erika recorrió los pocos metros que la separaban de Leo como un perrito al que le acaban de regañar.

Leo la abrazó y después la besó en la frente.

—Te amo. Te lo diré todos los días de mi vida para que no se te olvide.

Erika sonrió en su pecho.

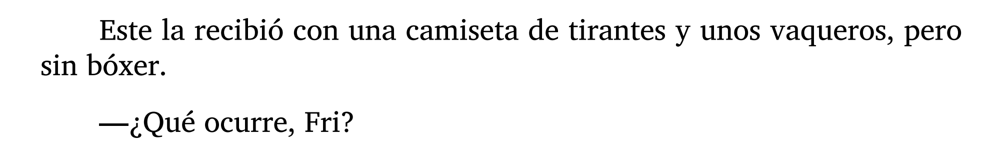
—Acabaremos con esto después. No te creas que te librarás de la reprimenda por desobedecerme —susurro Leo acariciando sus mechones.

—¿Leo? ¿Estás en casa? —volvió a preguntar Frieda.

—Venga, escóndete en la habitación —pidió Leo.

Erika se dirigió hacia la habitación, se puso unos calzones y una camisa de Leo, después cerró la puerta. Debía volver a Berlín a por sus cosas y despedirse de Ray si el orgullo se lo permitía. No podía seguir usando la ropa interior de Leo (se rio para sus adentros como una mala bruja).

Frieda estaba acongojada. Necesitaba hablar con Leo de inmediato.



Este la recibió con una camiseta de tirantes y unos vaqueros, pero sin bóxer.

—¿Qué ocurre, Fri?

—¿Estás solo? —Avistó cada rincón del salón.

—Sí, ¿por qué?

—Me había parecido que estabas con alguien. Oía voces.

—Era la televisión. Dime, toma asiento, ¿de qué querías hablar?

—No encuentro a Erika. Por ningún lado… Me tiene preocupada. —Sollozó tomando asiento.

—Creía que estaba con Ray —contestó mostrando cierta indiferencia.

—No. Ray está destrozado. No levanta cabeza desde hace días. La subdirectora es la que está llevando ahora la empresa Forks. Erika no se encarga de sus negocios. Empiezo a pensar que ha desaparecido.

—No tiene por qué. Ya ha desaparecido más veces y ha regresado cuando ha visto oportuno. Ya sabes que Ray y ella discutieron.

—No sé, Leo, creo que hay algo más. Siento que me estás ocultando algo. Lo noto en la expresión de tus ojos. ¿Hay algo que tengas que contarme? Dime que sabes dónde está Eri… Estoy profundamente desolada. Soy su mejor amiga. —Se secó las lágrimas con un clínex—. No sé por qué no me ha llamado para decirme dónde está o si necesita ayuda. ¿Me invitas a una copa? —preguntó de repente— ¿Sigues teniendo el mismo vino que me serviste la última vez?

Leo deseaba olvidar aquel desliz. Frieda era su amiga y Erika estaba al otro lado de la habitación, seguramente tan extrañada como estaba Leo por la insinuación de esa noche.

—Fri, ¿por qué estás aquí? Y no, no sé dónde está Erika. Sería la última persona en el mundo que supiese donde está.

—Necesitaba desahogarme, sentir que no estoy sola en este mundo.

Leo le sirvió una copa de vino y después tomó asiento frente a ella.

—Tienes que disculparme. No tengo el mismo vino que la otra vez —contestó Leo con cierta sequedad.

—No importa. Por lo menos sé que te tengo a ti. —Le acarició el hombro—. Me encuentro tan sola… —Bajó la mano hacia la entrepierna.

Si la pretensión de Frieda era encontrar a un Leo receptivo para revivir una noche de pasión desenfrenada, no estaba preparada para recibir una terrible evasiva.

—Siento que te encuentres tan sola. —Le apartó la mano delicadamente—. Pero no puedo darte lo que me pides.

Frieda estaba acostumbrada a las negativas. Estaba furiosa consigo misma por haber ido hasta allí para desfogarse. No era una puta. Solo necesitaba ser amada por un hombre, sentirse deseada y pensó que podía encontrar en Leo lo que jamás encontraría en Ray. Había visto a Ray demasiado destruido como para aprovecharse de la situación y declararse ante él, decirle que ella siempre lo había amado y que con ella nunca le faltaría amor, respeto y comprensión, pero no era el momento. Se preguntaba si alguna vez lo sería.

Frieda se bebió la copa de vino. Cuando desvió la vista hacia la mesa del comedor, se encontró con un fular que Erika le había regalado hacía años. Se levantó dejando la copa vacía en la mesa auxiliar. ¿Qué hacía allí ese fular?

Lo cogió. Era azul marino con flecos en los extremos. La última vez que lo había usado había sido para…

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó anonadada.

—Me lo dio Thomas… ¿por qué?

Frieda se lo guardó en su bolso. Su semblante cambió al instante. Estaba tan blanca como la pared y le temblaban las manos.

—Nada. Solo que lo he estado buscando como una loca… Jamás hubiera llegado a imaginar que estaría aquí. —Se secó el sudor de la frente—. ¿Cómo es posible que lo encontrara Thomas?

Leo se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Debo marcharme… Tengo cosas que hacer. —Se rascó la sien nerviosa. Tragó saliva y salió a pasos agigantados de la casa dejando el sonoro golpetazo de la puerta al salir.

Erika salió de su escondrijo con el rostro apagado y con ganas de matar a su ex mejor amiga. Después de aquello se convertía en ex. Con

aquella visita, dejaba claro que Frieda estaba interesada en ser la amante de Leo aun sabiendo que ella seguía sintiendo algo por Leo.

—Eri, tienes que saber que, aunque no hubieras estado detrás de esa puerta, habría rechazado igualmente a Frieda. Nunca me ha gustado…

—¿Habéis vuelto a veros después de aquella vez? No me engañes, por favor. Dime la verdad.

—Te prometo que no ha habido una segunda vez… —La tomó por los hombros—. La visita de hoy ha sido toda una sorpresa. Estaba confundida. No era la Frieda que conocemos.

Erika negó con la cabeza incrédula. Por primera vez en mucho tiempo, dudaba incluso del aire que respiraba. Su instinto le decía que no se despistase, que había algo más allá de una simple visita, de un desmesurado interés por el antiguo fular de su padre y de una petición sexual sacada de contexto.

—Te creo —contesto Erika—. Tus ojos me dicen la verdad cuando los de Frieda me la ocultan. Debemos ver a Thomas. Él nos ayudará a desentrañar esta red de mentiras. ¡Se acabó! Hasta aquí llega mi paciencia. Coge tus cosas. Nos vamos ya.

Erika se vistió con la única ropa que disponía y Leo se puso los bóxer.

—Y de pensar que íbamos a disfrutar de un maravilloso día. —Bajó su mirada hacia el abultado contorno de los bóxer—. ¡Cómo se han torcido las cosas! Ojalá algún día nos fuguemos lejos de aquí. —Se le saltaron las lágrimas.

—Algún día nos iremos de aquí. Te lo prometo. Tendremos todo el tiempo del mundo para proseguir con lo que hemos dejado hoy a medias. —La besó en la frente.

—¿Por qué siento que nos estamos despidiendo? Es esa sensación de abandono y vacío, como si esta fuera la última vez que nos viésemos. ¡Me parece tan extraño que estemos juntos y no haya nada que intente separarnos…!

—Nada podrá separarnos por mucho que se empeñen, Eri. Nuestro amor es inmortal.

—Nuestro amor puede obrar milagros.

—Nuestro amor vence cualquier obstáculo…

Erika sonrió y muy a su pesar, recordó que debía cumplir con sus principios: terminar con lo que había empezado.

—Debo volver a Berlín… —Agachó la mirada hacia sus tacones—. Tengo un asunto pendiente que resolver con Ray. No quisiera verle sufrir como decía Frieda. También tengo que ir a Forks y cerrar algunos negocios que tenía entre manos. Siento que tengo que zanjarlo todo antes de fugarnos… —Sonrió animada— No podría irme sin despedirme de Ray. A pesar de todo, ha sido un hombre especial en mi vida.

—Lo entiendo cariño. Iremos juntos.

—No, Leo. Debo resolverlo yo sola. Mientras, ve a hablar con Thomas. Nos veremos mañana por la tarde. En *casa* —enfatizó la palabra *casa*. Le encantaba la idea de volver a vivir con su Leo.

—Volverás aquí, a casa, ¿de verdad?

—Volveré a casa con mi precioso Leo.

—Me encanta cuando me llamas tan dulcemente «Leo». Así, humedeciendo tus labios y dejando entrever tu lengua al pronunciar la ele. ¡Bendita sea esa lengua que hace virguerías!

Erika le dio un manotazo cariñoso en el pecho.

—¡Eres un cochino! Así tienes más ganas de verme.

—Siempre tengo ganas de ti, mi pequeña halcón. —Le dio un beso en la comisura de los labios.

Leo hizo una breve pausa para tomar aliento. Erika le abrumaba de tal manera que perdía los cinco sentidos. Era demasiado intensa.

—¿Sabes por qué Frieda se ha puesto tan nerviosa al recoger tu antiguo fular? —preguntó Leo antes de que salieran por la puerta.

—Se lo regalé hace tiempo. Lo olvidaría cuando nos reunimos en la iglesia… Por eso no le he dado mayor importancia.

—No sé por qué me da la impresión de que Frieda atesoraba ese fular como Adler atesoraba su tesoro. Debemos descubrir por qué Thomas lo guardaba y por qué insistió tanto en que te lo pusieras.

—No sé si tenga relevancia. Quizá lo que más importe ahora es dónde está Adler. ¿Crees que habrá regresado de Sylt?

—No lo sé. Es muy probable que primero intente proteger su inversión. Menos mal que di la voz de alarma a las autoridades

explicándoles dónde estaba ubicado el tesoro en Sylt. De esa manera Adler jamás podrá sacarlo de esas aguas. Lo ha perdido todo.

—¡Quién sabe! —exclamó Erika—. Quizá solo sea una parte de todo lo que dispone… ¿Y si tuviera más tesoros escondidos?

—Todo puede ser y, como siempre, haré caso de tu instinto.

La despedida fue breve pero intensa. El amor hacía débiles a los más fuertes, por eso no objetaron que había varios ojos puestos en ellos a la espera de que ambos retomaran sus caminos.

Parecía una despedida definitiva. Erika no quería despegarse de Leo.

—Venga, mi amor, tenemos que hacerlo. Solo será un día… Hemos estado años separados. Esto no será más que un entremés.

—Me cuesta tanto separarme de ti, Leo… —Acarició su pecho con la punta de la nariz.

Una amalgama de presentimientos hacía volverse de vez en cuando a Erika mientras cruzaba la calle para llegar hasta su coche. A pesar de estar rodeada de gente, aquella mañana preciosa en la que el sol yacía en lo alto resplandeciente, parecía ensombrecerse al sentir la atenta mirada de varias presencias oscuras detrás de su nuca.

No llegó a entrar en el coche. Ni siquiera tuvo tiempo de volverse para enfrentarse a sus atacantes. Uno de ellos le había sorprendido con un pañuelo impregnado de cloroformo mientras el otro, le daba una estocada para hacerla trastabillar y que cayese desplomada en sus brazos. Todo sucedió tan rápido que Erika no tuvo tiempo para reaccionar. Ya era tarde. Ni sus artes marciales, ni ninguna otra defensa personal habrían servido para apartar el cloroformo de sus narices y evitar el desfallecimiento.

Todo era tinieblas. Erika no sabía si estaba soñando o es que era cierto que la habían secuestrado, como así lo supuso. Tenía todo su cuerpo entumecido. Seguía inconsciente, cuando escuchó voces muy cerca de ella. Era una llamada telefónica que se oía a través del bluetooth del coche.

—Adler, los tenemos. Esos dos me recuerdan a Romeo y Julieta. Están aquí detrás de la furgoneta, dormidos. Parecen muertos —informó Y a Adler.

—Han muerto de amor. —Se echo a reír Hache, otro secuaz de Adler.

—¡No me seas nenaza, joder! Céntrate en lo que te concierne, Hache. Hazme el favor de callarte —decía la voz de Adler a través de los altavoces del coche.

O sea que no estaba sola. Si estaba allí Leo con ella, ¿por qué no podía verle?

—Ya estamos llegando.

—Asegúrate de que esos cabrones no despiertan antes. No les subestiméis. Son letales.

—¿Por qué no los matamos y terminamos de una vez con esto, Zeta? Ahora están totalmente indefensos. Podría asfixiarles ahora mismo. No sufrirían ningún daño.

Adler enloqueció:

—Como no estén aquí dentro de media hora, os podéis dar por muertos. Ya os dije que los mataría yo. No podéis arrebatarme ese derecho. Ellos me pertenecen. Son míos. Matad al viejo de Thomas si así lo deseáis. Ese hijo de puta sabe demasiado…

—Pero, Zeta —dudo Y—. Thomas está con G. Tú le diste la orden para que lo torturase, no para que le matase.

—Es cierto —recordó—. Quizá me sea más útil vivo mientras G se encarga de sonsacarle información. Estoy tan emocionado que me he olvidado por completo de ese cura del demonio.

—Cura del demonio —repitió Hache riéndose. Era otro de los secuestradores. Tenía un retraso o discapacidad mental. Adler nunca supo qué era lo que le faltaba en realidad. Eso le hacía aún más peligroso porque era impredecible—. Jefe, le he pegado a la zorra esta. No sabes lo dura que está. Me he hecho pupita en la rodilla.

—Hache, compórtate, ¿de acuerdo? Que no te pueda la emoción —le sermoneó Adler.

—El muy cabrón —se refería Efe a Hache—, le ha dado un testerazo a Erika —se burló Efe, el tercer hombre implicado. Él se había encargado de conducir la furgoneta.

Y el cuarto y último hombre era Ese, el más reservado y el que se encargaba de vigilar a Erika y a Leo.

—Quiero que lleguen enteros, no ilesos. Si tenéis que zurrarles porque os desobedezcan, tenéis mi permiso, pero Hache que se mantenga al margen. ¿Me oyes, Hache?

—Sí, jefe, te oyo. No volveré a pegar a la intrusa.

—Se dice oigo, tonto —corrigió Y.

—Lo siento… no hablaré más…

—No os entretengáis —pidió Adler—. Tengo todo preparado para la fiesta. No veo la hora… Es el mejor día de mi vida —colgó pletórico.

Mientras cuatro peligrosos hombres llevaban a Leo y Erika hasta Adler, Thomas estaba siendo interrogado por otros dos secuestradores. G y Pi, como el número.

—No me gusta tener que repetírtelo mientras me gritas al oído —amenazó G—. Necesito saber más sobre vuestra maldita Orden de Leyna. ¿Quién maneja el cotarro si ya no está el viejo Gilbert?

—No pienso decírtelo. Dios hará que todos vosotros sufráis las consecuencias. Nadie se va de rositas de este mundo —respondió Thomas con la voz queda y el cuerpo magullado.

La sotana estaba hecha jirones bajo el suelo y tenía extendidos los brazos y las piernas como en la crucifixión de San Andrés. Sus manos y pies estaban clavados a una madera en forma de X.

—¿Ahora sientes cómo sentía tu maravilloso Jesucristo? —G cogió un martillo y hundió el clavo en las manos de Thomas aún más en la madera. Thomas gritó de puro dolor.

—No… vais… a obtener ninguna respuesta, así que matadme —exigió Thomas.

Thomas pensó que podría ser un garaje subterráneo a juzgar por las líneas gruesas y blancas que delimitaban el estacionamiento en batería, pero estaba desértico, sucio y abandonado. Varios plásticos ennegrecidos cubrían basura y muebles viejos. La única luz era artificial. Los fluorescentes vibraban. No había ventanas ni puertas excepto la del fondo que igual que era para entrar, también era para salir. Lo tenía muy difícil Thomas si pretendía salir de allí. Aquellos dos hombres eran corpulentos, expertos en la tortura, dispuestos a matar si era necesario sin ni siquiera pestañear. Llevaban uniformes y botas militares. Eran los discípulos de Adler.

G le propinó un puñetazo en la cara que le hizo vibrar en el sitio. Se sentía muy débil. Bajó la mirada hacia el suelo mugriento y ahora encharcado con su sangre mientras el hombre que le torturaba se remangaba la camisa de camuflaje hasta los codos para rematar el gancho.

Thomas se percató de que llevaba un tatuaje en el antebrazo con la forma de la boca de un tiburón con un ancla dentro. Era el mismo dibujo que Frieda había proporcionado a la Orden. Justamente el que estaba plasmado en el lateral de las lanchas motoras y, según sus fuentes, a las afueras de Bremen, donde también se alzaba una bandera con el mismo dibujo impreso. Podría ser el centro de operaciones de Adler, el lugar donde escondía su arsenal o una guarida en forma de cueva conocida como: «La cueva de las animas», ubicada a media hora de la ciudad. Thomas lo sabía, lo sabía todo porque la gran aliada de Adler había llevado un fular azul con las iniciales E. C cuando él la había sorprendido en plena acción, después de que Leo hubiera informado a los mecenas dónde estaban las piezas que habían capturado del fondo del mar, cuando ya había revelado a Adler el paradero de estas. Solo Thomas y Erika sabían que la ubicación de las muestras no era real. El fular azul con flecos en los extremos caía al suelo como si fuera un susurro del viento, una señal del mismísimo Dios, como muestra de que esa mujer había estado en la sala de exposiciones proporcionando información confidencial de la Orden a Adler. Thomas había descubierto dos cosas aquel día: la mentira puesta en el cuerpo angelical de una mujer con voz de hada y el topo malo que Leo andaba buscando. Todo en una misma persona. Frieda había caído en la trampa diseñada por Leo. El pez había mordido el anzuelo.

17

La cueva de las ánimas

Hacía años que Adler había descubierto una brecha en la roca donde poder esconder todo aquello que iba hallando en las misiones cuando formaba parte de la Orden de los Leyna. Era un lugar seguro, lejos del mundanal ruido, de la Orden y de la gente curiosa. Era su bastión y un buen lugar para instruir a un ejército que estuviera dispuesto a morir por él si la situación lo requiriese.

Fue así como el tesoro, la codicia y el ejército de Adler crecían considerablemente. Nadie sabía que se apropiaba de los tesoros hallados y los mantenía a buen recaudo para enriquecerse incumpliendo con la promesa que juró ante la Orden. Se beneficiaría de su valor revendiéndolo en el mercado negro o a cualquier comprador de antigüedades dispuesto a pagar una fortuna por ellos. De esa manera, siempre mantendría sus ingresos y sería infinitamente rico. La cueva no sería más que una caja fuerte, un depósito donde proteger su inversión. No estaba loco. Solo exigía tener los mismos derechos que cualquier hombre que se hubiera jugado la vida en una misión de tal calibre. Los tesoros eran suyos. De eso no cabía duda. Quizá en un tiempo remoto habrían pertenecido a alguien, pero apoyando su teoría, quien hallase primero el tesoro, se lo quedaría. Así eran los principios básicos de su ley, no como juraba el decálogo de la Orden. El no devolvería nada de lo que se encontrase. Que los codiciase no significaba que no los protegiese. El sí que era un fiel mecenas. Se quedaba los tesoros y los conservaba mejor que lo haría un museo o un coleccionista, aunque si los revendía, siempre se aseguraba de cedérselo a alguien que supiese valorarlos y para ello muchas veces, amenazaba si se deshacían de los tesoros o intentaban después venderlos a mayor coste.

Se había vestido con una falda de tubo negra y una chaqueta americana de igual color. Llevaba la peluca con tonos castaños que tanto le gustaba y andaba sobre unos tacones de aguja. Después se había maquillado. Parecía otra persona. Era así como siempre había querido lucir. Adler estaba en la misma entrada de la cueva a la espera de que la furgoneta llegase.

Su ejército pensaba que le gustaba vestirse de mujer para ocultar su identidad, pero la verdadera razón era bien distinta. Solo él sabía lo

que se sentía al estar metido dentro de un cuerpo al que no quería pertenecer. Solo él sabía lo mucho que dolían las palabras hirientes de una madre y las palizas de un padre alcohólico por sentir de una manera distinta a la de la sociedad, por querer tener el cuerpo de una mujer y amar como ella.

Cuando la furgoneta llegó y sus hombres descargaron a Erika y a Leo, estos aún estaban inconscientes.

—Se han librado de una tunda, señor —informó S—. No se han despertado en todo el trayecto… han sido buenos.

—Así me gusta.

—No esperaba verlo disfrazado, jefe —dijo Hache con cierta sorna. Adler le obsequió una mirada reprobatoria. ¡No era un disfraz!

—¿Sabes lo que hago con los que se pasan de listos como tú, Hache? —Se acercó hasta él con maestría superando el desequilibrio que aportaban los tacones de aguja.

—No, jefe…

—Les borro la sonrisa de un tajazo…

—Lo siento, jefe. No volverá a ocurrir.

—Mereces que te azote por lo que has dicho, pero solo te castigaré sin cenar.

Hache mantuvo el tipo hasta que le empezó a tiritar el mentón y ya no pudo contener las lágrimas. Un charco de color ambarino se formó bajo sus pies.

—¿Eso que veo ahí es pis? ¿Te has meado encima, Hache? El miedo nos hace débiles… y yo no necesito débiles en mis filas. Y, ven aquí. —Le hizo el ademán al otro hombre. Y, obedeció—. Mátalo.

Y, un tanto contrariado, miró a sus compañeros y luego a Hache. Estaba temblando y no acostumbraba a matar a hombres débiles. Hache era débil y no tenía la misma conciencia que una persona sin discapacidad, sin limitaciones.

—Señor, perdone a Hache. Solo ha tenido un desatino —defendió, Y.

—Pues si no lo haces tú, lo haré yo —amenazó Adler.

Adler cogió una pistola de la sobaquera de Y para después apuntar la mira sobre el cráneo de Hache. Este sollozaba como si fuera

un niño. Se cubrió la cabeza en un acto reflejo y cerró los ojos fuertemente.

Adler esperó y esperó a que Hache se callase, pero era imposible callarle. Adler cogió la culata de la pistola y le golpeó con ella. Hache cayó de rodillas. Por lo menos se había callado.

—Era una broma. —Sonrió Adler—. No iba a matarte, ¡idiota! ¿Cómo te ha sentado la broma?

— Muy mal, jefe. Eso no me ha gustado. —Se frotó el lado de la cabeza donde había recibido el golpe.

—Pues a mí tampoco me ha gustado tu broma. El próximo que bromee con mi forma de vestir caerá como Hache, pero con un balazo en la cabeza en vez de con un ligero y modesto golpe… —advirtió.

Ninguno de sus hombres hizo comentarios al respecto. Adler siempre cumplía con lo que decía y nadie le rebatía nada. Así debía ser para todo.

Desde allí, podía verse Bremen en diminuto. La mañana era tan perfecta que hasta un ruiseñor cantaba a sus anchas sobre sus cabezas y el sol brillaba entre las nubes. Adler suspiró hondo maravillado, era un buen día, de esos para el recuerdo.

Arrastraron a Erika y a Leo hasta el interior de la cueva. No tuvieron piedad. Tiraban de ellos como si fueran míseros sacos de basura. La cueva estaba iluminada con luces artificiales. Una hilera de bombillas colgaba de un cable a lo largo del ancho pasadizo que conducía hacia un ascensor rudimentario. Iban a bajar hacia las profundidades de la Tierra donde el ambiente era húmedo y resecaba las gargantas.

El sistema del ascensor era tan antiguo que se escuchaba el chasquido de la madera y el rodaje de las poleas al descender. Cuando Adler había descubierto aquella cueva, ya estaba construido aquel sistema. Solo había tenido que añadir pequeños detalles en la reforma para evitar futuros descuelgues y sustituir algunos listones de madera que ya estaban podridos. Se creía que era una antigua mina en la que trabajaban diariamente mineros de distintas ciudades alemanas.

La cabina era pequeña y abierta sin paredes. Dentro de ella se podían ver las entrañas de la cueva. Unas escaleras de madera igual de destartalada que la cabina seguían en pie alrededor de esta. La profundidad era igual que un edificio de nueve plantas y cada parada, guardaba tesoros en sus recámaras, excepto la cámara siete, donde Adler había construido la zona de entrenamiento para su ejército. Allí

se detuvo la cabina.

Eme e Y cogieron a Erika y a Leo y les balancearon hasta tirarlos a los pies de unas cajas de madera. Era hora de despertar. Leo fue el primero en despertar al estrellarse contra un poste. Le dolían tanto los hombros que al principio le costó incorporarse. Tosió y se masajeó las clavículas emitiendo un leve gemido de dolor. Lo primero que hizo cuando sus ojos se acostumbraron a una tenue luz rojiza, fue buscar a Erika como un loco. Cuando la halló tirada a unos cuantos pasos de él, fue corriendo hacia ella y la protgió con su cuerpo. Sabía que alguien los había delatado, alguien que los conocía muy bien. Tenía su nombre en la punta de la lengua, pero era demasiado doloroso pronunciarlo.

Cogió a Erika en brazos, no sin antes revisar sus constantes vitales. Le costaba respirar y tenía un ligero arañazo en la ceja.

—¿Qué cojones le habéis hecho? —Miró a los hombres— ¿Quiénes sois y qué queréis de nosotros?

Eme, quien estaba de brazos cruzados, no contestó. Vigilaba cada paso que daba Leo. Cualquier intento de huida, formaría revuelo y Adler les había exigido hacer las cosas con delicadeza. Y, se encogió de hombros.

—Tenemos órdenes de mantener la calma. No sufriréis a menos que os resistáis. Tu querida mujer ha sufrido una ligera patada en el costado. Perdió el conocimiento. Eso es todo.

—¡Oh, Dios mío! —Leo emitió un sonido gutural que hizo a los dos hombros mirarse contrariados—. Os mataré a todos si la hacéis daño. ¿Dónde está vuestro jefe? ¿Quién dirige todo esto?

Se escuchó el chasquido de la correa que detenía de nuevo la cabina.

—Demasiadas preguntas para ser contestadas a la vez, Leonard, exmiembro de la CIA —interrumpió Adler bajando del ascensor con elegancia.

Llevaba a Hache y Efe cubriéndole las espaldas. Cuando Leo reconoció la voz de su ex amigo en el cuerpo de aquel hombre disfrazado de mujer, supo que todo había formado parte de un macabro plan. ¿Por qué Adler estaba metamorfoseado en mujer? ¿Sería una simple apariencia para salvar su verdadera identidad mientras se daba por muerto?

—Sí —contestó a la pregunta que Leo no formuló—. He cambiado

de parecer. Las mujeres están mejor vistas hoy en día. Están más protegidas legalmente hablando y son más creíbles y negociables. Pero mi apariencia ahora es lo que menos importa.

Leo se había quedado sin palabras. Habría supuesto que Adler volvería a por Erika y remataría sus planes, pero no de aquella forma. Quizá se había distraído un poco para no predecir que aquello sucedería. Leo y Adler no estaban en igualdad de condiciones. Leo no llevaba armas ni hombres para defenderse. En cambio Adler, sí.

—Eres un cobarde, Adler. Tienes que venir con tus novios para defenderte —dijo Leo.

Adler sonrió ladino y después hizo un gesto a uno de sus hombres.

—Será mejor que dejes a Erika a un lado. Mis novios, como tú dices, se encargarán de ella. Se la pasarán de mano en mano… Tengo pensado haceros tantas cosas que no sé si haremos todas. Cobarde no, Leonard. Llámame previsor.

—¿Necesitas cuatro hombres para vencer a dos? —bufó furioso— Has vuelto a la vida para morir…

—No te creas —arrugó los labios y después alzó las cejas escéptico—. Primero moriréis vosotros.

Ese y Efe se acercaron con palos hasta Leo, quien seguía manteniendo a Erika en sus brazos. Nadie iba a tocarla.

—Por encima de mi cadáver… —amenazó a aquellos hombres intuyendo lo que pretendían hacer.

—Aún no, mi preciado amigo —contestó Adler—. Primero deja que veamos hasta dónde llegan tus límites. Aún no ha empezado la fiesta y ya quieres terminarla. Deja que, como buen anfitrión, te muestre mi dulce morada…

Eme porreaba su mano con el palo, y Efe, amenazante, pidió a Leo que no se resistiese.

Incluso con Erika en brazos, Leo era capaz de evitar puñetazos y detener un palazo antes de tocar la punta de su nariz o golpear con sus codos, rodillas, piernas y pies mientras era asaltado. Actuaba con tanta maestría en las artes marciales que Adler se quedó maravillado, pero Leo no vio a Hache, el matón más peligroso de Adler, pues era impredecible. Hache estaba detrás de él cuando le golpeó fuertemente en la nuca. Leo no pudo evitarlo y cayó al suelo con Erika en brazos. Todo volvía a ser luces y sombras donde un ente maligno exponía al

desnudo dos cuerpos para su posterior tortura con distintos instrumentos.

Erika y Leo parecían estar teniendo un sueño muy apaciguador cuando ambos fueron despertados por la risa maquiavélica de Adler y el frío que se hundía en sus huesos. Estaban desnudos, expuestos y atados de pies y manos, uno frente al otro, apoyados sobre camillas reclinables hasta tal punto que podían tocar de puntillas el frío suelo.

—Buenas tardes, chicos —exclamó Adler con un alicate en la mano. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Tenían alguna posibilidad de que alguien pudiera oírlos o ayudarles?

Leo sintió la ira y la adrenalina en su cuerpo cuando intentó zafarse de las cuerdas que le oprimían las muñecas y los tobillos. Ver frente a él a Erika desnuda y pálida, le revolvía los higadillos. ¡Por Dios que iba a matar a todo aquel que le hubiera puesto una mano encima!

—Es absurdo que lo intentes. No podrás salir de ahí a menos que yo te desate —informó Adler mientras se ponía unos guantes de látex —. Estamos solos, los tres. No tenéis por qué sentiros avergonzados. Llevo horas mirando cada resquicio de vuestros cuerpos. Y para tu tranquilidad —dijo y miró a Leo a través de sus pestañas postizas—, mis hombres aún no han tocado a tu preciosa Erika… pero no será por mucho tiempo. Están hambrientos por follársela. Sobre todo, Hache. Ese cabrón es tonto para lo que quiere. Y bien —carraspeó—, ¿por quién empiezo primero? ¿Por ti, Erika o por ti, Leo?

Leo estaba tan enojado consigo mismo. Erika lloraba en silencio mientras las lágrimas bajaban a toda velocidad por sus mejillas. Tenía el cuerpo entumecido. Apenas sentía los brazos. Leo le hizo un gesto cariñoso y apaciguador para que se tranquilizase. Estaban atrapados con un loco a más de catorce metros bajo tierra. Nunca habían tenido tanto miedo de morir.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto? Tú eras mi amigo y hermano… —recriminó Leo.

—Eras mi amigo, sí, y estábamos muy bien solos hasta que vino tu putita. Esta jodida mujer que acabó con todo.

—¡No la llames así, joder! O…

—¿O qué?

—Te mataré, Adler. Da igual lo que hayas sido para mí antaño.

Adler se rio a carcajadas. La silueta que formaba frente a la cueva

era la de un demonio encorvado.

—Eso habría que verlo, hermano. Primero nos divertiremos con ella. —Le acarició el pubis a Erika con la llave inglesa—. Para que tú también puedas verlo. Nos la follaremos hasta que nos hartemos y tú lo verás. Sentirás el mismo dolor que yo sentí al verte con ella. Esta puta me las pagará y tú también. Los dos os iréis juntos al infierno. Después acabaré contigo, Leo. Te torturaré hasta que tu corazón deje de latir. No seré indulgente.

—¿Te has vuelto loco…?

—¿Loco? No. Nadie merece ser humillado como vosotros me humillasteis a mí. ¿Sabes lo que es tener que soportar cómo la persona que más quieres en tu vida elige a otra persona en vez de elegirte a ti? Desenterrasteis mis secretos para después robarme el tesoro. Enfurecisteis a la bestia. Vosotros me trajisteis de entre los muertos. Provocasteis mi ira. Era demasiado. Primero me humilláis y luego me robáis. No pienso permitir que después de esto me matéis y salgáis ilesos. No.

Leonard empezó a unir piezas. Todo el mundo odiaba a Adler. Decían que había sido un imbécil rematado. Nadie había llorado su supuesta muerte. Adler jamás había tenido novias. Al menos que Leo supiera.

—Nunca hubiera puesto los ojos en ti, Adler… —puntualizó Leo con voz ronca y la mirada inquisitiva. Adler le propinó un puñetazo en la boca. —Jamás me habrías gustado… —Leo escupió sangre.

Adler repitió la operación dándole un testarazo en el estómago.

—Porque yo amaba a Erika. Mis gustos no se inclinaban en esa dirección, Adler.

Este negó con la cabeza asumiendo que Leo volvía a humillarle. Qué fácil hubiera sido todo si Erika no hubiera aparecido en sus vidas. Quizá con el tiempo, esa dirección de la que hablaba Leo se habría inclinado hacia un nuevo eje y hubieran podido contemplar juntos un nuevo futuro.

Adler cogió el rostro ensangrentado de Leo y lo limpió a conciencia a lametazos, lamiéndole las mejillas, deteniéndose en la comisura de los labios. Y después, habiéndose asegurado de que estaba limpio, le besó en los labios.

—Te amé con locura, Leo. Me alejé de tu vida porque era tanto el dolor que sentía, que no deseaba que tú lo sintieras. Por eso planeé mi

muerte. Hice todo lo necesario para que pareciese real.

Leo estaba tan extenuado y dolorido que no objetó que Adler le estaba acariciando el miembro con la intención de hacerle una felación. Erika estalló en llamas.

—Te deseé tanto… —susurraba Adler mientras se situaba entre sus piernas—. Eras mi fantasía sexual preferida… Quizá invierta la operación y empiece primero contigo.

Erika, quien presenciaba asqueada la escena de aquel pervertido y depravado sexual, gritó hasta quedarse muda del dolor tirando de sus cadenas.

—¡Hijo de puta! ¡No se te ocurra tocarlo! Déjale en paz. Desátame y tengamos una lucha justa. Tú y yo. ¿No es a mí a quien quieres ver muerta?

—¡No me des ideas, maldita!

Adler se giró para mirarla.

—Vuelves a interponerte… Morirás de dolor. No concibo mejor muerte para ti.

Adler dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia Erika con la llave inglesa.

—¡Eres un repugnante psicópata! —gritó Erika.

—No he oído bien lo que has dicho, perra. Repítelo.

—Erika, por favor… —susurró Leo al otro lado—. No lo hagas, mi amor. Déjalo.

Adler paseó la llave inglesa por las ingles de Erika haciendo que su vello se erizase.

—Estás tan expuesta que no me supone un problema introducirte esta llave por tu jodido coño y romperte entera, pero no me daré ese placer aún. Voy a disfrutarte… Acariciar a tu querido compañero de misiones me ha puesto muy cachondo así que, te taparé la boca para que me dejes trabajar.

—¡Adler, no! ¡No lo hagas! ¡Te arrepentirás! —gritaba desconsolado Leo.

Erika escupió en la cara de Adler, lo que le enfureció sobremanera y la golpeó con la llave inglesa.

—Te dejaré tan desfigurada que cuando encuentren tu cadáver, no podrán siquiera identificarlo.

—¡No, Adler, por favor, te lo suplico! —pidió Leo roto desde su posición—. Me quieres a mí, no a ella. Déjala y te prometo que te daré lo que quieras.

Adler hizo caso omiso a las palabras de Leo. Atormentaba a Erika mientras silbaba y se recreaba en el miedo y en el dolor que infligía en Leo.

—Vete al infierno. Ojalá recibas lo que te mereces… El karma hace muy bien su trabajo. Tú ya estabas muerto, Adler. Antes no encontrábamos tus restos, pero ahora hemos encontrado tu cadáver. Aunque sigas de pie, tu cuerpo no aguantará. Tarde o temprano morirás —maldijo Erika por última vez.

—Antes de que te tape esa puta boca de sierpe, ¿deseas decir unas últimas palabras? Veo que es lo justo que, al darme placer al matarte, te sean compensadas unas escuetas palabras.

Erika iba a morir. Nunca había imaginado que sería de esa forma: brutalmente asesinada, abandonada en una cueva repleta de tesoros y con el hombre que más había amado en toda su vida. Miró a Leo una última vez. Estaba devastado, roto de dolor, ensangrentado.

Leo le devolvió el gesto lleno de ternura y tristeza. Ambos lloraban desesperados. No podían tocarse, pero la energía que empleaban para decirse lo que sentían iba más allá de las palabras. Se tocaban con solo mirarse. Se acariciaban con solo respirar en el mismo lugar.

—Mi amor —dijo Erika—, tengo tantas cosas por hacer aún… tantas cosas que decirte, tanto por vivir… Pero, aquí acaba todo. Una vez te dije que las tormentas hacen que los árboles echen raíces más fuertes… Nuestra vida se ha basado en demostrar que éramos aptos para superar cualquier tormenta. Por eso, nos hemos fortalecido con el tiempo. Solo quiero decirte que te amo. Te amo como nunca he amado a nadie. Si hoy no estuviera aquí iría a buscarte a donde fuera para darte un beso de buenas noches, decirte te quiero cuando menos lo esperases y hacerte sonreír con una risa diferente cada día. Siento cada segundo sin ti en estos siete años, exactamente 2055 largos y tristes días si la memoria no me falla. Y que, si pudiera, cambiaría todo lo que tengo con tal de vivir contigo… Adiós mi amor. Te espero en otra vida. Búscame en ese lugar donde siempre hemos sido felices.

—Mi vida, no me abandones. Mantente fuerte o me iré contigo. Si

es verdad que hay otra vida, iré allí donde estés tú y te esperaré en nuestra casa, a la hora que tú así lo decidas. Dime una hora, mi amor. Estaré allí puntual.

Erika sonrió. Podía llorar y reír al mismo tiempo. ¡Ya qué más daba! Aunque no dispusiera de ese tiempo, lo estaba empleando en expresar todo cuanto sentía. Todas las emociones juntas en un mismo lugar bajo el cómputo de la muerte.

—A las doce. La hora de nuestro primer beso.

—Así se hará. Mi dulce y pequeña halcón… A esa hora se concedió mi deseo. Aquellos trotamúsicos me lo concedieron, ¿recuerdas?

—También cumplieron el mío.

Adler, exasperado, tiró salvajemente del cabello a Erika.

—Ya es suficiente. Me aburrís con vuestras mierdas. Llegó la hora de morir.

Adler levantó la mano donde llevaba la llave inglesa para coger impulso. Tenía el rostro desencajado, la camisa llena de sangre de Leo y de Erika, las ojeras ennegrecidas, al igual que sus pupilas. Cuando la llave inglesa fue a impactar contra el cráneo de Erika, Ray, a quien nadie había visto entrar, atravesó el corazón de Adler, un corazón más negro que el alma de Judas, con el acero afilado de un arma blanca.

La llave inglesa fue a parar a los pies de Erika, quien temblaba y le castañeaban los dientes.

Ray había aprovechado la distracción de Adler para aparecer en el momento más oportuno. El torso de Erika se volvió rojo. El cuerpo inerte de Adler cayó desplomado al suelo. Ray abrazó a Erika con desesperación.

—No puedo creerlo. —Le tomó suavemente del mentón—. He llegado a tiempo… Ven, te sacaré de aquí. Después hizo lo mismo con Leo, quien tenía la cabeza gacha y había perdido la consciencia.

Mientras el cadáver de Adler seguía sucumbiendo y enfrentándose a los vestigios de la muerte, su cuerpo aún sufría espasmos hasta que su mirada se quedó perdida en un punto indeterminado y su pecho tan quieto como una roca.

18

Hacen falta héroes

Erika y Leo se habían vestido en el más absoluto silencio mientras Ray los ayudaba. Sus ropas estaban rasgadas y frías, pero más lo estaban sus corazones, sobre todo el de Leo, a quien se lo acababan de pisotear.

—¿Te sientes capacitado para coger esta pistola, Leonard? —preguntó Ray mientras lo ayudaba a mantenerse en pie.

Leo se encogió de hombros. Lo único que le importaba era Erika.

—Arriba hay un ejército entero —declaró Ray—. Demasiados hombres para tres que somos. Thomas está a salvo.

—¿Cómo has conseguido burlar a la guardia de Adler? —preguntó Erika.

—Estoy aquí gracias a Thomas. Es una larga historia que ya os contaré. Cuando llegué, estaban los hombres de Adler a la espera de que se les diera carta blanca para hacer contigo lo que quisieran, Eri. Lo escuché todo. Eso me volvió loco, el saber que te iban a… —dijo y miró a Erika con tristeza—. No ha sido difícil convencerles. Ellos me conocen… saben quién soy y lo que fui para Zeta. Adler estuvo tan ocupado pensando qué hacer con vosotros que se le olvidó poner a sus hombres en sobre aviso. Vuestra orden podría haber aparecido en cualquier momento o mismamente yo para reclamar lo que era mío, pero no me esperaban hoy y mucho menos con una noticia como esa. —Observó el charco de sangre que rodeaba el cuerpo sin vida de Adler —. Así que aparecí ante ellos y les dije que tenía que contarle a Adler algo de suma importancia sobre la Orden. Tan importante como que sabía dónde estaban realmente las muestras del tesoro de Sylt que habíais escondido. Me dejaron pasar. Estaban demasiado ocupados asignando turnos para hacerte un sinfín de atrocidades, Eri. Ahora están arriba… Quizá bajen para asegurarse de que todo sigue en orden. Si es así, podemos darnos por muertos…

—¿Y Frieda? —preguntó un Leo débil y atormentado. Nunca se había sentido tan vulnerable.

La verdad siempre había estado enfrente de sus narices, pero era una verdad que jamás se pronunciaría porque era imposible que una

amiga se convirtiese en una enemiga disfrazada de lobo con piel de cordero. Leo sabía que Frieda amaba a Ray. Erika sabía que su mejor amiga amaba a Ray. Lo sabía por cómo le miraba, por cómo sonreía cuando pronunciaba su nombre, pero jamás había llegado a pensar que la obsesión la cegase de tal manera.

—Frieda proporcionaba información a Adler —reveló Ray—, pero eso ya lo sabíais. Lo único que necesitabais en realidad era que alguien confirmara vuestras sospechas. Pues así es.

—¿Dónde está? —quiso saber Erika. ¿Qué pasaría si lo supiera? ¿Iría a por ella para pedirle explicaciones?

—Nadie lo sabe. Quizá haya huido. Quizá esté a la espera de volver a hacernos todo más difícil…

—Era mi mejor amiga —contestó Erika consternada—. ¿Cómo iba a saber que haría semejante estupidez?

—No estaba en ninguno de los dos bandos —dijo Ray—. Estaba en la Orden para sonsacaros información. Estaba con Adler para vengarse de ti, Eri. Deseaba quitarte de en medio para quedarse conmigo. Eso fue lo que me dijo antes de que dos hombres llamasen a mi puerta. Iban a secuestrarme, pero ella vino antes a mi casa para avisarme. Por eso estoy aquí. Si no llegaba a venir, quizá habría terminado peor que vosotros o peor que Thomas, quien ha sufrido graves heridas. Él haría lo que estuviera en su mano por vosotros, por los mecenas y por la Orden.

—En cuanto todo esto acabe, si es que salimos vivos de aquí, relegaré mi puesto. Thomas será el alto cargo de la Orden de los Leyna —confesó Leo orgulloso por Thomas, quien había sido un pilar importante en la vida de Gilbert y en la resolución del caso de Adler.

—Si es tu decisión, así se hará —asintió Erika.

—Así se hará. No conozco nadie que pueda hacer ese trabajo mejor que Thomas.

—Estoy totalmente de acuerdo. Ray, dinos en qué posiciones están los hombres de Adler.

—Subiremos por las escaleras… No podemos arriesgarnos a utilizar el ascensor. ¿Sabéis dónde estáis?

—Considerando que Adler nos tenía drogados, no. —dijo Erika.

Ray les resumió lo que era la cueva de las ánimas y para qué se utilizaba en antaño.

—Ahora es el depósito de los tesoros que ese hombre disponía. —Señaló el cadáver de Adler—. Cada planta tiene una cámara como esta. No son muy grandes, lo suficiente como para albergar tesoros de distinta índole. Sus hombres están divididos ahí afuera. Habrá veinte hombres si no he contado mal.

Improvisó un mapa con las cajas de madera que estaban allí apiñadas. Formó una fila con ellas dejando como margen un metro de separación entre una y otra.

—Imaginaos que cada caja es un bloque. En cada uno de esos bloques habrá cinco hombres vigilando el perímetro en torretas de vigilancia. La cueva se sitúa flanqueada por los bloques. Toda la zona está vallada, así que la única forma de salir es cogiendo mi coche por este lado del primer bloque —señaló— y que me permitan abandonar la fortificación sin que haya ninguna complicación.

A Erika no le convencía demasiado el plan. Le parecía arriesgado considerando que esos hombres tendrían armas y munición cuando ellos llevaban lo justo para salir del paso.

—Si se os ocurre un plan mejor, soy todo oídos —propuso Ray.

—¿Cómo vamos a llegar hasta el coche? —preguntó Leo. Le dolían demasiado las costillas para toser.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclamó Ray—. Dejé el coche cerca de la entrada a la cueva, solo que allí estarán custodiándola Eme y Efe. Hay que distraerles si queremos llegar hasta mi coche.

—Y es ahí donde entro yo, ¿verdad? —preguntó Erika dándose por aludida.

—Podrías hacerles creer que te manda Adler. Seguramente ya estén más que preparados para el festín. Tú eres su postre, así que mantente receptiva para atraerles hacia el interior de la cueva donde Leo y yo los estaremos esperando.

Leo no estaba convencido con el plan. Antes de que esos hombres tocaran a Erika, les pegaría un tiro en la misma sien. Ray, quien compartía las mismas preocupaciones que Leo, asimilaba que aquel plan no tenía ni pies ni cabeza y que era, en efecto, producto de la improvisación. No tenían más opciones.

El plan sería el siguiente: saldrían por las escaleras, ya que el ascensor era arriesgado y podrían verlos. Al llegar al exterior, tendrían que distraer a dos de los hombres. Erika los atraería hasta el interior de la cueva donde estarían Leo y Ray esperándoles para noquearlos.

Saldrían a toda prisa hasta el coche. Leo y Erika montarían en el maletero. Ray se despediría de los hombres que estuvieran cerca del vallado y después se marcharían sin formar ningún revuelo y sin despertar sospechas. ¿Sería eso posible? Llamarían a las autoridades y les darían la voz de alarma y asunto arreglado.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Erika.

—Improvisaremos… —Ray se encogió de hombros. Cargó el arma y se aseguró de que tenía un cartucho más en el interior de su chaqueta—. ¿Estamos listos? ¡Allá vamos!

Antes de salir de la cámara, Leo detuvo a Ray cogiéndolo por el hombro.

—Si le llega a pasar algo a Erika, no te lo perdonaré —amenazó con el rostro vencido—. Así que no me queda más remedio que confiar en ti. —Tenía muchas cosas que recriminarse a sí mismo, pero no era ni momento ni el lugar adecuado para ello.

Ray hizo el ademán de estrecharle la mano cuando vio el asentimiento de Leo. Él tampoco se lo perdonaría. Un fallo y todo el plan improvisado se iría al garete.

—¡Adiós, malnacido! Me arrebataste lo que más quería en mi mundo. —Pateó Erika el cadáver de Adler—. Ahora yo te quitaré todo lo que tú quisiste en el tuyo. Todo este tesoro te será arrebatado. ¡Revuélvete en tu infierno, hijo de puta!

—Vamos, Eri. No perdamos más tiempo —apremió Leo tirando de su brazo con delicadeza.

—Este hombre me hizo tan infeliz… no siento nada viéndolo ahí tirado.

—Ya ha pagado por lo que ha hecho. Ahora descansa en paz.

—Ojalá nunca descanse en paz… No merece siquiera eso. Yo te maldigo, Adler Zimmerman, tuéstate en el infierno. Esto es por mi bebé. —Volvió a darle una patada en el costado—. Esto es por Leo. —Le tiró las cajas a la cabeza—. Y esto, por mí. —Le pisoteó varias veces en el corazón—. Por si vuelves de entre los muertos que te quede clara mi amenaza.

Leo volvió a tirar del brazo de Erika, quien lloraba desconsolada. Este la abrazó.

—¡Lo odio, lo odio! —decía en los brazos de Leo.

—Ya se fue, mi amor. Ya se fue. Déjale ir… deja ir a nuestro bebé. Ya lo hemos vengado. Dale alas para que pueda descansar. Sabes que es de la única forma en la que seguirá en nuestros corazones, por eso tienes que dejarle partir. Ya pasó. —La rodeó con sus brazos mientras la acunaba y le siseaba—. Ahora te queda la peor parte, mi vida. Prométeme que vas a ser fuerte. Demuéstrales de qué pasta estás hecha.

—No sé si podré hacerlo —sollozó.

—Eri, nunca digas que no puedes o no estás capacitada para hacer algo. Demuestra que sí puedes hacerlo. Estaré a tu lado para repetírtelo por si se te olvida.

La besó en la frente. Ray contemplaba la escena deseando ser Leonard.

—Daría lo que fuera por estar en tu lugar —dijo Ray con un deje de tristeza en la voz—, pero si renuncié a ella fue porque sabía que nunca me miraría como te miraba a ti. Sería egoísta por mi parte retenerla a mi lado sabiendo que su corazón le pertenecía a otro hombre.

—Gracias, Ray, por todo. —Leo se sinceró. Asintió con la cabeza.

Los hombres tenían un código particular que les hacía entenderse sin llegar a discutir. Quizá fuese un gesto imperceptible para las mujeres, un guiño que tal vez se posicionaba hacia el buen entendimiento. Sea lo que fuere de donde provenía esa comunicación no verbal, sus miradas hablaban de absolución y rendición.

—No me las des todavía. Tenemos que salir de aquí.

Los tres salieron de la cámara y se dirigieron hacia las escaleras. Los escalones parecían estables, aunque había algún peldaño de madera que estaba podrido. Se apreciaba un gran deterioro en el pasamanos y en la estructura en sí.

—Por lo menos aguanta nuestro peso. Estamos escuchimizados —bromeó Ray—. Vamos, no os detengáis. Id detrás de mí hasta que lleguemos al rellano de la planta cero.

Aquellos escalones no infundían demasiada confianza. Algunos se hundían con un solo paso y debían evitarse para no caerse con ellos. Desde allí no había ningún ruido significativo, aunque sí era cierto que la cueva hablaba, al igual que hablaban sus paredes de historias pasadas. Era como viajar en el tiempo para escuchar un leve lamento que se aferraba a la vida, susurros que iban y venían de un lado para

el otro como si aún estuvieran aquellos mineros picando mientras cuchicheaban los unos con los otros. La cueva daba de sí para tantas vidas. Estaba preñada de tesoros de incalculable valor.

Cuando llegaron hasta la planta cero, vieron cómo Hache bajaba por el ascensor con Y. Debían de ser rápidos. Tenían el tiempo contado hasta que aquellos dos estúpidos descubrieran el cadáver de Adler y subieran a toda prisa para dar la voz de alarma a todos los demás.

Los tres se escondieron tras una estalagmita. Desde allí, bien posicionados, controlaban los movimientos de los custodios Eme y Efe. Erika iba a hacer el mayor acto de teatro de la historia. Debía sonar demasiado convincente para engatusar a esos dos y que se creyesen la historia.

Se armó de valor. Miró a Leo. Después a Ray. Tragó saliva y salió de su escondite para dirigirse hacia los tortolitos. Estos se volvieron en cuanto escucharon los pasos de Erika. Estaban despistados, quizá emocionados con la idea de desfogarse con una bella mujer y que todos lo vieran. Se lo montarían con Erika y podrían repetir.

—Hola, chicos —dijo Erika aparentando serenidad.

Inmediatamente cargaron sus fusiles y apuntaron hacia el cráneo de Erika. Esta levantó los brazos en señal de rendición.

—No disparéis —previno con una leve sonrisa—. Me manda a buscaros vuestro jefe. Dice que tiene asuntos entre manos con un tal Ray y estará ocupado hasta el anochecer. También me exigió estar disponible para vosotros si no quería que mi compañero de misiones muriese, así que vamos a hacerlo de la mejor manera posible. Sin resistencia. Os ofrezco mi cuerpo a cambio de la vida de mi compañero. Así se mantendrá a salvo y vosotros obtendréis lo que deseáis.

Sí que sonaba convincente. Una mujer siempre podía serlo si utilizaba el cien por cien de su dinamita, una jodida y explosiva arma nuclear con solo un pestañeo y una ligera sonrisa para adornar. Podía camelar a cualquier hombre.

Eme miró a Efe. Efe miró a Eme. Se encogieron de hombros y bajaron las armas.

—Solo pido un poco de intimidad… —exigió Erika—. Así que, por favor, llevadme dentro.

—No —negó Eme mostrando sus dientes amarillos—. Lo haremos

aquí mismo. Tú no eres la que manda. Nosotros elegimos el sitio.

Erika tragó saliva. «Suena convincente, Erika. Date prisa», se ordenó.

—Caballeros, cálmense… —fingió serenidad—. Vayamos dentro y hagámoslo con el calorcito, fuera hace frío.

Eme miró a Efe. Efe miró a Eme. Se encogieron de hombros. Asintieron. Erika dio media vuelta de regreso hacia el largo pasillo de la entrada para que ellos la siguiesen. Al final, detrás de la estalagmita, estarían esperándoles Leo y Ray. No estaba sola. Eso era lo que debía importarle, pero el tiempo se les echaba encima. Dos pasos más y se encargarían Ray y Leo de castrar a esos monstruos.

Al llegar a la esquina, Erika se tendió rápidamente en el suelo. Leo y Ray solo tuvieron que apretar el gatillo y dispararles. Leo disparó dos tiros en las piernas de Eme dando en el blanco. Éste, dolorido, se desmayó en el acto. Después Leo se permitió el lujo de apuntar el arma hacia los testículos de Eme. No dudaría en capar a ese malnacido si volvía en sí e intentase hacerle algo a Erika.

Los balazos de Ray habían recaído parcialmente en la sien de Efe, dejándole inmóvil en el suelo junto a su pestilente amigo.

Con suerte, los hombres del exterior no habían podido escuchar los disparos, pero los hombres que habían bajado por el ascensor para asegurarse de que todo marchaba bien ahí abajo, seguramente sí.

—El ascensor tarda tres minutos y medio en bajar y otros tres y medio en subir. Tenemos menos de siete minutos para subir a mi coche —advirtió Ray—. Tenemos que hacer todo lo posible por entrar en este para poder huir.

Erika se incorporó. Leo aún seguía apuntando los testículos de Eme por si se atreviese a despertar. Estuvo pensando durante un breve segundo qué se sentiría al ser capado de esa manera tan salvaje. Pensó en todas esas mujeres a las que evitaría el sufrimiento de verse sometidas a una violación y no lo dudo. La mira estaba apuntando su objetivo.

—Esto es por lo que os imaginabais hacerle a mi chica. —Disparó dos veces—. No volveréis a violar a ninguna mujer.

La carne ensangrentada fue disparada de la tela de los pantalones. El grito que emitieron los dos hombres le puso la piel de gallina.

—¿Eso era necesario? —preguntó Ray mientras los tres salían a toda prisa de la garganta de la cueva—. No creas que eres el único

preocupado por Erika

El atardecer ofrecía un espectáculo de color púrpura que se había arremetido en las paredes de la cueva y en los rostros demacrados de Leo, Erika y Ray. La sombra morada les hacía parecer fantasmas. Al llegar al exterior, todo parecía normal. Los hombres de Adler seguían en sus torretas de vigilancia. Ray suspiró aliviado.

—¿Veis el coche? —Lo señaló—. Vamos. No os detengáis. Id detrás de mí. Yo os protegeré.

—Ray —interrumpió Erika cogiéndole por la muñeca—. No tienes por qué hacer esto. Deja que nos marchemos y hazles creer que hemos huido. No me debes nada. Es más —exclamó con los ojos vidriosos—, soy yo la que te debo una disculpa.

—No hay tiempo para eso. Sabía a lo que me exponía al venir aquí y merece la pena darlo todo por la persona que amas, aunque no seas correspondido igual. Sé que en el fondo me has querido. No tendré oportunidad para demostrarte cuán sincera era mi proposición de matrimonio, por lo menos, sigues llevando el anillo que te regalé. —Los tres miraron el dedo anular de Erika—. Es más, de lo que podría pedir. Quédatelo…

Leo miró hacia una de las torretas para no mostrar sus celos. Era demasiado para él saber que no había salvado a su preciosa Erika de las garras de su enemigo.

Menos de dos minutos y los hombres de Adler estarían en la planta cero saliendo del ascensor.

—¡Ahora o nunca… vamos! —Salió Ray a toda prisa.

Erika y Leo siguieron sus pasos.

—Hemos perdido demasiado tiempo —recriminó Ray. ¡En menos de un minuto tendremos a Hache y a Y comiéndonos los talones! —exclamó.

Todo pasó muy deprisa. Los balazos llovían por doquier. Una de las balas pasó zumbando por la oreja de Erika. Los tres serpenteaban como si fueran reptiles. De esa manera, podían evitar las balas que llegaban de todos los flancos. Si se quedaban quietos, morirían acribillados al ser un blanco fácil. No era la primera vez que Leo y Erika danzaban bajo una lluvia de balas. Estaban acostumbrados a las persecuciones, a las emboscadas, a los tiroteos y a toda la parafernalia adherida a sus misiones.

Como era de esperar, Hache e Y habían dado la voz de alarma.

Todos los hombres de Adler iban tras ellos. Tenían segundos para que el plan establecido tuviera éxito, segundos que contaban y que eran vitales considerando las pocas probabilidades que tenían de salir con vida del vallado.

Cuando por fin llegaron hasta el vehículo, Erika y Leo entraron a toda velocidad en el maletero mientras que Ray ponía en marcha el vehículo. Era un monovolumen con suficiente espacio como para llevar equipaje y cinco personas más. Amplio y reconfortante para viajes largos, no para una persecución sin cinturón de seguridad.

El motor rugió como lo hacían sus corazones descontrolados. Las ruedas derraparon al salir. Se quedó grabada la marca de los neumáticos en el lodo y Hache seguía disparando como si la vida se le fuera en ello. Él nunca fallaba. Solo tuvo que disparar y acertar. Como si de un cohete se tratase, la bala salió por el cañón e impactó donde Hache había marcado su objetivo. Por eso se le conocía como el hombre más peligroso de Adler, pues era totalmente impredecible. Los vigilantes que custodiaban la entrada habían cerrado a cal y a canto la valla de la entrada.

—¡Agachaos! —gritó Ray al volante—. Queda lo más difícil. Vamos a llevarnos la valla con nosotros, así que, agarraos bien ahí atrás. Dejemos una huella imborrable en este campamento de mierda.

El traqueteo de las ruedas superando baches y socavones hacía que Leo y Erika perdieran cierta estabilidad y chocaran contra los asientos delanteros y las paredes, pero los peores golpes se los llevaba Leo, quien utilizaba su propio cuerpo como escudo para proteger a Erika.

La bandera que simbolizaba el ejército de Adler con la boca abierta de un tiburón y un ancla en su interior ondeaba al viento cuando el monovolumen cogió velocidad y se llevó por delante el vallado de la entrada. Ray sonrió cuando la valla se dobló en abanico como si fuera un acordeón y les abrió paso hacia la calzada.

—Vía libre. —Respiró aliviado.

Tenían toda la carretera para ellos solos antes de que los hombres de Adler pudiesen alcanzarles con sus todoterrenos. La improvisación les daba gran ventaja frente a la inútil respuesta de emergencia del ejército.

Se hizo la tranquilidad. No había balas de por medio, ni cristales rotos, ni baches, solo el rugido débil del motor y el rodaje de los neumáticos desafiando el asfalto. La bala de Hache había hecho mella

en el pecho de Ray. Cuanto más se empequeñecía la fortificación de Adler por el retrovisor interior, más se ensanchaba la mancha rojiza de su camisa. Era la hora de dejar de jugar a ser valientes y retirarse.

Incluso los héroes se acostaban siendo inmortales y se levantaban siendo mortales.

19

Operación Zeta cerrada

Uno de los parámetros que tan celosamente guardaba el manual de la Orden de Leyna, era el decálogo del héroe:

1. Un héroe tiene demasiada carga sobre sus hombros y siempre se le exigirá obrar el bien sin margen de error.

2. Se le prohíbe bajar la guardia. Un héroe debe estar disponible las veinticuatro horas del día.

3. Un héroe siempre será el villano para algunos y el villano será el héroe para otros. Hay que saber distinguirlo.

4. Deberá proteger a su pueblo y a su ciudad de la corrupción, de los peligros que entraña la adversidad.

5. No matará en vano.

6. Se adelantará a los hechos y llegará al lugar de acción antes que las autoridades.

7. Antepondrá su deber y sus obligaciones a sus deseos.

8. Juzgará como un dios siempre y cuando sea justo y neutral.

9. Su único objetivo será salvar el mayor número de civiles, aunque su vida corra peligro.

10. Un héroe siempre se le reconocerá y recordará por sus proezas, aunque se mantenga en las sombras.

Ray había conducido hasta la Iglesia de San Pedro de Bremen donde los mecenas se habían reunido. Era así como había pactado con Thomas el rescate de sus dos mejores mecenas: Erika y Leo.

Erika se había quedado dormida sobre las piernas de Leo. Al menos habían podido recuperar fuerzas, aunque no sería porque no necesitasen de una ducha caliente y un chequeo médico urgente.

—Mi amor, ya hemos llegado, despierta —susurró Leo peinando su cabello enredado.

Erika abrió lentamente los ojos. Descubrió algo diferente en el

rostro de Leo, un matiz de oscuridad que juraba destruir la felicidad de ambos. ¿Qué era lo que le preocupaba esta vez? Cuando los ojos de Leo se oscurecían, era porque había tristeza en ellos.

Cuando Ray salió malherido del vehículo, no sin un esfuerzo sobrehumano, solo tuvo que poner un pie fuera del coche para sentir más profunda la bala que le había perforado el pecho. No tardó en caer desplomado.

—¿Ray? ¡Raaaay! —exclamó Erika corriendo hacia él a toda prisa. Se arrodilló y le puso la mano sobre la herida.

—Estoy bien —decía Ray quedándose prendado de los ojos llorosos de Erika—. Una mujer como tú solo debería llorar de emoción. Siento haberte fallado.

La sangre de la herida salía a borbotones y se le escapaba de entre sus dedos.

—¿Por qué no has dicho que estabas herido, eh, cabezota?

—Porque mi deber era traeros de vuelta.

—Tenemos que meterlo en la iglesia ya. No podemos esperar a que alguien nos vea. Entraremos por el subterráneo —sugirió Leo mientras se arremangaba la camisa rasgada.

—Ese acceso está en desuso. No sabemos en qué estado se encuentra —dijo Erika con las manos ensangrentadas.

—No tenemos otra opción, Eri. Ray —dijo y pasó el brazo por debajo de su cabeza—, ¿puedes caminar? Hay un alcantarillado por donde se puede acceder a la iglesia sin que nadie nos vea.

Cuando Leo comprobó el estado de su herida, enseguida supo el diagnóstico.

—No vas a morir hoy —aseguró Leo—, así que solo te pido un poco de colaboración. Tendrás que bajar los peldaños… Una vez dentro, solo tendremos que atravesar un pasillo y entrar en el gran salón. Desde allí, Erika se encargará de subir hacia altar mediante un pasadizo oculto.

La noche los hacía parecer zombis con sus ropas rasgadas y sus magulladuras.

Leo no tenía tiempo para explicarle a Erika lo que sentía. Necesitaba urgentemente compartir con ella lo que le había mantenido despierto durante el trayecto, pero pensó que era el

momento de priorizar y anteponer sus obligaciones a sus deseos, como bien juraba el decálogo del héroe.

Ray asintió con un leve movimiento de cabeza. No emitía queja alguna a pesar del dolor punzante que sentía. No tenía que demostrar valentía. Ya lo había logrado, era un héroe. Y los héroes no lloraban delante de las damas a las que acababan de salvar la vida, aunque estuvieran muertos de dolor.

Thomas llevaba horas esperando. Sus manos y pies habían sido torturados por proteger el secreto de la Orden como le había sucedido a Jesucristo en la cruz, quien había muerto por una causa que él había creído justa para la humanidad.

«Jesús murió para que los humanos recibieran el perdón de sus pecados y la vida eterna. *Romanos 6:23; Efesios 1:7*», había leído Thomas en sus misas.

Los mecenas vendaron sus heridas y lo obligaron a descansar, pero él hizo caso omiso. Prefería estar allí, aunque el dolor no se lo permitiese. Había escapado de su crucifixión gracias a la obra de Dios, quien le había otorgado el poder de la convicción para asegurar su supervivencia. G, el hombre que defendía con honor a Adler y el encargado de torturar a Thomas, lo había liberado creyendo que estaba muerto. «La paciencia es una virtud», le habían dicho una vez, pero no era posible en un mundo en el que sus mejores mecenas estaban en peligro.

Thomas siempre había sabido dónde encontrarlos. Todo gracias al dibujo que muy gentilmente Frieda había proporcionado, quizá con la intención de no hacerles ver que ella era el topo que andaban buscando. Todas las mentiras tenían su parte de verdad e incluso la mentira en boca de Frieda era una verdad como un templo. Les había hecho creer a todos que era una más, involucrada en la Orden de los Leyna y actuando como la mejor amiga de Erika, pero el amor la había hecho ser imprecisa, por no decir patosa, en la operación Zeta, como él había apodado aquel caso. Su primer caso. Porque ante todo era un mecenas, no solo un cura. Había hecho un buen trabajo de investigación siempre respetando su secreto de confesión y cumpliendo con su deber. Podría decirse que había superado con nota su primera misión. Y allí estaba, rodeado de sus mecenas y de la más absoluta intranquilidad.

—Thomas, ¿por qué seguimos esperándolos? —preguntó uno de los mecenas que se sentaba a su lado.

—Porque tengo fe en ellos. Sé que volverán —respondió

convencido.

Los mecenas estaban revueltos en el interior de la iglesia. Hablaban muy alto y discutían sobre la imprudencia de Erika y de Leo por no haberse mantenido más cautelosos. Thomas se impacientaba. Las horas seguían pasando y no habían recibido ninguna noticia sobre el rescate.

—Quizá no hayan podido comunicarte nada. Seguro que estarán al llegar —lo animó un mecenas que había sido enfermera.

Pero Thomas veía que seguían pasando los minutos y nadie se había puesto en contacto con ellos. Sabía que había sucedido algún imprevisto. Se recogió la sotana para arrodillarse ante el altar y se puso a rezar por sus mecenas y por Ray, el hombre al que le había encargado la difícil misión, al que le había confiado más de lo que podría confiar un cura.

—Thomas —lo interrumpió un mecenas que era político—, deberías descansar. Has salido ileso de un secuestro y debes estar exhausto… —Lo tomó por los hombros obligándole a tomar asiento.

Thomas se sentó con tenaz renuencia. No era dado a recibir órdenes. Solo deseaba salir de allí y dirigirse hacia la fortaleza de Adler y ser él quien que se encargase de todo.

—¿Cómo sabías que estarían allí? —preguntó el mecenas de nuevo.

—Podría decirse que fue por instinto —contestó Thomas—. He estado mirando palmo a palmo, a través de Google Maps, la ciudad de Bremen y sus alrededores, y por casualidad, vi una bandera muy peculiar. Estaba a las afuera de Bremen y muy cerca de una zona militar abandonada flanqueada por antiguas torretas de vigilancia. La bandera era justamente la misma que había dibujado Frieda Colleman. La boca de un tiburón con un ancla en su interior como si fuera su campanilla. ¡Eureka! Para mí sonaron las campanas…

—Que, por cierto, hoy no está aquí Frieda con nosotros. No la he visto.

—Ni yo, hijo mío, ni yo… y no vendrá a menos que sea para destruirnos.

Ni siquiera Thomas sabía de lo que era capaz de hacer una mujer despechada. Cuando nadie se lo esperaba, irrumpieron en la iglesia un grupo de encapuchados con escopetas en sus manos, dispuestos a hacer añicos hasta los banquillos de madera.

Se hizo el silencio.

—¡Al suelo! —gritó la mujer que iba armada. Todos reconocieron su voz al instante. Esa voz angelical y feérica solo podía venir de una mujer: de Frieda Colleman—. ¡Quietos todo el mundo! ¡Que nadie se mueva u os volaré la cabeza! Aquí se acaban vuestras reuniones.

Vestía de negro. Su arma era más grande que ella y en sus ojos llevaba escrito que pretendía arrasar con la Orden, destruirlos a todos. Thomas levantó los brazos rindiéndose. Después le imitaron todos los demás.

—De rodillas, ¡he dicho al suelo! —repitió Frieda con ojos encolerizados.

Lo que desconocían de Frieda y sus amigos encapuchados era que bajo sus pies estaban dos de los mejores mecenas a punto de hacer acto de presencia. Erika entraría por un pasadizo secreto que conectaba directamente con el altar de la iglesia. De esa manera, cogería a todos por sorpresa pero, antes, los mecenas pagarían caro el secreto de pertenecer a una Orden clandestina y el desbaratar los planes de Adler Zimmerman. Frieda sería su vengadora.

Thomas aún no podía creerse cómo había burlado Frieda la seguridad que bordeaba la iglesia y entrado allí como si nada. Nunca se habían parecido tanto a las ratas hasta ese preciso momento, ratas que se sentían arrinconadas sin escapatoria. No tenían cómo salir de allí, excepto con los pies por delante con sus respectivos ataúdes. Aquello era más bien el apocalipsis de la Orden de los Leyna. Era el fin.

Solo en algunos finales, los malos son vencidos por héroes que se ocupan de hacer una purga en el mundo. De esa manera gobernaría la paz sobre la Tierra.

Ray yacía sobre una mesa que Leo había improvisado para la ocasión con un par de tablones sobre varias sillas como apoyo. Ray se retorcía de dolor. Su cuerpo, en la búsqueda por encontrar una postura adecuada para resistir el dolor, había adoptado una forma imposiblemente arqueada. Parecía estar poseído por el mismísimo demonio.

Aún conservaban algunos botiquines en aquel antiguo salón que en ese momento olía a humedad y a soledad. Con suerte aún no se habían topado con ninguna rata, pero sí se las oía chillar y corretear por los conductos del agua. Todo estaba tal cual lo habían dejado, con algunos muebles inservibles cubiertos por sábanas y miles de

recuerdos por doquier.

—Esperad aquí. Subiré yo sola—. Se aventuró Erika.

—Mientras tanto intentaré extraerle la bala —intervino Leo—. Podemos dar gracias a que no le ha perforado ningún órgano vital.

En otro tiempo, Leo habría odiado tanto a Ray que jamás se hubiera compadecido de él, pero teniéndole allí enfrente, malherido por haberle salvado la vida y carente de maldad ninguna, podría inspirarle lástima y cierta empatía. Jamás pensó que llegaría a sentir aquello por su rival.

Erika se aseguró de tener bien cargada su pistola mientras Leo la miraba de soslayo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así, Leo?

—No, nada. Siempre que cargas un arma a la vez que aleteas la nariz, hay algo tremendamente complicado que se está gestando en esa cabecita tuya.

—Me conoces demasiado. Eso me da más miedo que lo que pueda encontrarme ahí arriba.

—Debería darte más miedo saber que eres letal cuando empleas tu instinto para la ejecución —bromeó Leo—. Puedes llegar a ser más peligrosa cuando usas tu mente. Me gustaría saber que hay ahí dentro de tu cabecita. Vendería toda mi fortuna por saberlo.

Ray emitió un sonido que parecía una sonrisita, y Erika se echó a reír.

—Ya sabes que es algo innato en mí, mi instinto.

—Dile a Thomas que necesitamos refuerzos aquí abajo. Espero que no te falle el instinto esta vez —dijo Leo hurgando en la herida de Ray.

Erika asintió y se guardó el arma en el trasero de su pantalón. Después se fue hacia la estantería esquinera cargada de libros. Cogió el más antiguo. El canto estaba desvencijado, la cubierta que en antaño había sido de un color vino burdeos, había perdido color. Era un libro bien conocido por todos los literatos, *Cumbres Borrascosas* de Emily Brönte. Erika olisqueó sus páginas amarillentas, acarició la cubierta y repasó las letras en relieve que formaban el título, y la estantería se abrió en dos para mostrar una puerta de roble. Era el pasadizo secreto que curiosamente conectaba con la iglesia.

—Esa maldita bala tendría que haberme perforado de verdad —balbuceó Ray—. Que me dejen vivo a medias no me sirve. A mí que me maten bien muerto, porque si me dejan vivo, no tendré compasión con el responsable de esta masacre. ¿Vas a dejarme guapo, Leo?

—¿Cómo dices? Si no es mucho pedir, necesito que te calles para concentrarme. No sabía que hablases tanto.

—Que tendría que haber muerto. De esa manera no tendría que ver cómo Erika y tú os profesáis tanto amor… Soy yo el que más pierdo en esta historia.

—No vas a perder nada.

—¿A qué te refieres?

—Voy a renunciar a ella —susurró Leo sintiendo cómo las palabras salían atravesadas de su boca.

Ray casi se cae de culo cuando intentó incorporarse para propinar un puñetazo a Leo, pero no podía apenas respirar.

—¿Te… has vuelto loco? ¿Sabes cuánto tiempo he deseado ver a Erika sonreír sin sentir ese dolor que llevaba tan adentro? Si hubiera sido un buen cirujano en el amor, le habría extirpado ese dolor como tú me estás extirpando esa maldita bala. A veces es tan difícil arrancar de raíz un dolor que se ha anclado tan profundamente, que ni el tiempo es capaz de llevárselo.

—Muy poético, Ray, pero no estoy en condiciones para hacerla feliz. —Metió sus dedos en la herida para hallar la localización de la bala.

—¡Bobadas! ¡Ayyy! —se quejó al sentir cómo la bala apretaba sus carnes aferrándose a su vida—. Tú eres el que puede hacerla feliz.

—Al menos, tú lo has intentado. Yo no puedo hacerlo sin herirla. Y ahora viene lo peor, ya he encontrado tu bala. —La palpó con dos dedos—. Y, por cierto, no soy cirujano ni experto en extraer balas. Quizá me he visto en esta tesitura cientos de veces y no me ha quedado más remedio que aprender sobre la marcha.

—¡Pues joder! ¿Por qué no empleas eso mismo con Erika? Piensa que tus miedos, que por cierto para mí son infundados, son como una bala anclada en la herida. Solo tienes que aprender a extraerla sobre la marcha. Vas poco a poco tanteándola y cuando la encuentres, tiras de ella hasta haberla sacado del todo. Los miedos ya nos limitan bastante nuestro modo de vivir, así que no vivas de ellos. Vive con ellos como si fueran parte de ti. Sentir el miedo también es sentir.

Mientras estemos vivos, seguiremos sintiendo el miedo. ¡Ayyyy! ¡Joder! ¡Me cago en la puta!

—¡Cuidado! Mide tus palabras. Estás bajo la iglesia —bromeó Leo —. No te confundas, yo no tengo miedo.

—¡Por mi madre que sí lo tienes! Eso en mi pueblo se llama cobardía.

—Estoy dejándote vía libre. ¿No se supone que tienes que convencerme para que desaparezca de vuestras vidas? ¿Acaso no es lo que tú querías? Lo hago por su bien. Todo esto me ha dejado tocado. —Tragó saliva amarga.

—Yo nunca la dejaría ir. Llámame egoísta, pero si tuviera la misma oportunidad que tienes tú, jamás se la entregaría a otro hombre.

—No te estoy entregando a Erika —respondió ofendido—. Erika no es un trueque. Es el amor de mi vida. Y si tengo que renunciar a ella con todo el dolor de mi corazón, prefiero que esté contigo a que esté con otro hombre que pueda herirla.

Ray, indignado, negaba con la cabeza. Era totalmente inadmisible lo que aquel cabeza de chorlito estaba diciendo.

—Si yo fuera Erika, ahora mismo te pegaría un puñetazo en el ojo. No mereces que te ame. Y yo preferiría no haberte escuchado… ¡Dios mío! ¿Por qué sigo vivo? ¿Para escuchar a este imbécil? ¡No me hagas arrepentirme de haberte salvado la vida, malnacido!

Leo evitó un gancho que Ray iba a obsequiarle.

—¡Quieto! ¿No ves que estoy ocupado?

—¡Me da igual! Cuando pueda levantarme, te pegaré una paliza por tus tonterías —prometió Ray con los ojos desencajados.

Se desmayó del dolor al instante. Perdió la consciencia cuando por fin Leo extrajo la bala.

—Lo siento, amigo —susurró Leo—, no teníamos anestesia ni ampollas de morfina. Debía ser así, hablándote de Erika para que no sintieras dolor. Debes saber que jamás renunciaría a ella si no fuera porque siento que mi cuerpo ha sufrido las consecuencias de tener un examigo que estaba enamorado de mí y que ha intentado violarme delante de la mujer a la que más he amado en mi vida. Y para más inri, apareces tú para salvarnos la vida para dejarme en evidencia. Era yo el héroe. No tú. Era yo quien debía salvarla… No tú. Y ahora,

descansa. Voy a intentar coserte la herida.

Mientras Leo luchaba por superar sus contradicciones, Erika había llegado hasta la trampilla que daba paso hacia el altar de la iglesia. Se mantuvo a la espera de percibir señales de algún tipo antes de manifestarse. Solo se oían pisadas de aquí para allá, toser, carraspear, pero nadie hablaba. Ese silencio era indicador de que algo iba mal.

Erika sabía que algo se escapaba de su control. Los mecenas siempre hablaban, aunque fuera en murmullos. Tanto silencio era lo que la inquietaba. Abrió levemente la trampilla para observar más allá de los manteles que caían hasta el suelo desde el ambón.

Y, para su sorpresa, volvía a vérselas con su examiga, la causante de su casi muerte: Frieda Colleman. ¿Cuántas cosas habían vivido y compartido juntas? Hasta el mismo hombre. Frieda se había acostado con Leo. Con su amado Leo. Eso jamás se lo perdonaría. ¿Por qué no había descubierto sus intenciones entonces? Su instinto le había fallado.

Iba de negro y muy bien acompañada por unos encapuchados que seguramente eran los hombres de Adler. Tan sigilosa como una araña, Erika ascendió los peldaños, cerró la trampilla y gateó hacia la credencia, cerca de una puerta que daba hacia la sala de exposición. En breve haría acto de presencia y aunque no estaba en su mejor momento, necesitaba hacerle saber a su examiga que aún seguía viva a pesar de su tenacidad de verla muerta. Aquella puerta abierta le serviría de escape si alguien intentase seguirla. Cogió su arma y se llevó el cañón a los labios. Hizo una especie de rito de iniciación, un rezo personal para infringirse fuerza. Habló con su propia arma y le pidió precisión: «No me falles, y si tienes que apuntar, fija bien el blanco».

Antes de alzar la voz y aparecer como una visión fantasmagórica, buscó a Thomas con la mirada. Estaba sometido por uno de los encapuchados. Le tenían de rodillas, con las manos atadas.

Cuanto más rápida deseaba ser Erika, más ralentizada iba. Sus zapatos parecían de plomo. De ahí que tropezara y fuera tan patosa. No había forma de retornar y volver al agujero del que había llegado para avisar a Leo, así que tenía que hacerlo sola.

Le temblaba el pulso. Ni siquiera era capaz de coger el arma sin que la mira de su pistola vibrase. Se sentía débil. El día había sido muy largo. Había sobrevivido a un secuestro, a un tiroteo y estaba de nuevo en el meollo de la cuestión como si fuera un imán atrayendo los problemas. Y es que, en efecto, los problemas crecían y nadie podía

evitarlo mientras los hombres de Adler siguiesen el plan establecido que este les había encomendado. Frieda se había puesto en cabeza y Erika solo conservaba una vida más. Las seiscientas vidas que disponía cuando tan solo era una camarera se habían agotado. Solo disponía de una y no tenía más opción que arriesgarse a todo o quedarse sin nada. Se armó de valor, cargó la pistola, se apoyó sobre una de las mesitas auxiliares y apuntó en el pecho del encapuchado que tenía cohibido a Thomas. Ese sería el pistoletazo de salida. Los encapuchados la buscarían como locos despreocupándose de Thomas y de los demás mecenas. La seguirían y de esa manera, salvaría a sus compañeros. Era disparar a aquel encapuchado o esperar a que Leo fuera a buscarla al ver que tardaba en regresar. Ni una cosa ni la otra le parecían una opción convincente. Si Leo decidía subir allí, correría el riesgo de ser descubierto. Frieda sabía de sobra cuáles eran las entradas y las salidas que había. Podría echar un vistazo bajo la mesa donde se escondía ese agujero que separaba dos ambientes: la iglesia y el subterráneo utilizado para las reuniones. Incluso podría deducir que, de haber salido ilesos del fuerte de Adler, podrían intentar entrar por la escotilla.

Era la primera vez que Erika no oía su otra voz interior, aquella que solía comunicarle qué era lo más correcto en cada ocasión, la voz de su instinto.

Ya estando allí, solo tenía que improvisar. Se despejó la frente secándose el sudor y se puso en posición para disparar. A la de tres: uno…, dos…, tres.

La bala perforó el costado del encapuchado y entonces se hizo el caos. Era el fin. Miles de astillas volaron por sus cabezas, las balas corrían como locas buscando un lugar donde instalarse. Los gritos ahuyentaron hasta los mismos santos tallados en madera. Jesucristo mutilado, el retablo perforado por la nueva oleada de balas. Lo único que pudo salvarse fue San Judas Tadeo, quien parecía estar protegido contras las balas.

No le llegó ni una sola bala. Frieda fue la primera en descubrir de dónde provenía el disparo. Los hombres de Adler disparaban a todo lo que se movía. Algunos mecenas murieron intentando salir despavoridos por la puerta, otros reptaban en busca de un refugio para evitar las balas bajo los asientos de madera.

—¡Imbéciles! —gritó Frieda a los encapuchados—. ¿No veis que la persona que ha disparado está detrás del altar? Vamos hacia allí. Sois unos incompetentes. ¡Iré yo! Vosotros quedaos y que no salga ni un alma de aquí.

Thomas se había aprovechado de la situación y le había dado tiempo para escabullirse en un lugar secreto que solo él conocía detrás del confesionario. Allí había varios pasillos que llevaban hacia las cloacas de la ciudad, desde donde podría acceder a cualquier alcantarillado para emerger y pedir auxilio, pero antes podría pasarse por el antiguo gran salón y buscar algún arma que permaneciese escondida. Necesitaba volver arriba cuanto antes y ayudar a sus compañeros. Un buen mecenas siempre priorizaba y esta vez no iba a ser diferente. Se recogió la sotana y a tientas, aceleró el paso hacia el pasillo que se comunicaba con el gran salón. Sentía que sus heridas aminoraban su marcha. Los pasillos mantenían su frescor natural y la oscuridad. Conocía tan bien aquellos pasadizos que podía atravesarlos con los ojos cerrados. Palmo a palmo llegó hasta una de las paredes que tenían un viejo mecanismo de apertura. Se trataba de un cajetín incrustado en la pared en el que había una palanca para abrir el muro. Él mismo había construido ese sistema. Una vez que se accionaba la palanca, el muro se abría en forma de puerta y se podía acceder al gran salón sin necesidad de entrar por el alcantarillado.

Cuando el muro se abrió, Thomas se encontró con Leo apuntándole con un arma y con Ray inconsciente.

—¡Oh! ¡Válgame Dios! —se persignó mirando hacia un Cielo imaginario—. ¡Dios me ha traído hasta aquí!

Leo bajó el arma al saber que se trataba de Thomas. Suspiró aliviado.

—¿Te ha dicho Erika que estábamos aquí? —Se acercó Leo hasta él.

—¿Erie? ¿Está arriba? Ni siquiera me ha dado tiempo a saber quién había disparado.

Enseguida Thomas descubrió quién había sido su salvadora, quién había disparado al pecho de uno de los hombres haciendo que todo se volviera confuso para que los mecenas tuvieran la oportunidad de escapar. Thomas se llevó las manos a la cabeza y abrió los ojos como platos. Si era Erika la que estaba allí arriba, corría un grave peligro.

Leo no necesitó que Thomas hablase. Lo vio en sus ojos. Vio a Erika en peligro. Había oído los disparos.

—Frieda es la cabecilla, pero le siguen los secuaces de Adler… —le informó a toda prisa.

Cogió por las solapas a Thomas y enfurecido lo miró a los ojos:

—¡Dime que Eri está a salvo! Ha subido armada, ¡maldita sea! —Lo zarandeó.

Thomas no contestó porque no estaba seguro. Se había quedado anonadado. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a imaginarse que sus mecenas favoritos estaban a salvo y que habían entrado en el gran salón?

—Corre tras ella, Leo —exigió con la voz queda—. ¡Nos ha salvado a todos! ¡Ella es la salvadora! ¡Es la elegida de Dios!

Leo recolocó las solapas de Thomas.

—Lo siento, Thomas. No puedo perderla… Moriría de pena. Cuida de Ray. Comprueba que siga estable. —Cargó rápidamente la escopeta y se guardó un cartucho en sus pantalones roídos—. No te prometo que regrese.

—Utiliza el pasadizo por el que he entrado. Los sorprenderás. Y por Dios, regresad con vida.

—¿No te han visto?

—No. Nadie sabe nada sobre mi pasadizo. Lo construí yo… ¡que Dios te dé fuerzas para que acabes con esto y podáis volver con vida! —rogaba al cielo.

Leo se despidió de Thomas con un rápido saludo militar. Una vez que Leo abrió el muro según las instrucciones de Thomas, este se acercó hasta Ray y lo miró con devoción. Gracias a ese hombre, Leo y Erika habían salido del infierno de Adler. No tenía más que palabras de agradecimiento para él.

—Me alegro de que tú también estés vivo, Thomas. Si vuelvo, quiero que me cuentes cómo saliste ileso de un secuestro —dijo Leo antes de abrirse paso por el mismo pasadizo secreto por el que Thomas había entrado.

—Ha sido gracias a Dios —respondió convencido—. Él es misericordioso con los desvalidos y también os ayudará a vosotros a parar esta barbarie… ¡Detened a Frieda Colleman! Ella es la causante de tanto mal…

Frieda Colleman era la villana que todos habían creído heroína, y Ray, el héroe que todos habían tachado de villano.

20

En la guarida de la rata

Frieda se dirigió con sigilo hacia el altar donde creía que estaba el culpable que había desbaratado su plan. Cargó el arma, se cubrió las espaldas tras el umbral de la puerta que daba hacia la sala de exposiciones y se asomó levemente por el hueco de la puerta. No vio a nadie. Dio dos pasos más hacia la antesala pegada a la pared. Se estaba arriesgando demasiado, pero tenía el tiempo justo. Sus pasos indecisos delataron su posición al crujir la madera bajo sus pies. Erika, que estaba escondida al otro lado de la galería, disparó con la intención de amedrentarla. La bala impactó en el marco de la puerta obligando a Frieda a retroceder.

—No tienes escapatoria —amenazó Frieda—. Si sales podemos llegar a un acuerdo.

—¿Y si lo único que deseo es meterte esta bala por el culo? —contestó Erika.

Frieda, de inmediato, supo que era Erika. No esperaba en absoluto que hubiera salido con vida de la cueva de las ánimas.

—Tú estás muerta…

—O quizá era eso lo que tú pretendías… No, no estoy muerta muy a tu pesar. En cambio, tú para mí sí lo estás.

Erika cambió de posición. Se acercó con sigilo hasta la puerta donde se refugiaba Frieda. En la iglesia reinaba el silencio. Por fin. Afortunadamente, ya no había disparos ni gritos despavoridos. No era Erika la que debía juzgar a Frieda. No pensaba matarla.

—A mí nunca me mentiste —confesó Erika—. Te mentiste a ti misma siendo una persona que no eras, amando al hombre que me amaba a mí, envidiando mi puesto de trabajo y codiciando mi bien más preciado, Leo.

—¡Maldita! Tú eras la que me empujaba hacia las sombras. Hasta que decidí salir a la luz y vengarme por cada una de las afrentas. Ya no estaré nunca más detrás de ti. Ahora voy por delante de ti —desafió—. Y te aseguro que no es mi deseo verte morir. Deseo que vivas para que veas cómo soy capaz de brillar con luz propia sin que

tú me la arrebates. Jamás volverás a infravalorarme, Erika Clinton.

—Nunca fue esa mi intención…

Aquellos años de amistad se veían separados por una puerta, una amistad de la que nunca se había dudado su autenticidad, pero que en segundos se resquebrajaba desmontando cada momento en el que se habían brindado mutua confianza y compartido miles de experiencias. Adiós a las charlas de altas horas de la noche, a las confesiones y a la complicidad. Una amiga podía convertirse en una total desconocida. Igual a la inversa. Frieda pasaba a ser una desconocida para Erika, una persona peligrosa a la que la movía solo el sentimiento de venganza. Una amiga así no tendría cabida en la vida de Erika.

—Nunca llegué a pensar que sufrías en silencio. Era tu amiga. ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Erika con el alma encogida.

Habían sustituido un par de cafés por dos pistolas. Un par de sonrisas por unas cuantas lágrimas. No, no había cabida para una reconciliación. Era imposible que aquella amistad resurgiera de las cenizas.

—Tan amiga que eras, debiste darte cuenta de que amaba a Ray. Tú me lo arrebataste, pero hice lo mismo con Leo. Nunca me sentí tan bien.

—¡Perra!

Frieda se rio a carcajadas. Le encantaba ver que Erika no ejercía ninguna influencia sobre ella.

—No más que tú, querida.

Erika recorrió los pocos metros que la separaban de Frieda. No era momento ni lugar para obsequiarse improperios.

—Te propongo una cosa.

—No estoy para tonterías, Erika.

—Si tiras el arma, yo tiraré la mía. Luchemos justamente con los puños.

—Nada me complacería más que romperte esa cara de muñeca, querida, pero no me fío de ti.

—Muy bien. Tiraré mi arma primero —aseguró al otro lado de la pared.

Erika lanzó el arma hasta la antesala donde aterrizó en sus pies.

Frieda tiró su arma y dio una patada a ambas pistolas, lejos del alcance. Erika salió de su escondite encontrándose cara a cara con su examiga. Era extraño mirarla a los ojos y comprobar que no era la misma persona a la que había considerado en antaño su mejor amiga. ¿Cómo era posible que las personas cambiasen de parecer de la noche a la mañana? ¿No habría sido más fácil aceptarse tal y como eran y confesar lo que les desagradaba de la una y de la otra? Quizá no eran tan amigas como pensaban. Sus miradas frías y vacías hablaban por sí solas. El odio y el rencor de Frieda desafiaban el desconocimiento y la decepción de Erika. La antesala destinada a ser el almacén donde guardar cuadros místicos, se convertía en un improvisado cuadrilátero. El primer gancho lo lanzó Frieda, deseosa por empezar la batalla. Erika no pudo verlo venir y trastabilló. Estaba tan agotada que no podía siquiera esquivar los golpes. Ya había sufrido una terrible decepción. No era necesario recibir más golpes. Frieda ya había golpeado duramente con su traición.

—Venga, ¿esto es todo lo que puedes ofrecer, Erika?

—Lo último que deseo es hacerte daño, Frieda. A pesar de todo el daño que tú sí me has hecho, me invade un sentimiento de nostalgia. Han sido muchos años.

Frieda le atizó otro gancho que la hizo girar el rostro para otro lado. Su intención estaba clara: quería provocarla. Pretendía sacar lo peor de ella.

Erika se acarició el lado dolorido de su mejilla.

—¿Qué pretendes, que te haga cosquillas? No, Erika. No te confundas. Esto no es como en los entrenamientos. Te quiero ver espachurrada ahí en el suelo hasta que me pidas clemencia.

Erika retomó fuerzas y empezó a danzar con su juego de pies. El tercer gancho lo dio Erika aterrizando en la nariz de Frieda. Esta se encorvó de dolor.

—¿Por qué no lo dejamos ya, Frieda? Acabemos con esto, negociemos. Dile a tus hombres que se retiren y no habrá más heridos. Huye ahora y te prometo que jamás iré a buscarte. No le diremos nada a las autoridades. Podrás vivir la vida que siempre quisiste.

—Sabes perfectamente lo que deseo. Siempre lo supiste. Mis hombres están a la espera de que dé mi señal para matar a tus queridos mecenas. Todo acabará, sí, pero tú también te hundirás con ellos.

Se sacó una segunda arma de detrás de las costuras de su

pantalón y la empuñó.

—Fin del juego, Erika. —Sonrió ante su sorpresa de ésta—. *Game Over*. Adler no ha podido destruirte, así que no me queda más remedio que matarte.

—Has dicho que preferías dejarme vivir.

—Eso he dicho, pero si vives, Ray jamás se fijaría en mí. Si mueres, quizá tenga una oportunidad con él.

—¿Quién ha dicho que esté vivo?

Frieda inclinó la cabeza y arqueó escéptica una de sus cejas. Erika estaba gastando su último cartucho, el factor sorpresa: Ray.

—¡El único que sabía dónde estabais era… Ray! —exclamó Frieda sintiendo náuseas—. Me ha engañado… Ese cabrón me ha utilizado para saber dónde estabais. ¡Más razón para matarte, zorra! Lo has envenenado como a todos los hombres. Dime cómo lo haces para que todos caigan rendidos a tus pies —sollozó—. No tenías suficiente con arrebatármelo todo que has tenido que cargarte a Ray…

A Frieda le temblaba el pulso. Su visión se vio emborronada por unas cuantas inesperadas lágrimas.

—Nunca pretendí arrebatártelo, Frieda. Lo siento mucho. Siento haberte hecho daño indirectamente.

—No. Tú ya no puedes hacerme daño. No tienes poder sobre mí.

El tiempo se detuvo. Apretó el gatillo y una mano todopoderosa desvió el tiro, impactando en uno de los lienzos barrocos que reposaba entre la pared y el suelo. Leo había podido llegar a tiempo hasta la antesala sin ser visto. Cogió los brazos de Frieda y se los ató detrás de la espalda arrebatándole el arma.

—Eres una desagradecida, Frieda Colleman —dijo Leo con ojos inquisidores—. Erika te quería incondicionalmente.

—Sois escoria para mí… Me da igual lo que suceda hoy. Solo deseo que sufráis como he sufrido yo y como también sufrió Adler en su día —escupió Frieda. Antes de que esta pudiera dar la voz de alarma a sus hombres, Leo le introdujo en la boca un trozo de tela desgarrada de su propia camisa.

—Siempre fue una amiga fiel y tú la has traicionado. Nos has traicionado a todos. No mereces que te mate. Mereces pasar tus últimos años en la cárcel, como esos hombres que están ahí a la espera

de que les digas qué deben hacer. Ya no haréis más daño en nombre de Adler. Muerto el perro, se acabó la rabia. Aquí acaba vuestra misión de destruirnos. Jamás acabaréis con la Orden. Siempre habrá un loco que esté dispuesto a luchar por la causa. Y ahora, deja que Erika y yo nos ocupemos de poner orden ahí dentro.

Frieda ya había hecho su cometido: partirle el corazón a su mejor amiga, así que lo que pudiera pasar después, le era indiferente. Mostró una sonrisa maquiavélica a su examiga. Partirle su frágil corazón había sido su intención desde el principio. Quizá se había rendido porque no esperaba que Ray la hubiera delatado. Ray la había utilizado. Quizá se había rendido porque sabía que, con Leo y Erika, aquella disparatada misión por destruir la Orden sería un suicidio. Eran los mejores mecenas de la Orden. Juntos acabarían con cualquier adversidad. No había forma de ganar la batalla teniéndoles como enemigos, porque el amor que se profesaban era tan poderoso que lograrían derrocar a un ejército entero y a cualquiera que se opusiera.

—Gracias por apretar el gatillo, Frieda —susurró Erika muy cerca de su rostro—. Has demostrado qué clase de personas eres y, por supuesto, sigues detrás de mí. Como amiga no funcionas, pero como persona, careces de valor y humanidad. Púdrete con tu malicia… No me quedan fuerzas para desearte otra cosa. Adiós, Frieda. Aprende a aceptarte tal y como eres, y quizá algún día puedas quererte con tus defectos y virtudes. Si no eres capaz de quererte a ti misma, entonces jamás podrás querer a nadie.

Leo cogió a Frieda de los brazos y tiró de ella con vehemencia.

—Saldremos con ella. Que vean quien manda —dijo Leo—. Así que esto acaba aquí.

—Lo haremos juntos, Leo. Estoy preparada para lo que haga falta, mi amor. —Erika cargó el arma.

—Este es el final, así que seamos rápidos. Por Gilbert y por la Orden. —Alzó su arma como si fuera una copa con la que brindar.

—Por Ray, Thomas y los mecenas —imitó Erika—. Por nuestro bebé y por nosotros.

—Gilbert estaría orgulloso de nosotros. Va por ti, viejo amigo.

Atravesaron el pasillo que daba hacia el altar, donde varios encapuchados ya les estaban apuntando con sus escopetas. A la cabeza iba Frieda, maniatada ejerciendo de escudo. Después Leo, protegiendo a Erika que iba detrás de los dos.

—¡Bajad las armas! —gritó Leo apuntando la nuca a Frieda con su arma—. Habéis perdido esta guerra. En breve mis compañeros darán la voz de alarma a las autoridades. La policía estará aquí en menos de diez minutos. Si intentáis resistiros, mataré a Frieda.

—¿Y a quién le importa esta perra rastrera? —preguntó uno de los hombres—. Solo a Adler es a quien debemos lealtad.

—Pero está muerto —respondió Erika asomándose. Leo la cubría con su espalda ancha.

—Incluso muerto, nuestra misión era aniquilaros a todos y así se hará.

—¿Quiénes sois? Mostraos —exigió leo apretando las muñecas a Frieda.

Uno de los encapuchados se identificó de inmediato. Era rechoncho y muy patoso, pero impredecible: ese era Hache, quien apuntó al pecho de su víctima y disparó sin piedad. El cuerpo de Frieda se arqueó al recibir el impacto de innumerables balas y actuó como escudo a Leo y a Erika, quienes aprovecharon para disparar a los hombres.

Frieda se prestaba a hacer la última obra de caridad. Lo que no había hecho en vida, lo haría con su cuerpo en su lecho de muerte. Regresó el traqueteo de la lucha. La iglesia volvía a ser una batalla campal. Balas que iban y venían sin piedad ni tregua, movimientos inesperados que intentaban buscar un refugio donde protegerse de la lluvia de las balas. Leo y Erika habían rodado hasta una de las naves y se protegían detrás de los pilares. No habría tregua para los malvados. Algunos mecenas se habían apoderado de las armas de los encapuchados caídos. La iglesia estaba siendo ultrajada.

Hache seguía con vida y había encontrado la forma de escabullirse por la trampilla que había visto bajo el ambón del altar. Era impredecible y letal. Nadie podría haber supuesto que una persona deficiente de tan reducido intelecto pudiera dar con una de las entradas y salidas secretas que la Orden utilizaba para sus reuniones clandestinas.

Otros dos hombres de Adler estaban escondidos tras la escultura de *Moisés y león con cabra.*

Si de algo carecían los hombres de Adler era de picardía. Era evidente la falta de coordinación entre ellos y el nulo control sobre las ejecuciones. Algunos ya habían caído bajo el yugo de los mecenas y los que quedaban vivos se estaban rindiendo. Las ratas no se habían

dejado amedrentar ni sentido arrinconadas. Estaban en su hábitat y no iban a permitir que nadie los abocara al fracaso, así que los mecenas rindieron al máximo su potencial. Si de algo no carecía la comunidad era de valentía y fuerza, y además contaban con el apoyo de Leo y Erika. No todo estaba perdido.

—Les sorprenderemos. En la batalla existe un código de honor: tú cuidas mi espalda y yo cuido la tuya —dijo Leo—. Irás por la derecha y yo por mi izquierda. Desde aquí sabes los metros que hay hasta aquella zona de la escultura de Moisés. Tendrás que apuntar mientras echas a correr. Hazte invisible… Si salimos vivos de esta, recuérdame que tengo algo que decirte. Es de suma importancia.

Erika asintió con los nervios a flor de piel. Tenía a Leo a tan solo unos metros, lo que separaba una columna de otra, pero ya lo sentía lejos. Había algo en su mirada que le hablaba de distancia. Rogaba que no fuera lo que ella se estaba imaginando.

—¿No puedes adelantarme algo?

—No, Eri. No es el momento. —Disparó de repente hacia su derecha—. Acabo de salvarte la vida. Cuida tus espaldas, como diría Gilbert —reprendió.

Ambos salieron sincronizados de las columnas y se dirigieron a pasos agigantados hasta la escultura, lo que obligó a salir de su escondrijo a los dos hombres. Estos, casi de la misma estatura, salieron en cuanto vieron volar un par de balas por encima de sus cabezas.

—Apunta al blanco. Piensa que es Adler. —Leo alzó la voz mientras avanzaba al lado de su compañera de misiones.

A Erika ya no le temblaba el pulso. Se sentía más segura sabiendo que Leo estaba a su lado. Siempre había sido así. Aquellos hombres eran duros de pelar. Solo quedaban ellos y por sus acciones, no tenían en mente la posibilidad de rendirse. Dispararon con alevosía a Leo, pero el tiro les salió por la culata, pues perdieron tiempo en reaccionar para volver a cubrirse. Habían salido de su escondite para apuntar con sus pistolas, pero también se habían expuesto en evidencia, como blancos fáciles.

—¡Decid adiós, hijos de puta! —gritó Leo apretando el gatillo.

Los dos hombres que estaban bajo la protección de aquella escultura tan reconocida cayeron. El resto de los hombres estaban de rodillas con manos detrás de la nuca. Se habían rendido.

El sonido ensordecedor de unas sirenas aquietó la metralla y el

desconcierto.

—Música para mis oídos —cantó Leo mientras abrazaba a Erika.

—Podrían haber venido un poquito antes… —suspiró.

—Tienes unas pintas horribles. Parece que has sobrevivido a una bomba nuclear.

—Mis pintas no son peores que las tuyas. Deberías mirarte, Leo.

Los compañeros vitorearon. Celebraron el triunfo a la vez que se apiadaban de las almas de los mecenas caídos. No todo había sido en vano y serían recordados por su valentía.

Mientras tanto en el salón, Ray estaba inconsciente cuando Thomas se enfrentó a uno de los hombres de Adler. Hache, desconocedor de aquel pasadizo secreto que le había conducido hasta el salón, los había sorprendido por la espalda. Thomas era un fiel servidor de Dios y, gracias a ello, disponía la habilidad de tener ojos en su nuca y de moverse como un lagarto a pesar de su ciática. La edad no importaba para seguir manteniendo el tipo. Hache se había metido en la boca del lobo.

—Habrías sido más útil ahí arriba —perjuró Thomas encañonando su pistola en la boca de Hache—, pero hoy morirás por curioso, por meter las narices donde no te llaman, como ese símbolo vuestro, con la boca abierta, como un tiburón.

—No, no, no —titubeó Hache con el cañón en la boca—. Seré tu siervo. Te prometo que seré bueno. —Levantó sus manos en señal de rendición—. Hache será bueno con usted y con su Dios.

—¿Lo prometes? —Lo zarandeó.

—Sí, Sí, lo prometo… seré bueno, pero Hache tiene preguntas. Hache no cree en Dios. Soy el demonio.

—Siempre hay cabida para los pecadores que deseen ser absueltos. Te abriremos las puertas de esta iglesia para que puedas encontrar la paz.

—Solo conozco una manera de encontrar la paz… Quiero irme con su Dios.

Apretó la mano de Thomas y le rogó lo imposible con cierto brillo en los ojos.

—He hecho cosas horribles… He matado a niños y mujeres. También los he violado. Si Dios existe, quiero que usted me lleve

hacia donde esté para poder hablar con él. No merezco vivir. —reconoció en sollozos.

—Yo no puedo llevarte hasta él, pero puedo purificar tu alma.

—No. Usted se cree que yo soy tonto. —Sonrió—. No quiero ir a la cárcel. Quiero que me mate.

—No haré tal cosa. No soy un asesino. —Su otro yo se contradecía. Era una persona inestable emocionalmente.

—Pero es usted un mecenas. Protegerá ante todo su Orden. Así que, si no me mata, yo lo mataré a usted. Hache solo hace caso de su mente enferma y ahora me está pidiendo que le arranque el arma de sus sucias manos y le pegue un tiro. No, No… no me haga caso. —Sonrió de nuevo—. Son tonterías. No lo mataré.

—Pueden ayudarte. No tengas miedo. Esa voz que te dice lo que debes hacer, no es más que el demonio que posee tu espíritu, hijo.

—No tengo miedo. —Reconoció mientras su cuerpo tiritaba—. Prefiero que me mate usted que tiene poderes para la sanación. Usted me sanará la mente apretando ese gatillo. Venga, no tema. Usted es el que tiene miedo. Hache no tiene miedo. Usted sí. Hache le matará si no aprieta el gatillo —repitió como un mantra.

Thomas necesitaba un asentimiento por parte de su Dios. No podía matar a un hombre demente a sangre fría, no estaba en sus orígenes hacer tal ejecución con sus propias manos, ¿pero eran justas las muertes que ese loco se había cobrado? Niños, mujeres, hombres de toda índole. No, no podía permitirlo. No como cura, sino como mecenas. ¡Qué contradicción perdonar a un alma tan perversa!

—Se lo pondré fácil —susurraba Hache—. Yo le apretaré el gatillo y así no tendrá mi muerte como cargo de conciencia.

—No harás tal cosa. Te ayudarán.

—Usted es más terco de lo que esperaba y yo no necesito que nadie me haga cambiar de opinión. No es un asesinato. Se considerará suicidio. No tiene que preocuparse por mí. Nunca nadie lo hizo, ¿por qué le iba a importar a usted? A mí no me quiere nadie, pero sí que he dejado a muchas familias sin hijos o sin mujer y ellos sí que los querían de verdad. Yo ya no necesito nada. Mi amo y señor Adler murió. Yo quiero irme con mi Señor y con su Dios. Sálvese quien pueda. —Rodeó la mano en la que Thomas tenía el arma y él mismo apretó el gatillo instantes después, lo que dejó a Thomas con el rostro y la sotana enrojecidos con su sangre.

Thomas se persignó con la mano libre. Por primera vez había sido testigo de una confesión antes de un suicidio.

—Sabía que no ibas a apretar el gatillo —susurró Ray despertando de su ensoñación.

—Este hombre sabía que encontraría aquí la muerte. Lo sé porque me lo decían sus ojos. —Se apartó la sangre con un trozo de tela.

Cubrió con una manta vieja el cadáver y los sesos de Hache y rezó por su alma.

—Seguramente eres el único que más ha rezado por él en toda su miserable existencia. ¿Dónde están los demás? Necesito partirle la cara a ese gilipollas de Leonard… —Intentó incorporarse sin éxito.

Tenía el cuerpo estático como si fuera de mármol. Le dolían más las palabras que Leo le había dicho y se quedaron en su corazón para hacerlo enfurecer. Ese hombre no se merecía a Erika. Un cobarde no era apropiado para una mujer como Erika.

—Gracias a Dios que sigues vivo… aún con tus malos humores y tus insultos…

Ambos se pusieron al tanto de la situación hasta que apareció Leonard.

—Me temo que necesitáis hablar largo y tendido —aconsejó Thomas mirando a Leo de soslayo—. Ray, Leonard es un tanto terco, pero os llevaréis bien. Lo presiento. Bienvenido a la Orden de los Leyna.

Ray sonrió complacido y Leo arqueó una de las cejas sorprendido.

—¿Me estás invitando a formar parte de tu Orden, Thomas?

—Así es Ray, si no tienes inconveniente, claro —respondió.

Leo no conocía hasta el momento nadie merecedor como lo era Ray para pertenecer a la Orden.

—Y tú, Leonard, mejor cuídate. Cuando me levante de aquí, te atizaré una paliza que te dejará en coma —amenazó Ray.

Leo sonrió divertido.

—Veo que estás de buen humor.

—Hasta que has llegado tú. ¿Dónde está Erika?

—A salvo.

Ray volvió a desmayarse. Estaba exhausto pero satisfecho.

—Mientras la policía hace su trabajo ahí arriba, tendremos que deshacernos de este cadáver. Tienes todo el tiempo del mundo para explicarme cómo escapaste de aquel lugar donde te tenían secuestrado, Thomas —dijo Leo.

—Ya te lo dije. Fue obra de Dios… —contestó convencido.

21

En el mundo de Leo

Erika buscaba desesperada a Leo entre el gentío. No había hallado esos ojos turquesa en mitad del desconcierto y de la tragedia. Bajó hasta el gran salón donde Thomas se alegró de verla ilesa y Ray seguía durmiendo.

—No está aquí, Erie. —La tomó Thomas por los hombros.

—¿Dónde está? ¿Y qué es lo que ha pasado aquí? —preguntó con el alma encogida mientras veía restregones de sangre por el suelo.

—Dijo que necesitaba respirar aire puro y salió. Imagino que estará en la plaza. Es Hache. —Señaló la bolsa negra que portaba el cadáver.

Erika abrió sus ojos espantada. No podía creerlo. Al final, a todo cerdo le llegaba su San Martín. Después sonrió al ver que Ray estaba consciente.

—Tenemos que llevarlo al hospital…

—En cuanto se normalice todo allí arriba, saldremos y lo llevaremos al hospital.

Erika asintió con un deje triste en la voz. Se despidió de Thomas con una sonrisa de medio lado y, al darse la media vuelta para ir en busca de Leo, este la detuvo.

—Erie, no fuerces la situación. Deja que las cosas fluyan. Ambos lo necesitáis.

—¿Por qué me dices eso? ¿Acaso te ha contado algo que yo no sepa? —Lo miró a los ojos reprimiendo las lágrimas.

No necesitaba que nadie la aconsejara. Ella era la única que sabía cómo tratar a Leo. Lo conocía de sobra.

—No exactamente, pero se lo ve derrotado. Las personas que luchan por mantener a flote una relación terminan exhaustas. Deja que respire y después, solo después, toma una decisión.

—Me estás empezando a asustar.

—No, Erie—. La tomó del mentón con cariño—. Solo digo que aceptes de buen grado lo que vaya a decirte y que no tomes una decisión a la ligera. ¿Lo harás?

—No lo sé —dudó temblándole el mentón—. No sé si estoy preparada para esto.

—Paciencia, Erie. Todo esto pasará. Dale tiempo si lo necesita.

—Gracias por todo, Thomas. Sin tu ayuda, Ray jamás habría logrado llegar hasta la cueva y…

—Shhhh —la silenció—. Ya está. Todo ha terminado. Necesitáis descansar. Ha sido un día muy largo. Ve y habla con él. Seguro que lo necesita tanto como tú.

Erika asintió de nuevo.

—Cuida de él —le pidió antes de cruzar la puerta mirando a Ray.

—Lo haré, mi querida Erie.

Erika corría apresuradamente. El corazón se le iba a salir por la boca. ¿Qué era lo que Leo tenía que decirle? Más o menos tenía una ligera idea sobre ello y deseaba que no fuera lo que se imaginaba. Esperaba que Leo saliese del shock al que se había visto sometido por Adler y que la mirase a los ojos como siempre lo hacía, y que le dijese que todo iba bien.

Con la esperanza medio deshecha y los ojos enrojecidos, volvió a buscar a Leo en la plaza. El aire cortaba hasta la respiración. Dolía respirar. Hacía tanto frío que Erika tuvo que friccionar sus manos para templárselas. Era el corazón el que parecía un témpano de hielo. Solo Leo podría atemperarlo. Era de su propiedad. Lo tenía en sus manos.

Miró hacia su derecha y no vio más que personas abstraídas que iban y venían. Para el mundo, ella era una simple humana puesta en un sitio concurrido que pasaba desapercibida. Para Leo, ella era el sonido en el vacío, la bella sonrisa en el desconsuelo, el susurro que traía el viento. Desde el lugar donde estaba, pudo contemplarla una vez más en todo su esplendor. La melena castaña rojiza era azotada por la ventisca, su cuerpo se sometía a los vaivenes del aire mientras se acurrucaba en esa ropa aún roída por la que se filtraba ese aire frío. Estaba celoso hasta de esa brisa que se permitía el lujo de entrar en su cuerpo libremente haciéndola sentir escalofríos. Él estaba allí, lejos de su mirada triste, de su cuerpo y de su corazón. Quizá si él nunca hubiera regresado, Erika jamás se habría expuesto al peligro. Pero no, una vez más casi la había perdido, por su culpa. Siempre que estaban

juntos, el mal los acechaba. Tiró el cigarrillo al suelo con toda la fuerza del mundo y lo aplastó haciéndolo responsable de su impotencia. Se dirigió hacia ella desafiando la fuerza de aquella ventisca. Su cuerpo era el escudo que lo protegía del temporal, pero su corazón era el más débil, pues ya iba tocado y herido, e iba a partírselo a Erika también. Por eso se sentía tan doblemente roto. Era un desgraciado.

Erika lo vio avanzar hacia ella. El mundo parecía acabar allí y prometía llevárselo. Corrió para abrazarlo, pero no encontró unos brazos que la rodearan ni unos ojos tranquilizadores.

—¿Qué haces aquí con este frío? —preguntó Erika en su pecho congelado—. ¿Por qué no me has esperado? Necesitamos ir a casa y descansar.

Leo se tomó su tiempo antes de partirle el corazón. Cerró los ojos y sintió el aroma que aún desprendía su cabello. Necesitaba oler su pelo todos los días, despertar a su lado y olerlo para saber que estaba ahí, pero en su mundo eso no sería posible.

—Venga, vayamos a casa. —Tiró de él con fuerza.

—No, Eri. No puedo regresar a casa.

—¿Cómo dices, Leo? Entremos y hablemos.

Leo se negó. Entrar de nuevo allí sería revivir el horror.

—Thomas se encargará de todo por mí. No voy a volver a la Orden, Eri.

Erika se quedó parada en el sitio. Le miró desconcertada.

—Eri, no quiero hacerte daño…

—¿Qué me estás queriendo decir? ¡Habla claro de una vez, Leo!

Los ojos de Leo se humedecieron y no era solo por el frío que los resecaba.

—No puedo estar a tu lado sin sentir que he fracasado. No fui yo quien te salvo, Eri. Fue Ray… De haber podido, te habría vengado. Y no, no fui yo —repitió.

—No puedes culparte por ello. Estabas herido. Adler iba a matarte, ¡maldita sea, Leo, por favor, razona!

Leo no pudo evitar las lágrimas que salían traidoras sin previo aviso. Le temblaba la barbilla. Intentaba ser fuerte frente a ella. Si lo

odiase, todo sería más fácil.

¿Aquello era una despedida? La culpabilidad lo acompañaría día y noche. El recuerdo de las manos de Adler recorriendo su cuerpo lo asqueaban. No soportaría ni siquiera observar su propio cuerpo, pues se lo imaginaría asaltado por Adler. No podía pensar en otra cosa más que en esos ojos viciados por la lascivia. No podría tocar a Erika. Si lo hacía, regresaría a él cada una de las imágenes de aquella cámara bajo tierra repleta de tesoro y malas intenciones. Y luego estaba Ray para recordarle que él no había sido el héroe de la historia.

—Tú ya me salvaste, mi amor, llegando a mi vida y haciendo ver que un día sin ti es un infierno. Y ahora me arrepiento. Fui yo quien te abandonó aquel día. Fui yo la que desapareció de tu vida dejándote solo y desamparado —reconoció Erika acariciándole el rostro y secándole las lágrimas—. Aquel bebé era de los dos. No podemos estar separados. Estemos donde estemos, siempre haremos lo posible por reencontrarnos.

—Da igual cuántas vidas tenga que vivir sin ti. Siempre volveré para reconquistarte. Una y otra vez. —La besó en la frente a modo de despedida.

—¡No! —Se aferró a su torso— No me dejes…

—No lo hagas más complicado de lo que ya lo es. Debo irme… No puedo mirarte a los ojos sin sentirme avergonzado. Podrían haberte hecho cualquier cosa en esa maldita cueva, joder. Los habría matado si alguno te hubiera puesto la mano encima.

—Pero no puedes irte. Me prometiste que cuidarías de mí. Hiciste una promesa…

Leo tomó los brazos de Erika y los retiró.

—Ya no soy miembro de la Orden, tú tienes un futuro en tu empresa, junto a tu prometido, y yo —dijo mientras le temblaba la voz— solo seré un bonito recuerdo para ti. Al menos eso espero. Tarde o temprano me terminarás olvidando. Sé que serás feliz con él…

Erika lloraba con tanta pena que se había quedado sin voz. No podía articular palabra alguna, salvo emitir sollozos.

—Estás preciosa. —Sonrió y la tomó del mentón para mirarla a los ojos—.

Necesito que seas feliz y a mi lado no podrás serlo. No te pido que lo entiendas ahora. Me es imposible recomponer un jarrón roto cuando mi corazón está deshecho en mil pedazos.

—Pues volveré a reunir los pedazos. Mi cariño será como un *super glue*. Prometo hacerte feliz todos los días de mi vida sin excepción alguna.

Leo cerró los ojos. Sonrió. Trago saliva amarga. Aquella era la Erika de la que estaba locamente enamorado: risueña, graciosa, cariñosa.

—Sé que darías todo lo que estuviera en tu mano para hacerme feliz, pero yo no puedo ofrecerte más que un hombre roto por todas partes. No mereces eso, mi amor.

—No dejaré que te marches.

—Así es, Erika Clinton. —Le obsequió su particular sonrisa de bandolero—. Terca como una mula, pero esta vez no puedo permitir ser egoísta y quererte solo para mí. Ray merece otra oportunidad. Te ama —reconoció con el rostro apenado.

—No más que tú.

—Eso jamás…

Erika volvió a abrazarlo. Se perdía entre tantos músculos. Era demasiado pequeña para Leo, pero era la horma de su zapato.

—Ay, mi pequeña halcón… ¡Cuánto voy a echarte de menos! —susurró en su sedoso pelo.

—No te irás. No te lo permitiré.

—Hueles tan bien…

—Tú eres mi hogar. Allá donde tú vayas, iré contigo, como una tortuga. La casa la llevo encima. Tú eres mi hogar. No puedes marcharte.

—No puedo proporcionarte seguridad en ese hogar, amor incondicional, cuando albergo tanto odio y rencor. No puedo darte cariño sin antes hacerte daño y destruirte. No puedo prometerte ser tu sueño cuando solo puedo regalarte mis pesadillas. No puedo iluminarte el camino cuando solo poseo oscuridad. Mi amor, no sabes lo que daría por recuperar el tiempo perdido, y ofrecerte el sol y la luna.

—No quiero el sol y la luna. Te quiero a ti sin tantas florituras. Te quiero sin tener que dar porqués. Te quiero sin tiempos ni prisas. Solo quiero saborearte cada segundo como si fuera el último. Te quiero así sin más.

—Si me quieres, déjame ir —le suplicó.

—No puedo hacer eso. Si te dejase ir también estaría dejando marchar mi corazón y un cuerpo no puede vivir sin su corazón.

—Te lo ruego… Deja que me vaya. A veces las relaciones terminan. No necesariamente porque se hayan dejado de querer, sino porque juntos pueden destruirse. Si me quedo, puedes estar segura de que no seré más que un recipiente vacío carente de valores. No puedo pedirte que me esperes porque volvería a ser un egoísta haciéndote esperar. Necesitas rehacer tu vida. Mereces ser feliz. Ve con Ray.

—Vuelves a perderme. Sigues siendo ese cobarde que deja su vida en manos del destino. Mereces que te odie, que te grite: «Estúpido».

—Grítalo, Eri, mi amor. Soy un estúpido… —asumió.

Sí, eso es. Si lo odiase todo sería más fácil. Quizá si la defraudaba, ella le dejaría marchar.

—También soy un cobarde porque me es imposible retenerte en mi vida sin herirte…

A Erika se le empapó el rostro de lágrimas.

—Mírate —dijo Leo—, aún no me he marchado y ya te estoy hiriendo. No me merezco tu amor. Tendría que haber muerto en esa cueva.

—¡No seas tan injusto! Es mi vida la que dejas sin importarte qué será de ella cuando faltes. Si hubieras muerto allí, yo simplemente me habría dejado hacer todo tipo de atrocidades hasta morir. Eso explica muchas cosas. —Se secó las lágrimas con el descosido de la manga—. Me habría entregado a la muerte con tal de no tener que vivir sin ti, y tú, en cambio, te importa una mierda desaparecer. Si te vas, no vuelvas nunca más. Cerremos este capítulo para siempre. No volveré a darte más oportunidades, Leonard O' Conell.

Leo tenía pinzado su corazón y estaba sangrando por dentro. Su vida nunca había sido un camino de rosas y sí lo fue de espinas, pero vivir sin ella, sería un gran sacrificio.

Le hubiera gustado poder enjugar sus lágrimas y decir que todo lo que había dicho era una sarta de contrariedades, pero en su mundo, la debilidad no estaba permitida. Hacerle daño a la persona que más amaba, tampoco lo estaba, así que, lo justo era dejarla marchar ahora. Leo retrocedió dos pasos sin dejar de mirarla.

—No te vayas… —rogó Erika abriendo sus brazos.

—Adiós, Eri. Sé feliz.

—No vas a dejarme. En realidad, ahora irás a casa y me esperarás allí. Solo estás cansado. Eso es todo.

—Voy a recoger mis cosas y antes de que estés de vuelta, ya me habré marchado.

—¿Dónde irás?

—No lo sé aún. —Se encogió de hombros—. Pero estoy seguro de que será lejos.

—Llévame contigo…

—No puedo, Eri. Al lugar donde vaya me llevaré mi corazón roto.

—Sabes que te encontraré. Hoy te odio porque te vas sin mí. ¡Te odio, Leonard!

—Vuelvo a ser Leonard… —susurró apesadumbrado.

—Recuerda cuando te llamaba tan dulcemente Leo. Solo entonces podremos volver a estar juntos.

Leo se alejó un poco más, hasta que la silueta de Erika se vio empequeñecida, hasta que esta se despidió de él con un simple adiós con la mano. Leo no podía irse sin dejar parte de su yo en ella. No solo Erika había dejado una huella imborrable en él, sino que además tenía la certeza de que jamás volvería a amar con tanta intensidad a nadie más.

—Se ha ido. Se ha ido para siempre. —Erika corrió hacia Thomas y lo abrazó fuertemente.

—Erie, cariño… —La envolvió en sus brazos—. Volveréis a estar juntos, lo sé. —Le besó la frente.

Erika llevaba horas sentada en el sofá de ese hospital esperando a que Ray despertase. Había estado llorando durante horas. Su carita aún permanecía hinchada y sus ojos enrojecidos.

Ray había perdido demasiada sangre y lo estaban transfundiendo. No tenía familia en Alemania. Sus padres habían fallecido y su tía paterna vivía en Hamburgo. Solo tenía a Erika y, en ese momento, también a la Orden.

—¿Saldrá de la inconsciencia? —preguntó Erika a una jovencísima enfermera.

Era una barbie preciosa. Rubia, con ojos azules y con un

despampanante cuerpo incluso con el uniforme.

—Sí —respondió—. Hemos revisado su herida. Quien se la cosió, le salvó la vida— Sonrió tímida.

Erika también sonrió. Leo volvía a llamarla: «Eri, Eri, mi amor, ven… Ven a buscarme»

—Fue un héroe y merecía que le salvaran la vida. Incluso un héroe también necesita ayuda en algún momento de su vida.

—Sí —asintió la enfermera—, me estuvo contando lo que había hecho por la mujer que amaba y me juró que volvería a hacerlo por ella. Su amigo es especial, señorita Clinton. No todos los hombres dan su vida por amor. Me parece una gran proeza. —Se ruborizó mientras tomaba la temperatura al paciente.

—Lo es. —Le cogió la mano—. Es un amigo muy especial para mí y estoy muy orgullosa por lo que hizo. ¿Cómo te llamas? —preguntó —. Para dirigirme a ti.

—Arabelle.

—Yo soy Erika. Encantada.

Era obvio que Ray habría disfrazado la historia real, emitiendo los hechos de que formaba parte de una comunidad secreta de mecenas. Arabelle y Erika estuvieron hablando un buen rato sobre el valiente de Ray. La enfermera parecía sonrojarse cada vez que relataba lo que Ray le había contado sobre el testimonio en el que había salvado la vida a esa mujer a la que amaba. Después de que la enfermera comprobara sus constantes vitales, iba a retirarse para acudir a otra habitación, pero Erika la tomó del brazo.

—Arabelle, imagínate una iglesia. ¿Cómo la dibujarías? —La interrumpió.

—¿Una iglesia? ¿Por qué lo dices?

Erika esperaba que aquella enfermera le diera la respuesta correcta, la respuesta que habría esperado Gilbert si aún hubiera seguido con vida. Erika había visto a la candidata perfecta para sustituirla en la Orden. Ella lo llamaba instinto. Aquella muchacha al parecer le atraía Ray.

—Nada en especial. Se me acaba de pasar por la mente. Me dedico a la arqueología. Todo lo que se relaciona con el arte me apasiona. Quizá puedas ayudarme.

—Me la imagino gótica —contesto la muchacha después de unos segundos indecisa—. Es mucho más bonita, más compleja y avanzada en la técnica. Espero que te haya ayudado. —Sonrió dejando entrever sus dientes perfectamente alineados.

—Más que eso. Has hecho que me decidiera.

Gilbert habría soltado todo su arsenal allí mismo. Le habría dicho quién era y por qué había sido seleccionada para formar parte de una comunidad de mecenas, pero en vez de eso, Erika decidió que Thomas hiciera los honores como maestro. Él sería quien hablase con Arabelle para que formase parte del equipo.

—Tengo que marcharme. Me reclaman en la 203. Me hubiera gustado haberme dedicado a otra cosa. Como bien dices, un héroe también necesita ayuda alguna vez — bufó cansada.

—Ojalá encuentres algo que te haga sentir satisfecha y no una esclava. También mereces tener vida social. No todo es trabajar. —Hizo una breve pausa para suspirar—. Cuando seas una anciana y quieras tener nietos sobre tus faldas, espero que no digas que no tuviste tiempo para estar con ellos porque trabajabas más de doce horas diarias. Eso es inconcebible.

—Cierto es. Gracias por la charla —agradeció Arabelle.

—No me las des todavía. Aún tienes que conocer a Thomas. Él suele ser convincente desde el principio.

—¿Thomas es el padre de Ray?

Erika sonrió. Thomas era el padre de todos. El hombre de corazón noble.

—Algo así podría decirse, sí… —Le contestó.

CUATRO MESES DESPUÉS

Los segundos suceden como puñales inmediatamente después de una despedida. Entonces, las personas, se percatan de que las horas son tortuosas cuando los envuelven la tristeza con su manto oscuro. Todo se vuelve lacerante, hasta un simple erizamiento de piel o un olor que los lleva hasta el causante de su anhelo. Contarán cuántas veces pestañean al día, acompañados de una soledad que se mofa de ellos. Incluso notarán que respiran cuando ese proceso vital se hace de manera involuntaria. Todo es más perceptible cuando uno se recrea en el dolor.

Ray se despertó con apetito. Lo primero que dijo fue:

—¿Dónde está cocinera de moda?

Sus ojos perdidos se encontraron con los de Erika.

—Hoy haré patatas con mantequilla y lubina al horno, ¿qué te parece? Gracias a Dios que sé cocinar. Sino no sé cómo te las apañarías sin mí.

—¿Tú también has sido persuadida por Thomas? Hablas de Dios igual que él. ¿Aún no habéis encontrado a ese mequetrefe? —La besó en la sien.

—No. Thomas está trabajando en ello… —Erika desvió su mirada hacia el suelo. No quería que Ray viera tristeza en ellos. Hablar de Leo era aceptar que no estaba.

—Seguro que Thomas le encontrará. ¡Qué no hace ese viejo sabelotodo! Acuérdate que tiene el beneplácito de Dios y del Espíritu Santo —bromeó para hacer reír a Erika.

Erika se vio contagiada por el sarcasmo de su amigo Ray. Erika llevaba meses yendo a su casa, en Berlín, para hacerle la comida y cuidarle mientras su herida cicatrizaba.

—Ojalá lo encuentre… Necesito una sola pista de su paradero. Lo demás, lo haré yo misma. Por cierto —carraspeó mientras metía la bandeja en el horno—. ¿Vendrá tu guapa enfermera a comer con nosotros?

—No voy a mentirte. Es guapa —admitió—. Vendrá sobre las cuatro, en cuanto salga de su guardia.

Erika le contó por qué creía que Arabelle era una candidata adecuada para la Orden. Ray discrepó al principio, pero Erika tenía demasiados argumentos y él no podía rebatirlos todos. Al final lo convenció, aunque no le gustaba la idea de que Erika abandonase la Orden.

—Es mi decisión, Ray. Decidí entrar de nuevo en ella para ayudar a Gilbert en su última misión, pero sin mi compañero de misiones, siento que mi lugar no es este. Además, tengo una buena razón de ser para abandonar por completo la Orden.

Llamaron a la puerta. ¿Cuál era su razón de ser para abandonar la Orden? Ray no se lo preguntó, pero se lo imaginaba.

—¿Esperabas a alguien más a las dos de la tarde, Ray? —preguntó arqueando una de las cejas.

—La verdad es que no… Tú quédate aquí. Miraré por la merilla.

Era Thomas. Traía consigo unos deliciosos bombones y una sonrisa en su viejo rostro. Ray abrazó a Thomas. Tenía una nueva familia… Por lo menos no estaba solo. Pasaron la tarde charlando sobre la nueva aspirante antes de que esta llegase. Thomas no hizo mención sobre los avances del paradero de Leo, lo que entristeció a Erika. Y así fue cómo trascendió el día. Otro día más sin Leo.

Erika había sobrevivido a la dura prueba del destino soportando siete años sin él y en aquellos momentos, los meses se le hacían eternos y agonizantes. Se llevó las manos hacia su vientre y lo acarició sin que nadie la viese. Después pensó mentalmente: «Prometo que cuidaré de ti, pero primero buscaremos a papá y lo traeremos de vuelta… —Y cogió un bombón de chocolate que Thomas había traído — Espero que te guste tanto como a mí. El chocolate o papá. O los dos». Sonrió para sus adentros.

22

Un viaje mágico

Erika lo tenía todo, pero él le recordó que siempre se necesitaba algo. Ella no sabía qué era ese algo y desde hacía mucho tiempo lo había estado buscando hasta que lo había encontrado.

Su aventura había empezado en Bremen, buscándolo en todos los lugares donde habían estado alguna vez: desde la plaza del mercado, Schnoor, hoteles en Bremen, cafeterías y bares y un largo etcétera. De Bremen, que había pateado de arriba abajo, se pasó por el loft de Leo, su antiguo apartamento. Allí habían pasado innumerables momentos que Erika recordaba con nostalgia. Habiéndose cerciorado de que no estaba allí ni en las inmediaciones, se había dirigido hacia Berlín para cerrar un acuerdo con un socio que llevaría a cabo sus negocios en la empresa Forks. Seguiría ganando el mismo dinero, pero ya solo tendría que trabajar desde casa. Todo eso durante cuatro meses. No había hallado ni rastro de Leonard O' Conell. Temía que el muy astuto pudiese haberse cambiado el nombre durante su estancia en cualquiera de los hoteles o apartamentos donde se instalase. Rezaba porque así no fuera. ¿Dónde podría esconderse un hombre como Leonard? No era propio de él esconderse. Y no es que se escondiese de nadie, simplemente había querido desaparecer.

Para no querer ser encontrado debía irse a un lugar tan remotamente apartado donde nadie, inclusive Erika, se imaginase que estaría, un retiro espiritual donde ni siquiera la mujer que amaba podría figurárselo, pero se había olvidado de un pequeño detalle. Erika lo conocía mejor que nadie. Ella podía saber qué pensaba sin ni siquiera abrir la boca, conocía sus respuestas y las preguntas que formularía, también sabía muy bien de sus debilidades. ¿Dónde podría estar un hombre que no quiere que lo encuentren?

Erika se lo había preguntado miles de veces. También había querido abandonar la idea de buscarlo miles de veces. Se había sentido frustrada miles de veces y miles de veces se había dicho a sí misma que haría lo que estuviese en su mano para encontrarlo. ¿Qué no se hace por amor? Y no era un amor cualquiera. Leo la amaba. Lo único era que él era demasiado orgulloso para admitir una derrota. Se había marchado para no herirla, pero Erika solo quería curar sus males, arrancárselos de raíz, porque juntos y unidos sumaban la

fuerza.

Ya no eran solo dos y, por eso, Erika debía hacer el último esfuerzo. A veces tenía que sentarse antes de seguir avanzando. Estaba cansada, sentía que tenía sueño en todas partes, pero el amor le hacía levantarse. El amor hacia Leo. El amor hacia esa pequeña criatura que llevaba en su interior. Cuatro meses que habían sido un auténtico caos para Erika. Protegía a su bebé y a la vez también intentaba protegerse a sí misma. Tenía miedo de tropezar, de que alguien le diera un codazo en su aún pequeño abdomen, de que todo aquello no saliera adelante. El miedo era parte de ella. No podía evitar pensar en su primer bebé, porque él seguía en su corazón. Nadie podía ocupar su lugar. Yacería en una parte de él para toda la vida.

Mientras salía de su oficina para pasar a recepción, se acordó de Frieda. Cómo era posible que su mejor amiga se convirtiese en una desleal desconocida. Aún podía escuchar su voz de hada por el pinganillo. Podía verla cruzar la estancia con su falda de tubo y ojos morados. El amor hacía impuros a los más puros. Frieda había sido una historia más. Formaba parte de la misión de su vida como lo había formado Gilbert, como lo seguía formando Leo, Thomas, y ahora su bebé. Su misión había sido sobrevivir, la aceptación y, por último, el receso. Todo entrañaba un riesgo y enamorarse no había entrado en sus planes. Thomas le había dicho: «Si de verdad estás enamorada de esa persona e imaginas la vida a su lado con sesenta años, entonces no dejes que se marche. Haz todo lo que esté en tu mano para que quiera quedarse». Y así había sido cómo Erika había decidido que debía buscar a su príncipe azul, a su compañero de misiones para emprender juntos un nuevo camino, para enfrentarse a las nuevas misiones que la vida les impusiese.

Después de dejar Berlín, tenía varias opciones: una era regresar a Bremen y seguir buscando con Thomas. Quizá podrían investigar juntos con la aportación de un *hacker* los movimientos bancarios de Leo o encontrar alguna gestión que él ejecutase y se mantuviese informatizada. Sería más fácil así, aunque llevaría el doble de tiempo y ella no lo tenía. La otra opción era arriesgarse y quemar el último cartucho y, ya estando en el aeropuerto, eligió viajar a Madrid, hacia la ciudad que vio crecer a Leonard. No sabía cómo iba a localizarlo, pero si no lo intentaba, Leo jamás sabría que iba a ser padre. Quizá eso lo haría recapacitar y retomar la relación desde donde la habían dejado. Era una buena razón para hacerle regresar.

Llamó a Thomas mientras compraba los billetes. Llevaba poco equipaje. Lo justo para ir a España con lo puesto y dos mudas. Se quedaría tres días y dos noches.

—Bien, Erie —habló Thomas desde el otro lado del teléfono—. Te alojarás en el Ritz. Te he mandado todo a tu correo. Lo encontraremos. Si tu instinto te ha llevado hasta allí, es porque allí estará.

—Gracias por tus ánimos. Solo espero que desee regresar cuando se lo cuente.

—Erie, ser padre es un buen motivo para volver a empezar. Suerte. Cuídate.

—¡Thomas! ¿Sabes algo de Ray? No he podido despedirme de él.

Thomas se echó a reír.

—Está muy bien. Más que bien con su amiguita Arabelle.

Erika sonrió satisfecha.

—¿Crees que la enfermera tendrá una oportunidad? Sí, deme uno de ida para Madrid. —Se dirigió a la chica de ventanilla.

—Claro que lo creo. Se lo ve feliz. ¿Sabes que al final aceptó ser una de los nuestros? Les he puesto como compañeros de misiones.

Erika se acordó de Gilbert. Él también había decidido que ella y Leo fueran compañeros de misiones. Si Gilbert supiera que su decisión había hecho cambiar tanto a sus hijos adoptivos, estaría sumamente orgulloso.

Mientras Thomas le daba instrucciones que debía seguir al pie de la letra, Erika solo pensaba en qué haría si viese a Leo en España. Había imaginado mil reencuentros: Leo asombrado mirándola a lo lejos corriendo hacia ella; Erika mirándolo a lo lejos corriendo hacia él; Leo emocionado al verla; Leo con una sonrisa ancha en su rostro; Erika llorando; Erika envuelta en los brazos de Leo sintiendo su calor; Leo haciéndose el valiente mientras susurraba a Erika palabras de aliento.

Quizá cuando volviesen a verse, sus almas fueran tan distintas que podrían no reconocerse. También existía la posibilidad de que pudieran volver a enamorarse como la primera vez. En cualquier caso, ella ya no era la misma. Llevaba consigo una vida interior con dos corazones latiendo a la vez. Y él se habría transformado y convertido en un hombre renovado con menos prejuicios e inseguridades.

Con el alma encogida y la esperanza puesta en marcha, subió al avión y tomó asiento al lado de la ventanilla. Su acompañante era un anciano de unos ochenta años.

Cuando el avión despegó, Erika no pudo evitar el mariposeo incesante en su estómago. «Leo, mi amor, ojalá estés allí. Vamos a ir a por ti», rezó.

Una vez volando sobre las nubes, el anciano le preguntó:

—¿Viaje de negocios? —preguntó.

Bien podría ser Gilbert. Tenían los mismos rasgos físicos, el mismo timbre de voz y misma cabellera blanca, pero no. Gilbert se había marchado para nunca más volver.

—No, en realidad es un viaje mágico —contestó Erika contagiada por el momento—. Voy a traer de vuelta al padre de mi hijo. ¿Y usted?

El anciano sonrió. Incluso su sonrisa era bella a pesar de la edad y el deterioro.

—¡Vaya, qué coincidencia! Mi viaje también es mágico. Voy para quedarme con el amor de mi vida —contestó.

Ambos asintieron convencidos de que el amor movilizaba hasta un anciano que tenía tan limitados sus pasos.

—¿Es española?

—Sí, aunque puede ser que ya no sea tan española ni viva de grandes lujos ni tenga siquiera casa.

—¿Lo dice porque no está seguro de que pueda seguir viviendo donde vivía antes o haya emigrado a otro país?

El anciano se tomó unos segundos antes de contestar.

—No, señorita. Estoy seguro de que sigue en el mismo sitio donde acordamos.

De esto ya hace más de sesenta años. —Hizo una breve pausa—. Hay historias que depende de quién te las cuente podrían ser de una manera o de otra. Si hubiera sido ella la que hoy hubiera tomado este avión, quizá le habría contado una historia bien diferente, pero soy yo el que está aquí, en este preciso momento, a esta hora y este día. Mis padres emigraron a Alemania y, aunque con dieciocho años ya me consideraba un hombre hecho y derecho, lo habría dejado todo por mi primer amor de no ser por la tenacidad de mi padre. Prácticamente me arrastró hasta Alemania. No iban a dejarme atrás por una chica. Eso me dijo.

—Imagino el calvario por el que tuvo que pasar…

—No se lo imagina. No pude despedirme de Lola. Quizá porque fui un cobarde y siempre he odiado las despedidas. La dejé una carta y me fui. Desde entonces no he vuelto a coger un avión hasta hoy. Fue tanta la pena que me llevé a Berlín que prometí no volver a coger un avión hasta ahora. Nunca he llorado tanto. Nunca había visto tan espantoso estar tan alto de las nubes ni odiado tanto a mi padre.

Erika entendió su dolor con tan solo sumergirse en esos ojos tristes.

—¿Y por qué tardó tan tiempo en regresar a por su Lola? Podría haber vuelto una vez fuera más independiente y pudiese afrontar los gastos.

El anciano negó con la cabeza.

—Eso fue lo que yo pensé, pero la vida te muestra otros caminos que tu creías inexistentes. Empecé a trabajar con mi padre y todo mi mundo cambió. Apenas tenía tiempo ni para comer. Estaba tan ocupado trabajando que me era imposible pensar siquiera en la posibilidad de regresar. Cuando eres pobre, no puedes aspirar a más, y yo tenía que ayudar económicamente a mi familia.

—¿Supo algo de ella en ese tiempo?

—Sí. —Sonrió—. Volví a saber de ella cuando ya tenía veintidós. La escribí y le dije que me perdonase por haber sido un cobarde y que aún la seguía amando.

—Y… ¿ella le contestó?

El anciano bajó la mirada triste.

—Por supuesto. No recuerdo haber abierto una carta con tantas ganas en mi vida. Con las cartas del banco me tomo mi tiempo, ¿sabe? —bromeó—. Abracé esa carta. Amé esa carta. La olía en busca de ese olor tan peculiar de Lola, pero no lo encontré. Solo encontré reproche y odio. Claro, ¿qué esperaba encontrar? ¿Un «te quiero y un vuelve conmigo»? —volvió a negar—. Nada de eso. Lo que más me hirió, y en parte era lo que podía esperar, fue que mi Lola iba a casarse. Entonces recordé lo duro que había sido dejarla y subir a este cacharro para desaparecer de su vida.

—¿Y qué hizo? ¿No intentó convencerla para que no se casara?

—No… No tenía ese derecho. Si ella era feliz con ese hombre, lo suyo era dejarla marchar. El otro hombre no tenía culpa ninguna de que yo hubiera sido un cobarde y abandonase a esa mujer tan valiosa que el sí supo valorar. Pasaron los años… no se imagina lo rápido que

pasa la vida. Cuando quiera darse cuenta de dónde está, tendrá nietos en su regazo y puede que acabe en una residencia por voluntad propia para dar toda la libertad del mundo a sus hijos.

—¡Vaya! Lamento que no coincidiera con Lola. ¿Quién no ha tenido un primer amor? Pero normalmente, uno no termina con su primer amor. Enamorarse por segunda o tercera vez es más intenso. Dígamelo a mí.

—Lola volvió a escribirme. Yo ya estaba casado y tenía hijos. Mi mujer Jenell fue la que me dio la carta. No tenía secretos con ella, así que la leímos juntos. Aún recuerdo lo que sentí cuando la leí. Comprendí en un instante por qué había sufrido, por qué había tenido que afrontar una nueva vida lejos de Lola, por qué amaba a Jenell y a mis hijos, por qué había odiado a mi padre y luego me había arrepentido de haberle tratado tan mal una vez hubo fallecido. Ese instante cambió años de incertidumbre y dolor. Conocemos personas, lugares y situaciones para estar donde estamos. Nada existe por casualidad. Las personas nos enseñan valores, los lugares nos muestran caminos inexplorados que hacen que cuidemos más la naturaleza y la Tierra y las situaciones hacen que valoremos nuestra existencia. Amé a Lola y ella me amaba a mí, eso fue lo que me dijo en su carta, pero ninguno hizo lo impensable por volver a estar juntos.

—¿Le dijo que lo amaba? Y su mujer Jenell, ¿qué dijo?

—Jenell tan humana e impredecible se echó a reír. Posiblemente rio por no darme un bofetón. Ella era así, un ser bello de espíritu que lo dio todo por su familia y por mí.

—Siento su pérdida.

—Más lo sentí yo hace más de diez años… así que ahora me reuniré con el amor de mi vida como prometí.

—¿Lola sabe que va a buscarla?

—Lola? ¡Noo! ¡Qué va! —Hizo aspavientos con la mano contrariado—. No es a Lola a quien voy a ir a ver. Amé a Lola con todo mi corazón, pero creo que usted no se ha percatado de un pequeño detalle. Quizá porque Jenell no tiene nombre español o porque no fue mi primer amor.

—¿Jenell? ¿Es con quien va a reencontrarse? Dios mío… perdone mi ignorancia. ¡No entiendo nada! Discúlpeme. Quizá no haya comprendido bien su historia…

El anciano se echó a reír a carcajadas.

—He sido yo el que la he despistado. Me encanta mantener el misterio hasta el final. Disculpe a este viejo. Quería dar a entender que no hay que desaprovechar el momento. Que hay que ser valiente y jamás renunciar al amor, pero que, si el tren decide marchar sin ti, es porque tu destino era perderlo para retomar uno nuevo. Amé a Lola, sí —repitió—, pero con Jenell he pasado parte de mi vida. Ha sido la madre de mis hijos, mi compañera de viajes, mi amante y mi mejor amiga, el amor de mi vida. Nadie me conocía mejor que ella. Era española y su deseo fue ser enterrada junto al panteón de su familia en España. Mire… señora….

—Clinton. Señorita Clinton. Aun no estoy casada.

—Disculpe, señorita Clinton —rectificó—. Como le venía diciendo, es con mi mujer con quien tengo mi última cita. Por eso dije que no sabía si seguía siendo española en el otro mundo o si estaría en el mismo lugar viviendo. Nunca se sabe qué hay después de la muerte y como me queda tan poco tiempo de vida, he decidido que lo mejor es que cogiera las maletas y me dirigiera hacia España para reencontrarme con ella, para seguir juntos en el más allá como acordamos. Le hice una promesa y la he cumplido. No he amado a nadie tanto como a mi mujer Jenell. Por eso es un viaje mágico… ¿Comprende ahora la diferencia que hay entre el primer amor y el amor de tu vida?

Erika lloró de emoción. Aquel hombre era puro sentimiento y su historia le había atrapado desde el principio. El anciano le dio un clínex.

—Todo el mundo muere… Todos moriremos algún día —dijo—. Esta vida es de paso y se nos presta para aprovecharla, no para lamentarnos. Eso mismo le dije a mis hijos. Esta vez sí me despedí. No iba a tomar este avión sin antes despedirme de mis hijos. No se preocupe, comprendo lo que siente y sé que ha comprendido con detalle la diferencia entre un amor y otro, y lo valiosa que es su vida mientras no se daba cuenta de que volábamos hacia el encuentro del amor de su vida. Estaba usted en lo cierto, señorita Clinton, enamorarse por segunda o tercera vez es más intenso.

Erika sonrió. Le pareció tan bella y triste aquella historia que se quedó sin palabras. Le agradeció que se la contase y el hombre le agradeció a ella haberle escuchado. No podía preguntarle nada sobre su enfermedad, pues ni disponía de esa confianza ni deseaba mencionarla después de verle tan emocionado. Tras hablar sobre el tiempo y sobre la gastronomía de diversos países, Erika le relató su historia con Leo y cuál era su misión: encontrarlo.

—Entonces, búsquelo y nunca se rinda —le aconsejó—. El tren solo pasa una vez, pero a veces hace raras excepciones y regresa para llevarte con él.

—Se le da bien llegar al alma, señor. Eso solo lo ha logrado una persona. Era mi mentor. Usted me lo hace recordar. —Le tembló el mentón.

—Gracias. Si se emociona al recordarle es porque fue buena persona. Gracias por el cumplido.

—No hay de qué. Gracias a usted por compartir su historia conmigo.

—Solo intentaba hacerle el viaje más ameno. Ahora sabrá que usted y yo no nos hemos conocido por casualidad.

—¿Por qué lo dice?

El piloto comunicaba la llegada al aeropuerto de Barajas de Madrid: «Les agradecemos que hayan elegido nuestra compañía aérea para viajar y les deseamos una agradable estancia en Madrid…».

—Porque las casualidades no existen. Seguramente de esta conversación haya aprendido algo. Es posible que le hiciera tanta falta como a mí charlar sobre la vida. A veces es bueno compartir experiencias. Encantado de conocerla. —Le estrechó la mano—. Suerte en su búsqueda. Cuando lo encuentre, no lo suelte. Que sea muy feliz con su pequeña criatura.

Erika le mostró su agradecimiento.

—Adiós, señor. Ha sido un placer —le dijo. Ni siquiera sabía su nombre.

—Me llamo Luther —respondió adivinando sus pensamientos—. Aunque poco importa ya. Un nombre es solo un nombre y cuando me haya marchado, ni siquiera seré recordado, pero algún día, estoy seguro, usted y mis hijos se acordarán de mí.

—Por supuesto.

—Al fin y al cabo, es un viaje mágico. Usted se reencontrará con Leo y yo con Jenell. Todos contentos.

Erika asintió con ojos vidriosos. Después de la despedida, los pasajeros fueron bajando poco a poco. Luther fue desapareciendo entre el gentío y Erika lo perdió de vista. Seguía pensando que aquel hombre tenía mucho parecido con Gilbert y tenía la certeza de que

había ángeles disfrazados de seres humanos en la Tierra, ángeles que estaban destinados a obrar grandes milagros con su sola presencia.

Lo que iba a hacer aquel hombre debía de ser muy complicado. Primero debió afrontar que estaba enfermo y que no le quedaba demasiado tiempo. Después debía asumir que ese poco tiempo que le queda lo tenía que emplear en despedirse de sus hijos y en viajar hasta donde deseaba ser enterrado rogando a sus hijos no ser acompañado a su confinamiento. Debía de ser muy difícil y Erika no podía imaginarse tener que despedirse de Leo para siempre y dejarle marchar. Ella iría donde él fuera. Sí, ellos eran uno.

Miró en su móvil el correo que Thomas le había enviado con el itinerario que debía seguir. Tenía miedo y a la vez una alegría tan grande.

—¡Taxi! —Levantó el brazo y se apresuró hasta el vehículo—. *Hallo,* Madrid… —susurró en un alemán seco.

Eran las nueve y media de la noche cuando el taxi la dejó en la misma puerta del hotel. Madrid. Madrid tenía un olor especial. No era desagradable del todo, era algo así como a tubo de escape, esencia de humanos estresados y a añejo. Dependiendo de las calles por las que se pasease podría oler a alcantarilla o a comida rápida que salía de los restaurantes, a dulces o a pescado. El taxista la ayudó con la pequeña maleta que llevaba.

Erika sentía que el corazón se le salía de tanto tumbo. ¡Dios mío! ¡Qué órgano más tonto! Enseguida se revolucionaba. Saber que aquella ciudad era la que había visto nacer a Leo la ponía nerviosa. Parecía una chiquilla a punto de quedar con un tipo en su primera cita.

¡Conque los españoles eran así tan caballerosos! El taxista se había quedado embobado mirándola dentro del vehículo. ¿A qué demonios esperaba para arrancar?, pensó Erika.

—¡Guapa!

—¿No ves que no hablo tu idioma? ¡Anda y vete a la mierda! —Le brindó un corte de manga.

El taxista puso el coche en marcha y se fue de allí echando pestes y derrapando.

Un buen comienzo en una ciudad donde los edificios eran tan dispares como su gente. Lo mismo había un edificio barroco como uno modernista. Lo mismo había un marroquí o un subsahariano o un

indio en el mismo sitio.

El tráfico de coches, las sirenas de las ambulancias, el ruido incesante de los motores y los pitidos conseguía afear una gran capital, al igual que lo hacía la chirriante contaminación acústica. Cualquiera que no hubiera ido nunca a Madrid, no se le pasaría desapercibido aquel ruido tan ensordecedor, pero a pesar de ser una ciudad hostil, Erika deseaba conocerla, como también deseaba hablar su idioma y sentirse más española cuando estuviera con Leo.

«Leo. Leo. Leo. Dime que estás aquí…»

Epílogo

El beso de sal

—Mi amor, ven, estoy aquí. ¿Acaso no me ves? —La silueta de Leo se hacía cada vez más pequeña. La voz de su amada parecía estar a tan solo dos pasos de él.

—Leo, he venido a por ti. Ven mi amor, ven a la luz.

Dentro del sueño, Leo se perdía entre la neblina. Por mucho que Erika intentase llegar hasta él, la espesura les mantenía separados. Erika avanzaba y Leo retrocedía.

—No tengas miedo —decía Erika—. Estoy aquí y no voy a dejarte.

Los sueños se producían bajo los efectos abrumadores de los recuerdos. Siempre llegaban con una capa de intensa dulzura, pero con aguijones que hacían recordar que el dolor se apoderaba de la mente y del cuerpo. Aunque se intentara escapar de ellos, siempre perseguirían al soñante en la oscuridad.

En ese tiempo, Erika se había aparecido en sueños todas las noches. La echaba tanto de menos que le dolía hasta el alma pensarla y soñarla. Ya era doloroso no tenerla a su lado, ¿por qué se empeñaban en hacerle la vida más difícil? Mantenerse alejado de ella había sido lo más duro que había tenido que afrontar.

Hubiera preferido morir antes que vivir sin ella pero, aunque no estuvieran juntos, sabía que ella siempre viviría en él.

En ese momento, vivía con su padre en un modesto piso de Madrid en la Castellana.

Aquel día, Leo se despertó agitado, considerando que sus sueños habían sido tan reales que hasta él mismo se había planteado si de verdad había visto a Erika o no la había visto.

Se frotó los ojos. Comprobó que todo había sido un sueño, que el ruido ensordecedor de afuera le traía de vuelta al mundo real, que el lado izquierdo de su cama seguía frío como el hielo y que, al otro lado de la habitación, volvía a oírse el televisor. Su padre estaba despierto.

Sus ojos tuvieron que vérselas con esa luz potente de la mañana que se filtraba por las persianas. Era hora de dejar los sueños para la

noche. Por eso estaba tan deseoso de volver a dormir, porque Erika siempre estaba allí para amarlo y perdonarlo.

Había pasado meses sin salir de casa. Se había instalado allí con la intención de ser un eterno huraño sin llegar a convertirse en un ser despreciable y antisocial. No tenía ningún plan establecido para seguir, simplemente dejaría pasa el tiempo sin pautas, dejar que su corazón herido poco a poco se reestableciera. Pero lejos de todo. Lejos de los recuerdos de Adler y de Alemania, aunque su padre insistía en que Alemania también le había traído a Erika. Una de cal y otra de arena para un hombre que dibujaba al azar las formas sinuosas del tiempo. Unas veces iba muy deprisa y por encima de las expectativas. Otras veces, iba lento, espeso y muy abajo. Así era el tiempo para los enamorados. El tiempo iba y venía, el amor crecía y se desarrollaba hasta llegar al punto más alto y luego bajaba como una montaña rusa, se mantenía, pero el amor en sí era más complejo, puesto que siempre debía ser tratado como los pétalos de una rosa o como las alas de una mariposa. El amor era tan delicado que, en manos de un ser distraído, podía desvanecerse hasta el punto de desaparecer. Siempre pende de un hilo. El amor es como ese chiquillo inquieto que, si no se le presta atención, puede provocar mayores desastres. El amor ha de mantenerse a raya y alimentarlo porque está a cargo de los enamorados. De alguna manera son responsables de su ciclo de vida.

Henry estaba viendo las previsiones del tiempo cuando vio entrar a su hijo en el salón. Ser padre no era fácil. Tampoco era fácil vivir siendo viudo. En aquellos momentos, se necesitaban mutuamente. Padre e hijo. Habían recuperado el tiempo perdido y juntos miraban hacia un futuro que parecía menos aciago.

—¿Vas a salir hoy? —preguntó Henry.

—Sí. Necesito dar un paseo.

—Muy bien, hijo. No puedes seguir ahí encerrado como si fueras un murciélago. —Tomó un sorbo de café— Ten, te he hecho el desayuno.

Unas tostadas con mermelada de fresa y un café solo harían que regresase de su ensoñación. Leo se recoló uno de los testículos de su pantalón de tela. Un gesto que hacía cada mañana al levantarse al percibir aquella monumental erección. Si no descargaba pronto, explotaría.

Se sentó al lado de su padre y comió en silencio con la mirada perdida en la mujer del telediario. Ni siquiera la miraba a ella, ni al televisor, solo miraba al infinito mientras crujía su rebanada de pan.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer? —preguntó Henry.

Pensar en regresar a Alemania para reencontrarse con Erika le llenaba de inseguridad. ¿Y si Erika había decidido rehacer su vida? ¿Y si había decidido continuar con Ray?

El miedo a regresar a Alemania y encontrarse vacío y solo era lo que lo hacía retroceder. Ya era bastante sentirse solo y culpable en aquel piso. Era más que suficiente.

—No es necesario que tomes una decisión ahora, hijo. Solo cuando estés preparado. ¡Ah, por cierto! —Se levantó de su asiento y se fue al recibidor—. Has recibido una carta de un tal Thomas F. de Bremen.

¿Thomas? ¿Cómo era posible si nadie sabía sobre su paradero? ¿También era obra de Dios que Thomas lo supiese? ¿Qué no sabía ese hombre?

Leo se levantó de su asiento como un resorte y cogió la carta. Los nervios se apoderaban de su alma. ¿Y si a Erika le había pasado algo? Quizá por eso Thomas se había visto en la necesidad de contactar con él para avisarle. ¿Qué otro motivo le llevaría a averiguar su paradero y enviarle una carta? Con manos temblorosas, abrió el sobre. No. No lo abrió, lo destripó en cuestión de segundos para atrapar su contenido con avidez, con ansias.

Ni siquiera se sentó. Aún se mantenía de pie cuando empezó a leer las palabras de Thomas como si pudiese escucharle. Thomas era el hombre de Dios, el hombre que había sido destinado para obrar el bien en la Tierra, dotado de unos dones excepcionales. Él era el hombre que todo ser en la Tierra buscaba para encontrar la paz y la armonía:

> Mi más preciado Leonard:
>
> Te escribo esta carta con la intención de haber dado con tu paradero. No ha sido nada fácil. Podría haberte llamado antes, pero tu teléfono lleva apagado meses, e imagino que no pretendes tener comunicación con nadie del exterior, pero he estado revisando tus últimos movimientos bancarios y la última conexión que hubo en tu teléfono y todo indica que estás ahí, en España. No me preguntes cómo lo he averiguado. Ya sabes mi respuesta… Todo es cosa de Dios o como dirías tú, del destino.
>
> Si eres tú y espero que así sea, encuéntrala. Encuentra a Erika. Ha ido a buscarte. Lleva meses buscándote. Y ella no ha sido la única… Los dos te hemos buscado como locos. No sé

siquiera si estoy escribiendo a la persona adecuada o eres un extraño, pero te ruego que, si te llamas Leonard O' Conell y amas a Erika, ve tras ella. No sé dónde está. Solo sé que hace días llegó a Madrid y que se aloja en el Ritz. Dejó de tener contacto conmigo desde que llegó al hotel. Dame una señal cuando sepas algo, por favor… estoy muy preocupado. De paso aprovecho para saludarte. Nada me complacería más que ver a los hijos de Gilbert de nuevo unidos. En cuanto puedas, comunícate conmigo, comunicaros conmigo. He de hablar en plural porque sé que al final os encontraréis. Tengo que hablaros sobre la herencia de Gilbert. Su abogado quiere hablar con vosotros.

Un cordial saludo.

—Hijo, parece como si acabasen de darte la mejor noticia de tu vida. ¿Qué sucede?

Henry desconocía quién era en realidad su hijo. Un buen mecenas jamás daría datos sobre la Orden de los Leyna, aunque ya no formase parte de ella. Leo se guardó la carta en el bolsillo de su pantalón de tela y corrió hasta la habitación para ponerse una camiseta y unas deportivas.

—¿Dónde vas? Estás consiguiendo asustarme. —Lo siguió hasta la habitación.

—No, padre, no pasa nada. Erika está aquí… —respondió con una sonrisa nerviosa. Ni siquiera atinaba a atarse las deportivas.

—¿Aquí en Madrid? ¿De verdad? Entonces debes ir a buscarla…

—Eso haré. ¿Cuándo llego la carta certificada?

—Antes de que te levantases…

—¡Por Dios y el Cielo! Espero que no le haya pasa nada… —pensó en voz alta.

—¿Qué iba a pasarle, hijo mío? Esa mujer merece la pena. Venir hasta aquí…. ya tiene que ser por un buen motivo—sonrió invadido por la nostalgia—. Yo habría hecho exactamente lo mismo por tu madre. Lo hubiera dejado todo con tal de poder abrazarla.

—Sí, pero Erika está loca… —negaba con la cabeza.

—Loca por ti, Leo. Estar loco no es malo. Lo malo sería si el mundo estuviera cuerdo en todo momento. El mundo sería muy aburrido sin cometer alguna locura de vez en cuando. Así que, ve… Corre como el viento. Que nada te detenga, hijo.

Leo le abrazó.

—Padre, si no regreso en unos días, es porque la he encontrado. No me esperes despierto.

—Vas en pijama…

—Sí —respondió mientras se miraba a sí mismo en el espejo—. No puedo perder ni un segundo. Ya he perdido demasiado tiempo sin ella.

Cogió las llaves del coche de Henry y salió tan apresurado como se lo permitían sus torpes pies.

Antes de salir por la puerta, le dio un beso a su padre.

—Gracias por estar a mi lado…

—Un padre jamás abandona a un hijo. Ya me lo dirás cuando tú seas padre. Suerte.

Leo asintió y se marchó con lo puesto.

No hacía frío. La mañana era cálida y primaveral, aunque chispeaba. Su corazón estaba tan acelerado como los coches que iban y venían en la ciudad. No podía levitar. El tráfico era más denso aquel día, puesto que las cosas no funcionaban como uno quería y mucho menos en Madrid. Madrid no era amigo de los impacientes.

—¡Maldita sea! —Dio un manotazo al volante—. ¡Cuanta más prisa tengo, más lento vamos! ¡Joder, qué asco de ciudad! —bufó.

Atravesó la Castellana con los nervios a flor de piel. ¿Qué le diría si la encontrase? Jamás se habría imaginado que Erika fuera capaz de ir a buscarle. Estaba loca si pretendía encontrarle en una ciudad tan grande y tan llena de gente… ¿Qué se creía que era Madrid? ¿Un pueblucho con tres habitantes? Le daría una cariñosa reprimenda y le diría lo mucho que la había echado de menos, recuperaría el tiempo perdido y nunca volvería a huir. Eso era lo que le pedía a gritos su corazón, pero su mente, una mente aún enturbiada, le exigía detenerse. Cuando pudo adelantar a la hilera de coches de su derecha, presionó el acelerador sin importarle el límite de velocidad establecido. Nunca antes había roto las reglas. Ahora las reglas las ponía él. Era el rey de la carretera, aunque estuviera en pijama. Eso no le restaba autoridad ni atractivo.

Sonrió una vez llegó al imponente Ritz proyectado en 1908 por Charles Frédéric Mewes, situado en el corazón del barrio del Retiro. Dejó el coche bien estacionado. Tuvo suerte de encontrar sitio muy

cerca del hotel. Quizá era hora de que los dioses le echaran una mano.

A toda prisa se dirigió a recepción. Varios botones le preguntaron si necesitaba ayuda, a lo que Leo respondió con un no rotundo. Cuando le atendieron en recepción, su atuendo dejaba mucho que desear, pero no le importaron las miradas inquisitivas hacia su vestimenta. Le era completamente indiferente.

—Buenos días, pregunto por Erika Clinton. Se aloja en este hotel.

—Buenos días —respondió el hombre de recepción—. Esa información es confidencial. Nos guardamos el derecho de preservar la identidad de nuestros huéspedes.

—¡Lo sabía! —negó enojado con la cabeza— Muy bien, viendo lo serviciales que sois, no me queda otro remedio más que esperarla.

—Le rogamos que, si no va a consumir, espere fuera.

—Como un perro… ¡por supuesto que esperaré fuera! —bufó y se dirigió hacia la puerta de salida enfurruñado.

No tenía tabaco. No llevaba ni siquiera dinero. Iba sin blanca, pero con un corazón rebosante de felicidad dispuesto a entregárselo de nuevo a Erika.

Se sentó en un bordillo a la espera de encontrar a Erika por allí. ¿Qué más podría hacer en pijama? Esperarla durante unas horas no era nada como esperarla media vida. Mientras pensaba qué la diría si la viese, un anciano encorvado se acercó hasta él.

—Joven, he oído por ahí dentro que buscaba a una mujer. Lo cierto es que… —carraspeó—. La conozco.

Hablaba un español fluido, pero con acento alemán. Era muy amable. Vestía de etiqueta para una ocasión especial y en su rostro se dibujaba una ancha sonrisa.

Leo se puso de pie para estrecharle la mano. Ambos hombres, casi de la misma altura, se miraron intentando descubrir lo que pensaba uno y lo que pensaba el otro. El anciano entiende la desesperación del joven y el joven entiende la parsimonia del anciano.

—¿Conoce a Erika Clinton?

—Así es. Viajamos juntos en el mismo avión y hace unas horas la vi marchar hacia la estación de Atocha. ¿Usted cree en las casualidades?

Leo se encogió de hombros. No sabía qué creer al respecto, pues

nunca había visto tanto parecido a Gilbert con aquel hombre desconocido y misterioso. Se había quedado sin habla. Si las casualidades existían, entonces debía dar gracias a que así fuera porque aquel anciano podría traerle de vuelta a su preciosa Erika.

—Podría decirse… ¡cuánto le agradezco su ayuda, no se hace usted una idea!

Leo estaba dispuesto a echar a correr hacia la estación.

—¡Joven, joven! —Lo detuvo la vocecilla del anciano.

—Dígame.

—¿Le dirá que hoy por fin me reuniré con mi Jenell?

—Por supuesto. Se lo diré. ¿Cómo se llama…?

—Sabrá que es el viejo Luther. No le voy a hacer perder más tiempo. Corra como el viento.

—No es la primera vez que me lo dicen hoy. ¿Sabe hacia dónde se dirigía? ¿Iba a coger un tren?

—No. No lo creo. Solo me dijo que, si usted estaba destinado para ella, la encontraría en cualquier parte del mundo. —Sonrió y se despidió con la mano. Leo le devolvió el gesto.

Corrió a toda velocidad por la calle, aliviado porque Erika estuviera a salvo pero, por otro lado, desesperado. No sabía qué podía ofrecerle. Quizá nada. Quizá la carta de Thomas que seguía en el bolsillo de su pantalón de pijama y la reunión pendiente con el abogado de Gilbert. Quizá un hombre en construcción y en constante evolución. Quizá un futuro esperanzador que labraría a base de constancia y amor. No tenía nada seguro, salvo una cosa: deseaba abrazarla de nuevo y sentir su pequeño cuerpo.

Ni siquiera era consciente de que la gente le miraba al pasar. Aparte de que era un hombre muy goloso y deseable, le miraban por su pantalón de pijama. Él no estaba pendiente de las curiosas miradas, sino de encontrar los ojos de su amada en todas esas miradas.

Cuando llegó a la estación, se dirigió sin saber por qué hacia el estanque de las tortugas. Aquel lugar había sido siempre su santuario. Si no estaba allí, seguiría buscándola palmo a palmo hasta encontrarla.

No había pisado aquel lugar desde hacía años. Todo volvía a ser envolvente. Se sentía como en la jungla. No había prácticamente nadie

aquel miércoles tan temprano. Los puestecillos estaban recientemente abriendo, y las únicas personas que miraban el estanque eran familias y algún turista aficionado a la fotografía. Tomó aliento. Se dejó embaucar por el canto de los pájaros que vivían en aquellos frondosos árboles. Se dejó contagiar por las risas de los niños que contemplaban las tortugas del estanque. Se dejó llevar por las circunstancias y después, se enamoró de nuevo de ella. Allí estaba ella. De nuevo ella. No la había más bonita. Se detuvo a recuperar el aliento. Su cuerpo se detuvo, pero su corazón se disparó. Se escondió como un chiquillo detrás de los árboles y la espió mientras lloraba de emoción.

Erika había perdido la cuenta de las veces que había imaginado a su bebé en los brazos de Leo. Allí, mientras observaba a un niño con su padre, seguía imaginándoselo. Se frotó el ya abultado abdomen y habló con su bebé mentalmente mientras se perdía en aquel estanque donde se proyectaba su figura. Había envidiado a aquellas tortugas. Estaban todas unidas, muy cerca las unas de las otras, compartían sitio y rutina, vivían aventuras cada día. En cambio, ella seguía sin su Leo (Leonard cuando lo odiaba).

Lo encontraría. Sabía que le encontraría. Sonrió cuando el niño, que estaba a un lado con su padre, le devolvió la mirada. Lo saludó con la mano y ella también le devolvió el gesto.

El niño desvió su mirada un instante y zarandeó la mano de su padre. Señaló con su dedo índice detrás de Erika. Algo le había llamado la atención.

Erika siguió la dirección que el niño había apuntado con su pequeño y dulce dedito. Dio media vuelta y se encontró con Leo a tan solo unos pasos de ella, con aquellos ojos aguamar y las lágrimas acariciando sus mejillas, con el pijama aún puesto, el pelo alborotado y las mismas ganas que ella de superar esa distancia y fundirse en un fuerte abrazo.

Mientras hablaban a través de sus ojos y se besaban a través del mismo aire que respiraban, las tortugas de aquel estanque nadaban libremente de lado a lado, ajenas a los deseos primarios que anhelaban dos jóvenes hambrientos y enamorados de los átomos que compartían. Leo miraba aquel precioso y abultado cuerpo de la mujer que amaba y era tanta felicidad la que sintió que no podía evitar llorar como un niño.

Erika corrió hacia los brazos de Leo. Aún no podía creerse que le hubiera encontrado. O quizá había sido él quien la había encontrado a ella.

—¿Cómo has… cómo… —tartamudeó nerviosa en el pecho robusto de Leo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Mi amor —susurró Leo en su cabello—. ¿Cómo he sido tan estúpido…? ¿Por qué no me dijiste nada? Me entrego a ti… tómame. No tengo nada que ofrecerte. No tengo siquiera dinero encima para invitarte a un café…

Rieron con ambas frentes pegadas.

—Leo, mi vida… te he necesitado tanto… Tienes mucho que ofrecerme, así que hazme un favor y cállate.

—No te dejaré ir nunca más. Te lo prometo. —Se arrodilló ante ella y besó el vientre de Erika—. Os lo prometo. Dime que me perdonas, mi amor. Dímelo… —La miró con ternura.

—Leo, cariño —dijo y se arrodilló junto a él, y le tomó el rostro con ambas manos—. No tengo nada que perdonarte. Todo va a salir bien esta vez. Lo sé. Estoy segura. ¡Gracias a Dios que nos has encontrado!

Se besaron apasionadamente. Todo su alrededor desapareció.

—Besos de sal marina… —susurró Leo en su boca.

—Los que mejor saben…

—Tengo lo que quiero, a mi pequeña halcón peregrino, el ave rapaz más veloz del mundo a mi merced y a mi pollito… Gracias por venir a buscarme, por rescatarme de las sombras.

—¡Es un niño, Leo…!

Leo no cabía de sí de tanta felicidad.

—Ohhh… ¿Y has pensado cómo vamos a llamarle?

—¡Sí, cariño… lo supe el mismo día que me dijeron que era un niño! —Hizo una breve pausa para acariciar el mechón alocado de Leo. Ambos se pusieron en pie—. Se llamará… —dijo y sonrió—, Gilbert. Nuestro pequeño se llamará Gilbert, como nuestro maestro y padre de las artes y las ciencias. —Sollozó.

—Así será, mi vida… y ahora… tengo tantas cosas que contarte.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, amor.

—Por cierto, me encontré con un anciano en el Ritz. Me dijo que, si te veía, te dijera que se iba a reunir con Jenell.

Erika se abrazó a él. Era una buena noticia, pero también era muy triste. Luther tenía el tiempo contado. Al final, ambos habían logrado lo que se habían propuesto.

—Es una larga historia que contar, Leo… Ahora entiendo a qué venía la casualidad de conocernos en el avión.

Después de escuchar de nuevo los latidos del corazón de Leo, que la apaciguaban, miró de reojo al niño que estaba allí con su padre echando de comer a las tortugas.

—¿Sabes que ese niño se ha reído antes de ti? —dijo Erika— ¿Puedes explicarme qué haces en pijama?

—Te lo contaré cuando acabemos lo que dejamos a medias. —Rieron cómplices a carcajadas—. Cuando dejes que me alimente de tu piel y de tu corazón, cuando me tires del pelo y me llames tan dulcemente Leo…

Conozco mucha gente a la que todo le ha salido rodado, a la que les ha tocado una vida fácil sin mayores problemas, pero lo cierto es que ellos nunca llegarán a apreciar el valor de las cosas, de lo que cuesta conseguirlas, de la fuerza y la actitud que se necesitan para solucionar problemas, de lo fuerte que se puede llegar a ser ante la adversidad, de lo independiente que eso puede hacerte.

Si la vida es un regalo, hazme un favor y valora lo que tienes. No lo malgastes ni lo olvides. Puede ser que tengas algo muy valioso y aún ni siquiera lo sepas…

Gilbert Henry II Weinmann

FIN

AGRADECIMIENTOS

Primeramente, doy las gracias al sello editorial Selección BdB, de Penguin Random House, por haberme dado esta oportunidad. Sin ellos, jamás se habría realizado mi sueño de ver publicada mi novela.

Gracias a mi chica Heathcliff, mi fiel lectora, por darme siempre lo mejor de ella misma, valorarme y brindarme su apoyo incondicional. Fue la primera persona que se leyó esta historia y la que me sugirió que la enviase a una editorial. La historia de Leo y Eri no sería la misma sin su aprobación. Gracias, Gloria.

Gracias a mi marido, quien ha cumplido siempre mis sueños y por ser mi fan número uno.

Gracias a toda mi familia por comprender mi sana obsesión por la escritura desde que era una niña de ocho años.

Gracias también a esos profesores de literatura que en su día me enseñaron a escribir y me animaron a seguir escribiendo.

No podían faltar en mis agradecimientos a aquellas personas que nunca confiaron en que lo lograría. Esta es una muestra de que sí se puede conseguir, pero con refuerzo positivo y nunca de forma destructiva y negativa.

Gracias a todos los lectores que lean esta historia y se sientan más aventureros.

Amad hasta que os duela.

Alejandra Macol

NOTAS

CAPÍTULO 10

Cuanto me llamabas tan dulcemente “Leo”

[1] *Oh, mi dulce niño tú eres mi estrella favorita.*

Espérame donde pueda encontrarte… espérame sobre el arco iris…

Si te ha gustado

Cuando me llamabas tan dulcemente Leo

te recomendamos comenzar a leer

Por designio divino

de *Esperanza Riscart*



ESPERANZA RISCART

POR DESIGNIO DIVINO

Fantasía y Romance

Prólogo

—Podríamos habernos citado en Alaska; llevo tanto tiempo en compañía del viento, la nieve y los animales que aquí me va a estallar la cabeza —protestaba Jofiel mientras observaba desde la ventana acristalada el movimiento de la ciudad bulliciosa de Sidney al mediodía—. Ya no estoy acostumbrado al ajetreo de las grandes ciudades.

—Esta es la última reunión antes de dar comienzo al despliegue de nuestras fuerzas y, en estos cien años, nunca nos habíamos reunido en Australia. Estarás a gusto viviendo en este país, Zadquiel —afirmó Rafael, quien llegaba de Hong Kong donde supervisaba la construcción de un hospital—. Creo que he perdido en el cambio; Oriente es demasiado populosa, aunque conserve sus selvas esmeralda, frondosas y solitarias, también son bastante insalubres para pasar largas temporadas allí; mis huesos no soportan tanta humedad.

—Te lo advertí, Rafael; deberías haber elegido una zona más apacible para vivir —Miguel mostró una sonrisa sincera y permaneció absorto durante unos segundos contemplando el mismo paisaje que Jofiel—. En mi opinión, Australia es el mejor continente que he conocido desde que llegamos a la Tierra. La variedad de paisajes es inmensa aunque sea el territorio más pequeño de la repartición. Ha merecido la pena conocerlo; quizás por ser el menos antiguo en costumbres, tradiciones y edificios, las criaturas no están sometidas a tantos prejuicios sociales, raciales o religiosos, gracias a la mezcla que existe entre ellas. Aquí viven seres humanos de todas partes del planeta. ¿Cómo estás en Barcelona, Gabriel?

—No me acostumbro ni a la ciudad ni a las personas —respondió serio. Gabriel no se sentía cómodo en la Tierra y, desde el principio, se mostraba reacio a la misión que le habían encomendado—. Me ofrecí voluntario para permanecer todo este periodo en Alaska o en las exiguas selvas del Amazonas; no me gusta ni la presencia ni el contacto con las criaturas terrenales. Estaba mejor junto a los pingüinos; era incomparable. —Miguel, Rafael, Samuel, Jofiel, Zadquiel y Uriel rieron ante la desesperación que siempre solía demostrar Gabriel. Después de casi cien años, aún no había conseguido soportar ni comprender a los humanos—. Lo único bueno es que puedo navegar por el Mediterráneo y subir a la montaña. He estado un par de veces en la casa del Pirineo, en el Valle de Arán; ¿la recordáis? —Todos asintieron complacidos al rememorar algunas jornadas que pasaron reunidos allí disfrutando de paisajes de gran belleza.

—No te quejes, Gabriel —lo animó Miguel—, te adueñaste de esa

cabaña; has sabido elegir. Yo llevo la peor parte. Si te movieras en el mundo de las finanzas acabarías por odiar a los humanos; las riquezas las reparten de un modo tan desigual, no solo entre distintos continentes, en cualquier ciudad; en el mismo Londres encuentras a un mendigo y a los pocos metros te cruzas con uno de los hombres más ricos del planeta. Nuestras huestes estarán pronto entre nosotros y comenzaremos los cambios —añadió con un matiz de nostalgia en su voz—. Este mundo es una auténtica locura que debemos intentar mejorar.

Los siete guardaron silencio durante unos segundos con la mente puesta en la situación por la que pasaba la Tierra y todas sus criaturas.

—Llevamos un mes sin vernos. ¿Habéis recibido las últimas órdenes del Jefe? —preguntó Uriel preocupado—. ¿Gabriel? El cambio en los seres humanos es urgente.

—Está decidido —respondió el aludido—. Las tropas están dispuestas, a la espera de nuestros últimos informes dentro de tres meses. Según nuestro Padre, la invasión es inminente. No entiendo que no pierda la fe en estas insolentes y desagradecidas criaturas. Su mundo es precioso y lo están destruyendo sin piedad. —Torció un gesto de apatía—. ¿Acaso no se dan cuenta de que están preparando su propia destrucción?

—Acostúmbrate, Gabriel. Este continuará siendo nuestro hogar durante un buen tiempo —afirmó Miguel, el más veterano en asuntos humanos y jefe militar del grupo—. ¿Por qué te cuesta acostumbrarte a la vida en la Tierra?

—El planeta sí me gusta. Pero ¿cómo dirigiremos a tantas criaturas? ¿Pensáis, después de lo que hemos visto, que se someterán a los cambios que les propongamos?

—Será por su bien, Gabriel y esperemos que se muestren sensatos de una vez —contestó Jofiel—. Hay que recuperar la Tierra; nuestro Padre se ha propuesto ofrecerles otra oportunidad a los humanos y nosotros no debemos juzgar si son dignos de merecerla o no.

—No sé si lo entenderán —protestó enojado—. Estas criaturas son crueles, egoístas y soberbias. No se merecen un planeta tan hermoso como este. Los seres humanos, en menos de un siglo, parecen dispuestos a acabar con él. ¿Cuánto ha cambiado la Tierra desde su creación hasta nuestros días? ¿Lo recordáis? —Permanecieron reflexivos mientras Gabriel hablaba—. La fuerza de la selva del Amazonas; la belleza salvaje de África; los grandes bosques de América y la variedad de Australia; ¿y Asia Oriental? ¿Cómo han

podido construir esas ciudades monstruosas, como Shanghái, Hong Kong, Pekín o Tokio, en lugares tan hermosos, arrasando una naturaleza que hubiera actuado como su mejor amiga y aliada? —Miró al suelo con un gesto de incomprensión en su rostro—. No creo que podamos convivir junto a las criaturas; demasiado salvajes para nosotros; tienen demasiados prejuicios entre ellos mismos. Nunca encontraremos aliados que nos ayuden. Nunca comprenderán.

—No seas tan pesimista, Gabriel —le exigió Uriel—. No les quedará más remedio que cambiar su modo de vida. Iremos introduciendo las medidas poco a poco, enseñándoles, guiándolos; nuestras decisiones resultarán beneficiosas para ellos.

—Si se tratan con tanta intolerancia entre ellos, ¿crees que acatarán un nuevo orden de manera diferente? —Negó con la cabeza—. Estoy seguro; jamás aceptarán desprenderse de esa ambición de riqueza y poder; es lo único que les interesa.

—Mientras no logremos el cambio, este será también nuestro hogar; no tenemos otra alternativa. Es decisión Suprema y lucharemos incansables hasta conseguirlo, como siempre hemos hecho ante cualquier misión. Si frenamos la destrucción a la que las criaturas están sometiendo a la Tierra, les ofreceremos unas condiciones de vida inmejorables y la segunda oportunidad que nuestro Padre les brinda. Los siete tenemos claro nuestro cometido. Trabajaremos junto a sus científicos porque estamos mejor preparados que ellos y nuestros conocimientos son superiores.

—No será fácil, no consentirán. Su intolerancia y su desconfianza entre ellos parecen ilimitadas. Cuando se produzca la invasión me iré a vivir a Alaska. Allí no tengo por qué relacionarme con ninguna de esas criaturas salvajes —decidió Gabriel demostrando el pesimismo que le transmitían los seres humanos—, y aún tiene mucho por explorar. No quiero que me vuelva a ocurrir ningún incidente más en el que tenga que usar la violencia.

—Recordad siempre que debemos controlar nuestros poderes —intervino Miguel con determinación—; no pretendemos llamar la atención de las criaturas y menos aún que piensen que somos peligrosos. Entablar una guerra contra ellos sería bastante nocivo para todos y para este precioso planeta; los seres humanos no son nuestros enemigos. Y el Jefe no lo toleraría. Vedlos como nuestros pupilos; solo estamos aquí de paso hasta encauzar su nueva vida.

—Tienes razón, Miguel —intervino Jofiel convencido y de acuerdo con su hermano—. Un error en el uso de nuestro poder nos haría pagar un precio demasiado elevado. Precaución hermanos;

actuad solo en casos necesarios y como un aviso; no mostremos nuestra fuerza. Esforzaros en controlar el odio y la ira que las criaturas nos transmiten con tanta facilidad.

—¿Has organizado la parte administrativa, Samuel? —preguntó Rafael con interés—. No puede fallarnos la logística; es tan necesaria en esta operación como el recibimiento en masa de nuestras huestes.

—Estaremos en contacto diario —respondió Miguel por Samuel—. Samuel es un jefe ordenado y exigente, por esas cualidades fue destinado a esta misión en la Tierra. Su equipo tiene los barcos previstos; casas y pisos repartidos por todo el planeta; están acabando de cumplimentar la documentación de todos nuestros hermanos. Esa es la tarea más minuciosa; instalar a más de cien mil ángeles con sus respectivos expedientes administrativos no es tarea fácil. Luego queda la parte económica, cada país con sus políticas fiscales que no debemos infringir si pretendemos pasar desapercibidos. Creo que diez Virtudes, como se le asignaron a Samuel, han sido pocas; sin embargo, han trabajado duro y ya está todo preparado.

—La burocracia terrenal —afirmó Samuel en tono cansino—, con tantas fronteras y leyes diferentes se hace aún más espesa y tortuosa.

Todos asintieron ante el comentario de Samuel. No entendían esas diferencias que los hombres se habían forjado entre ellos mismos; un único planeta para compartirlo entre millones de hombres y se sentían con derecho a poseer unas tierras y su explotación, alzando unas fronteras invisibles pero infranqueables. Eran capaces de dejar a criaturas en desventaja, desamparadas y de ofrecerles limosnas, en vez de compartir con ellos su suerte y sus beneficios a los que tenían los mismos derechos, porque todos eran criaturas de Dios, su Creador que velaba por la Humanidad y era capaz de brindarles una segunda oportunidad en un momento en que, a pesar de ser conscientes de su autodestrucción, parecía no importarles. La codicia y el ansia de poder dominaban por completo la civilización humana.

Índice

Una historia llena de acción, traición, dolor, rencor, pasión y en la que nada es lo que parece.



Las vidas de Erika Clinton y Leonard O'Conell vuelven a cruzarse cuando él le pide colaborar de nuevo en una misión para la Orden secreta a la que ambos pertenecieron.

Tras una pista anónima, viajan hacia Cáceres para encontrar un tesoro de los muchos sustraídos por un examigo y excompañero de ambos, Adler Zimmerman, saqueador de tesoros, muerto en extrañas circunstancias. Y es precisamente su nombre el que los llevará a dar con algo más importante e inesperado.

Una aventura por diferentes lugares del mundo en la que los protagonistas tendrán que enfrentarse a sus fantasmas y a un suceso trágico ocurrido siete años atrás, mientras intentan seguir las pistas de más tesoros para localizarlos y devolverlos.

Alejandra Macol Nació en 1987. Es Técnica Superior en Artes Plásticas y Diseño en Fotografía Artística. Empezó a escribir novelas con solo ocho años. Son sus autores de referencia Jane Austen, Emily Brontë o Gustavo Adolfo Bécquer, a quien idolatra. A los quince, fue semifinalista del Certamen de antología poética del Centro de estudios poéticos de Madrid y su poema *La Gaviota*, fue publicado en el libro *Invierno Nevado.* Está casada y tiene una hija. En su tiempo libre ejerce de fotógrafa freelance. Le interesa la arqueología, escribe novelas románticas y se dedica a las manualidades. Colecciona antigüedades y postales. Tiene devoción por los animales, los viajes, el mar, la naturaleza, y su afición favorita es estar en familia.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-9069-938-6

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial